

CRIMEN & CIA.

**Ellery
Queen**

**EL ZAPATO
HOLANDÉS**



¿Podrá el lector resolver él solo el misterio que se plantea en «El zapato holandés»? Ellery Queen le ofrece esta oportunidad. A Abigail Doorn le sobrevino el *rigor mortis* poco antes de entrar en el quirófano del Dutch Memorial Hospital. Era un caso claro de estrangulación... pero ¿quién podía desear asesinar a la rica y filántropa anciana? Y, lo que es más importante, ¿quién había tenido la oportunidad de hacerlo en aquel hospital lleno de gente y bien vigilado? Incluso Ellery Queen parecía perplejo por la precisión médica con que se había llevado a cabo toda la operación, y parecía dispuesto a admitir la derrota cuando otro asesinato igualmente magistral le proporcionó una pista que podía conducirlo a la solución de aquel caso, tan macabro.



Ellery Queen

El zapato holandés

Crimen & Cia. - 21

ePub r1.5

Titivilius 09.07.15

Título original: *The Dutch Shoe Mystery*

Ellery Queen, 1931

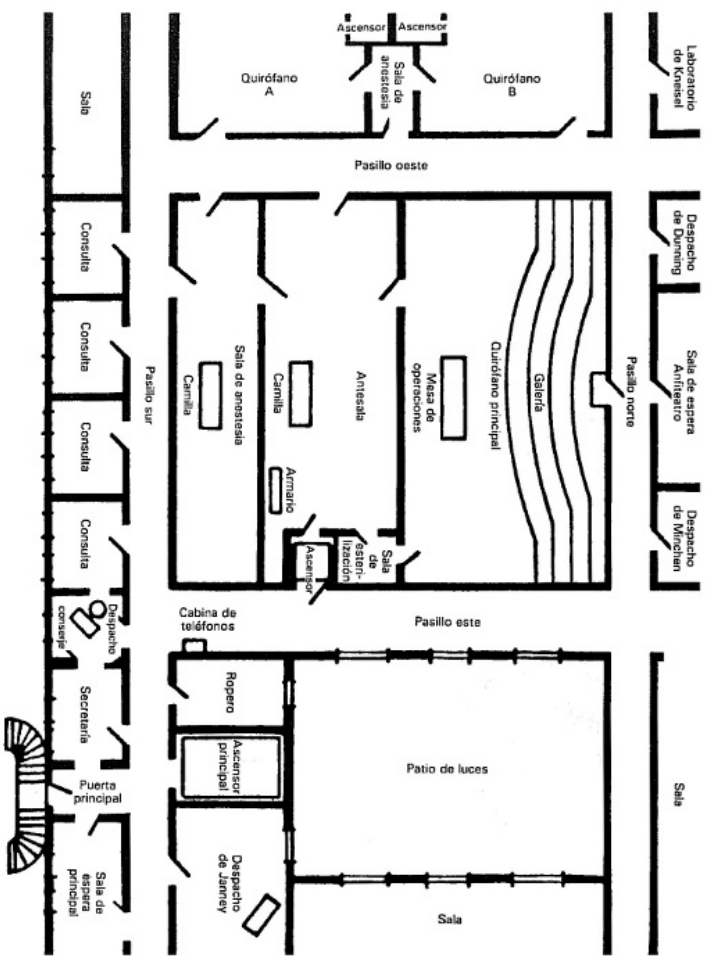
Traducción: María José Rodellar

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2





Planta del Dutch Memorial Hospital

Al doctor S. J. Essenson
por su valiosísimo asesoramiento
sobre ciertas cuestiones médicas.

PERSONAJES

ABIGAIL DOORN	una millonaria
HULDA DOORN	una heredera
HENDRIK DOORN	un <i>ovis ebeus</i>
SARAH FULLER	una señora de compañía
DR. FRANCIS JANNEY	un cirujano jefe
DR. LUCIUS DUNNING	un experto en diagnósticos
EDITH DUNNING	una socióloga
DRA. FLORENCE PENNINI	una tocóloga
DR. JOHN MINCHEN	un director médico
DR. ARTHUR LESLIE	un cirujano
DR. ROBERT GOLD	un interno
DR. EDWARD BYERS	un anestésista
LUCILLE PRICE	una enfermera
GRACE OBERMANN	una enfermera
MORITZ KNEISEL	un «genio»
JAMES PARADISE	un conserje
ISAAC COBB	un portero
PHILIP MOREHOUSE	un abogado
MICHAEL CUDAHY	un maleante
THOMAS SWANSON	un misterio
LITTLE WILLIE	guardaespaldas
SNAPPER	
JOE GECKO	
BRISTOL	un mayordomo
PETE HARPER	un periodista
HENRY SAMPSON	un fiscal de distrito
TIMOTHY CRONIN	un ayudante del fiscal
DR. SAMUEL PROUTY	un forense
THOMAS VELIE	un sargento detective

TENIENTE RITCHIE

FLINT

RITTER

PIGGOTT

JOHNSON

HESSE

INSPECTOR RICHARD QUEEN

ELLERY QUEEN

un detective del distrito

| un grupo de detectives

un policía

un pensador

PRIMERA PARTE

HISTORIA DE DOS ZAPATOS

«Tan sólo hay dos detectives con los cuales, en mi propia capacidad de cazador de hombres, me he sentido profundamente identificado... más allá de las idiosincrasias raciales y de las barreras espaciales y temporales... Estos dos detectives, por sorprendente que parezca, presentan el extraño contraste de la irrealidad, de la ilusión y el hecho comprobado. Uno ha alcanzado una brillante fama entre los anaqueles de libros; el otro como pariente de un verdadero policía... Me refiero, naturalmente, a los inmortales Sherlock Holmes, de Baker Street, Londres, y Ellery Queen, de la calle 87 Oeste, Nueva York».

del doctor Max Pejchar^[1]

1

OPERACIÓN

EL *ALTER EGO* DEL INSPECTOR Richard Queen, que contrastaba fuertemente con su energía Y pragmatismo habituales, lo impulsaba con frecuencia a emitir sentencias aleccionadoras sobre el tema de la criminología en general. Tales máximas profesionales iban dirigidas por lo general a su hijo y socio en el descubrimiento del crimen, Ellery Queen, en momentos en que hojeaban algún libro ante el hogar de la sala de estar, a solas exceptuando la fugaz sombra de Djuna, el fantasmagórico individuo de raza gitana que se ocupaba de sus necesidades domésticas.

—Los primeros cinco minutos son los más importantes —decía el viejo severamente—, no lo olvides. —Era su tema favorito—. Los primeros cinco minutos pueden ahorrarte muchas complicaciones.

Y Ellery, criado desde la infancia a base de una dieta de consejos detectivescos, gruñía, fumaba en su pipa y miraba fijamente el fuego preguntándose con qué frecuencia tendría un detective la fortuna de encontrarse en la escena de un crimen antes de que transcurrieran treinta segundos desde que fuera cometido.

Llegado a este punto, traducía el interrogante en palabras y el viejo asentía tristemente con la cabeza, en señal de aquiescencia; así era, no solía uno tener tanta suerte. Cuando por fin el investigador llegaba al escenario de los hechos, el rastro estaba ya frío, muy frío. Entonces hacía lo que podía para contrarrestar la desfavorable demora del destino. «¡Djuna, tráeme el rapé!».

Ellery Queen no era más fatalista que determinista, pragmático o realista. Su único compromiso con «ismos» y «ologías» lo constituía la implícita adoración del intelecto, que ha adoptado muchos nombres y terminaciones a lo largo de la historia del pensamiento. En esto se apartaba del profesionalismo a ultranza del inspector Queen. Despreciaba la institución de los informantes de la policía por considerarla denigrante para el pensamiento original. Desdeñaba los métodos policiales y sus torpes limitaciones, que eran las limitaciones de cualquier organización plagada de reglas.

—Al menos en esto coincidido totalmente con Kant —le gustaba decir—: en que la razón pura es el máximo don de la bazofia humana, porque lo que una mente puede idear, otra mente puede desentrañar...

Ésta era su filosofía resumida, pero durante la investigación del asesinato de Abigail Doorn poco le faltó para abandonar su fe. Quizá por vez primera en su intransigente carrera intelectual, la duda lo asaltó. No dudó de su filosofía, que había quedado suficientemente demostrada con anterioridad en numerosos casos, sino de su capacidad mental para desentrañar lo que había concebido otra mente. Naturalmente, era un egoísta —solía decir: «Cuando sacudo la cabeza vigorosamente con Descartes y Fichte...»—, pero por una vez, en el extraordinario laberinto de sucesos que rodeaba el caso Doorn, había pasado por alto el destino, ese fastidioso intruso en la propiedad privada de la autodeterminación.

Aquella mañana de un lunes azul intenso del mes de enero de mil novecientos veinte y pico llevaba el crimen en la cabeza en tanto avanzaba a grandes zancadas por una apacible calle del East Side de la ciudad. Iba envuelto en un gabán largo, con el sombrero de fieltro calado sobre la frente, justo por encima de los quevedos, y, golpeando la helada calzada con un bastón, se dirigía a un grupo de edificios bajos apiñados en la manzana siguiente.

Se trataba de un problema extraordinariamente molesto. Algo *debía* de haber ocurrido entre el momento de la muerte y el *rigor mortis*. Sus ojos reflejaban tranquilidad, pero tenía tensa la piel de la suave mejilla morena y el bastón golpeaba el suelo con fuerza.

Cruzó la calle y se encaminó con decisión a la entrada principal del edificio principal del grupo. Ante él ascendían los escalones de granito rojo de una inmensa escalinata curvada que nacía de dos puntos de la calzada para encontrarse en una plataforma de piedra. Sobre las enormes puertas de hierro forjado aparecía la siguiente leyenda grabada en piedra:

DUTCH
MEMORIAL
HOSPITAL
[\[2\]](#)

Subió las escaleras a la carrera y, jadeando ligeramente por el esfuerzo, empujó una de las puertas. Se encontró en un apacible vestíbulo de techo alto. El suelo era de mármol blanco y las paredes estaban recubiertas de esmalte mate. A su izquierda quedaba una puerta abierta, con una placa en la que se leía: «Secretaría». A la derecha tenía otra puerta con un letrero similar: «Sala de espera». Frente a él, al otro extremo del vestíbulo, a través de una puerta acristalada, alcanzaba a ver un gran ascensor, ante cuya entrada estaba sentado un hombre de avanzada edad vestido de un blanco immaculado.

En tanto Ellery se detenía a mirar a su alrededor, un hombre corpulento, de mandíbula pronunciada y rostro rubicundo, vestido de manera similar, con chaqueta y pantalones blancos, pero tocado con una gorra de visera negra, salió de las oficinas.

—La hora de visita es de dos a tres —le dijo ceñudo—. Hasta entonces no puede ver a nadie, señor.

—¿Cómo? —Ellery se metió las manos enguantadas en los bolsillos—. Quiero ver al doctor Minchen, de prisa.

El empleado se frotó la mandíbula.

—¿Así que al doctor Minchen? ¿Tiene hora?

—Seguro que querrá verme —dijo inmediatamente—. Hágame el favor. —Volvió a meterse la mano en el bolsillo y sacó una pieza de plata—. Vaya a avisarlo, por favor. Tengo muchísima prisa.

—No está permitido aceptar propinas, señor —dijo el empleado con pesar—. ¿Y quién le digo al doctor que...?

Ellery parpadeó, sonrió y se guardó la moneda.

—Ellery Queen. Así que no se aceptan propinas, ¿eh? ¿Cómo se llama usted? ¿Charon?

El hombre lo miró desconcertado.

—No, señor. Isaac Cobb, portero.

Se señaló la plaquita que llevaba en la chaqueta y se alejó arrastrando los pies.

Ellery entró en la sala de espera y se sentó. La habitación estaba vacía. Arrugó la nariz de forma inconsciente. Un ligero olor a desinfectante alcanzó su sensible órgano del olfato. El casquillo del bastón repiqueteaba nerviosamente sobre el suelo enlosado.

Un hombre alto, de complexión atlética, entró apresuradamente en la sala.

—¡Hombre, Ellery Queen! —Ellery se levantó rápidamente y se estrecharon la mano con afecto—. ¿Cómo tú por aquí? ¿Todavía sigues fisgoneando?

—Lo de siempre, John, un caso —murmuró Ellery—. En general no me gustan los hospitales, me deprimen, pero necesito información.

—Encantado de serte útil. —El doctor Minchen hablaba incisivamente. Tenía unos penetrantes ojos azules y una rápida sonrisa. Cogiendo a Ellery por el codo, lo condujo a la puerta—. Pero aquí no podemos hablar, chico. Ven a mi despacho. Para charlar contigo siempre tengo tiempo. Hace meses que no nos vemos...

Cruzaron la puerta acristalada y giraron a la izquierda para enfilarse por un largo pasillo reluciente, flanqueado por puertas cerradas a ambos lados. El olor a desinfectante se hizo más intenso.

—¡Por Esculapio! —exclamó Ellery—. ¿Es que no te afecta este horrible olor? Si me pasara todo el día aquí, me ahogaría.

El doctor Minchen se echó a reír. Al llegar al extremo del pasillo continuaron por otro que formaba un ángulo recto con el que acababan de recorrer.

—Te acostumbras. Más vale respirar esta peste a antiséptico, bicloruro de mercurio y alcohol, que las traidoras bacterias que flotan por aquí. ¿Cómo está el inspector?

—Tirando. —Los ojos de Ellery se ensombrecieron—. Es un caso enrevesadillo éste. Lo tengo todo menos un detalle... si es lo que me imagino.

Doblaron una nueva esquina y se adentraron en un tercer pasillo paralelo al primero. A su derecha, a lo largo de todo el corredor, se extendía una pared blanca sólo interrumpida por una puerta de aspecto macizo en la que se leía: «Galería Anfiteatro». A la izquierda dejaron atrás una puerta que anunciaba: «Dr. Lucius Dunning, Internista Jefe»; un poco más allá, otra puerta, con la inscripción: «Sala de espera»; y por fin alcanzaron una tercera puerta ante la cual el acompañante de Ellery se detuvo sonriente. Dicha puerta ostentaba la leyenda: «Dr. John Minchen, Director Médico».

Se trataba de una habitación espaciosa, escasamente amueblada y presidida por una mesa de despacho. Contra las paredes se alineaban varias vitrinas que contenían relucientes instrumentos metálicos ordenados sobre los estantes de cristal. Había cuatro sillas, una librería baja en la que se apretaban gruesos volúmenes y una serie de archivadores de metal.

—Siéntate, quítate el abrigo y empieza —dijo Minchen.

Él se dejó caer en el sillón giratorio de detrás de la mesa, se apoyó en el respaldo y entrelazó las manazas de dedos cuadrados detrás de la cabeza.

—Sólo te quiero hacer una pregunta —musitó Ellery lanzando el gabán sobre una silla y cruzando la habitación en dos zancadas. Hecho esto, se inclinó por encima de la mesa con mirada intensa—. ¿Hay alguna circunstancia que altere el tiempo que tarda en producirse el *rigor mortis*?

—Sí. ¿De qué murió el paciente?

—Disparo.

—¿Edad?

—Diría que unos cuarenta y cinco.

—¿Patología? Quiero decir si tenía alguna enfermedad, diabetes por ejemplo.

—Que yo sepa, no.

Minchen se balanceó suavemente en el sillón. Ellery retrocedió, se sentó y se registró en busca de un cigarrillo.

—Toma, coge de los míos —dijo Minchen—. Mira, Ellery, el *rigor mortis* es una cosa muy complicada y me gustaría ver el cadáver antes de adoptar ninguna decisión. He preguntado si tenía diabetes porque una persona de más de cuarenta años afectada por un exceso de sacarina en la sangre casi siempre quedará rígida, tras

una muerte violenta, en unos diez minutos...

—¿Diez minutos? ¡Dios santo! —Ellery se quedó mirando fijamente a Minchen, con el cigarrillo colgando entre los labios, finos y firmes—. Diez minutos —repitió en voz baja—. Diabetes... John, déjame llamar por teléfono.

—Adelante.

Minchen hizo un gesto y se arrellanó en la butaca. Ellery marcó el número, habló con dos personas y por fin se comunicó con el despacho del forense.

—¿Prouty? Ellery Queen... ¿Aparecieron en la autopsia de Jiménez señales de azúcar en la sangre?... ¿Qué? ¿Diabetes crónica, eh? ¡Mira por dónde!

Colgó despacio, inspiró profundamente y sonrió. Los indicios de tensión habían desaparecido de su rostro.

—Bien está el que está enfermo, John. Acabas de serme de gran ayuda. Déjame llamar otra vez y habré terminado.

Llamó a la jefatura de policía.

—Inspector Queen... ¿Papá? Es

O'Rourke

. Positivo. La pierna rota... Sí, rota después de muerto, pero en un lapso de diez minutos... Exacto... Yo también.

—No te vayas todavía, Ellery —dijo Minchen afablemente—. Dispongo de un poco de tiempo y hace siglos que no nos vemos.

Se acomodaron en los asientos, fumando con tranquilidad. La expresión de Ellery era particularmente apacible.

—Estoy dispuesto a quedarme todo el día, si quieres —dijo riendo—. Acabas de poner la pajita que deslomó al camello. Al fin y al cabo, me conviene ser indulgente conmigo mismo. Sin haber estudiado los misterios de la profesión de Galeno, no podía imaginarme lo de la diabetes.

—Ya ves que no somos tan inútiles —comentó Minchen—. De hecho, yo llevaba la diabetes en la cabeza. El personaje más importante del hospital, un caso de *diabetes mellitus* crónica, ha sufrido un grave accidente esta mañana aquí mismo. Se ha caído por las escaleras, con rotura de la vesícula biliar, y Janney se está preparando para operar inmediatamente.

—Lamentable. ¿Quién es la personalidad?

—Abby Doorn. —Minchen exhibía una expresión grave—. Tiene más de setenta años y, aunque se conserva bien para su edad, la diabetes hace que la operación sea bastante delicada. Lo único bueno de todo el asunto es que está en coma y no hará falta anestesia. Todos esperábamos que la anciana pasara al quirófano el mes que viene por una apendicitis semicrónica, pero seguro que Janney no tocará el apéndice esta mañana, para no complicar su estado. No es tan grave como parece. Si el paciente no fuera la señora Doorn, Janney lo consideraría un caso interesante pero nada más. —Consultó el reloj de pulsera—. La operación es a las once menos cuarto y ahora casi son las diez. ¿Te apetece presenciar cómo trabaja Janney?

—Es que...

—Es un genio, ya lo sabes, el mejor cirujano del Este, y cirujano jefe del Dutch Memorial en parte gracias a la amistad de la señora Doorn y, por supuesto, gracias a su habilidad con el bisturí. ¿Por qué no te quedas? Lo hará bien. Opera en el anfiteatro, ahí enfrente. Janney dice que saldrá de ésta, y, cuando lo dice Janney, no falla.

—Creo que me apetece —dijo Ellery animadamente—. Para decirte la verdad, no he presenciado nunca ninguna operación. ¿Te parece que lo soportaré? Me temo que soy un poco remilgado, John. —Se echaron a reír—. Millonaria, filántropa, puntal de la alta sociedad, potencia financiera... ¡Maldita sea la mortalidad de la carne!

—Nos llega a todos —murmuró Minchen, extendiendo las piernas por debajo de la mesa, para ponerse cómodo—. Sí, Abigail Doorn. Supongo que sabes que es la fundadora de este hospital, Ellery. Fue idea suya y se hizo con dinero suyo; es como una institución propia. Todos nos hemos alarmado mucho. Y Janney más que ninguno. Ha sido como un hada madrina para él casi toda su vida; lo mandó a Johns Hopkins, a Viena, a la Sorbona; prácticamente hizo de él lo que es hoy. Naturalmente, ha insistido en operarla él, y, naturalmente, lo hará. No hay nervios más templados en toda la profesión.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Ellery por curiosidad.

—Cosas del destino, supongo. Los lunes por la mañana siempre viene a inspeccionar las salas de caridad, su idea favorita, y, cuando

estaba a punto de empezar a bajar las escaleras del tercer piso, le ha sobrevenido un coma diabético, se ha caído por las escaleras y ha aterrizado boca abajo. Por suerte, Janney estaba de servicio. La ha examinado inmediatamente y con un simple reconocimiento superficial ha visto que en la caída se había roto la vesícula; tenía el abdomen hinchado, abultado. Sólo se podía hacer una cosa. Janney ha empezado a administrarle el tratamiento de urgencia de insulina y glucosa.

—¿Cuál ha sido la causa del coma?

—Hemos averiguado que fue negligencia por parte de la señora de compañía de Abby, Sarah Fuller, una mujer de mediana edad que lleva muchos años con ella, dirige la casa y le hace compañía. La enfermedad de Abby requiere que se le inyecte insulina tres veces al día. Janney siempre ha insistido en hacerlo él mismo, aunque en la mayoría de los casos de este tipo se la inyectan los propios pacientes. Anoche Janney tuvo que atender un caso muy importante y, como hace siempre que le es imposible pasar por casa de Abby, telefoneó a Hulda, la hija. Pero Hulda no estaba en casa y le dejó recado a la señora Fuller de que cuando llegara Hulda le administrara la insulina. La señora Fuller se olvidó. Generalmente, Abby no está al tanto y, en consecuencia, anoche no se le administró la insulina. Hulda se ha levantado tarde y no se ha enterado del recado de Janney, de modo que esta mañana tampoco le habían puesto la inyección. Y, para rematarlo, ha tomado un desayuno sustancioso, que ha sido lo que ha acabado de colmar el vaso. El contenido de azúcar de la sangre ha superado rápidamente al de insulina e inevitablemente se ha producido el coma. Además, ha tenido la desgracia de encontrarse en la cima de unas escaleras en ese preciso momento.

—Lamentable —murmuró Ellery—. Supongo que habréis avisado a todo el mundo. Habrá una buena reunión familiar.

—En el quirófano no —dijo Minchen con expresión sombría—. Todo el grupo estará en la sala de espera de al lado. La familia no puede entrar en la galería, ¿no lo sabías? Bueno, bueno, ¿te apetece dar un paseíto? Te voy a enseñar las instalaciones. Es un hospital modelo, te lo digo yo.

—Como quieras, John.

Salieron del despacho de Minchen y recorrieron el pasillo norte

en dirección contraria a la vez anterior. Minchen señaló la puerta de la galería del anfiteatro, desde donde presenciarían la operación, así como la puerta de la sala de espera.

—Seguramente, ya habrá algún Doorn ahí dentro —comentó Minchen—. No pueden estar merodeando por todo el hospital. Éstos son dos quirófanos auxiliares —prosiguió al volver la esquina—. Aquí hay siempre mucho movimiento. El personal de cirugía del hospital es uno de los más numerosos del Este... Allí, a la izquierda, está el quirófano principal, que llamamos el anfiteatro, dentro del cual hay dos habitaciones especiales, una antesala y una sala de anestesia. Como ves, en este pasillo, el oeste, hay una puerta que comunica con la antesala, y, al volver la esquina, en el pasillo sur, hay una entrada a la sala de anestesia... En el anfiteatro es donde se hacen las operaciones importantes; también se usa para hacer demostraciones a los internos y las enfermeras. Arriba hay más quirófanos.

En el hospital reinaba un silencio extraño. De vez en cuando, una figura vestida de blanco pasaba rápidamente por los largos corredores. Aparentemente, se había eliminado el ruido por completo. Las puertas giraban sobre bisagras bien engrasadas y se cerraban sin hacer ruido alguno. Una suave luz difusa bañaba el interior del edificio, y, exceptuando el olor a productos químicos, el aire era excepcionalmente puro.

—A propósito —dijo Ellery Queen de repente, mientras deambulaban por el pasillo sur—. ¿No has dicho antes que a la señora Doorn no le administrarían anestesia para la operación? ¿Se debe eso solamente a que se halla en coma? Yo tenía la impresión de que se administraba anestesia en todos los casos de cirugía.

—Buena pregunta —admitió Minchen—. Y es cierto que en la mayoría de los casos, prácticamente en todos, se emplea la anestesia, pero los diabéticos son especiales. Ya sabes, o más bien supongo que no sabes, que cualquier operación quirúrgica es peligrosa para un diabético crónico. Incluso una operación menor puede resultar fatal. Precisamente, el otro día tuve un caso; vino al dispensario un paciente con un dedo del pie llagado, pobre hombre. El médico de servicio... Bueno, no es más que uno de tantos accidentes impredecibles de la rutina clínica. Le limpiaron el dedo y se fue a casa. A la mañana siguiente lo encontraron muerto. El

examen *post mortem* demostró que el cuerpo estaba lleno de azúcar. Seguramente, el hombre ni lo sabía.

»Lo que quería decir es que para los diabéticos los cortes son el infierno. Cuando se hace absolutamente necesario operar se inicia un proceso de fortalecimiento, que en un lapso de tiempo relativamente corto hace que el contenido de azúcar de la sangre del paciente sea normal. Incluso mientras se lleva a cabo la operación se le inyectan insulina y glucosa alternadas, sin interrupción, para mantener a un nivel normal el azúcar. A Abby Doorn tendrán que hacérselo. En estos momentos ya le está aplicando ese tratamiento de insulina y glucosa, sin dejar de hacerle análisis de sangre para comprobar en cuántos miligramos disminuye el azúcar. Este tratamiento de urgencia dura una hora y media o dos. Generalmente, se realiza a lo largo de un mes; si es demasiado rápido puede afectar al hígado. Pero con Abby Doorn no tenemos alternativa; no podemos dejar sin atender esa rotura de vesícula ni siquiera medio día.

—Sí, pero ¿y la anestesia? —objetó Ellery—. ¿Aumentaría el peligro de la operación? ¿Por eso os fiáis del estado comatoso para ayudarla a soportar el *shock*?

—Exacto. Sería más peligrosa y más complicada. Hemos de aprovechar lo que nos ofrecen los dioses. —Minchen hizo una pausa con la mano en la manivela de la puerta en la que se leía: «Consulta»—. Naturalmente, el anestesista estará preparado junto a la mesa de operaciones para actuar sin perder un segundo en el caso de que Abby saliera del coma... Entra, Ellery, quiero enseñarte cómo se hacen las cosas en un hospital moderno.

Empujó una puerta y siguió a Ellery al interior de la habitación. Éste observó que al abrirse la puerta, en la pared se encendía una bombillita para indicar que la sala de consulta estaba ocupada. Se detuvo en el umbral para admirar la habitación.

—Impresionante, ¿eh? —dijo Minchen sonriendo.

—¿Qué es esa cosa de ahí?

—Un fluoroscopio. Hay uno en cada consulta. Naturalmente, hay una mesa, un aparato pequeño de esterilización, un armario para medicamentos e instrumental... Ya lo ves.

—El instrumento —dijo Ellery didácticamente— es un invento del hombre para burlarse de su Creador. ¡Por Dios! ¿Es que cinco

dedos no son suficientes? —Ambos se echaron a reír—. Yo, aquí, me asfixiaría. ¿Es que nadie revuelve las cosas?

—Mientras John Quintus Minchen sea el jefe, no —contestó el médico de buen humor—. En realidad, el orden es la regla de oro. Pongamos por ejemplo los artículos pequeños. Se guardan todos en estos cajones. —Señaló con la mano un armario blanco que había en un rincón—. Todo fuera de la vista de los entrometidos pacientes y acompañantes. En el hospital todo el que necesita algo sabe dónde encontrarlo. Así las cosas son la mar de sencillas.

Abrió un gran cajón metálico de la parte inferior del armario y Ellery se inclinó para mirar una asombrosa exposición de vendas variadas. En otro cajón había gasas, en otro algodón y en otro esparadrapo.

—Cuestión de sistema —murmuró Ellery—. Y amonestáis a vuestros subordinados por llevar la bata sucia y los cordones de los zapatos desabrochados, ¿no?

—No andas errado —contestó Minchen sonriente—. Hay una norma del hospital que obliga a ir de uniforme, que para los hombres consiste en zapatos de lona blanca, pantalones y chaqueta de algodón blanco, y para las mujeres en ropa también blanca de arriba abajo. Incluso el portero... ¿te acuerdas de que también iba de blanco? El ascensorista, los de la limpieza, el personal de cocina, los oficinistas, todo el mundo lleva el uniforme desde el momento en que ponen el pie en el hospital hasta que se marchan.

—Me va a estallar la cabeza —gruñó Ellery—. Déjame salir.

Mientras volvían al pasillo sur vieron a un joven alto con un abrigo marrón y el sombrero en la mano, que se les acercaba a toda prisa. Los miró, vaciló, giró bruscamente por el pasillo este, que quedaba a su derecha, y desapareció.

Minchen adoptó una expresión grave.

—Me había olvidado de Abigail *la Potentada* —murmuró—. Ése es su abogado, Philip Morehouse, un chico listo. Dedicar todo su tiempo a los intereses de Abby.

—Supongo que se habrá enterado de la noticia —observó Ellery—. ¿Tiene algún interés personal por la señora Doorn?

—Yo diría que por la hija de la señora Doorn —replicó Minchen irónicamente—. Es notorio que Hulda y él hacen buenas migas. Yo diría que hay idilio. Y, por lo que parece, Abby, a su manera de

gran señora, da el beneplácito. Bueno, supongo que estará empezando a llegar más gente. ¡Eh! Ahí está el mismísimo maestro, que acaba de salir del quirófano A. ¡Hola, doctor!

2

AGITACIÓN

EL HOMBRE DEL ABRIGO marrón alcanzó corriendo la puerta cerrada de la sala de espera del pasillo norte y dio un golpe seco. No llegó sonido alguno del otro lado de la puerta. Probó la manivela y empujó.

—¡Phil!

—¡Hulda, cariño!

Una joven alta, de ojos enrojecidos por las lágrimas, se precipitó en sus brazos. Él le acarició la cabeza, apoyada en su hombro, murmurando incoherentes sonidos de consuelo.

Se encontraban solos en la gran sala vacía. Unos bancos largos se alineaban arrimados a las paredes. Encima de uno de ellos descansaba un abrigo de castor.

Philip Morehouse levantó suavemente la cabeza de la chica, la cogió por la barbilla y la miró a los ojos.

—No será nada, Hulda. Se recuperará —dijo con voz ronca—. No llores, cariño, por favor.

Ella parpadeó e hizo un visible esfuerzo por sonreír.

—¡Ay, Phil! Me alegro muchísimo de que hayas venido. Estaba sentada aquí sola... esperando, esperando...

—Ya lo sé. —Miró a su alrededor con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Dónde están los demás? ¿En qué estarán pensando para dejarte sola en esta habitación?

—No sé... Sarah y tío Hendrik están por ahí...

Buscó la mano de él sin mirar y se apretó contra su pecho. Unos momentos más tarde se encaminaron a un banco y se sentaron. Hulda Doorn contemplaba el suelo con unos ojos como platos. El hombre buscaba algo que decir, pero no encontraba nada.

A su alrededor, silencioso y enorme, el hospital, con el zumbido de la maquinaria vital. Sin embargo, en la sala no se oía nada, ninguna pisada, ninguna voz alegre. Solamente había las blancas paredes.

—¡Ah, Phil! Tengo miedo, tengo miedo.

3

APARICIÓN

UN HOMBRE MENUDO, de cuerpo deforme, había aparecido en el pasillo sur y se dirigía hacia Minchen y Ellery. Éste tuvo una visión instantánea de su personalidad, aun cuando no alcanzaba a distinguir claramente los rasgos del hombre. Quizá la intuición se basaba en la peculiar rigidez del cuello y la pronunciada cojera con que andaba. Su manera de apoyar todo su peso en la pierna derecha hacía evidente que le pasaba algo en la izquierda.

«Seguramente, parálisis muscular de algún tipo», se dijo Ellery mientras observaba cómo se acercaba el diminuto médico.

El recién llegado iba ataviado con todas las galas propias del cirujano: una bata blanca por debajo de la cual asomaban los bordes de los pantalones blancos y las puntas de los zapatos blancos. Tenía la bata sucia de sustancias químicas y en una manga había una mancha sanguinolenta. En la cabeza llevaba un gorrito de cirujano con vuelta. En tanto avanzaba cojeando hacia los dos hombres, manipulaba el cordón de la mascarilla.

—¿Qué hay, Minchen? Ya está. Perforación de apéndice. Hemos conseguido evitar la peritonitis. Un trabajo sucio... ¿Cómo está Abigail? ¿La ha visto? ¿Cuántos miligramos señala el último informe? ¿Quién es su acompañante?

Hablaba como una ametralladora, sin dejar de mover los luminosos ojillos, que pasaron de Minchen a Ellery.

—Doctor Janney, le presento al señor Queen. Un viejo amigo —

dijo Minchen apresuradamente—. Ellery Queen, el escritor.

—Modestamente —dijo Ellery—. Encantado, doctor.

—El gusto es mío —replicó inmediatamente el cirujano—. Los amigos de Minchen son siempre bienvenidos... Bueno, John, tengo que descansar. Me preocupa Abigail. Menos mal que tiene una buena bomba. Una rotura con muy mala pata. ¿Cómo van esas inyecciones intravenosas?

—Estupendamente —repuso Minchen—. La han hecho bajar de 180 a 135, por lo que he sabido poco antes de las diez. Estará lista a la hora prevista. Seguramente, ya la habrán llevado a la antesala.

—Muy bien, en seguida estará correteando por ahí otra vez.

Ellery sonrió como disculpándose.

—Perdonen mi ignorancia, caballeros, pero ¿a qué se refieren cuando hablan de 180 y 135? ¿A la presión sanguínea?

—¡No, por Dios! —exclamó el doctor Janney—. 180 miligramos de azúcar por cada 100 centímetros cúbicos de sangre. Estamos reduciendo el contenido de azúcar. No podemos operar hasta que vuelva a ser normal, 110 o 120. Pero usted no es de la profesión, discúlpeme.

—Estoy impresionado —dijo Ellery.

Minchen carraspeó.

—Supongo que los planes que teníamos para esta noche, lo del libro, habrán quedado anulados, dado el crítico estado de la señora Doorn.

El doctor Janney se frotó la barbilla en tanto seguía pasando la mirada rápidamente entre Ellery y el director médico del hospital. Ello incomodaba claramente a Ellery.

—¡Naturalmente! —Janney se volvió hacia Ellery de improviso, colocando la mano enfundada en los guantes de goma sobre el hombro de Minchen—. Usted es escritor, ¿verdad? Pues... —prosiguió con una risita extraña que dejaba al descubierto unos dientes amarillentos a causa del tabaco— tiene delante a otro escritor, joven. Johnny Minchen. Más listo que el hambre. Me está ayudando mucho en un libro que estamos escribiendo en colaboración, una cosa bastante revolucionaria. Y he elegido el mejor coautor de la profesión. ¿Sabe lo que es la alergia congénita, Queen? Ya suponía que no. Armará un gran revuelo en el mundillo de la medicina. Hemos demostrado una cosa con la que el gremio

de los matasanos lleva años experimentando.

—Oye, John —dijo Ellery sonriendo divertido—, no me habías dicho...

—Disculpenme —lo interrumpió Janney bruscamente, girando sobre el talón derecho—. ¿Qué pasa, Cobb?

El portero de blanco se había acercado discretamente a los tres hombres y se encontraba, visiblemente violento, a cierta distancia, tratando de llamar la atención del pequeño cirujano. Se quitó la gorra.

—Afuera hay un hombre que quiere verlo, doctor Janney —dijo apresuradamente—. Dice que había concertado cita. Siento molestarlo, doctor...

—Mentira —gruñó Janney—. Ya sabe que no puedo recibir a nadie, Cobb. ¿Cuántas veces quiere que le diga que no me moleste con estas cosas? ¿Dónde está la señorita Price? Ya sabe que de estas cosas se ocupa ella. Venga, váyase. No puedo recibirlo. Estoy ocupado.

Le volvió la espalda al portero. El sonrojo de Cobb se intensificó; no obstante, no se retiró.

—Pero... es que... dice que...

—¿No se acuerda, doctor? —intervino Minchen—. La señorita Price se ha pasado la mañana copiando el manuscrito de *Alergia congénita* y ahora está con la señora Doorn, por orden suya.

—¡Es verdad! —murmuró el doctor Janney—. Pero no puedo ver a ese hombre, Cobb...

Sin decir palabra, el portero levantó la manaza y le alargó una tarjeta al cirujano, como si se tratara de un valiosísimo documento.

Janney se lo arrebató.

—¿Quién será? Swanson, Swanson... ¡Ah! —El tono de voz cambió instantáneamente. Sus luminosos ojillos se ensombrecieron mientras quedaba inmovilizado. A continuación, se levantó la bata y se metió la tarjeta en un bolsillo. Con la misma rapidez, se sacó un reloj de entre la ropa—. Las diez y veintinueve —balbuceó. Sorprendentemente, con la misma facilidad que caracterizaba todos sus movimientos manuales, se volvió a guardar el reloj y se alisó la bata—. Bueno, Cobb —dijo con claridad— acompáñeme. ¿Dónde está? Hasta luego, John. Adiós, Queen.

De repente, igual que había aparecido, se volvió y, cojeando,

salió en pos de Cobb, que parecía estar deseando marcharse de allí. Minchen y Ellery echaron a andar por el pasillo tras ellos, al cabo de unos instantes, y lo abandonaron justo cuando Janney y el portero pasaban ante el ascensor situado enfrente de la puerta principal.

—Ahí está el despacho de Janney —dijo Minchen encogiéndose de hombros—. Un tipo raro, ¿verdad, Ellery? Pero es una eminencia. Regresemos a mi despacho. Todavía falta un cuarto de hora para que empiece la operación.

Volvieron la esquina y recorrieron con calma la distancia que los separaba del despacho por el pasillo oeste.

—No sé por qué me recuerda un pájaro —dijo Ellery pensativo—. Debe de ser por el modo de mover la cabeza y por su manera de mirar constantemente a un lado y a otro con esos ojos de ave... Interesante individuo. Debe de tener unos cincuenta, ¿no?

—Más o menos. Y desde luego resulta interesante, Ellery. —Minchen hablaba con picardía—. Ahí tienes a un médico que ha consagrado toda su vida a la profesión. Sin escatimar esfuerzos ni dinero. Que yo sepa, nunca ha rechazado un caso por cuestión de honorarios. Lo cierto es que ha trabajado muchísimas veces sin cobrar ni un centavo, y sabiéndolo de antemano... No lo malinterpretes, Ellery; acabas de conocer a todo un personaje.

—Si es cierto lo que me has contado sobre su relación con la señora Doorn —comentó Ellery sonriendo—, supongo que el doctor Janney no tiene muchas preocupaciones financieras.

—Pero ¿cómo has...? Sí, claro —dijo Minchen mirándolo fijamente con una sonrisa tímida—, debe de ser evidente. Sí, Janney recibirá una buena herencia en el momento en que Abby se marche de este mundo. Nadie lo ignora. Ha sido como un hijo para ella... Ya hemos llegado.

Se encontraban ante la puerta del despacho de Minchen. Una vez en el interior, el médico hizo una breve llamada telefónica cuyo resultado pareció satisfacerlo.

—Ya tienen a Abby en la antesala —declaró colgando el auricular—. Han conseguido que el azúcar baje a 110 miligramos; ahora es cuestión de minutos. Ya tengo ganas de que todo haya acabado.

Ellery se estremeció ligeramente. Minchen fingió que no lo

advertía. Permanecieron sentados en silencio, fumando; una tristeza indefinible se apoderó de ellos.

Haciendo un esfuerzo, Ellery se encogió de hombros y exhaló una nube de humo.

—Esto de que estás escribiendo un libro, John... —dijo para hablar de algo—... No me hubiera imaginado nunca que sucumbirías al gusanillo. ¿De qué va?

—Bueno —empezó a decir Minchen riendo—, la mayor parte son descripciones de casos reales que apoyan una teoría compartida por Janney y por mí; defendemos que es posible pronosticar la predisposición de los embriones a enfermedades determinadas mediante un análisis minucioso de las influencias congénitas. ¿Te parece complicado?

—Demasiado científico, profesor —murmuró Ellery—. ¿Y si me dejaras echarle una mirada al manuscrito? A lo mejor puedo darte algún consejo de tipo literario. Minchen se sonrojó.

—¡Imposible! —dijo incómodo—. Janney me mataría. Tanto el manuscrito como los historiales que usamos en el libro se guardan en secreto; Janney los protege como si le fuera en ello la vida. No hace mucho tiempo, el viejo despidió a un interno que tuvo el desgraciado impulso de fisgar en el archivo de Janney, por mera curiosidad académica, supongo. Lo siento, Ellery. Las únicas personas que podemos ver el manuscrito somos Janney, yo y la señorita Price, la ayudante de Janney, que es enfermera y sólo hace el trabajo rutinario de oficina.

—Bueno, bueno —convino Ellery, cerrando los ojos—. Me rindo. Sólo pretendía ayudarte, pedazo de maniático. ¿Te acordarás de la *Iliada*? «Ligera es la tarea si muchos comparten el esfuerzo». Si desprecias mi ofrecimiento...

Ambos se echaron a reír.

4

REVELACIÓN

ELLERY

QUEEN

, aficionado a la criminología, no tenía estómago para la sangre. Criado con historias de crímenes, alimentado con cuentos de asesinatos, en contacto diario con malhechores y cazadores de hombres, se le hacía cuesta arriba soportar la visión de la carne maltratada. Su condición de hijo de policía, su roce habitual con la brutalidad y las mentes retorcidas, sus propios pinitos literarios en el cenagal de la psicología criminal no lo habían endurecido contra las pruebas palpables de la inhumanidad del hombre para con el hombre. En el escenario de una matanza, sus ojos permanecían atentos, su mente clara, pero el corazón se le resentía.

No había presenciado nunca una operación. Cadáveres había visto muchísimos, cuerpos mutilados en las funerarias, tirados en las calles después de peleas entre clanes; de la muerte en sus aspectos más repugnantes tenía conocimiento abundante. Sin embargo, el frío acero mellando la carne caliente, cortando tejidos vivos, rompiendo venas de las cuales salían chorros de sangre roja... sólo con pensarlo le entraban nauseas.

Así pues, con esta sensación de temor y expectación mezclados, ocupó su asiento en la galería del anfiteatro del Dutch Memorial Hospital, sin apartar los ojos de la escena de actividad sosegada y silenciosa que se estaba desarrollando a seis metros de distancia, en

la orquesta del teatro. El doctor Minchen ocupaba la silla de al lado, y sus penetrantes ojos azules no se perdían detalle de los preparativos de la operación. Un susurro de conversación alcanzó sus oídos, procedente de un grupo de personas presentes también en la galería. Justo en el centro había un puñado de hombres y mujeres vestidos de blanco, internos y enfermeras reunidos para presenciar el meticuloso trabajo del cirujano. Apenas se movían. Detrás del doctor Minchen había un hombre, ataviado asimismo con las galas del hospital, y una mujer joven de aspecto frágil, igualmente de blanco, que de vez en cuando le hablaba al oído. El hombre era el doctor Lucius Dunning, internista jefe, y la chica era su hija, que pertenecía al Departamento de Asistencia Social de la institución. El doctor Dunning era un hombre maduro, de rostro asombrosamente arrugado y apacibles ojos pardos. La chica era rubia y poco atractiva. Tenía un visible tic en un párpado.

La galería partía del suelo del teatro y quedaba separada de la orquesta por una barrera infranqueable de madera blanca. Las hileras de asientos ascendían pronunciadamente hacia atrás, de forma muy parecida a la de una galería de un teatro dedicado a las representaciones dramáticas. En la pared posterior se abría una puerta que comunicaba con una escalera circular por la cual se accedía al piso de abajo y directamente al pasillo norte.^[3]

Se hizo audible un ruido de pisadas, se abrió la puerta y Philip Morehouse penetró nervioso en la galería, mirando a un lado y a otro. El abrigo marrón y el sombrero habían desaparecido. Al localizar al director médico, descendió a toda prisa los escalones y se inclinó para decirle algo al oído.

Minchen asintió gravemente y se volvió hacia Ellery.

—Te presento al señor Morehouse, Ellery. El señor Queen. —Los señaló con un gesto de la mano—. Es el abogado de la señora Doorn.

Los dos hombres se saludaron. Ellery sonrió mecánicamente y se volvió de nuevo hacia la orquesta.

Philip Morehouse era un hombre delgado de ojos y mandíbula firmes.

—Hulda, Fuller y Hendrik Doorn están abajo, en la sala de espera. ¿No podrían presenciar la operación, doctor? —susurró con tono apremiante.

Minchen sacudió la cabeza y le indicó el asiento de al lado. Morehouse frunció el ceño pero se acomodó en la silla y al instante quedó absorto en los movimientos de las enfermeras de abajo.

Un viejo de blanco subió torpemente las escaleras, echó una mirada a la galería, localizó a un interno, le hizo una seña evidente y desapareció. El chasquido de la cerradura de la puerta contenía una nota terminante. Durante un instante siguió oyéndose el trajín del hombre detrás de la puerta, pero luego se extinguió el sonido de sus movimientos.

Los ocupantes de la orquesta del anfiteatro se habían sumido en una expectación silenciosa. A Ellery le pareció muy similar al momento que, en un teatro verdadero, antecede al alzamiento del telón, cuando la audiencia contiene la respiración y un silencio absoluto invade el recinto. Bajo una inmensa lámpara de tres brazos terminados en unos globos enormes, que emitían una luz fría, firme y potente, estaba la mesa de operaciones. Carente de color, parecía un objeto desnudo y desalmado. Junto a ella había otra mesa sobre la que se hallaban dispuestas las gasas, el algodón y una serie de frasquitos con preparados químicos. Un interno vigilaba un estuche con tapa de cristal que contenía el reluciente instrumental, de aspecto inicuo. El interno iba esterilizando piezas en un aparato que tenía a la derecha. En un costado de la sala, dos ayudantes de cirugía vestidos con sendas batas blancas —los dos hombres— se lavaban las manos cuidadosamente con un líquido azulado contenido en unas palanganas de porcelana. Uno alargó imperiosamente la mano hacia una toalla que le ofrecía una enfermera, se secó las manos con rapidez y al instante volvió a mojárselas, esta vez en un líquido que parecía agua.

—Solución de bicloruro de mercurio y luego alcohol —le aclaró Minchen a Ellery en un susurro.

Inmediatamente después de secarse las manos mojadas por el alcohol, el ayudante de cirujano las extendió mientras una enfermera sacaba un par de guantes de goma de una máquina esterilizadora y ayudaba al médico a ponérselos. El otro cirujano procedió de manera similar.

De repente se abrió la puerta del lado izquierdo de la sala y apareció la diminuta figura cojeante del doctor Janney. Éste inspeccionó la sala con una de sus miradas de ave y a continuación

se dirigió a toda prisa hacia una palangana. Se quitó la bata y una enfermera le ayudó hábilmente a ponerse otra recién esterilizada. Mientras el cirujano procedía a enjuagarse concienzudamente las manos en la solución azulosa, otra enfermera le colocaba un nuevo gorrito blanco en la cabeza, introduciendo en él con cuidado el canoso cabello.

El doctor Janney habló sin levantar la vista.

—La paciente —dijo bruscamente.

Dos enfermeras abrieron con premura la puerta que conducía a la antesala.

—La paciente, señorita Price —dijo una de ellas.

Desaparecieron en el interior de la habitación y un momento después salieron empujando una larga camilla con ruedas de goma en la que yacía una figura inmóvil cubierta con una sábana. La cabeza de la paciente tenía un espectral color blanco azulado. La sábana le llegaba hasta el cuello. Tenía los ojos cerrados. Una tercera figura penetró en el quirófano procedente de la antesala; era otra enfermera. Ésta permaneció silenciosa en un rincón, esperando.

Levantaron a la paciente de la camilla y la depositaron en la mesa de operaciones. Inmediatamente, la tercera enfermera retiró la camilla a la antesala y, tras cerrar la puerta, desapareció de la vista. Una figura ataviada con una bata y mascarilla ocupó su lugar junto a la mesa de operaciones, manipulando una pequeña mesilla en la que había varios instrumentos y aparatos.

—El anestesista —murmuró Minchen—. Tiene que estar preparado por si Abby sale del coma durante la operación.

Los dos cirujanos ayudantes se aproximaron a la mesa de operaciones por costados opuestos. Levantaron la sábana que tapaba a la paciente y la sustituyeron por una prenda de corte peculiar. El doctor Janney, ahora debidamente provisto de guantes, bata y gorro, se encontraba de pie a un lado esperando con paciencia que una enfermera le colocara la mascarilla sobre la boca y la nariz.

Minchen se echó adelante en la silla, con una mirada curiosamente intensa en los ojos, que no apartaba del cuerpo de la paciente. En tono nervioso, le susurró a Ellery:

—Pasa algo, Ellery; pasa algo.

Ellery respondió sin volver la cara.

—¿Es la rigidez? —murmuró—. Me he fijado. Una diabética...

Los dos ayudantes se inclinaban sobre la mesa. Uno levantó un brazo y lo soltó. Estaba rígido; era imposible doblarlo. El otro le tocó un párpado y le inspeccionó el globo ocular. Ambos se miraron.

—¡Doctor Janney! —exclamó uno de ellos, alarmado, en tanto se erguía.

El cirujano se volvió y se lo quedó mirando.

—¿Qué ocurre?

Apartó a una enfermera del paso y se acercó con toda la rapidez que le permitía la cojera. Un instante después se inclinaba sobre el cuerpo inerte. Apartó la tela de un manotazo y le tocó el cuello a la mujer. Ellery vio cómo se quedaba rígido; parecía que lo había alcanzado un rayo.

Sin levantar la cabeza, el doctor Janney pronunció dos palabras.

—Adrenalina. Pulmotor.

Como por arte de magia, los dos ayudantes, las dos enfermeras y las dos auxiliares entraron en actividad. Apenas se habían acallado las palabras cuando un cilindro largo y delgado alcanzó la mesa y varias figuras empezaron a actuar. Una enfermera le entregó al doctor Janney un objeto pequeño y reluciente; el médico abrió la boca de la paciente y sostuvo el objeto delante. Luego examinó atentamente la superficie; era un espejo metálico. Lo echó a un lado con un juramento amortiguado y alargó el brazo para coger una hipodérmica que le alargaba la enfermera. Descubrió el torso de la mujer y le clavó la aguja encima del corazón. El pulmotor estaba ya en funcionamiento, introduciendo oxígeno en los pulmones.

En la galería, las enfermeras e internos, el doctor Dunning, su hija, Philip Morehouse, el doctor Minchen y Ellery estaban sentados en el borde de los asientos, inmóviles. No se oía en todo el anfiteatro otro sonido que el zumbido del pulmotor.

Al cabo de un cuarto de hora, exactamente a las once y cinco minutos —Ellery consultó su reloj mecánicamente— el doctor Janney se enderezó, se volvió y, curvando el dedo índice, le hizo una seña al doctor Minchen. Sin articular palabra, el director médico abandonó el asiento, subió corriendo los escalones en dirección a la puerta posterior y desapareció. Un momento después cruzaba la puerta que daba al pasillo oeste y corría hasta la mesa de

operaciones. Janney se retiró señalando sin decir palabra el cuello de la anciana.

Minchen palideció. Igual que Janney, también retrocedió y se volvió; en esta ocasión el dedo doblado se dirigía a Ellery, que se había quedado petrificado donde Minchen lo había dejado.

Ellery se levantó. Arqueó las cejas. Sus labios formaron una palabra no articulada que Minchen comprendió.

El doctor Minchen asintió con la cabeza.

La palabra era: «¿Asesinato?».

5

ESTRANGULACIÓN

ELLERY dejó de sentir el desasosiego que lo había invadido mientras presenciaba los preparativos de un asalto a la carne mortal. La vida se había extinguido, estaba seguro de ello, si bien mientras abría la puerta que comunicaba el teatro con el pasillo oeste los cirujanos y las enfermeras seguían trabajando en el cuerpo. Una persona que antes estaba viva había muerto, y muerto por violencia. Las muertes con violencia eran cosa corriente para un escritor de relatos de misterio, un investigador extraoficial del crimen, por añadidura hijo de un inspector de la policía.

Sin apresurarse, se aproximó al núcleo de vertiginosa actividad. Janney levantó la vista y frunció el entrecejo.

—Aquí no puede estar, Queen.

Y se volvió de nuevo hacia la mesa olvidándose inmediatamente de Ellery.

—Doctor Janney —intervino Minchen.

—¿Qué hay?

—Queen es prácticamente miembro del cuerpo de policía —explicó Minchen vehementemente—. Es hijo del inspector Queen y ha colaborado en la resolución de numerosos asesinatos misteriosos. Quizá...

—¡Ah! —Los ojillos llameantes de Janney se volvieron hacia Ellery—. En tal caso es distinto. Adelante, Queen. Haga lo que quiera. Yo estoy ocupado.

Ellery se puso inmediatamente frente a la galería. Todo el mundo se había puesto en pie. El doctor Dunning y su hija subían apresuradamente las escaleras en dirección a la puerta trasera.

—Un momento. —La voz cristalina llenó el anfiteatro—. Les ruego que no abandonen la galería hasta que llegue la policía y los autorice a marcharse.

—¡Esto es absurdo! ¿La policía? ¿Para qué?

El doctor Dunning se volvió con el rostro pálido de tensión y la chica le puso una mano en el brazo.

Ellery prosiguió sin alterar el tono de voz.

—La señora Doorn ha sido asesinada, doctor.

El doctor Dunning, sin habla, cogió a su hija del brazo y, en la oscuridad, descendieron de nuevo a la zona anterior de la galería; todo el mundo guardaba silencio.

Ellery se volvió hacia Minchen y le habló con determinación en voz baja.

—Hazlo inmediatamente, John.

—Lo que tú digas.

—Que se cierren inmediatamente todas las puertas del hospital y que alguien vigile cada una de ellas; que alguien averigüe, si es posible, quién ha salido del recinto durante la última media hora, pacientes, personal, cualquiera. Es importante. Telefona a mi padre, a Jefatura. Ponte en contacto con la comisaría de distrito y diles lo que ha pasado. ¿Has entendido?

Minchen se puso en marcha de inmediato.

Ellery se adelantó y se colocó a un lado. Observó los suaves y eficaces movimientos de los médicos, que seguían ocupándose de la anciana, pero advirtió al instante que no había esperanzas de devolverle la vida. La fundadora del hospital, millonaria, benefactora de innumerables obras de caridad, puntal de la sociedad, manipuladora de fortunas, no podía recibir ya ayuda humana.

En voz baja preguntó junto a la cabeza de Janney:

—¿Hay alguna esperanza?

—Ninguna. Esto es totalmente inútil. Ha fallecido; lleva media hora muerta. Cuando la han traído aquí ya le había sobrevenido el *rigor mortis*.

La voz amortiguada de Janney era tan impersonal como si

estuviera hablando de un cadáver de la fosa común.

—¿De qué ha muerto?

Janney se irguió y se arrancó la mascarilla de la boca. No respondió de inmediato a Ellery. Antes les hizo una seña a los dos ayudantes sacudiendo la cabeza significativamente. Los médicos retiraron el pulmón en silencio. Una enfermera de rostro pétreo levantó la sábana para ocultar la envejecida carne.

Ellery se sobresaltó cuando Janney se volvió hacia él. Al cirujano le temblaban los labios. Había perdido el color.

—La han... estrangulado —dijo Janney con voz grave—. Dios mío.

Se volvió de espaldas, se metió la mano por debajo de la bata y, con dedos temblorosos, sacó un cigarrillo.

Ellery se inclinó sobre el cadáver. En torno al cuello, la anciana tenía una fina línea de sangre. Sobre una mesa próxima había un fragmento de alambre manchado de rojo. Sin tocarlo, Ellery lo estudió y observó que estaba retorcido en los extremos, como si lo hubieran anudado.

La piel de Abigail Doorn estaba lívida, blanca con un ligero matiz azulado, y extrañamente hinchada. Tenía los labios apretados y los ojos hundidos. El cuerpo exhibía una rigidez que no era natural.

Se abrió la puerta del pasillo y apareció Minchen.

—Ya está todo, Ellery —dijo con voz ronca—. Le he encargado a James Paradise, el conserje, que investigue las entradas y salidas; pronto nos hará llegar el informe. He llamado a tu padre y ya viene con sus ayudantes. La comisaría ha mandado también unos hombres hacia aquí.

Un policía uniformado hizo su entrada en el anfiteatro, miró a su alrededor y se dirigió hacia Ellery.

—Buenos días, señor Queen. Vengo de comisaría. ¿Se ocupa usted? —murmuró con voz ronca.

—Sí, quédese aquí, por favor.

Ellery recorrió el anfiteatro con la vista. Los ocupantes de la galería no se habían movido. El doctor Dunning se hallaba sumido en sus pensamientos. Su hija parecía mareada. En la orquesta, el doctor Janney se había retirado hasta la pared más alejada y permanecía frente a ella, de espaldas y fumando. Las enfermeras y

los demás médicos andaban de un lado para otro sin saber qué hacer.

—Vámonos a otra parte —le dijo Ellery a Minchen de pronto—. ¿Adónde podemos ir?

—¿Debo...?

—¿Informar de lo ocurrido a los parientes de la señora Doorn que esperan fuera? —terminó Ellery bruscamente—. No. Todavía no. Hay tiempo para eso. ¿Podemos entrar aquí?

—Sí.

Desde la puerta, con la mano en el pomo, Ellery se volvió.

—Doctor Janney.

El médico reaccionó, dio un paso adelante y se detuvo.

—¿Sí? —dijo con voz áspera, nuevamente desprovista de emoción.

—Le agradecería que no abandonara la sala, doctor. Quiero hablar con usted.

El doctor Janney se lo quedó mirando; parecía que estaba a punto de decir algo, pero apretó los labios, giró sobre sus talones y se encaminó a la misma pared.

6

INVESTIGACIÓN

LA ANTESALA DEL ANFITEATRO era casi cuadrada, salvo por un rincón en el que había un cubículo. En la misma pared había otra división en cuya puerta se leía:

ASCENSOR ANFITEATRO
(SÓLO PARA USO QUIRÓFANO)

El resto de la habitación lo ocupaban armarios del estilo ya conocido, los cuales emitían destellos de esmalte y cristal, un lavabo, una camilla y una silla blanca de metal.

Al entrar procedente del anfiteatro, Minchen se detuvo junto a la puerta y pidió unas sillas, que le fueron proporcionadas por las enfermeras, tras lo cual se cerró la puerta.

Ellery se plantó en el centro de la habitación y echó un vistazo a aquel poco prometedor territorio.

—No nos sobran las pistas, ¿eh, Minchen? —dijo con una mueca—. Ésta, supongo, es la habitación en que ha estado la señora Doorn hasta que la han llevado al anfiteatro.

—Exacto —replicó Minchen lacónicamente—. La han traído aquí hacia las diez y cuarto, creo. Y entonces estaba viva, si es eso lo que quieres saber.

—Hay unos cuantos problemas elementales que resolver, amigo

—murmuró Ellery—, aparte de la cuestión de si estaba o no viva cuando la han traído a esta habitación. Ah, ¿y cómo puedes estar seguro? Se encontraba en coma, ¿no? Parece perfectamente posible que se la cargaran antes.

—Janney debe de tener una idea bastante aproximada de eso —repuso Minchen—. La ha examinado profundamente en el anfiteatro mientras le administraban el oxígeno y la adrenalina.

—Llamemos al doctor Janney.

El doctor Minchen se acercó a la puerta.

—Doctor Janney —dijo sin levantar la voz.

Ellery oyó los pasos lentos y trabajosos del cirujano, primero despacio y luego con un renacido vigor. El doctor Janney entró con decisión en la antesala y miró a Ellery, desafiante.

—Usted dirá.

Ellery hizo una pequeña reverencia.

—Tenga la bondad de sentarse, doctor. Más vale estar cómodos...

Se sentaron. Minchen continuó paseando ante la, puerta del anfiteatro.

Ellery se pasó la palma derecha sobre la rodilla y se miró amorosamente el zapato. De pronto, levantó la vista.

—Creo, doctor, que lo mejor sería empezar en el sitio donde ha empezado todo, es decir, por el principio. Por favor, cuénteme los incidentes de esta mañana relacionados con la señora Doorn. Y recuerde que tengo un gran interés por los detalles. ¿Le importaría...?

El cirujano exhaló un bufido.

—Por Dios, hombre, ¿pretende que le cuente todo el historial ahora? Tengo cosas que hacer, gestiones, y pacientes que ver.

—No obstante, doctor —dijo Ellery sonriendo—, debe de saber muy bien que en la investigación de un asesinato no hay nada tan importante como la captura del asesino. Quizá no conoce el Nuevo Testamento. Pocos científicos lo conocen. «Recoge los fragmentos que quedan, que no se pierda nada». Yo me propongo recoger los fragmentos y creo que usted está en posesión de algunos.

Janney observó atentamente la risueña expresión de Ellery y echó una de sus rápidas miradas características a Minchen, de reojo.

—Ya veo que no me escapo. ¿Qué es exactamente lo que quiere

que le diga?

—Casi nada; todo.

El doctor Janney cruzó las piernas y encendió un cigarrillo con mano firme.

—Esta mañana, a las ocho y cuarto, mientras estaba efectuando la primera inspección de la sala de cirugía, me han llamado para que me personara inmediatamente al pie de la escalera principal del tercer piso. Allí he encontrado a la señora Doorn. Acababan de recogerla. Se había caído por las escaleras y se había roto la vesícula como consecuencia del impacto recibido en el abdomen al caer. El reconocimiento preliminar ha demostrado que había entrado en un coma diabético típico mientras bajaba, y naturalmente, al quedar inconsciente, había perdido el control de la musculatura.

—Muy bien —murmuró Ellery—. Supongo que ordenaría inmediatamente que la trasladaran a algún sitio.

—¡Naturalmente! —exclamó el cirujano—. He ordenado que la llevaran a una de las habitaciones individuales del tercer piso, que la desvistieran de inmediato y la metieran en la cama. La rotura era grave. Exigía inmediata atención quirúrgica, pero la diabetes nos ha obligado a reducir el contenido de azúcar mediante el tratamiento, peligroso pero esencial, con insulina y glucosa. El coma ha resultado una circunstancia favorable, un poco de buena suerte en este desagradable asunto. La anestesia hubiera hecho aumentar el riesgo. Así pues, gracias a las inyecciones intravenosas, hemos logrado reducir el contenido de azúcar al nivel normal, y, cuando he terminado un caso de urgencia en el quirófano A, la paciente estaba ya esperando en la antesala.

—¿Está usted dispuesto a afirmar, doctor, que la señora Doorn estaba viva cuando la han llevado a la antesala? —preguntó decididamente Ellery.

El cirujano apretó las mandíbulas.

—No estoy dispuesto a decir nada por el estilo, Queen; basándome en la experiencia personal, no puedo. La paciente estaba a cargo del doctor Leslie, un colega, mientras yo me encontraba en el quirófano A. Más vale que le pregunte a Leslie... Sin embargo, a juzgar por el estado del cuerpo, yo deduciría que no llevaba más de veinte minutos muerta, seguramente menos, cuando hemos

encontrado el alambre que llevaba en el cuello.

—Ya... El doctor Leslie, ¿eh? —Ellery se quedó mirando, pensativo, el suelo cubierto de losetas de goma—. Oye, John, ¿te importaría llamar al doctor Leslie, si no está ocupado? ¿Le importa, doctor Janney?

—No, no, claro que no.

Janney agitó la blanca y musculosa mano con negligencia. Minchen salió de la habitación por la puerta del anfiteatro y regresó al poco acompañado de un cirujano de bata blanca, uno de los que habían ayudado al doctor Janney.

—¿Doctor Leslie?

—Arthur Leslie, exacto —dijo el cirujano, y saludó con la cabeza a Janney, que seguía estando en su silla fumándose un cigarrillo—. ¿Qué es esto, una inquisición?

—En cierto modo... —Ellery se inclinó hacia adelante—. Doctor Leslie, ¿ha estado usted con la señora Doorn desde el momento en que el doctor Janney la ha dejado para atender la otra operación hasta que la han conducido al anfiteatro?

—¡Qué va! —Leslie miró interrogativamente a Minchen—. ¿Es que soy sospechoso de asesinato, John? No, amigo, yo no he estado con ella todo el rato. La he dejado en esta antesala al cuidado de la señorita Price.

—¡Ah, ya veo! Pero sí que ha estado con ella hasta que la han traído aquí.

—Por fin habla con claridad. Sí, así es.

Ellery se dio un golpecito en la rodilla con el dedo.

—¿Está usted dispuesto a jurar, doctor Leslie, que la señora Doorn estaba viva cuando usted ha abandonado esta habitación?

El cirujano levantó las cejas irónicamente.

—No sé en qué medida será válido mi juramento, pero sí. La he examinado antes de salir de esta habitación. El corazón le latía con toda seguridad. Estaba viva, hermano.

—Bueno, bueno. Por fin sacamos algo en claro —murmuró Ellery—. Así queda bien delimitado el tiempo y corrobora el cálculo del doctor Janney sobre la hora aproximada en que se ha producido la muerte. Nada más, doctor.

Leslie sonrió y giró sobre sus talones.

—Ah, doctor, a propósito —dijo Ellery arrastrando las palabras

—. ¿A qué hora, exactamente, han traído a la paciente a esta habitación?

—Hágame una pregunta más difícil. A las diez y veinte. Directamente de la habitación del tercer piso a este ascensor. — Señaló la puerta que se abría al otro extremo de la sala y en la cual se leía: «Ascensor anfiteatro»—. Y del ascensor, aquí dentro. Ese ascensor sólo se usa para llevar pacientes que han de ser operados en el anfiteatro, ¿sabe? Para que el informe sea absolutamente correcto, he de añadir que la señorita Price y la señorita Clayton me han acompañado y que después se ha quedado la señorita Price vigilando a la paciente mientras yo entraba en el anfiteatro a preparar las cosas y la señorita Clayton se ocupaba de otros menesteres. La señorita Price es la ayudante del doctor Janney, ya debe de saberlo.

—Lleva ya varios años colaborando con el doctor Janney en el cuidado de la señora Doorn —intervino Minchen.

—¿Algo más? —preguntó el doctor Leslie.

—No. ¿Me haría el favor de decirles a la señorita Price y a la señorita Clayton que entren?

—Muy bien. —Leslie salió silbando alegremente.

Janney se revolvió intranquilo.

—Mire, Queen, a mí ya no me necesita. ¿Por qué no me deja marchar?

Ellery se levantó y flexionó los bíceps.

—Lo siento, doctor, todavía lo necesito para una cosa... Ah, entren.

Minchen abrió la puerta de par en par para dejar paso a dos mujeres jóvenes vestidas con el uniforme blanco reglamentario.

Ellery se inclinó galantemente y miró primero a una y luego a otra.

—¿Señorita Price? ¿Señorita Clayton?

Una de las enfermeras, una chica rubia, alta y con un par de simpáticos hoyuelos, dijo rápidamente:

—Yo soy Clayton, señor. Ésta es la señorita Price. ¡Qué espantoso! Nosotras...

—Sin duda. —Ellery dio un paso atrás y les señaló dos sillas. Janney no se había levantado. Permanecía sentado, mirándose con furia la pierna izquierda—. Tengan la bondad de sentarse. Señorita

Clayton, tengo entendido que la señorita Price y usted han bajado a la señora Doorn del tercer piso en una camilla hace un rato en compañía del doctor Leslie, ¿es así?

—Sí, señor. Y entonces el doctor Leslie se ha ido al anfiteatro, yo he regresado a la sala G, que está en el tercer piso, y la señorita Price se ha quedado aquí —contestó la enfermera.

—¿Es correcto, señorita Price?

—Sí, señor.

La segunda enfermera era una morena de estatura media, piel rosada y ojos diáfanos.

—Excelente —exclamó Ellery—. Señorita Price, ¿recuerda usted qué ha ocurrido durante el tiempo que ha estado aquí sola con la señorita Doorn?

—Sí, perfectamente.

Ellery echó una mirada rápida a los demás ocupantes de la habitación. Janney estaba todavía sentado reprimiendo la cólera; a juzgar por la expresión de su rostro, se hallaba inmerso en oscuras reflexiones. Minchen se encontraba apoyado contra la puerta, escuchando atentamente. La señorita Clayton observaba a Ellery con una especie de franca fascinación. La señorita Price permanecía sentada en silencio con las manos entrelazadas en el regazo.

Ellery se inclinó hacia adelante.

—Señorita Price, ¿quién ha entrado en esta habitación una vez se han marchado el doctor Leslie y la señorita Clayton?

Aparentemente, la extraordinaria gravedad del tono empleado por Ellery dejó perpleja a la enfermera, que vaciló.

—Pues... nadie, aparte del doctor Janney, señor.

—¡Eh! —rugió el aludido. Se puso en pie con tal rapidez que la señorita Clayton hubo de reprimir un grito—. ¿Qué dice, Lucille? ¡Debe de estar loca! ¿Pretende decir delante de mis narices que he entrado en esta habitación antes de la operación?

—Pues... doctor Janney —dijo la chica en voz apenas audible y repentinamente pálida—, yo... yo lo he visto.

El cirujano se quedó mirando a su ayudante con los largos brazos de simio suspendidos a los lados hasta la altura de las rodillas y un aire ridículo. Ellery miró a Janney, a la señorita Price y a Minchen y se rió para sus adentros. Cuando habló lo hizo con voz suave, ligeramente vibrante.

—Puede retirarse, señorita Clayton.

La enfermera rubia abrió unos ojos como platos.

—Pero...

—Haga el favor.

Abandonó la habitación a regañadientes, dirigiendo una mirada apesadumbrada por encima del hombro en tanto Minchen cerraba la puerta a sus espaldas.

—¡Bueno! —Ellery se quitó los quevedos y empezó a limpiarlos con un suave movimiento circular—. Parece que nos encontramos ante un ligero desacuerdo. ¿Dice usted, doctor, que no ha estado en esta habitación antes de la operación?

Janney lo miró furioso.

—¡Naturalmente que digo que no! ¡Es una soberana tontería! Usted mismo ha hablado conmigo hacia las diez y media en el pasillo, justo después de que saliera de operar durante veinte minutos, y sin duda ha visto cómo me he ido con Cobb, el portero, hacia la sala de espera. ¿Cómo iba a estar aquí? Lucille, comete usted un grave error.

—Un momento, doctor —intervino Ellery—. Señorita Price, ¿a qué hora ha entrado el doctor Janney? ¿Se acuerda usted?

Los dedos de la enfermera manoseaban la almidonada bata nerviosamente.

—Pues... no me acuerdo exactamente... hacia las diez y media, quizá algo más tarde. Doctor, estoy...

—¿Y cómo sabe que era el doctor Janney, señorita Price?

Se echó a reír, con nerviosismo.

—Pues, naturalmente he pensado... simplemente lo he conocido, he dado por sentado que era el doctor Janney.

—Ah, lo ha dado por sentado —dijo Ellery, y dio un rápido paso adelante—. ¿No ha visto su rostro? Si le hubiera visto la cara lo sabría con seguridad.

—¡Desde luego! —le interrumpió Janney—. Hace mucho que me conoce, Lucille. No comprendo...

Detrás de su irritación, parecía perplejo. Minchen lo observaba todo, estupefacto.

—Llevaba la bata, el gorro y la mascarilla —balbuceó la muchacha—, de modo que sólo le he visto los ojos, pero... es que cojeaba, y era de la misma estatura, y... eso es lo que quiero decir

cuando digo que lo he dado por sentado. Nunca se sabe por qué.

Janney se la quedó mirando.

—¡Dios mío! Alguien se ha hecho pasar por mí —exclamó—. Eso es. Resulta facilísimo hacerse pasar por mí, pierna lisiada, mascarilla... Queen, alguien, alguien...

7

SUPLANTACIÓN

ELLERY colocó una mano tranquilizadora en el tembloroso brazo del cirujano.

—Cálmese, doctor. Siéntese, siéntese. Pronto llegaremos al fondo de la cuestión... ¿Sí? ¡Adelante!

Se había oído un golpecito en la puerta. Ésta se abrió para dar paso a un hombre gigantesco vestido con ropa de calle. Tenía unos hombros anchísimos, los ojos claros y un rostro duro.

—¡Velie! —exclamó Ellery—. ¿Ha llegado ya papá?

El recién llegado estudió a Janney, a Minchen y a la enfermera desde debajo de unas gruesas cejas.

—No, señor Queen, pero está en camino. Los que sí han llegado son los hombres de la comisaría de distrito y los detectives de Jefatura. Quieren entrar. Supongo que no querrá... —Miró significativamente al público de Ellery.

—No, no, Velie —repuso Ellery inmediatamente—. Entretenlos fuera. No dejes entrar a ninguno hasta que te lo diga yo. Avísame en cuanto llegue papá.

—Bien.

El gigantón se retiró en silencio y con el mismo silencio cerró la puerta tras de sí.

Ellery se dirigió de nuevo a la enfermera.

—Señorita Price, debe ser todo lo exacta que pueda, como si su vida dependiera de la precisión. Cuénteme qué ha pasado aquí,

desde el momento en que el doctor Leslie y la señorita Clayton la han dejado sola con la señora Doorn hasta que la ha llevado al anfiteatro.

La enfermera se humedeció los labios y dirigió una mirada tímida y nerviosa al cirujano, que se había retirado a su silla y la observaba con ojos opacos.

—Pues... —rió nerviosa—. Es muy sencillo, señor Queen, ¿verdad?... El doctor Leslie y la señorita Clayton se han ido justo después de que bajáramos a la señora Doorn desde el tercer piso. Yo no tenía nada que hacer. El doctor había examinado otra vez a la paciente y aparentemente todo iba bien. Ya debe de saber que no se ha empleado anestesia. —Ellery asintió con la cabeza—. Eso quiere decir que no hacía falta que estuviera un anestesista conmigo ni que controlara continuamente el pulso de la paciente. Estaba en coma y lista para la operación.

—Sí, sí —dijo Ellery con impaciencia—. Eso ya lo sabemos, señorita Price. Por favor, háblenos del visitante.

La enfermera se sonrojó.

—Sí, señor. El hombre que yo... yo creía que era el doctor Janney ha entrado en la antesala diez o quince minutos después de marcharse el doctor Leslie y la señorita Clayton.

—¿Por qué puerta ha entrado?

—Por ésta.

La enfermera señaló la que comunicaba con la sala de anestesia.

Ellery se volvió rápidamente hacia el doctor Minchen.

—John, ¿quién había en la sala de anestesia esta mañana? ¿La ha usado alguien?

Minchen parecía desconcertado. La señorita Price se adelantó a contestar.

—Estaban anestesiando a un paciente, señor Queen. Creo que estaban la señorita Obermann y el doctor Byers.

—Muy bien.

—El hombre que ha entrado cojeando, vestido de cirujano, ha cerrado la puerta...

—¿De prisa?

—Sí, señor. Ha cerrado la puerta inmediatamente tras de sí y se ha acercado a la camilla en la cual yacía la señora Doorn. Se ha inclinado sobre ella, luego ha levantado la vista y, como

distraídamente, ha hecho el gesto de lavarse las manos.

—¿En silencio?

—Sí, señor, no ha dicho palabra; simplemente se ha frotado las manos. Naturalmente, yo he comprendido de inmediato lo que deseaba. Es un gesto muy corriente en el doctor Janney. Significaba que quería desinfectarse las manos, probablemente porque iba a hacerle un último reconocimiento a la paciente antes de la operación. Así pues, me he ido a la sala de esterilización. —Señaló el cubículo que ocupaba el rincón noroeste de la sala—. Allí he preparado una solución de bicloruro de mercurio y un baño de alcohol. Yo...

Ellery parecía complacido.

—¿Cuánto tiempo calcula usted que ha estado en la sala de esterilización?

La enfermera vaciló.

—Pues, unos tres minutos o así. No lo recuerdo exactamente. He regresado a la antesala y he colocado los desinfectantes allí, en la palangana. El doctor Janney... quiero decir el hombre, el que fuera, se ha aclarado las manos rápidamente...

—¿Más de prisa de lo corriente?

—Sí, eso he observado, señor Queen —replicó la muchacha, sin mirar al cirujano, que tenía el codo apoyado en la rodilla y no le quitaba la vista de encima—. Luego se ha secado las manos en una toalla que le tenía preparada y ha hecho un gesto para que retirara los desinfectantes. Mientras me los llevaba a la sala de esterilización he observado que regresaba a la camilla y se inclinaba sobre la paciente. Cuando he vuelto, se estaba enderezando a la vez que colocaba la sábana en su sitio.

—Muy claro, señorita Price —dijo Ellery—. Ahora quiero hacerle unas preguntas, si no le importa... Mientras se desinfectaba, encontrándose usted a corta distancia de él, ¿se ha fijado en las manos?

La enfermera frunció el entrecejo.

—Pues... no especialmente. Es que no sospechaba nada y tomé todas sus acciones como cosa rutinaria.

—Lástima —murmuró Ellery—. Yo tengo mucha fe en el carácter de las manos... Señorita Price, dígame una cosa. ¿Cuánto tiempo ha estado usted ausente de la antesala la segunda vez,

cuando ha ido a dejar las cosas en la sala de esterilización?

—No más de un minuto. Me he limitado a tirar las soluciones de bicloruro y de alcohol y a aclarar las palanganas; luego he regresado.

—Y una vez ha regresado, ¿cuánto tiempo ha tardado el hombre en marcharse?

—Se ha ido inmediatamente.

—¿Por la misma puerta por la que había entrado, la de la sala de anestesia?

—Sí, señor.

—Ya... —Ellery dio un corto paseo por la habitación en tanto se golpeaba la barbilla con los quevedos, pensativo—. Por lo que dice, señorita Price, parece que se ha producido una asombrosa escasez de conversación. ¿No ha dicho su misterioso visitante absolutamente nada durante todo el proceso, ni una palabra?

La enfermera parecía ligeramente sorprendida, su límpida mirada perdida en el espacio.

—Pues, no, señor Queen, no ha abierto la boca en todo el rato que ha estado aquí.

—No me extraña —dijo Ellery lacónicamente—. Muy ingenioso todo esto... ¿Tampoco ha dicho usted nada, señorita Price? ¿No lo ha saludado cuando ha entrado?

—No, no lo he saludado —contestó ella de inmediato—, pero sí me he dirigido a él mientras estaba en la sala de esterilización la primera vez.

—¿Y qué le ha dicho exactamente?

—Nada de importancia, señor Queen. Conozco bastante bien al doctor Janney, y a veces es un poco impaciente. —Una sonrisa asomó a sus labios y se apagó rápidamente cuando el cirujano gruñó—. Le he dicho: «En seguida estará listo, doctor Janney».

—Le ha llamado «doctor Janney», ¿eh? —Ellery miró al cirujano con curiosidad—. Un disfraz perfecto, ¿no cree, doctor?

—Evidentemente, evidentemente —murmuró Janney.

Ellery se volvió de nuevo hacia la enfermera.

—Señorita Price, ¿recuerda usted algo más? ¿Nos ha contado absolutamente todo lo que ha ocurrido mientras ese hombre se encontraba en la antesala?

—Bueno, si no me equivoco —respondió, pensativa—, sí que ha

ocurrido otra cosa... pero de poca importancia, señor Queen —añadió en tono de disculpa, levantando la vista para mirarle a los ojos.

—Me considero un buen juez de cosas de poca importancia, señorita Price —dijo Ellery sonriendo—. ¿Qué es?

—Pues, mientras estaba en la sala de esterilización la primera vez, he oído que se abría una puerta en la antesala y una voz de hombre que decía: «Ah, perdón». Y la puerta ha vuelto a cerrarse; o al menos yo he oído el ruido.

—¿Qué puerta? —preguntó Ellery.

—Lo siento, pero no se lo podría decir. Es imposible adivinar la procedencia del sonido en tales circunstancias, al menos para mí. Y, claro, no he visto nada.

—Bueno, pero ¿ha reconocido la voz?

Se retorció los dedos con nerviosismo, en el regazo.

—Temo que no puedo serle de mucha ayuda, señor Queen. Me ha parecido conocida, supongo, pero no he prestado demasiada atención y no sé quién sería.

El cirujano se puso en pie con aire de cansancio y miró desesperado a Minchen.

—Por Dios, ¡qué absurdo! —rezongó—. Esto es un complot descarado. John, ¿no creerá que estoy implicado en este asunto?

Minchen se pasó el dedo por el cuello de la bata.

—Doctor Janney... no lo creo. Pero no sé qué pensar.

La enfermera se levantó rápidamente, se aproximó al cirujano y le puso la mano en el brazo.

—Doctor Janney, por favor, yo no pretendía inculparlo a usted; naturalmente no ha sido usted, el señor Queen es consciente de ello.

—Bueno, bueno —intervino Ellery con una risita—. ¡Vaya cuadro! Venga, no nos pongamos melodramáticos. Por favor, siéntese, doctor, y usted también, señorita Price.

Se sentaron, con cierta rigidez.

—¿Le ha llamado algo la atención por insólito, fuera de lo corriente, durante el tiempo en que éste, digamos «impostor» de momento, este impostor se encontraba en la sala?

—En ese momento, no, por supuesto. Pero ahora veo que el hecho de que no hablara, y todo lo de la desinfección, etcétera... veo que era extraño.

—¿Qué ha ocurrido cuando se ha marchado nuestro impostor?

—Pues, nada. Yo me he imaginado que el doctor había reconocido a la paciente para comprobar que todo iba bien, de modo que me he sentado en la silla a esperar. No ha venido nadie más y no ha ocurrido nada hasta que el personal de quirófano ha entrado procedente del anfiteatro para llevarse a la paciente. Entonces los he seguido.

—¿No ha mirado a la señora Doorn en todo este tiempo?

—No me he acercado a tomarle el pulso ni a examinarla de cerca, si se refiere a eso, señor Queen. —Suspiró—. Claro que le he echado una mirada de vez en cuando, pero sabía que estaba en coma (estaba muy pálida) y además el doctor la había reconocido...

—Ya veo, ya veo —dijo Ellery gravemente.

—De todos modos, tenía órdenes de no molestar a la paciente a no ser que ocurriera algo inesperado, o me pareciera que le sucedía algo.

—Ya, naturalmente. Una cosa más, señorita Price. ¿Se ha fijado usted sobre qué pie cargaba el peso el impostor? ¿Recuerda que ha dicho que cojeaba?

Se hundió pesadamente en la silla.

—El débil parecía el izquierdo. Cargaba el peso en el derecho, igual que el doctor Janney. Pero...

—Sí —la interrumpió Ellery—, pero cualquiera que se propusiera suplantar a alguien debidamente se fijaría bien en eso. Nada más, señorita Price. Nos ha sido de mucha ayuda. Ya puede retirarse al anfiteatro.

—Gracias —dijo ella en voz baja; miró gravemente al doctor Janney, sonrió al doctor Minchen y salió por la puerta del anfiteatro.

Después que Minchen hubo cerrado la puerta suavemente, se produjo un pequeño silencio. El director médico tosió, vaciló y se dejó caer en la silla que había dejado la enfermera. Ellery puso el pie en otra silla y apoyó el codo en la rodilla mientras seguía jugando con las gafas. Janney se agitó, sacó un cigarrillo, lo apretó entre sus poderosos dedos blancos y, de repente, se puso en pie.

—Mire, Queen —gritó—, esto ya ha llegado demasiado lejos, ¿no le parece? Usted sabe perfectamente que yo no he estado aquí. Puede haber sido cualquier bribón que me conociera a mí y al

hospital. Todo el mundo sabe que voy vestido de cirujano tres cuartas partes del tiempo que paso aquí. Está más claro que un embarazo. ¡Dios santo! —Sacudió la cabeza como un perro despeinado.

—Sí, parece que se hayan aprovechado de su bondad, doctor —dijo Ellery con calma, observando a Janney—, pero no queda libre de sospecha; el que lo ha hecho es listo.

—Eso lo reconozco, sí —gruñó el cirujano—. Ha engañado a la señorita Price, que lleva muchos años conmigo. Y probablemente también habrá engañado a otros en la sala de anestesia. Bueno, Queen, ¿qué piensa hacer conmigo? —Minchen se revolvió incómodo.

Ellery arqueó las cejas.

—¿Que qué voy a hacer? —preguntó con una risita—. Mi *métier*, doctor, es dialéctico. Soy una encarnación de Sócrates. Lo que hago yo son preguntas, de modo que le voy a preguntar, y sé que me responderá con la verdad, dónde estaba usted, y qué hacía mientras ha tenido lugar esta pequeña representación teatral.

Janney se irguió y resopló.

—Usted sabe perfectamente dónde estaba yo. Ha oído lo que ha dicho Cobb. Ha visto que me iba con él a recibir a la visita. ¡Dios santo, qué pregunta más pueril!

—Es que soy muy ingenuo, doctor. ¿Cuánto tiempo ha estado hablando con esa visita? Y, ¿dónde? Estas cosas, doctor...

—Afortunadamente —gruñó Janney—, he mirado el reloj justo antes de dejarlos a ustedes. Como recordará, eran las diez y veintinueve. Y mi reloj siempre es exacto, por fuerza. Me he ido con Cobb a la sala de espera, donde estaba mi visita. Me la he llevado a mi despacho, que está al otro lado del pasillo, enfrente del ascensor principal, y nada más, creo.

—Hay algo más, doctor. ¿Cuánto tiempo ha estado en el despacho con la visita?

—Hasta las once menos veinte. Se acercaba la hora cero y he tenido que poner fin a la entrevista. Tenía que prepararme, cambiarme de bata, desinfectarme..., de modo que la visita se ha ido y yo me he dirigido al anfiteatro directamente.

—Y ha entrado por la puerta del pasillo oeste, eso lo he visto yo —murmuró Ellery—. ¿Ha acompañado a la visita hasta la puerta del

hospital? ¿Ha visto cómo salía?

—Naturalmente. —El cirujano se intranquilizó de nuevo—. Oiga, Queen, después de todo... Me está interrogando como si fuera el criminal.

Nuevamente, el dinámico cirujano había montado en cólera. Su voz se convirtió en un chillido y las venas del áspero cuello se le hincharon.

Ellery se acercó a Janney con una agradable sonrisa.

—A propósito, doctor, ¿quién era esa visita? Por supuesto, ya que ha sido tan franco conmigo en todo lo demás, no le importará decírmelo.

—Yo...

La furia se fue borrando lentamente del rostro de Janney. Palideció. Con un movimiento repentino, se irguió, hizo entrechocar los talones y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Un enérgico golpe descargado en la puerta del anfiteatro resonó como un trueno en la antesala. Ellery se volvió al instante.

—¡Entre!

La puerta se abrió y un hombrecillo delgado, vestido de gris oscuro, con el cabello y el bigote canos, les sonrió. Tras él había un grupo de nombres de aspecto formidable.

—Papá —dijo Ellery. Se adelantó presuroso, se estrecharon la mano y se miraron intensamente. Ellery sacudió la cabeza de modo casi imperceptible—. Llegas en un momento la mar de dramático. Estamos metidos en la maraña más fascinante con la que nos hayamos enfrentado nunca. Adelante.

Se hizo a un lado. El inspector Richard Queen avanzó con pasos ágiles y los demás hombres le siguieron. Recorrió la habitación con la vista rápidamente, saludó con la cabeza al doctor Janney y al doctor Minchen y volvió a avanzar.

—Entrad, chicos —les indicó—. Tenemos que ponernos a trabajar. Ellery, ¿has empezado ya? ¿Lo tienes resuelto? Thomas, haz el favor de entrar y de cerrar esa puerta. ¿Y esos caballeros? Ah, doctores. Una gran profesión. No, Ritchie, en esta habitación no va a encontrar nada. Supongo que la pobre anciana se encontraba aquí cuando la han matado, ¿no es eso? ¡Sorprendente, sorprendente!

Miró a su alrededor, sin dejar de parlotear y sin que a sus penetrantes ojillos se les escapara nada.

Ellery presentó a los dos médicos. Ambos inclinaron la cabeza sin hablar. Los detectives que acompañaban al inspector se habían repartido por la habitación. Uno de ellos empujó la camilla llevado de la curiosidad y ésta se desplazó unos centímetros sobre el suelo de caucho.

—¿Detectives del distrito? —preguntó Ellery con una mueca.

—A la pandilla de Ritchie le gusta meterse en todo —dijo el viejo riendo—. No permitas que te molesten. Venga a aquel rincón, caballero, y cuénteme lo peor. Parece que está usted un poco enredado, ¿eh?

—Buena deducción —dijo Ellery con una sonrisa sombría.

Se apartaron de los demás en silencio y Ellery, en voz baja, informó a su padre de los acontecimientos de aquella mañana, incluido un resumen de las declaraciones que había recogido. El viejo asentía con frecuencia. Cuando el discurso de Ellery llegó a su fin, el rostro del inspector adoptó una expresión grave. Sacudió la cabeza.

—Cada vez peor —gruñó—. Pero así es la vida del policía. Por cada cien casos fáciles, hay uno que exige una mente entrenada en una docena de universidades, incluida la universidad del crimen. Hay que hacer unas cuantas cosas sin pérdida de tiempo.

El inspector se volvió hacia sus ayudantes y se dirigió al sargento detective alto y de mandíbula pronunciada, que respondía al nombre de Velie.

—¿Qué ha dicho el doctor Prouty, Thomas? —preguntó—. No, no se levante, doctor Minchen; no me estoy nunca quieto.

—El forense lo ha retenido por algo —repuso Velie con su vozarrón—. Vendrá luego.

—Bueno. Caballeros...

Agarró a Velie por la solapa y abrió la boca para hablar. Ellery prestaba escasa atención al inspector; por el rabillo del ojo observaba al doctor Janney, que se había retirado a la pared y se contemplaba la punta de los zapatos en silencio, con una inequívoca expresión de alivio.

8

CORROBORACIÓN

EL INSPECTOR HABLABA paternalmente con Velie, que le pasaba un buen trozo.

—Ahora tienes que hacer unas cosas, Thomas. Lo primero es bajar a ver a ese tal Paradise, ¿es así como se llama, doctor Minchen?, el conserje del hospital, Thomas, y recoger el informe que ha preparado sobre la gente que ha entrado y salido esta mañana. Tengo entendido que le han encargado que se ocupe de eso inmediatamente después de que se descubriera el asesinato. Averigua lo que ha hecho. Lo segundo es: pasa por todas las salidas y entradas y sustituye a los guardas por hombres nuestros. En tercer lugar: cuando salgas haz entrar a ese tal doctor Byers y a la señorita Obermann. ¡En marcha, Thomas!

Al abrir Velie la puerta del anfiteatro vieron a varios policías uniformados que paseaban lentamente por el quirófano. Ellery alcanzó a ver brevemente la galería; Philip Morehouse estaba de pie, protestando violentamente por algo. Un fornido policía lo tenía agarrado. A un lado, el doctor Dunning y su hija permanecían sentados, inmersos en lo que parecía un silencio estupefacto.

—¡Caramba, papá, los familiares! —exclamó Ellery bruscamente. Luego se volvió hacia Minchen—. John, a ti te toca el trabajo sucio. ¿Quieres volver a la sala de espera...? Tengo una idea, llévate al joven Morehouse; evidentemente, lo está pasando mal ahí arriba. Informa a Hendrik Doorn, a Hulda Doorn, a la señorita Fuller y a

quien haya allí... Un momento, John.

Conversó un instante en voz baja con el inspector. El viejo asintió con la cabeza y le hizo una seña a un detective.

—Ritchie, ya sé que se muere de ganas de hacer algo. A ver cómo se las apaña el distrito —dijo el inspector—. Vaya a la sala de espera con el doctor Minchen y hágase cargo. Que no salga nadie. Doctor, probablemente necesitará ayuda; no me extrañaría que hubiera más de un desmayo y cosas por el estilo; quizá desee llevarse a alguna enfermera. No deje salir a nadie hasta que yo lo autorice, Ritchie.

Ritchie, un individuo barbinegro de aspecto hosco, respondió algo ininteligible y siguió a Minchen con displicencia. A través de la puerta abierta, Ellery vio que Minchen le, hacía señas a Morehouse, que dejó de alborotar y subió corriendo los escalones que lo separaban de la salida de la galería.

La puerta se cerró. Pero casi inmediatamente se volvió a abrir para dar paso a un médico vestido de blanco y a una enfermera.

—¡Ah, doctor Byers! —dijo el inspector—. Pase, pase. Me alegro de que haya venido tan pronto. ¿No los estaremos apartando de su trabajo? ¿No? Bueno, bueno... Doctor Byers —preguntó bruscamente—, ¿se encontraba usted en la sala de anestesia de aquí al lado, esta mañana?

—Desde luego.

—¿En qué circunstancias?

—Estaba administrando anestesia a un paciente con la ayuda de la señorita Obermann, aquí presente. Es mi ayudante.

—Además de usted, la señorita Obermann y el paciente, ¿había alguien más en la sala?

—No.

—¿A qué hora han ocupado la sala?

—Desde las diez y veintiocho hasta las once menos cuarto, aproximadamente. El paciente presentaba una apendicitis que iba a ser intervenida por el doctor Jonas, que ha llegado un poco tarde. Hemos tenido que esperar a que quedaran libres el quirófano A y el B; hoy ha habido mucho trabajo.

—Hmmm. —El inspector sonrió complacido—. Y, doctor, ¿ha entrado alguien en la sala de anestesia mientras la ocupaban ustedes?

—No. —Y añadió a toda prisa—: Es decir, no ha entrado ningún extraño. El doctor Janney ha pasado por aquí hacia las diez y media, diría yo, quizá un minuto o dos después; se dirigía a la antesala. Unos diez minutos más tarde ha vuelto a pasar. Diez minutos o algo menos.

—Usted también —rezongó Janney, dirigiéndole una mirada venenosa al doctor Byers.

—¿Eh? ¿Cómo dice? —balbuceó Byers.

La enfermera que lo acompañaba parecía perpleja.

El inspector se adelantó un poco y se apresuró a decir:

—No se preocupe por eso ahora, doctor Byers. El doctor Janney no se encuentra bien, está un poco disgustado; es natural, es natural. Supongo que estaría usted dispuesto a declarar bajo juramento que el hombre que ha visto pasar por la sala en dos ocasiones esta mañana era el doctor Janney.

El médico se revolvió, incómodo, vacilante.

—Me lo pone bastante difícil... No, no lo juraría. Al fin y al cabo —dijo más animosamente—, no le he visto la cara. Llevaba mascarilla, gorro, bata y todo lo demás. Iba bastante tapado.

—¡Lo creo! —comentó el inspector—. ¿Así que no lo juraría? Sin embargo, hace un momento parecía que estaba bastante seguro de que era el doctor Janney. ¿Por qué?

—Bueno... —El doctor Byers volvió a vacilar—. Naturalmente, la cojera que todos estamos tan acostumbrados a ver...

—Ah, la cojera. Continúe.

—Y, claro, inconscientemente, supongo que preveía la presencia del doctor Janney dado que el siguiente caso quirúrgico de que tenía que ocuparse se encontraba en la antesala. Todos estábamos inquietos, tratándose de la señora Doorn, ya se puede figurar. Y, bueno, he pensado que era él, eso es todo.

—¿Y usted, señorita Obermann —el inspector se volvió rápidamente a la enfermera, cogiéndola por sorpresa—, ha supuesto también que se trataba del doctor Janney?

—Sí, sí, señor —tartamudeó la chica sonrojándose—, por... por el mismo motivo que el doctor Byers.

—Hum —gruñó el inspector. Dio una vuelta por la habitación. Janney contemplaba el suelo sin parpadear—. Dígame, doctor —continuó—, ¿ha visto su paciente entrar y salir al doctor Janney?

¿Estaba consciente durante este tiempo?

—Creo que es posible que viera al doctor... al doctor Janney —dijo titubeante—, porque todavía no le habíamos aplicado el cono y la camilla estaba de cara a la puerta; pero se encontraba bajo los efectos del éter cuando ha reaparecido el doctor Janney y, por supuesto, no puede haberlo visto.

—¿Y quién es este paciente?

Una sonrisa fugaz apareció en los labios del doctor Byers.

—Me imagino que debe de conocerlo muy bien, inspector Queen. Michael Cudahy.

—¿Quién? ¿Cómo? ¡Big Mike!

Las exclamaciones cruzaron la habitación. Todos los detectives se sobresaltaron. El inspector entrecerró los ojos. Luego se volvió bruscamente a uno de sus hombres.

—Pensaba que me había dicho que Michael Cudahy se había ido a Chicago, Ritter. ¡Tiene cada idea! —Giró sobre sus talones y volvió a dirigirse al doctor Byers—. ¿Dónde está Mike ahora? ¿En qué habitación? Quiero ver a ese guerrillero.

—Está en una habitación individual, la 32, en el tercer piso, inspector —repuso el médico—, pero no le servirá de nada verlo. Está muerto para el mundo; acaban de sacarlo del quirófano B. Lo ha operado Jonas. Su subordinado me ha encontrado justo al terminar. Está en la habitación, pero no saldrá del éter hasta dentro de un par de horas.

—¡Johnson! —llamó el inspector sombríamente. Un hombre pequeño de aspecto melancólico se adelantó—. Hágame una nota para recordarme que interrogue a Big Mike. Bajo los efectos del éter, ¿eh? Eso es nuevo.

—Doctor Byers. —La voz de Ellery se alzó apaciblemente—. Mientras se encontraba trabajando en la sala de anestesia, es posible que oyera la conversación que se desarrollaba aquí dentro. ¿Lo recuerda? ¿O usted, señorita Obermann?

El médico y la enfermera se miraron unos instantes.

A continuación, el doctor Byers miró con franqueza a Ellery.

—Esto tiene gracia —dijo—. Hemos oído a la señorita Price gritar al doctor Janney que tendría algo listo en un momento, o algo parecido, y recuerdo que le he comentado a la señorita Obermann que el viejo... quiero decir el doctor Janney, debía de

estar de peor genio que de costumbre, porque ni siquiera ha respondido.

—¿Quiere decir que no ha oído que el doctor Janney pronunciara ninguna frase ni ninguna pregunta, durante todo el tiempo que ha estado en esta habitación? —preguntó Ellery rápidamente.

—Ni una sílaba —dijo el doctor Byers.

La señorita Obermann cabeceó en señal de acuerdo.

—¿Recuerdan haber oído que se abría y cerraba una puerta y que una voz decía «perdón»?

—Creo que yo no.

—¿Y usted, señorita Obermann?

—No, señor.

Ellery le dijo algo al oído al inspector. Éste se mordió el labio, cabeceó y le hizo una imperiosa seña a un detective corpulento de aspecto sueco.

—¡Hesse! —El hombre se le acercó con indolencia—. A ver si aclaramos esto. Vaya al quirófano y pregunte a los médicos e internos si alguno ha sacado la cabeza por esta puerta, entre las diez y media y las once menos cuarto. Y traiga al que sea.

Mientras Hesse salía a cumplir con su cometido, el inspector indicó al doctor Byers y a la enfermera que podían retirarse. Janney contempló cómo se marchaban con ojos sombríos. Ellery conversó con su padre hasta que la puerta volvió a abrirse para dar paso a un joven de cabello oscuro y raza semítica, vestido como los demás con el uniforme del hospital. Hesse lo condujo al interior de la sala.

—Doctor Gold —dijo Hesse lacónicamente—. Ha sido él.

—Sí —dijo el joven interno de inmediato, dirigiéndose al diminuto inspector—. He sacado la cabeza por esa puerta hacia las once menos veinticinco, diría yo —señalaba la puerta que comunicaba con el pasillo oeste—. Buscaba al doctor Dunning para hacerle una consulta referente a un diagnóstico. Por supuesto, he visto inmediatamente que no era él, en cuanto he abierto la puerta, de modo que me he disculpado sin entrar y me he marchado.

Ellery se inclinó hacia adelante.

—Doctor Gold, ¿cuánto ha abierto la puerta?

—Aproximadamente un palmo, lo suficiente para sacar la cabeza. ¿Por qué?

—¿Por qué no? —dijo Ellery sonriendo—. En cualquier caso, ¿a quién ha visto?

—A un médico. No sé quién era.

—¿Cómo ha sabido que no era el doctor Dunning?

—Pues porque el doctor Dunning es alto y delgado, y aquel hombre era más bien bajo y grueso; la caída de hombros era distinta; no sé, simplemente no era el doctor Dunning.

Ellery se limpió las gafas enérgicamente.

—Y, ¿en qué posición estaba este médico? Dígame lo que ha visto cuando ha abierto la puerta.

—Estaba de espaldas a mí y se encontraba ligeramente inclinado sobre la camilla. Su cuerpo ocultaba lo que había en la camilla.

—¿Y las manos?

—No las he visto.

—¿Estaba solo en la habitación?

—Yo no he visto a nadie más. Claro que el paciente debía de estar en la camilla, pero yo no he visto a nadie más.

El inspector intervino amablemente.

—Ha dicho: «Ay, perdón», ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha contestado él?

—Pues, nada. Ni siquiera se ha vuelto, aunque he visto que sacudía un poco los hombros cuando he hablado. De todas maneras, yo he dado un paso atrás, he cerrado la puerta y me he ido. En total, no habrán pasado más de diez segundos.

Ellery se aproximó al doctor Gold y le dio una palmadita en el hombro.

—Una cosa más. ¿Podía ese hombre ser el doctor Janney?

El joven interno balbuceó:

—Pu-pues, supongo que sí, pero por lo que he visto yo podía ser cualquier otro... ¿Pasa algo, doctor? —Volvió la cabeza para mirar al cirujano, que no contestó—. Bueno, si no desean nada más, me marchó.

El inspector le despidió con un vigoroso ademán.

—Llame a Cobb, el portero.

Hesse salió de la sala calmadamente.

—Dios santo —dijo Janney en tono monótono.

Nadie le prestó la más mínima atención.

La puerta se abrió para dejar paso a Hesse y a Isaac Cobb, el portero de rostro carmesí. Llevaba la gorra gallardamente sobre la cabeza y miró a su alrededor con simpatía, como si sintiera cierta afinidad con aquellos hombres de la policía.

El inspector no se anduvo con rodeos.

—Cobb, interrúmpame si digo algo que no sea cierto. Usted se ha acercado al doctor Janney mientras el señor Queen y el doctor Minchen hablaban con él en el pasillo. Le ha dicho que había un hombre que quería hablar con él. Al principio él se ha negado, pero cuando le ha entregado la tarjeta, en la que se leía el nombre de «Swanson», ha cambiado de opinión y lo ha seguido por el pasillo hacia la sala de espera. ¿Qué ha pasado después?

—El doctor ha saludado a ese hombre —replicó Cobb en tono familiar— y entonces han salido de la sala de espera, han girado a la derecha (ya sabe que el despacho del doctor Janney es por allí) y han entrado en el despacho. Han cerrado la puerta, quiero decir que la ha cerrado el doctor. Yo me he vuelto a mi puesto en el vestíbulo y allí he estado hasta que ha venido el doctor Minchen y ha dicho...

—¡Un momento, un momento! —interrumpió el inspector irritado—. Afirma que no ha abandonado su puesto ni un momento. Suponga... —Eché una mirada al doctor Janney, que estaba encorvado en su rincón, repentinamente tenso y alerta—. Suponga que el doctor Janney o su visita hubieran decidido salir del despacho para ir a los quirófanos, por ejemplo, ¿hubieran podido hacerlo sin que los viera usted?

El portero se rascó la cabeza.

—¡Claro! Claro que sí. No estoy siempre mirando hacia dentro. A veces abro la puerta y me pongo a mirar la calle.

—¿Ha mirado la calle esta mañana?

—Sí, claro, claro que sí.

Ellery lo interrumpió.

—El doctor Minchen se le ha acercado y le ha dicho que cerrara la puerta con llave. ¿Cuánto tiempo hacía que la visita del doctor Janney, ese tal Swanson, había salido del edificio? Porque saldría del edificio, ¿no?

—¡Claro! —Cobb sonrió abiertamente—. Incluso me ha dado... quiero decir que quería darme un cuarto de dólar. Pero yo no lo he cogido, no: va contra el reglamento. Sí, yo diría que ese hombre se

ha ido unos diez minutos antes de que el doctor Minchen me diera la orden.

—¿Ha salido alguien más por la puerta principal —continuó Ellery— entre el momento en que se ha marchado Swanson y el momento en que ha cerrado la puerta?

—Ni un alma.

Ellery se dirigió al doctor Janney, que inmediatamente se irguió y se puso a mirar al vacío.

—Hay un pequeño detalle, doctor —comenzó a decir Ellery con suavidad—, que no hemos tenido tiempo de aclarar. Lo recuerda, ¿verdad? Creo que estaba a punto de decirme quién era la persona que lo ha venido a ver cuando ha entrado el inspector y... —Se interrumpió frunciendo los labios al oír que se abría la puerta y el sargento Velie entraba taconeando flanqueado por dos detectives—. Vaya —dijo Ellery con una ligera sonrisa—, parece que estamos condenados a posponer la pregunta fatal. Adelante. Parece que el mensajero Velie trae mucha información.

—¿Qué hay, Thomas? —preguntó el inspector.

—No ha salido nadie del hospital desde las diez y cuarto, con la excepción de la visita del doctor Janney. Cobb nos ha informado de lo de Swanson hace unos minutos, fuera —dijo Velie con su vozarrón—. Tenemos una lista de la gente que ha entrado en el edificio durante ese lapso de tiempo, pero les hemos seguido la pista y están todos justificados. Además, aún se encuentran todos aquí, no hemos dejado salir a nadie.

—Excelente, Thomas, excelente —exclamó el inspector—. Aquí la tienes, Ellery, la suerte de los Queen. Nuestro asesino todavía está en el edificio, no puede salir.

—Probablemente tampoco querrá —dijo Ellery ásperamente—. Yo no me alegraría demasiado. Y además, papá...

—¿Qué? —dijo el inspector repentinamente sombrío.

Janney levantó la vista con un peculiar destello en los ojos.

—Se me ha metido una idea en la cabeza —explicó Ellery vagamente—. Supongamos, por mera especulación, y... —señaló al cirujano con la cabeza— espero que por el bien del doctor Janney, que el caballero que ha llevado a cabo este plan no es el doctor Janney sino un impostor vulgar y descarado.

—Ahora habla lógicamente —dijo el doctor Janney.

—Y avanzando en la suposición —continuó Ellery, columpiándose sobre los dedos de los pies y contemplando el techo —, aceptemos que nuestro escurridizo criminal, que tenía una oscura pero válida razón para poner toda la distancia que pudiera entre su persona y las ropas que vestía, se ha despojado de esas prendas figuradamente ensangrentadas y las ha escondido en algún sitio... Ahora sabemos que no ha salido del edificio. Es excesivo esperar que registrando minuciosamente el hospital...

—¡Ritter! —gritó el inspector—. ¿Ha oído al señor Queen? Llévase a Johnson y Hesse y pongan manos a la obra.

—Detesto profundamente introducir una alusión literaria en momento tan solemne —dijo Ellery sonriendo—, pero parece que Longfellow se me anticipó. ¿Recuerdan? «Hasta que encuentre todo lo que barrunta...». Y sinceramente rezo para que lo encuentren, Ritter, aunque sólo sea para tranquilizar al doctor Janney.

9

IMPLICACIÓN

—Y UNA VEZ MÁS —dijo Ellery, haciendo un gesto deferente al doctor Janney en tanto la puerta se cerraba tras los tres detectives—, regresamos a la fuente de conocimiento. Doctor, ¿quién era exactamente su visita?

El inspector Queen se dirigió a una silla. Al cruzar la habitación caminaba suavemente, como si temiera romper el embrujo. Ellery permanecía en un extremo, inmóvil, e incluso los hombres prácticos y sin imaginación que circulaban despacio por la sala percibieron el dramatismo que contenía aquella pregunta formulada casualmente.

El doctor Janney no respondió de inmediato. Se mordió el labio y frunció el entrecejo como si en su interior estuviera tratando de resolver algún problema que sólo él conocía. Sin embargo, cuando habló lo hizo en tono desenfadado.

—Está haciendo una montaña de un grano de arena, Queen —dijo simplemente—. El que me ha venido a ver era un amigo.

—Un amigo que se llama Swanson.

—Exactamente. Se encuentra en una difícil situación financiera y ha venido a pedirme un préstamo personal.

—Muy laudable, muy laudable —murmuró Ellery—. Necesitaba dinero y se lo ha pedido a usted. Eso no tiene nada de misterioso; estoy totalmente de acuerdo. —Volvió a sonreír—. Y, claro está, usted se lo ha dado.

El cirujano se puso rígido.

—Sí, le he dado un cheque al portador de cincuenta dólares.

Ellery se rió abiertamente.

—Ha salido airoso, doctor. Ha tenido suerte... A propósito, ¿puede darnos el nombre completo de su amigo?

Hizo una pausa casual, como si la pregunta fuera la más natural del mundo. El inspector Queen, sin apartar los ojos de Janney, exploró en el interior de su bolsillo y sacó una vieja caja de rapé, marrón. Su mano, se detuvo a medio camino entre la caja y la nariz, a la espera...

La respuesta de Janney fue contundente.

—Prefiero no decírselo.

La mano del inspector continuó su recorrido, llevó a cabo su función y regresó. Inspiró por la nariz, se levantó y avanzó con una mirada ligeramente inquisitiva en el plácido rostro.

Pero Ellery se le anticipó diciendo en tono neutro:

—Eso es exactamente lo que quería saber, doctor. A ese tal Swanson debe de tenerle mucho afecto para encubrirlo tan heroicamente. Será un amigo de toda la vida, ¿no?

—No, no —dijo Janney rápidamente.

—¿No? —Ellery arqueó las cejas—. No concuerda con su actitud, doctor Janney. —Se acercó al pequeño cirujano y lo miró amenazadoramente desde su altura—. Contésteme a una cosa, doctor, y me silenciará para siempre...

—No sé qué pretende —rezongó Janney dando un paso atrás.

—No obstante, conteste —replicó Ellery con suavidad—. ¿Por qué entonces, si ese tal Swanson no es un amigo íntimo, le ha dedicado un cuarto de hora de su precioso tiempo esta mañana, mientras su benefactora yacía gravemente enferma, inconsciente, esperando la inigualable habilidad de su mano y su bisturí? Tarde el tiempo que quiera en responder.

Dio media vuelta y no se alteró ni siquiera cuando Janney, con un creciente destello de rebelión en los ojos, dijo fríamente:

—No tengo nada que decir que sea pertinente para su investigación.

Ellery se acercó parsimoniosamente a la silla que había dejado vacía su padre, se sentó e hizo un ademán con la mano, como para indicar: «Su turno».

—Es innecesario decir, doctor Janney —empezó el inspector

educadamente—, que no podemos aceptar su actitud con respecto al asunto que nos ocupa. Naturalmente, lo comprenderá... —Era un desafío—. Quizá tendría la bondad de hacerme el honor de responder con claridad, sin subterfugios. —Janney no dijo nada—. Muy bien, empecemos. ¿Qué ha ocurrido entre Swanson y usted durante los quince minutos que han estado juntos en su despacho?

—No es que pretenda mostrarme testarudo —contestó el doctor con un sorprendente cambio de tono. Parecía cansado y buscó el respaldo de una silla para apoyarse—. Swanson ha venido a verme, como les he dicho, para pedirme cincuenta dólares, que necesitaba urgentemente y en este momento no podía sacar de otro sitio. Al principio le he dicho que no, pero ha empezado a explicarme las circunstancias, y éstas eran tales que, por pura decencia, he tenido que acceder a su petición. Le he dado un cheque, hemos hablado de sus asuntos y se ha ido. Nada más.

—Una declaración muy razonable, doctor —replicó el inspector gravemente—. Sin embargo, si todo esto es tan inocente como usted pretende, ¿por qué se niega a darnos el nombre de su amigo, su dirección? Debe comprender que hemos de seguir ciertos procedimientos rutinarios, que la declaración de su amigo es necesaria para corroborar la suya. Denos la información que necesitamos y asunto concluido.

Janney meneó la desgredada cabeza pesadamente.

—Lo siento, inspector... Quizá debería explicar que mi amigo es una persona desafortunada, víctima de las circunstancias, de espíritu sensible y excelente educación. Cualquier tipo de notoriedad, particularmente en este momento, resultaría perjudicial para él. Y no puede tener nada que ver con la muerte de la señora Doorn; estoy convencido. —El tono de su voz subió, se convirtió en un chillido—. Por Dios, ¿por qué insisten?

Ellery frotaba pensativo las gafas, sin apartar los ojos ni un instante del rostro del doctor Janney.

—Supongo que será inútil que le pida que describa a Swanson —declaró el inspector. La sonrisa había abandonado su rostro.

Janney apretó los labios.

—Muy bien —exclamó el viejo—, ¿se da cuenta de que sin el testimonio de Swanson para apoyar el suyo su posición se vuelve peligrosísima, doctor Janney?

—No tengo nada que decir.

—Le voy a dar una sola oportunidad más, doctor Janney. —La voz del inspector estaba ahora cargada de rabia mortífera; los labios le temblaban ligeramente—. Deme la tarjeta de visita de Swanson.

Se produjo un corto silencio asfixiante.

—¿Qué? —acertó a decir Janney.

—¡La tarjeta, la tarjeta! —gritó el inspector con impaciencia—. La tarjeta que lleva escrito el nombre de Swanson, la que le ha dado el portero mientras hablaba en el pasillo con el doctor Minchen y el señor Queen. ¿Dónde está?

Janney levantó unos ojos hundidos hacia el inspector.

—No la tengo.

—¿Dónde está?

Janney permaneció callado como una tumba.

El inspector se dirigió a Velie de inmediato, que esperaba, ceñudo, en un rincón.

—¡Regístralo!

El cirujano abrió la boca sorprendido y se retiró hacia la pared, lanzando a su alrededor una mirada rabiosa, animal. Ellery empezó a levantarse de la silla, pero volvió a sentarse al ver que Velie acorralaba al hombrecillo en un rincón y decía en tono impersonal:

—¿Me la va a dar o quiere que se la quite yo?

—¡Por Dios! —exclamó Janney, lívido de rabia—. Como me toque... —Su voz se apagó de pura impotencia.

Velie recorrió con su manaza la frágil figura del cirujano y lo dominó con tanta facilidad como si hubiera sido un niño. Aparte de un frenético temblor, el médico no se resistió. La rabia se borró de su rostro, se apagó en sus ojos.

—Nada.

Velie se retiró a su rincón.

El inspector Queen contempló intensamente al hombrecillo, con una especie de admiración contraria a su voluntad. Habló sin volver la cabeza, casi en tono familiar.

—Registra el despacho del doctor Janney, Thomas.

Velie salió de la habitación pesadamente y se llevó a un detective.

Ellery fruncía el entrecejo. Levantó su esbelto cuerpo de la silla y se puso a hablar en voz baja con el inspector. El anciano hizo

oscilar la cabeza en señal de duda.

—Doctor Janney —dijo Ellery calmamente. El cirujano se encontraba ya en la pared, mirando al suelo. Estaba sofocado y respiraba de forma irregular y pesada—. Doctor Janney, lamento muchísimo que haya ocurrido esto. No nos ha dado alternativa. Estamos tratando, de verdad, de comprender su punto de vista. Doctor, ¿no se le ha ocurrido que si Swanson, a quien encubre con tanta valentía, es tan buen amigo suyo como usted lo es de él, querrá desenmascarse para apoyar su relato? Por desgraciado que sea... ¿No se da usted cuenta?

—Lo siento...

Janney hablaba en un tono tan ronco que Elleryladeó la cabeza para tratar de captar sus palabras. Pero la insolencia había desaparecido. El médico parecía totalmente abatido.

—Ya veo —dijo Ellery con gravedad—. Entonces sólo queda una cosa por preguntar. No veo manera de obligarle a responder. Doctor Janney, ¿han salido usted o Swanson de su despacho, aunque fuera un momento, entre el instante en que han entrado y el que se han despedido?

—No.

Y Janney levantó la cabeza para mirar a Ellery directamente a los ojos.

—Gracias.

Ellery retrocedió y volvió a sentarse. Sacó un cigarrillo y lo encendió, aspirando pensativo.

El inspector Queen envió a un detective con una orden terminante. Un instante después, el agente regresaba acompañado de Isaac Cobb. El portero entró con paso decidido y rostro radiante.

—Cobb —comenzó el inspector sin más preliminares—, antes ha dicho que ha visto a la persona que ha venido a hablar con el doctor Janney cuando ha entrado en el hospital y cuando se ha marchado. Descríbamela.

—Claro que sí —repuso Cobb animadamente—. A mí no se me olvidan nunca las caras. Este tipo era de estatura media, tirando a rubio, diría yo, bien afeitado, e iba vestido con ropas tirando a oscuras; al menos llevaba un abrigo negro.

—¿Daba la impresión de que su posición era buena, Cobb? —intervino Ellery—. Quiero decir por su manera de vestir.

—¡Qué va! —exclamó el portero con pleno convencimiento y sacudiendo la cabeza vigorosamente—. Más bien parecía que las estaba pasando canutas, diría yo. Sí, y debía de tener unos treinta y cuatro, treinta y cinco o por ahí.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, Cobb? —preguntó Ellery.

—Va a hacer diez años.

—¿Y había visto a este Swanson alguna vez, Cobb? —dijo el inspector secamente.

El portero tardó unos segundos en responder.

—Pu-u-u-es —dijo por fin—, me parece que me sonaba de algo, pero no sé.

—Hmmm. —El inspector Queen tomó un pellizco de rapé—. Cobb —empezó de nuevo, respirando con dificultad mientras el rapé ascendía por su nariz—, ¿cómo se llama ese hombre de nombre de pila? Usted ha de saberlo —añadió bruscamente, metiéndose con un movimiento rápido la caja de rapé en el bolsillo—. Le ha entregado la tarjeta al doctor Janney.

El portero parecía asustado.

—Pues,

no-no

sé, no la he mirado, se la he dado al doctor Janney sin mirarla.

—Cobb, querido amigo —intervino Ellery calmamente—, eso sí que es extraño. No acepta usted propinas y además no es chismoso. ¡Resulta sorprendente!

—¿Quiere usted decir —preguntó el inspector en tono amenazador— que ese hombre le ha dado la tarjeta y usted ha ido en busca del doctor Janney por todo el pasillo, sin mirarla ni siquiera una vez?

—No, no, señor... —Cobb estaba francamente asustado.

—¡Mentira! —exclamó el inspector volviéndose de espaldas—. Este hombre es un necio. ¡Lárguese, Cobb!

Sin decir palabra, Cobb se marchó furtivamente. El sargento Velie, que había entrado en la sala mientras interrogaban a Cobb, se adelantó en silencio.

—¿Qué hay, Thomas?

Era evidente que el inspector no tenía puestas muchas esperanzas en el informe del sargento. Miró a Velie malhumoradamente. Ellery miró de soslayo al doctor Janney. El

cirujano parecía ajeno a lo que ocurría, inmerso en sus pensamientos.

—No está.

—Ya. —El inspector se acercó despacio al doctor Janney—. ¿Qué ha hecho con la tarjeta? ¡Contésteme! —rugió.

—La he quemado —repuso él fatigosamente.

—Muy bien —gruñó el inspector—. ¡Thomas!

—Diga.

—En marcha. Quiero a ese Swanson en Jefatura hoy mismo. Estatura media, rubio, ropa oscura, grueso, de unos treinta y cinco y en apuros económicos. ¡Manos a la obra!

—Velie —llamó Ellery tras suspirar. El detective se detuvo camino de la puerta—. Un momento... —Ellery se volvió hacia el doctor Janney—. Doctor, ¿tiene algún inconveniente en enseñarme su talonario de cheques?

Janney se irguió convulsivamente y la cólera ocupó nuevamente sus ojos. Sin embargo, cuando habló lo hizo con la misma fatiga.

—En absoluto.

Se sacó un talonario doblado del bolsillo y se lo entregó a Ellery, sin pronunciar palabra.

Ellery lo abrió rápidamente por el primer cheque. A la izquierda había una página de anotaciones. La última decía: «Al portador».

—¡Ah! —Ellery sonrió y le devolvió el talonario a Janney, quien, sin mover un músculo del rostro, se lo metió de nuevo en el bolsillo—. Velie, localiza ese cheque. Primero pasa por el Banco de los Países Bajos, luego por la oficina de compensación. El número del cheque es el 1186 y estará extendido al portador por un valor de cincuenta dólares, con fecha de hoy y cargado a la cuenta personal del doctor Janney. En cualquier caso tendrás la firma de Swanson. ¡Y una cosa más! —añadió Ellery con voz potente—. Cuando has revisado el despacho del doctor Janney, ¿has mirado si había algún Swanson en su agenda?

Los labios de Velie esbozaron una fría sonrisa.

—Ya lo creo. Pero nada. Ese nombre no aparecía. Y tampoco estaba en una lista que tenía debajo del cristal de la mesa. ¿Algo más?

—No.

—Mire, doctor —el inspector se dirigió de nuevo al médico—,

no hay necesidad de que esté todo el rato de pie —le dijo con amabilidad—. ¿Por qué no se sienta? —El cirujano levantó la vista con cierta sorpresa—. Aún tenemos para un rato —prosiguió el anciano severamente.

Janney se dejó caer en una silla. Se hizo el silencio hasta que, al oírse unos golpecitos dados en la puerta del pasillo oeste, un policía se levantó a abrirla.

El detective Ritter irrumpió en la antesala con un gran fardo blanco e informe bajo el brazo. Tras él, con más calma, iban Johnson y Hesse, ambos sonrientes.

El inspector Queen se abalanzó hacia ellos. Ellery se levantó impaciente. Janney hundió la cabeza en el pecho; parecía dormido.

—¿Qué es eso? —preguntó el inspector agarrando el fardo.

—¡La ropa, jefe! —exclamó Ritter—. Hemos encontrado la ropa del asesino.

El inspector Queen extendió el contenido del fardo sobre la camilla en la que habían transportado el cuerpo sin vida de Abigail Doorn.

—Por fin tenemos algo —murmuró, y levantó la vista para mirar a Ellery con regocijo.

Ellery se inclinó sobre la camilla y hurgó en el fardo con un dedo largo y blanco.

—Más combustible, más fuego —murmuró, y miró disimuladamente hacia la silla en la que ahora se hallaba sentado el doctor Janney, alerta, alargando el cuello para ver qué había sobre la camilla.

—¿Qué murmuras? —preguntó el inspector, revolviendo las ropas con ansia.

—Cenizas —repuso Ellery enigmáticamente.

10

MANIFESTACIÓN

TODOS SE AGRUPARON en torno a la camilla, con las cabezas inclinadas, para observar cómo el inspector Queen separaba las diversas prendas que componían el fardo.

El doctor Janney hizo un gesto de impaciencia. Empezó a levantarse pero volvió a hundirse en la silla y nuevamente se levantó. Luego, aparentemente, la curiosidad le venció. Se aproximó con timidez y acechó por encima de los hombros de dos detectives.

El inspector levantó una prenda larga y blanca, inmaculada, y la sostuvo en alto.

—Hmmm. Una bata de operar, ¿eh? —De repente sus grises cejas se juntaron y dirigió una mirada burlona de soslayo a Janney—. ¿Es suya, doctor?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —murmuró éste.

No obstante, se deslizó entre los dos detectives y palpó la bata.

—¿Será de su medida? —preguntó Ellery.

El inspector levantó la bata ante Janney. Le llegaba a los tobillos.

—No es mía —declaró el cirujano—. Demasiado larga.

La bata estaba arrugada pero limpia, recién lavada.

—No es nueva —observó Ellery—. Mira los dobladillos, están raídos.

—La señal de la lavandería...

El inspector volvió la prenda bruscamente, buscando con los

dedos la parte interior del cuello. Dos diminutos orificios atestiguaban que la señal de la lavandería había sido arrancada.

El anciano echó la bata a un lado. Cogió una prenda pequeña que parecía un babero, pues llevaba unos cordones en las esquinas superiores. Al igual que la bata, estaba arrugada pero limpia, y lo mismo que aquélla se notaba que había sido usada.

—Pueden ser de cualquiera —apuntó Janney a la defensiva.

Era una mascarilla de cirujano.

El artículo siguiente era un gorro de cirujano; no desvelaba nada tangible. No era nuevo, estaba limpio y arrugado... Ellery se lo quitó a su padre de la mano y lo volvió del revés. Ajustándose con cuidado las gafas, se acercó la prenda a los ojos e introdujo una uña en las diminutas hendiduras de los dobladillos. Encogiéndose tímidamente de hombros, volvió a dejar el gorro sobre la camilla.

—Un asesino con mucha suerte —se limitó a comentar.

—¿Quiere decir que no hay ningún pelo? —preguntó Janney al instante.

—Algo así. Está usted en todo, doctor...

Ellery se inclinó para examinar la cuarta prenda que el inspector Queen acababa de recoger y sostenía ante la luz. Se trataba de un par de pantalones de loneta, blancos y almidonados.

—¿Qué es esto? —exclamó el inspector.

Lanzó los pantalones sobre la camilla y señaló enérgicamente con el índice las perneras. En ambas, unos cinco centímetros por encima de la rodilla, que estaba ligeramente deformada, había un pliegue amplio.

Ellery pareció complacido sin razón aparente. Se sacó un lápiz plateado del bolsillo del chaleco y levantó delicadamente el borde de uno de los pliegues. El lápiz topó con algo. Se inclinaron más y vieron varias puntadas que sujetaban el pliegue. Se había empleado un hilo blanco grueso y estaban muy separadas. En el revés de la prenda aparecían unas puntadas similares.

—Evidentemente, nuestro sastre improvisado consideraba esta costura una medida temporal —murmuró Ellery—. Bastaba con un hilván.

—¡Thomas! —El inspector miró a su alrededor.

Velie se asomó en el otro extremo de la camilla.

—¿Crees que podrías averiguar de dónde procede este algodón?

—Imposible.

—Haz un esfuerzo.

Velie sacó una navaja, cortó un fragmento de hilo de unos cinco centímetros de la pernera derecha y lo guardó en un sobrecito de celofán, con el mismo cuidado que si fuera un cabello de la cabeza del asesino.

—A ver cómo le queda esto, doctor. —El inspector no sonreía—. No, no quiero decir que se lo ponga, con colocárselo delante bastará.

Janney cogió los pantalones en silencio y se los sostuvo a la altura de la cintura. El dobladillo le llegaba exactamente al borde de los zapatos.

—Y si soltamos las lorzas... —reflexionó Ellery en voz alta—, puesto que quedarían unos diez centímetros más largos... ¿Cuánto mide usted, doctor?

—Un metro sesenta y ocho.

El cirujano le lanzó los pantalones al inspector Queen.

Ellery se encogió de hombros.

—No es que eso quiera decir nada, pero el propietario original de estos pantalones mide, o medía, un metro setenta y ocho centímetros. Sin embargo... —sonrió con frialdad— ello no nos conduce a gran cosa. Pueden haberlos robado de uno de los cientos de hospitales de la ciudad, o de uno de los miles de médicos, o...

Calló de golpe. El inspector Queen había echado a un lado bata, mascarilla, gorro y pantalones y contemplaba reverentemente un par de zapatos blancos de lona, abrochados con cordones. El anciano alargó el brazo.

—¡Un momento! —lo interrumpió Ellery bruscamente—. Antes de que los toques, papá...

Contempló los zapatos en medio de un silencio especulativo.

—Ritter. —El detective contestó con un balbuceo—. ¿Ha tocado estos zapatos antes de traerlos aquí?

—No. Me he limitado a coger el fardo tal como lo he encontrado. He notado que había unos zapatos dentro, en medio.

Ellery se encorvó de nuevo y empleó el lápiz plateado. En esta ocasión levantó el extremo del cordón del zapato derecho.

—*Alors*, ¡ya era hora! —exclamó incorporándose—. Por fin tenemos una pista.

Le dijo algo al oído a su padre y el viejo asintió incrédulo.

En el cordón, a la altura del tercer par de ojetes, había un centímetro de esparadrapo. Su superficie exterior estaba perfectamente limpia. Una curiosa depresión del centro del esparadrapo le llamó la atención al inspector. Miró inquisitivamente a Ellery.

—Se le ha roto el cordón, me juego lo que quieras —murmuró el inspector—, y ahí es donde se unen los dos trozos. No encajan del todo.

—Eso no es lo más importante —declaró Ellery—. ¡El esparadrapo, el esparadrapo! Es interesantísimo.

—¡Qué estupidez! —exclamó Janney mirándolo fijamente y con voz alta y clara—. Yo no le veo la importancia por ningún sitio, y eso que estoy acostumbrado a interpretar fenómenos... Alguien ha empleado un trozo de esparadrapo para remendar un cordón roto. A mí, lo único que me interesa es el tamaño. A simple vista se ve que es más pequeño que el que uso yo.

—Quizá. No, no lo toque —le advirtió Ellery, al ver que Janney alargaba la mano con intención de coger un zapato.

El cirujano se encogió de hombros y miró a su alrededor suplicante. A continuación se dirigió trabajosamente al extremo más alejado de la sala y se sentó, dispuesto a esperar, con expresión estoica.

Ellery levantó una esquina del esparadrapo y tocó brevemente la parte inferior con la yema del dedo índice.

—Bueno, doctor —dijo en voz alta—, con su permiso y el de su profesión, voy a ocupar su puesto para llevar a cabo una operación. Velie, déjame la navaja.

Separó los dos extremos del esparadrapo. Uno de los bordes estaba cortado de forma irregular. Lo sujetó por una esquina y tiró de él; la cinta se desprendió con facilidad.

—Todavía está húmedo —dijo con alegría—. ¡Confirmación, confirmación! ¿Lo has visto, papá? —Le hizo una seña urgente a Velie—. Un sobre, de prisa. Es evidente que la han puesto apresuradamente. Uno de los bordes ni siquiera se ha pegado, y es un esparadrapo muy fuerte.

Depositó el fragmento de esparadrapo en otro sobre de celofán e inmediatamente se lo metió en el bolsillo superior del chaleco.

Inclinándose una vez más sobre la mesa, tiró del extremo deshilachado del fragmento superior del cordón, que todavía se encontraba en el zapato, y con un meticuloso cuidado, para no desperdiciar ni medio centímetro, anudó los dos extremos. Para ello hubo de utilizar una parte tan grande de la mitad superior que del primer ojete únicamente sobresalían unos dos centímetros de cordón blanco.

—No hace falta ser mago para ver que si hubiera atado el cordón no le habría quedado suficiente para abrocharse el zapato. En consecuencia, ha recurrido al esparadrapo, cosa que hemos de agradecer a algún anónimo pero bendito fabricante de cordones para zapatos.

—Pero, Ellery —protestó el inspector—, ¿qué pasa? No veo por qué estás tan contento.

—Créeme, mi frivolidad nunca ha estado más justificada —contestó Ellery riendo—. Muy bien, ya que insistes. Supón que se te rompe el cordón del zapato en un momento determinado, digamos que en un momento especialmente inoportuno, y descubres que anudando los extremos reduces tanto la longitud del cordón que te resulta imposible abrocharte el zapato. ¿Qué harías?

—Pues... —El inspector se atusó los bigotes—. Supongo que me las arreglaría de otra manera, igual que hizo el asesino. Pero aun así...

—Es tan indicativo —dijo Ellery didácticamente— que estoy empezando a sentir un intenso interés...

El detective Piggott tosió con el evidente propósito de llamar la atención. El inspector Queen se volvió, impaciente.

—¿Qué hay?

—Me he fijado en una cosa... —dijo Piggott sonrojado de vergüenza—. ¿Dónde demonios están las lengüetas de estos zapatos?

Ellery soltó una risotada. Piggott le miró ofendido, pero Ellery se quitó las gafas y empezó a frotarlas.

—Piggott, se merece usted un sustancioso aumento de sueldo.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —El inspector parecía ligeramente disgustado—. ¿Te estás burlando de mí?

Ellery hizo una mueca.

—Mira —dijo—, aparte del cordón, el... llamémosle asombroso

Misterio de las Lengüetas Desaparecidas se ha convertido en parte esencial de esta investigación. ¿Dónde están? Antes, mientras estudiaba el zapato, he descubierto esto.

Agarró la pieza con rapidez y metió el dedo por debajo de los cordones, hacia la parte delantera del empeine, cerca ya de la puntera. Haciendo un esfuerzo, hurgó en el interior y al cabo de un momento extrajo la lengüeta oculta.

—Aquí está —dijo—. Y resulta significativo que estuviera pegada a la pared superior de la puntera... A no ser que una prometedora teoría se haya ido al traste.

Exploró las entrañas del zapato izquierdo y también encontró la lengüeta pegada al interior.

—Esto sí que es extraño —murmuró el inspector Queen—. Ritter, ¿está seguro de que no ha andado jugando con estos zapatos?

—Que se lo diga Johnson —replicó Ritter a la defensiva.

Ellery miró fijamente al inspector y a Ritter, pero era una mirada vacía. Se volvió de espaldas a la camilla, con la cabeza gacha, reflexionando.

—Hay que tener cuidado con esos zapatos —dijo distraídamente, paseando arriba y abajo por la antesala. Por fin se detuvo y dijo—: Doctor Janney.

El cirujano cerró los ojos.

—Diga.

—¿Qué número calza?

Janney se miró instintivamente los zapatos de lona, aparentemente exactos a los que había sobre la mesa.

—Supongo que tengo suerte —balbuceó. De repente se levantó como empujado por un resorte—. ¿Todavía sigue con lo mismo? —rezongó, acercándose a Ellery y mirándolo furioso a los ojos—. Pues mire por dónde, Queen, esta vez se equivoca. Calzo el cuarenta.

—Un número pequeño, ciertamente... —reflexionó Ellery— pero estos zapatos son del treinta y nueve.

—Sí —interrumpió el inspector—, pero...

—Shhh. No se imagina lo satisfecho que estoy de descubrir que el asesino llevaba estos zapatos... así. Y mi satisfacción, doctor, tiene poco que ver con usted —explicó Ellery sonriendo—. Ritter, ¿dónde ha encontrado los zapatos?

—En el suelo de la cabina telefónica que hay en el cruce del pasillo sur y el este.

—¡Bueno! —Ellery se mordió el labio con el ceño fruncido y permaneció así unos momentos—. Doctor Janney, ha visto el trocito de esparadrapo que he despegado de este zapato. ¿Es de la misma marca que se usa aquí?

—Desde luego. Pero ¿qué más da? Prácticamente todos los hospitales de esta ciudad usan la misma marca.

—No puedo decir que esté desilusionado —declaró Ellery—. Era demasiado esperar que... Naturalmente, doctor, ninguno de estos artículos eran suyos...

Janney extendió las manos.

—¿De qué me iba a servir decir sí o no? No lo parecen, pero tendría que mirar en mi armario para cerciorarme.

—El gorro y la mascarilla sí que pueden ser suyos, ¿verdad?

—¡Pueden ser de cualquiera! —Janney tiró del apretado cuello de su bata—. Ya ha visto que la bata era demasiado larga. Y, en cuanto a los pantalones, un torpe disfraz. Los zapatos estoy seguro de que no son míos.

—Pues yo no estoy tan seguro —dijo el inspector beligerante—. Al menos no tenemos pruebas de que no lo sean.

—Sí que las tenemos, papá —dijo Ellery—. Mira esto.

Volvió ambos zapatos cara abajo y señaló los tacones. Éstos eran de caucho negro. Se veía que los zapatos estaban muy usados y los tacones desgastados. El tacón del zapato derecho estaba muy desgastado en el lado derecho. El tacón del zapato izquierdo estaba muy desgastado en el lado izquierdo. Ellery puso un zapato junto a otro y señaló los tacones.

—Observarás —dijo—, que ambos tacones están aproximadamente igual de desgastados...

El inspector bajó la vista al suelo y miró el diminuto pie izquierdo del cirujano. Janney se apoyaba en el otro.

—El doctor Janney tiene razón —prosiguió Ellery—. Estos zapatos no son suyos.

11

INQUISICIÓN

EL ALMA METÓDICA del doctor John Minchen recibió un golpe tras otro durante la agitada mañana de la muerte de Abigail Doorn. Tenía el hospital desorganizado. Los internos pululaban por los pasillos fumando, en flagrante violación de las normas del hospital, y comentando el asesinato en animadas conversaciones profesionales. El contingente femenino parecía considerar que la tragedia anulaba todas las normas: charlaban y reían entre ellas, hasta que las enfermeras de más antigüedad, escandalizadas, las obligaron a retirarse a sus salas y habitaciones.

La planta baja estaba abarrotada de detectives y policías. Minchen, con el ceño fruncido, se abrió camino entre los grupos diseminados en los pasillos hasta que alcanzó la puerta que comunicaba con la antesala. Llamó y le abrió un detective, mascando tabaco.

Repasó la escena con una rápida mirada: Janney, pálido y rígido, como acorralado en el centro de la habitación; el inspector Queen frente a él, su apacible rostro de anciano marcado por la perplejidad y la irritación; Ellery Queen apoyado en la camilla, tocando un zapato de lona blanco; los policías de paisano repartidos por la sala, silenciosos y atentos.

—¿Qué hay, John? —preguntó Ellery sonriendo.

—Lamento interrumpir. —Minchen estaba nervioso—. Es que en la sala de espera las cosas han tomado un cariz bastante grave y he

pensado...

—¿La señorita Doorn? —preguntó Ellery.

—Sí, está a punto de sufrir un colapso y sería conveniente que se fuera a casa. ¿Crees que sería posible...?

Ellery y el inspector conferenciaron en voz baja. El inspector parecía alterado.

—Doctor Minchen, ¿es usted realmente partidario de que la joven...? —Se interrumpió bruscamente—. ¿Quién es el pariente más próximo?

—El señor Doorn, Hendrik Doorn. Es el tío, el único hermano de Abigail Doorn. También sugeriría que la acompañara una mujer, tal vez la señorita Fuller...

—¿La señora de compañía de la anciana? —dijo Ellery despacio—. No, no me parece conveniente. Todavía no. John, ¿son amigas la señorita Doorn y la señorita Dunning?

—Se conocen bastante.

—Es un problema.

Ellery se mordisqueó una uña. Minchen se lo quedó mirando como si no acabara de comprender la naturaleza exacta de su «problema».

—Al fin y al cabo, hijo —intervino el inspector con impaciencia—, no debe quedarse aquí, en el hospital. Si se encuentra tan mal, pobre chica, donde debe estar es en casa. Que se vaya. Y nosotros continuemos.

—Bueno. —El entrecejo de Ellery siguió fruncido. Le dio unas palmaditas en el hombro a Minchen, distraídamente, y dijo—: Que la señorita Dunning acompañe a la señorita y al señor Doorn, pero antes de que se marchen... Sí, eso es lo mejor. Johnson, vaya a buscar al señor Doorn y a la señorita Dunning. Será un momento. John, supongo que habrá una enfermera con la señorita Doorn.

—Desde luego. Y el joven Morehouse también está con ella.

—¿Y Sarah Fuller? —preguntó Ellery.

—Sí.

—Johnson, de paso llévase a la señorita Fuller a la galería del anfiteatro y que no se mueva de allí hasta que la llamemos.

El detective de aspecto vulgar abandonó inmediatamente la sala.

Un joven interno, de blanco, penetró en la habitación por la puerta del pasillo al salir el detective y, mirando a su alrededor,

tímidamente, se acercó al doctor Janney.

—¡Oiga! —rugió el inspector—. ¿Adónde cree que va, joven?

Velie se acercó despacio al interno, que se sobresaltó perceptiblemente. El cirujano se puso en pie.

—No pasa nada —dijo en tono monótono y cansino—. ¿Qué quiere, Pearson?

El joven tragó saliva.

—Acaba de llamar el doctor Hawthorne para decir que debemos empezar la consulta de la angina.

Janney se llevó la mano a la frente.

—¡Caray! —exclamó—. ¡Lo había olvidado! Mire, Queen, tiene que dejarme salir de aquí. Es un asunto grave. Un caso muy raro. Angina de Ludwig. Un índice de mortalidad altísimo...

El inspector Queen miró a Ellery, que agitó la mano descuidadamente.

—Desde luego, nosotros no somos quienes para retrasar el milagroso proceso de curación, doctor. La obligación es la obligación. *Au revoir*.

El doctor Janney se encontraba ya en la puerta, empujando al joven interno que lo precedía, pero se detuvo, con la mano en el pomo, y se volvió con una sonrisa renovada que descubría unos dientes parduscos.

—Para traerme aquí ha hecho falta una muerte, y casi hace falta otra para sacarme. ¡Adiós!

—Un momento, doctor Janney. —El inspector permanecía inmóvil—. No debe salir de la ciudad bajo ninguna circunstancia.

—¡Por Dios! —rugió el cirujano, volviendo a entrar en la sala—. Eso es imposible. Esta semana tengo un congreso en Chicago y pensaba marcharme mañana. La propia Abby no hubiera querido...

—He dicho que no debe salir de la ciudad —repitió el inspector con claridad—. Y lo digo en serio, haya o no haya congreso. De lo contrario...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Janney, y salió presuroso de la habitación, dando un portazo.

Velie cruzó la antesala en tres zancadas, tirando de la corpulenta figura del detective Ritter.

—Vete detrás de él —le indicó—. Y no lo pierdas de vista o te las cargarás.

Ritter hizo una mueca y salió pesadamente al pasillo para desaparecer en pos de Janney.

—La proclividad de nuestro amigo cirujano a apelar al Creador no concuerda en absoluto con su agnosticismo profesional, ¿sabes? —decía Ellery socarronamente cuando Johnson abrió la puerta del anfiteatro y se hizo a un lado para dejar pasar a Edith Dunning y a un hombre bajo, de colosal contorno.

El inspector Queen dio un salto adelante.

—¿Señorita Dunning? ¿Señor Doorn? Entren, entren. No será más que un instante.

Edith Dunning, con el rubio cabello revuelto y los ojos enrojecidos, se detuvo en el umbral.

—Que sea rápido —dijo con voz metálica—. Hulda está muy mal y tenemos que llevárnosla a casa.

Hendrik Doorn dio dos pasos arrastrando los pies. El inspector lo contempló afablemente y no sin asombro. El abdomen de Doorn era un pliegue tras otro de carne fofa; más que andar parecía flotar; su gelatinosa barriga temblaba a cada paso que daba, con un tosco ritmo. Su rostro redondo tenía un brillo grasiento y estaba salpicado de manchitas rosadas que se condensaban formando un bulbo rojizo en la punta de la nariz. Estaba completamente calvo y el macilento cráneo reflejaba la luz de la habitación.

—Sí —dijo. Su voz no era menos peculiar que su apariencia. Se trataba de una voz aguda pero con un matiz estridente, destemplado—. Sí —chirrió—. Hulda tiene que irse a casa. ¿A qué viene tanto jaleo? Nosotros no sabemos nada.

—Sólo será un momento —dijo el inspector en tono conciliador—. Entren, por favor. Hemos de cerrar la puerta. Siéntense, siéntense.

Los ojillos de Edith Dunning no se apartaron del rostro del inspector. Rígida y maquinalmente, se sentó en una silla que le acercó Johnson y entrelazó las manos sobre el regazo. Hendrik Doorn se dirigió a otra silla, contoneándose como un pato, y se hundió, gruñendo, en ella. Sus enormes posaderas colgaban fláccidamente a los lados.

El inspector tomó un generoso pellizco de rapé y estornudó al instante.

—Permítame formularle una única pregunta —comenzó a decir

educadamente— y podrá usted marcharse, señor Doorn. ¿Tiene usted idea de quién podía tener motivos para causar la muerte de su hermana?

El gordinflón se secó las mejillas con un pañuelo de seda. Sus ojillos negros pasaron del rostro del inspector al suelo y regresaron a éste.

—Yo... ¡Gott! Es un asunto terrible para todos. Abigail era una mujer extraña, una mujer muy extraña.

—Mire —dijo el inspector contundentemente—, usted ha de saber algo de su vida privada: enemigos, esas cosas. ¿No podría sugerirnos una línea de investigación?

Doorn siguió secándose la cara con movimientos cortos y pesados. Sus ojillos porcinos daban vueltas en sus órbitas y no se estaban nunca quietos. Parecía como si interiormente estuviera debatiendo alguna cuestión.

—Bueno... —dijo por fin con voz débil—, hay una cosa... Pero no puedo decirla aquí. —Se levantó con esfuerzo de la silla—. Aquí no.

La muchacha sentada junto al gordinflón se revolvió impaciente.

—Por el amor de Dios, vámonos ya...

Se oyó que alguien manipulaba violentamente la manivela de la puerta y ésta se abrió de golpe. Todos los presentes se volvieron para ver a Morehouse, que entró tambaleante y sosteniendo a una joven alta con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia adelante, balanceándose ligeramente. Una enfermera la sujetaba por el otro lado.

El rostro del joven abogado estaba rojo de cólera. Sus ojos escupían fuego mientras el inspector y Ellery se abalanzaban para ayudar a la chica a entrar en la sala.

—¡Vaya, vaya! —murmuró el inspector con voz alterada—. ¿Así que ésta es la señorita Doorn? Ahora mismo...

—Sí, claro, ahora mismo iban... ¡Cuernos! —rugió Morehouse—. ¡Ya es hora! ¿Qué es esto, la Inquisición? Exijo autorización para llevarme a la señorita Doorn a casa. ¡Esto es un atropello! ¡Criminal! ¡Apártese de en medio, haga el favor!

Empujó a Ellery bruscamente a un lado mientras acomodaban a la muchacha inconsciente en una silla. Morehouse se situó, con las piernas rígidas, ante ella, abanicándola con la mano y farfullando

incoherentemente. La enfermera lo hizo a un lado con indiferencia y aplicó un frasco a la nariz de la joven. Edith Dunning se había levantado y estaba inclinada sobre Hulda, dándole golpecitos en las mejillas.

—¡Hulda! —la llamaba irritada—. ¡Hulda! No seas tonta, vuelve en ti.

La muchacha parpadeó y abrió los ojos; apartó la cara bruscamente del frasco. Miró a Edith Dunning inexpresivamente y luego volvió la cabeza un poco y vio a Morehouse.

—¡Ay, Phil! Está... está...

No prosiguió. Su voz se apagó entre sollozos. Alargó los brazos a ciegas hacia Morehouse y se echó a llorar. La enfermera, Edith Dunning y Ellery retrocedieron. El rostro de Morehouse se había dulcificado mágicamente. Se inclinó junto a Hulda y le habló en voz baja.

El inspector se sonó la nariz. Hendrik Doorn, que se encontraba todavía de pie ante su silla y se había limitado a mirar de lejos a la chica mientras la atendían, se estremeció de arriba abajo.

—Vámonos —dijo con un chirrido—. La chica...

Ellery le hizo frente de inmediato.

—¿Qué iba usted a decir, señor Doorn? ¿Sabe de alguien que pudiera guardar rencor a la señora Doorn? ¿O que pudiera tener un deseo de venganza?

—Prefiero no decirlo —declaró con voz trémula—. Mi vida corre peligro...

—¡Vaya! —murmuró el inspector, colocándose junto a Ellery—. ¿Un silencio forzado, eh? ¿Le ha amenazado alguien, Doorn?

—Aquí no pienso hablar —dijo el interpelado con voz temblorosa—. Quizás esta tarde. En mi casa, pero ahora no.

Ellery y el inspector Queen se miraron y el primero se retiró. El inspector sonrió afablemente a Doorn y dijo:

—Muy bien, esta tarde en su casa. Y más vale que esté allí. ¡Thomas! —El gigantón contestó con un gruñido—. Conviene que mandes a alguien que acompañe al señor Doorn, a la señorita Doorn y a la señorita Dunning, simplemente para protegerlos.

—Yo también voy —dijo Morehouse de repente, dando media vuelta—. Y no necesito a ninguno de sus entrometidos detectives. Señorita Dunning, coja a Hulda por un brazo.

—No, no, señor Morehouse, usted no va —dijo el inspector con toda amabilidad—. Usted se queda un ratito. Le necesitamos.

Morehouse le fulminó con la mirada y el inspector se la sostuvo. A continuación, el abogado contempló el círculo de rostros sombríos. Se encogió de hombros, ayudó a la sollozante muchacha a ponerse en pie y ambos se dirigieron a la puerta del pasillo. Ella se agarró a él hasta que Hendrik Doorn y Edith Dunning, seguidos por un detective, alcanzaron la puerta. Allí se produjo un apretón de manos furtivo, la muchacha se irguió y Morehouse se quedó solo en la puerta, observando cómo el pequeño grupo se alejaba lentamente por el pasillo.

Al cerrar la puerta y volverse, el silencio reinaba en el interior de la sala.

—Bueno —dijo secamente—, aquí estoy. ¿Qué quieren de mí? Por favor, no me hagan perder demasiado tiempo.

En tanto varios de los detectives restantes salían de la antesala a una seña del inspector, ocuparon sendas sillas. Velie apoyó su gigantesca espalda en la puerta del pasillo y se cruzó de brazos.

—Señor Morehouse. —El inspector se acomodó en la silla y entrelazó sus diminutas manos en el halda. Ellery encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Acto seguido se puso a contemplar la punta incandescente—. Señor Morehouse, ¿hace mucho tiempo que es usted abogado de la señora Doorn?

—Varios años —contestó Morehouse con un suspiro—. Mi padre se ocupaba de sus asuntos antes que yo. Era una especie de cliente de la familia.

—¿Está usted al corriente de sus asuntos privados, además de los legales?

—Bastante.

—¿Cómo eran las relaciones entre la señora Doorn y su hermano Hendrik? ¿Se llevaban bien? Dígame todo lo que sepa sobre él.

Morehouse hizo una mueca de desagrado.

—Le llegarían rumores tarde o temprano... Naturalmente, debe comprender que algunas de las cosas que voy a decir no son más que opiniones; como amigo de la familia, he observado y oído cosas...

—Continúe.

—¿Hendrik? Es un parásito de dieciocho quilates. Jamás en su vida ha levantado un dedo. A lo mejor por eso está tan monstruosamente gordo. No sólo es una sanguijuela que chupa la sangre ajena, sino que además resulta carísimo de mantener. Yo lo sé porque he visto facturas suyas. Y el chico tiene todo tipo de vicios: el juego, las mujeres, lo de siempre.

—¿Las mujeres? —Ellery cerró los ojos y sonrió soñador—. Casi parece imposible.

—Usted no conoce a ciertas mujeres —replicó Morehouse ceñudo—. Ha sido el papaíto de tantas mujeres en Broadway que probablemente ni él mismo se acordará de todas. No ha llegado a los periódicos; Abigail se ocupaba de ello. Y cualquiera pensaría que podía vivir bastante cómodamente con la pensión de veinticinco mil dólares al año que le pasaba Abigail. Pero Hendrik no puede. Está en una bancarrota perpetua.

—¿No tiene dinero propio? —preguntó el inspector.

—Ni un centavo. Lo que ocurre es que Abigail ganó solita cada uno de los dólares de su fortuna. Originariamente, la familia era más pobre de lo que cree la gente. Ella tenía talento para las finanzas. Era una mujer interesante. Es una verdadera lástima.

—¿Ha tenido problemas legales? ¿Algún asunto sucio? ¿Clandestino? —insistió el anciano—. Seguramente, habrá tenido que acallar con dinero a alguna de sus Jezabeles.

—Bueno, eso yo no lo sé —dijo Morehouse vacilante.

—Hmmm. Y, ¿cómo estaban las relaciones entre Hendrik y la señora Doorn?

—Templadas. Abby no era tonta. Sabía lo que ocurría. Lo aguantaba porque sentía un profundo orgullo familiar y no permitía que la gente hablara de nadie que llevara el apellido Doorn. De vez en cuando, se mostraba inflexible y se producía una trifulca.

—¿Y la señora Doorn y Hulda?

—Era una relación afectuosísima —dijo Morehouse de inmediato—. Hulda era el orgullo y la alegría de Abigail. Sólo con insinuarlo, Abby ponía a disposición de Hulda todo lo que estuviera a su alcance. Pero Hulda siempre ha sido de gustos moderados, y desde luego no vive como una de las herederas más ricas del mundo. Callada, modesta, pero ya la han visto, es una...

—¡Sin duda! —se apresuró a decir el inspector—. ¿Es consciente Hulda Doorn de la fama de su tío?

—Me imagino que sí, pero supongo que le produce un gran disgusto y nunca habla de ello, ni siquiera con... —hizo una pausa — conmigo.

—Dígame —quiso saber Ellery—, ¿cuántos años tiene?

—¿Hulda? Diecinueve o veinte.

Ellery volvió la cabeza hacia el doctor Minchen, que estaba sentado en silencio en el rincón más alejado de la sala, observándolo todo sin decir palabra.

—¡John!

—¿Me toca a mí, ahora? —preguntó el médico.

—No, hombre. Simplemente iba a comentar que parece que hemos topado con uno de esos raros fenómenos ginecológicos de los que vosotros, los matasanos, siempre estáis hablando. ¿No me has dicho esta mañana, en nuestra charla previa a la estrangulación, que Abigail tenía más de setenta años?

—Claro, pero ¿qué quieres decir? La ginecología trata de las enfermedades de las mujeres, y la señora Doorn no...

Ellery hizo un gesto displicente con el dedo.

—Ya lo sé —murmuró—. Y el embarazo después de cierta edad puede tener una raíz patológica, ¿no? La señora Doorn debía de ser una mujer extraordinaria en diversos aspectos. A propósito, ¿y el difunto señor Doorn? Me refiero al marido de Abigail Doorn. ¿Cuándo se fue del mundo de los vivos? No estoy al tanto de los ecos de sociedad.

—Hace unos quince años —intervino Morehouse. Y prosiguió con ardor—: Oiga, Queen, ¿qué ha querido decir con esa insinuación de que...?

—Querido Morehouse —dijo Ellery sonriente—, ¿no resulta un poco extraño que exista tal diferencia de edad entre una madre y una hija? No puede censurarme por levantar las cejas educadamente.

Morehouse parecía alterado.

—¡Venga! Que no estamos sacando nada en claro —intervino el inspector—. Quiero que nos hable de esa tal Fuller que hay ahí afuera, en la galería. ¿Cuál era su puesto oficial en casa de los Doorn? No lo tengo muy claro.

—Señora de compañía de Abby. Lleva un cuarto de siglo con ella, más o menos. Y también es un extraño personaje. Excéntrica, dominante, fanática religiosa y con toda seguridad se lleva mal con el resto de la casa, quiero decir con los criados. En cuanto a Sarah y Abby... no parecía que llevaran tanto tiempo juntas. Siempre se estaban peleando.

—¿Peleando? —repitió el inspector—. ¿Por qué?

Morehouse se encogió de hombros.

—Por lo visto, nadie lo sabe. Supongo que simplemente discutían por insignificancias. Abby me había dicho muchas veces, en un acceso de ira, que iba a «despedir a esa mujer», pero no lo hacía nunca, por cuestión de costumbre, supongo.

—¿Y los criados?

—Como en todas partes. Bristol, el mayordomo, un ama de llaves, una tribu de criadas... Estoy seguro de que no tienen ningún interés para ustedes.

—Parece que hemos llegado al desagradable momento de toda investigación de asesinato en que se hace necesario preguntar, que Dios nos perdone, por el testamento —dijo Ellery cruzando las piernas y suspirando—. Saque su lenguaje testamentario más refinado, Morehouse, y háblenos del testamento de Abby.

—Me temo que es mucho más aburrido de lo normal —repuso Morehouse—. No tiene nada de siniestro ni de misterioso. No hay tapujos ni cosas raras. No hay legados a parientes lejanos de África ni nada por el estilo.

»La mayor parte de las propiedades son para Hulda. A Hendrik le deja un fondo fiduciario muy generoso, más de lo que se merece ese viejo barrigón, que le permitirá vivir el resto de su vida, siempre que no se proponga acabar con las existencias de alcohol de todo Nueva York.

»Sarah recibe una buena herencia, Sarah Fuller quiero decir, una considerable cantidad en metálico y una renta de por vida, más de lo que puede gastar. Los criados, naturalmente, también tienen generosos legados. Al hospital le deja un importantísimo fondo que garantiza su continuidad durante muchos años.

—Parece bastante correcto —dijo el inspector.

—Eso es lo que les había dicho. —Morehouse se revolvió en el asiento—. Acabemos cuanto antes con esto, caballeros.

Seguramente les sorprenderá saber que el doctor Janney sale dos veces en la película.

—¿Qué? —El inspector se irguió bruscamente—. ¿Cómo dice?

—En dos legados distintos. Uno es personal. Janney era el protegido de Abby casi desde antes de que se afeitara. El otro es en el establecimiento de un fondo que permitirá a Janney y Kneisel continuar unas investigaciones que están llevando a cabo.

—Vaya, vaya. Un momento. ¿Quién es Kneisel? —preguntó el inspector—. Es la primera vez que oigo ese nombre.

El doctor Minchen hizo avanzar su silla.

—Yo puedo informarle de eso, inspector. Moritz Kneisel es un científico, austríaco creo, que está trabajando con el doctor Janney en una idea revolucionaria. Algo relacionado con los metales. Janney hizo instalar en este piso un laboratorio especialmente para él y trabaja allí dentro noche y día. Es como un topo ese individuo.

—¿Qué clase de investigación es, concretamente? —preguntó Ellery.

Minchen parecía incómodo.

—Tengo la impresión de que, aparte de Kneisel y Janney, nadie lo sabe con exactitud. Lo llevan muy en secreto. El laboratorio es el blanco de todos los chistes del hospital. Aparte de ellos dos, nadie ha estado dentro. Tiene una enorme puerta de seguridad y paredes reforzadas, y no hay ventanas. Sólo existen dos llaves de la puerta interior, y para acceder a ella hay que conocer la combinación de la exterior. Kneisel y Janney son los únicos que tienen las llaves, naturalmente, y Janney tiene absolutamente prohibido que alguien entre en el laboratorio.

—Misterio tras misterio —murmuró Ellery—. ¡Dios mío, estamos regresando a la Edad Media!

El inspector levantó la cabeza para dirigirse a Morehouse.

—¿Sabe usted algo de esto?

—Del trabajo propiamente dicho, nada, pero creo que sé una cosilla que le parecerá interesante, una cosa bastante reciente...

—Un momento. —El inspector le hizo una seña a Velie—. Manda a alguien a buscar a ese Kneisel. Queremos hablar con él. Que espere en el anfiteatro hasta que lo llamemos. —Velie habló con algún agente en el pasillo—. Prosiga, señor Morehouse.

—Creo que le parecerá interesante —replicó Morehouse

secamente—. Es que, a pesar del gran corazón y la sensatez de Abby, al fin y a la postre era mujer, y voluble, inspector. Así pues, no me sorprendió demasiado cuando, hace dos semanas, me pidió que redactara un testamento nuevo.

—¡Por el Pentateuco! —exclamó Ellery—. Este caso está plagado de tecnicismos. Primero anatomía, luego metalurgia y ahora derecho.

—No piense usted que el primero tenía algo malo —interrumpió Morehouse apresuradamente—. Es que cambió de opinión sobre cierta donación.

—La de Janney, supongo —aventuró Ellery.

Morehouse lo miró sorprendido.

—Sí, la de Janney. No el legado personal, sino lo relativo al fondo destinado a la investigación de Janney y Kneisel. Quería eliminar por completo esa cláusula. Ello no hubiera exigido que se redactara un testamento nuevo, pero había además otras donaciones a criados y unas cuantas obras de caridad y demás, pues el anterior lo había hecho hace dos años.

Ellery estaba muy erguido.

—¿Y se redactó un testamento nuevo?

—Sí, sí. Estaba formalizado, pero no firmado —contestó Morehouse con una mueca—. Esta cuestión del coma, y ahora el asesinato, lo han impedido. Si hubiera sabido que iba a fallecer de esta manera... Pero, claro, nadie lo esperaba. De hecho, pensaba presentárselo a la firma mañana. Ahora es demasiado tarde. El primer testamento sigue vigente.

—Tendremos que investigar esta vertiente —dijo el inspector—. Los testamentos siempre exigen atención en los casos de asesinato. ¿Había aflojado mucho dinero para las aventuras científicas de Janney?

—Mucho, sí —repuso Morehouse—. Yo me inclino a pensar que todos podríamos vivir muy bien con el dinero que Abby le ha dado a Janney para esos misteriosos descubrimientos.

—Ha dicho usted que, aparte del cirujano y de su socio, nadie conoce la naturaleza de las investigaciones —intervino Ellery—. ¿No la conocía tampoco la señora Doorn? No parece posible que una mujer tan astuta para los negocios financiara un proyecto sin estar al tanto de todo con anterioridad.

—En toda estructura fuerte hay algún fallo —dijo Morehouse aleccionadoramente—. La debilidad de Abby era Janney. Sentía devoción por sus palabras. Y para hacer honor a la verdad, diré que Janney no ha abusado nunca de ella, que yo sepa. Desde luego, Abby no sabía gran cosa sobre el proyecto y sus detalles científicos. Janney y Kneisel llevan dos años y medio dedicados a ello, sea lo que sea.

—¡Caramba! —exclamó Ellery—. Apuesto lo que quiera a que la anciana no era tan débil como la pinta usted. ¿No sería porque les costaba demasiado tiempo por lo que quería retirar el fondo del segundo testamento?

—Inteligente observación, Queen —dijo Morehouse levantando las cejas—. Eso es, exactamente. Al principio prometieron que tendrían terminado el trabajo en seis meses, y se ha alargado a un período cinco veces superior. Aunque todavía estaba tan loca como siempre por Janney, dijo, con estas mismas palabras: «Ya estoy harta de financiar una empresa tan poco tangible y experimental. Hoy en día no abunda el dinero».

—Gracias, señor Morehouse —dijo el inspector, levantándose de repente—. Creo que ya está todo. Puede marcharse.

Morehouse saltó de la silla, como un prisionero liberado de forma inesperada.

—Gracias. Me voy a casa de los Doorn —dijo por encima del hombro. Al llegar a la puerta, se detuvo y les dedicó una sonrisa pícara—. Y no se molesten en advertirme que no me marche de la ciudad. Estoy acostumbrado a estas cosas.

Desapareció.

El doctor Minchen dijo unas palabras al oído de Ellery, saludó con la cabeza, al inspector y se marchó.

Un revuelo procedente del pasillo hizo que Velie se volviera bruscamente. Abrió la puerta y sacó la cabezota.

—El fiscal del distrito —anunció.

El inspector cruzó la habitación a toda prisa y Ellery se levantó jugueteando con las gafas.

Tres hombres entraron en la sala.

El fiscal del distrito, Henry Sampson, era un hombre fuerte, de

aspecto resuelto y todavía joven; junto a él se encontraba su ayudante, un individuo delgado y nervioso, de mediana edad y con un rebelde cabello rojizo, Timothy Cronin; detrás de ellos iba un viejo de ojos astutos e inquietos, con sombrero, que se estaba fumando un puro. Llevaba el sombrero echado hacia atrás y sobre un ojo le caía un mechón de cabello blanco.

Velie agarró al del cabello blanco por la manga del abrigo mientras cruzaban la puerta.

—¡Eh, Pete! —gruñó—. ¿Adónde vas? ¿Cómo has entrado?

—¡Ay! Compórtate, Velie. —El hombre se deshizo de la garra del sargento—. ¿No ves que estoy aquí como representante de la prensa norteamericana por invitación personal del fiscal del distrito? ¡Déjame en paz! ¿Cómo está, inspector? ¿Cómo van los asesinatos? ¡Hombre, Ellery Queen! Debe de ser interesante si tú andas por aquí. ¿Han encontrado ya al criminal?

—Cállate, Pete —dijo Sampson—. ¿Qué hay, Q.? ¿Cómo va? Tengo que reconocer que estamos metidos en un buen berenjenal.

Se sentó y echó el sombrero sobre la camilla mientras observaba la sala con curiosidad. El pelirrojo estrechó la mano a Ellery y al inspector. El periodista se acercó indolentemente a una silla y se repantigó con un suspiro de satisfacción.

—Es complicado, Henry —dijo el inspector con voz queda—. Todavía no tenemos ninguna buena pista. La señora Doorn fue estrangulada mientras se encontraba inconsciente esperando a ser operada. Parece ser que alguien suplantó al cirujano; nadie es capaz de identificar al impostor. En términos generales, está bastante negro.

—Este caso no vas a poder llevarlo en secreto, Q. —dijo el fiscal ceñudo—. El que lo haya hecho ha elegido a una de las personalidades más destacadas de Nueva York. Los periodistas están gritando como locos ahí fuera; tenemos a la mitad de la dotación de policía de la ciudad manteniéndolos a raya, y Pete Harper es el único privilegiado, ¡que Dios nos ayude! Hace media hora me ha llamado el gobernador. Ya te puedes imaginar lo que ha dicho. Es un caso muy importante, Q. ¿Qué hay detrás? ¿Venganza personal, un maníaco, dinero?

—Ojalá lo supiera. Mira, Henry —suspiró el inspector—, vamos a tener que hacer un comunicado oficial para la prensa y, caray, no

hay nada que decir. Usted, Pete —prosiguió sombríamente volviéndose al hombre de pelo blanco—, usted está aquí como un favor. El más mínimo abuso de confianza por su parte y no salvará el pellejo. No puede publicar nada que no les llegue a los demás colegas suyos, de lo contrario no le permitiremos quedarse. ¿Entendido?

—Cuando usted va, yo ya vuelvo, inspector —dijo el periodista sonriendo.

—Henry, ésta es la situación hasta ahora.

El inspector repasó rápidamente los acontecimientos, hallazgos e incógnitas para el fiscal en voz baja. Una vez hubo concluido el relato, pidió pluma y papel, y en unos instantes, con la ayuda del fiscal, redactó un comunicado para los periodistas reunidos ante el hospital. Seguidamente le encargó a una enfermera que hiciera copias mecanografiadas, que firmó Sampson; hecho lo cual, Velie mandó a un hombre a repartirlas.

El inspector Queen se dirigió a la puerta del anfiteatro y voceó un nombre. Casi inmediatamente, la larga y angulosa figura del doctor Lucius Dunning cruzó la puerta. El médico estaba sofocado, los ojos le ardían y tenía el rostro descompuesto.

—¡Por fin se han decidido a llamarme! —exclamó con irritación. En tanto los desafiaba a todos con penetrantes miradas, volvía la cabeza a un lado y a otro—. Supongo que piensan que no tengo nada mejor que hacer que estar sentado ahí fuera como una vieja o un mozuelo, esperando a que se dignen recibirme. —Se acercó con decisión al inspector y blandió su delicado puño sobre su cabeza—. ¡Se acordará de este atropello!

—Por favor, doctor Dunning —dijo el inspector dócilmente, mientras se deslizaba por debajo del brazo levantado del médico y cerraba la puerta.

—Domínesse, doctor Dunning —intervino el fiscal, en su más convincente tono judicial—. La investigación está en las manos más capacitadas de Nueva York. Si no tiene nada que ocultar, no tiene nada que temer. Y —añadió con aspereza—, si tiene alguna queja, debe dirigírmela a mí. Yo soy el fiscal de este distrito.

Dunning se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta blanca.

—Como si es el presidente de los Estados Unidos —gruñó—. Me

está impidiendo atender a mi trabajo. Tengo que ocuparme inmediatamente de un caso gravísimo de úlcera gástrica. Sus hombres me han impedido salir del anfiteatro en cinco ocasiones. ¡Esto es un crimen! Tengo que ver a ese paciente.

—Siéntese, doctor —dijo Ellery con una sonrisa tranquilizadora—. Cuanto más tiempo pase protestando, más tardará en salir. Conteste unas cuantas preguntas y la úlcera gástrica será suya.

Dunning miró a su alrededor con ira, como un gato furioso, luchó unos momentos para contener la lengua y finalmente apretó los labios y se dejó caer en una silla.

—Pueden interrogarme hasta mañana —dijo desafiante, cruzando los brazos ante el huesudo pecho—, pero no harán más que perder el tiempo. Yo no sé nada. De mí no van a sacar nada que les sirva de ayuda.

—Eso es cuestión de opiniones, doctor.

—¡Venga, venga! —intervino el inspector—. Menos discutir. Queremos oír su historia, doctor. Cuéntenos detalladamente todo lo que ha hecho esta mañana.

—¿Nada más? —murmuró Dunning de mal humor. Se pasó la lengua por los tensos labios—. He llegado al hospital a las nueve y he visitado a unos pacientes en mi consulta hasta las diez. Desde esa hora hasta el momento de la operación, me he quedado en el despacho consultando unos historiales. También he redactado varios informes y recetas. Poco antes de las once menos cuarto, he atravesado el pasillo norte hasta la parte de atrás del anfiteatro, he subido a la galería, me he encontrado con mi hija, y...

—Ya es suficiente. ¿Ha tenido alguna visita después de las diez?

—No. —Dunning hizo una pausa—. Es decir, aparte de la señorita Fuller, la señora de compañía de la señora Doorn. Ha entrado un momento para preguntar por el estado de la señora Doorn.

—¿Conocía usted mucho a la señora Doorn, doctor? —preguntó Ellery, inclinándose hacia adelante en su asiento y uniendo las manos entre las rodillas.

—No éramos íntimos —replicó Dunning—. Naturalmente, trabajo en el hospital desde su fundación y conocía a la señora Doorn profesionalmente. Junto con el doctor Janney, el doctor Minchen y otros, pertenezco a la junta directiva.

El fiscal Sampson dirigió el índice hacia el médico.

—Seamos francos —dijo—. Usted sabe que la señora Doorn era una personalidad mundial, digámoslo así, y es consciente de que se armará un gran revuelo cuando se difunda la noticia de que ha sido asesinada. Las repercusiones alcanzarán incluso a la bolsa. Cuanto antes se resuelva y se olvide este caso, mejor para todos... ¿Qué opinión tiene usted del asunto?

El doctor Dunning se puso lentamente en pie y comenzó a pasear arriba y abajo, arriba y abajo. Mientras andaba, hacía chasquear los nudillos. Ellery dio un respingo y se agazapó en su asiento.

—Iba usted a decir... —murmuró, casi en tono desagradable.

—¿Cómo? —Dunning parecía confuso—. No, no. Yo no sé nada. Para mí, es un misterio total.

—Es sorprendente el alcance que parece tener este misterio —declaró Ellery con ironía, y lanzó a Dunning una mirada de curioso desagrado—. Nada más, doctor.

Dunning salió de la habitación a grandes zancadas, sin decir palabra.

Ellery se levantó y comenzó a pasearse.

—¡Por el Minotauro! —exclamó—. No avanzamos nada. ¿Quién más espera afuera? ¿Kneisel y Sarah Fuller? Acabemos cuanto antes. Hay otras cosas que hacer.

Pete Harper extendió las piernas perezosamente y soltó una risita.

—Titular —dijo—: «Conocido sabueso sufre retortijones de barriga; mala circulación afecta mal humor».

—¡Eh, tú —le gritó Velie—, cállate!

Ellery sonrió.

—Tienes razón, Pete. Es más fuerte que yo. Adelante, papá. La siguiente víctima es tuya.

Pero la siguiente víctima habría de esperar su turno con paciencia, porque del pasillo oeste llegaron los ecos de un violento altercado y la puerta se abrió de golpe para dejar paso al teniente Ritchie y a un trío de hombres de aspecto extraño, empujados por tres agentes uniformados.

—¿Esto qué es? —preguntó el inspector levantándose—. Vaya, vaya —dijo con calma, llevándose la mano a la cajita de rapé—.

Pero si son Joe Gecko, Little Willie y Snapper. Ritchie, ¿dónde demonios los ha encontrado?

Los policías obligaron a los tres prisioneros a entrar en la sala. Joe Gecko era un individuo enjuto y macilento de ojos incandescentes y nariz extrañamente cartilaginosa. Snapper era el polo opuesto, pequeño y querúbico, de mejillas sonrosadas y labios carnosos y húmedos. Little Willie era el de apariencia más siniestra de los tres: su cabeza pelada y triangular estaba cubierta por una piel salpicada con repugnantes manchas marrones; era muy alto, corpulento y fofo, pero sus movimientos nerviosos y sus ojos inquietos desvelaban la fuerza que encerraba su voluminoso cuerpo; parecía torpe e incluso estúpido, pero en la propia estupidez había algo de repulsivo y aterrador.

—Pompeyo, Julio y Craso —le susurró Ellery a Cronin—. O tal vez sea el segundo triunvirato de Marco Antonio, Octavio y Lépido. ¿De qué me sonarán?

—Seguramente de la rueda de presos —dijo Cronin riendo.

El inspector hizo frente a los cautivos frunciendo el entrecejo.

—Bueno, Joe —dijo en tono perentorio—, ¿qué ha sido esta vez? ¿Atracando hospitales? ¿Dónde los ha encontrado, Ritchie?

Ritchie parecía satisfecho de sí mismo.

—Merodeando arriba; por la 328, una habitación individual.

—La habitación de Big Mike —exclamó el inspector—. Así que le estáis haciendo de enfermeros a Big Mike, ¿eh? Pensaba que ahora ibais con la pandilla de Ikey Bloom. ¿Os ha cambiado la suerte, verdad? Venga, chicos, cantad.

Los tres pistoleros se miraron incómodos. Little Willie emitió una ronca risilla tímida. Joe Gecko puso los ojos en blanco y se apoyó nervioso en los talones. Pero fue Snapper, sonrosado y sonriente, el que contestó.

—Oiga, inspector, déjenos en paz —balbuceó con una apropiada voz dengosa—. No nos puede acusar de nada. Estábamos esperando al jefe. Le han cortado las tripas o no sé qué.

—Claro, claro —replicó el inspector afablemente—. Lo tenáis cogido de la mano y le contabais cuentos...

—No, ya está acostumbrado —dijo Snapper en serio—. Estábamos vigilando su habitación. Ya sabe lo que pasa: el jefe está allí y hay mucha gente que le tiene manía y cosas por el estilo.

—¿Los has registrado? —preguntó el inspector a Ritchie.

Little Willie se movió hacia la puerta arrastrando los pies espasmódicamente.

—Quieto —exclamó Gecko, y agarró el brazo del hombretón.

Los policías lo rodearon y Velie sonrió expectante.

—Tres cachorrillos, inspector —dijo Ritchie.

—Por fin los hemos cogido —declaró el anciano alegremente—, y gracias a la querida ley Sullivan. Snapper, me sorprende... Muy bien, Ritchie, son suyos. Lléveselos y acúselos de tenencia ilícita de armas. Un momento. Snapper, ¿a qué hora habéis llegado?

—Llevamos aquí toda la mañana —balbuceó el gángster—. Vigilando, inspector. Nada más que vigilando. ¡Jesús...!

—Ya te lo había dicho, Snapp —gruñó Gecko.

—Supongo que no sabréis nada del asesinato de la señora Doorn que ha tenido lugar esta mañana, chicos.

—¿La han despachado?

Los tres se pusieron tensos. A Little Willie empezó a temblarle la boca; parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar. Los tres volvieron la vista hacia la puerta y sus manos se agitaron con movimientos nerviosos, pero no abrieron la boca.

—Bueno —dijo por fin el inspector—, lléveselos, Ritchie.

El detective del distrito siguió con presteza a los policías y a los tres hombres, que avanzaban lerdamente. Velie cerró la puerta tras ellos con un ligero desencanto en los ojos.

—Bueno —dijo Ellery fatigosamente—, todavía estamos esperando la indudablemente ansiada presencia de la señorita Sarah Fuller. Lleva tres horas ahí fuera. Cuando acabe, la tendrán que atender en un hospital, y yo necesito comida. Papá, ¿por qué no mandas a buscar unos bocadillos y un poco de café? Me muero de hambre.

El inspector Queen se atusó el bigote.

—No me había dado cuenta de la hora que es. ¿Qué te parece a ti, Henry? ¿Quieres comer?

—Sí, yo votaría a favor —anunció Pete Harper de repente—. Este tipo de trabajo despierta el apetito. ¿Paga el ayuntamiento?

—Muy bien, Pete —replicó el inspector—, me alegro de oírle decir esto. Y pague el ayuntamiento o no, le ha tocado. Hay una cafetería en la manzana siguiente.

Cuando Harper se hubo marchado, Velie acompañó a la sala a una mujer de mediana edad vestida de negro, que sostenía la cabeza tan erguida y miraba con tal fijeza que el fiscal Sampson le susurró algo a Cronin y Velie la sujetó con más fuerza.

Al verla entrar, Ellery no le dedicó más que una rápida mirada de indiferencia. A través de la puerta abierta vio un grupo de internos agrupados en torno a la mesa de operaciones sobre la cual yacía el cuerpo inerte de Abigail Doorn, totalmente cubierto por una sábana.

Salió al anfiteatro, haciéndole una seña a su padre.

El silencio reinaba ahora en el quirófano y producía una extraña impresión de desorganización, de indecisión. Las enfermeras y los internos paseaban arriba y abajo, hablando con voces alegres, sin prestar atención deliberadamente a los policías uniformados y de paisano que permanecían vigilantes en el recinto. Sin embargo, detrás de las charlas se percibía una ligera nota de histeria que iba avanzando lentamente y luego, de pronto, abandonaba una conversación para dar paso a un tenso silencio.

Aparte de los hombres que rodeaban la mesa de operaciones, nadie miraba la silueta del cuerpo de la anciana muerta.

Ellery se acercó a la mesa. En medio del silencio que siguió a su aparición, hizo una breve observación a la cual varios médicos jóvenes asintieron con la cabeza. Inmediatamente después, regresó a la antesala y cerró la puerta suavemente tras de sí.

Sarah Fuller estaba de pie, con aire sombrío, en el centro de la habitación. Las manos delgadas surcadas por venas azules pendían a los lados. Miraba fijamente, con los labios prietos, al inspector.

Ellery se colocó junto a su padre.

—¡Señorita Fuller! —dijo bruscamente.

Los ojos azul pálido se posaron en el rostro de Ellery. Una amarga sonrisa asomó a las comisuras de la boca.

—Otro —dijo. El fiscal soltó una maldición para sus adentros. Aquella mujer tenía algo extraño. Su voz era dura, fría y tensa, igual que su rostro—. ¿Qué quieren todos ustedes de mí?

—Siéntese, por favor —dijo el inspector de mal humor, y empujó una silla hacia la mujer; ella vaciló, resopló y se sentó tiesa como un palo—. Señorita Fuller —prosiguió el inspector de inmediato—, lleva usted veinticinco años con la señora Doorn, ¿no

es así?

—Veintiuno hará el próximo mes de mayo.

—Y no se llevaban bien, ¿verdad?

Ellery advirtió con una extraña sorpresa que la mujer tenía una pronunciada nuez que subía y bajaba con las vibraciones de su discurso.

—No —respondió con frialdad.

—¿Por qué?

—Era una avara y una infiel. La codicia la dominaba. Era una tirana. La misericordia de los malvados es cruel. Para el mundo era la personificación de la virtud, pero para sus subordinados y sirvientes era una enviada del demonio. Y ha conservado la entereza hasta el día...

Este sorprendente discurso iba acompañado del tono más desapasionado. El inspector Queen y Ellery se miraron. Velie gruñó y los detectives hicieron gestos significativos con la cabeza. El inspector levantó los brazos y se sentó, dejando el campo libre a Ellery. Éste sonrió amablemente.

—Señora, ¿cree usted en Dios?

—El Señor es mi Pastor —dijo ella mirándole a los ojos.

—No obstante —repuso Ellery—, preferiríamos que nos diera respuestas menos apocalípticas. ¿Proclama usted constantemente la verdad de Dios?

—Yo soy el camino, la verdad y la vida.

—Noble sentimiento. Muy bien, señorita Fuller, ¿quién ha matado a la señora Doorn?

—¿Cuándo seréis sensatos?

—Sobre esa respuesta no es posible fundamentar una detención —dijo Ellery con ojos chispeantes—. ¿Lo sabe o no?

—La obra... No.

—Gracias. —Ellery se reía para sus adentros—. ¿Se peleaba usted habitualmente con Abigail Doorn?

La mujer de negro no se movió ni cambió de expresión.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Era mala.

—Pero nosotros tenemos entendido que Abigail Doorn era buena mujer. Usted la pinta como una Gorgona. Dice usted que era avara

y tiránica. ¿En qué? ¿En las cosas de la casa? ¿En cosas pequeñas o grandes? Por favor, conteste claramente.

—No nos llevábamos bien.

—Conteste la pregunta.

Se apretaba los dedos entrelazados.

—Nos odiábamos profundamente.

—Ya. —El inspector saltó de su silla—. Esto ya es algo. Por fin habla en lenguaje del siglo xx. No se podían ni ver, ¿eh? Se arañaban como gatos salvajes. Muy bien —prosiguió, señalándola con el dedo—, ¿por qué, entonces, estuvieron juntas veintiún años?

—Con caridad se soporta todo. Yo era el mendigo, ella la reina solitaria. Se crean costumbres. Nos unían vínculos más fuertes que la sangre.

Ellery la miró asombrado. El inspector Queen se puso serio, se encogió de hombros y miró elocuentemente al fiscal. Velie pronunció la palabra «loca» inaudiblemente.

La puerta se abrió en silencio y varios internos entraron la mesa de operaciones sobre la que descansaba el cuerpo de Abigail Doorn. Ante la furiosa mirada del inspector, Ellery sonrió, pero se mantuvo retirado observando el rostro de la señorita Fuller.

Un cambio peculiar se había operado en la mujer. Se levantó con la mano en el menudo pecho. En sus mejillas aparecieron dos manchitas sonrosadas como por arte de magia; contempló fijamente, casi con curiosidad, el rostro yerto de su ama, descubierto sin compasión hasta el cuello.

Un médico joven señaló el rostro azulado e hinchado.

—Lo siento —dijo—. Cianosis, siempre desagradable. Pero ha dicho que lo des...

—Por favor.

Ellery le indicó con acritud que se retirara; no quería perderse ni uno solo de los movimientos de Sarah Fuller. Lentamente, ésta se aproximó a la mesa; lentamente, examinó la silueta del cadáver. Cuando sus ojos hubieron recorrido la totalidad del cuerpo y hubieron alcanzado la cabeza, se detuvieron con una horrible expresión de triunfo.

—El alma que peca morirá —dijo—. En la prosperidad, llegará el destructor. —Su voz se convirtió en un chillido—. Abigail, ¡te lo había advertido! ¡Te lo había advertido, Abigail! El precio del

pecado...

—Yo soy el Señor que castiga... —recitó Ellery.

Al oír la voz fría e insistente, la mujer se volvió, furiosa, despidiendo fuego por los ojos.

—¡Necios, reíros del pecado! —gritó, y luego bajó la voz—. Ya he visto lo que he venido a ver —prosiguió con más calma, en tono contenido pero exultante. Parecía que había olvidado va sus palabras. Respiró profundamente haciendo ascender el menudo pecho—. Ahora ya me puedo marchar.

—No, no, no puede —replicó el inspector—. Siéntese, señorita Fuller. Todavía se va a quedar un rato. —Parecía sorda. Una expresión exaltada se apoderó de las ásperas líneas de su rostro—. ¡Por el amor de Dios! —exclamó el inspector—. Deje de hacer teatro y baje de las nubes. Oiga —atravesó la habitación y la agarró del brazo bruscamente. La mirada apacible y remota no abandonó el rostro de ella—. Ahora no está en la iglesia. ¡Basta ya!

La mujer permitió que el inspector la acompañara a su asiento, pero con aire distante, como si ni él ni todas sus cohortes pudieran hacerle ningún daño. No volvió a mirar a la difunta. Ellery, que lo observaba todo pensativo, les hizo una seña a los internos.

De prisa y evidentemente aliviados, los auxiliares vestidos de blanco empujaron la camilla hacia el ascensor, situado en el lado derecho de la antesala, abrieron la puerta y desaparecieron en el interior. Detrás del compartimiento enrejado, Ellery alcanzaba a ver otra puerta que daba al pasillo este. La puerta se cerró y el zumbido de la maquinaria atravesó el fino tabique del hueco del ascensor en tanto éste descendía lentamente al depósito de cadáveres del sótano.

—Mira, hijo —murmuró el inspector—, a ésta no podemos sacarle nada. Es una lunática. En mi opinión, sacaremos más preguntando a otros sobre ella. ¿Qué crees tú?

Ellery echó una ojeada a la mujer, que estaba sentada rígidamente en su silla, con la mirada perdida.

—Como mínimo, es un buen espécimen psiquiátrico. Me parece que voy a probar otra cosa, a ver cómo reacciona... ¡Señorita Fuller!

Sus ojos extraviados se volvieron hacia él, inexpresivos.

—¿Quién podía desear matar a la señora Doorn?

Se estremeció; el velo comenzó a desaparecer de sus ojos.

—No... lo sé.

—¿Dónde ha estado usted esta mañana?

—Primero en casa. Han llamado por teléfono. Han dicho que había ocurrido un accidente... ¡Dios de la venganza! —Se le encendió el rostro, pero cuando continuó lo hizo con mayor lucidez, en un tono más comedido—. Hulda y yo hemos venido juntas y hemos estado esperando que terminara la operación.

—¿Ha estado todo el rato con la señorita Doorn?

—Sí. No.

—¿En qué quedamos?

—No. He dejado a Hulda en la sala de espera de ahí enfrente. Yo estaba nerviosa y he ido a dar un paseo. Nadie me ha detenido. He andado y andado... y entonces... —una mirada astuta asomó a sus ojos— he vuelto con Hulda.

—¿Y no ha hablado con nadie?

—Buscaba información. —Levantó la vista lentamente—. He tratado de localizar a algún médico, al doctor Janney, al doctor Dunning o al joven doctor Minchen, pero sólo he encontrado al doctor Dunning en su despacho. Me ha tranquilizado y me he marchado.

—¡Comprobado! —murmuró Ellery y comenzó a pasearse arriba y abajo ante ella.

Parecía que le estaba dando vueltas a algo en la cabeza. Sarah Fuller permaneció sentada, esperando impasible.

Cuando por fin habló Ellery, su voz tenía un matiz amenazador. Se inclinó sobre ella.

—¿Por qué no le dio anoche el recado del doctor Janney a la señorita Doorn, para que le administrara la inyección de insulina?

—Yo tampoco me encontraba bien ayer. Estuve en cama casi todo el día. Cogí el recado, sí, pero cuando llegó Hulda ya estaba dormida.

—¿Por qué no se lo ha dicho esta mañana?

—Se me ha olvidado.

Ellery se agachó a mirarla a los ojos.

—¿Se da cuenta de que con ese desafortunado lapso de memoria usted es moralmente responsable de la muerte de la señora Doorn?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Si le hubiera dado a la señorita Doorn el recado del doctor Janney, le hubiera administrado la insulina a la señora Doorn y ésta no hubiera entrado en coma esta mañana, y en consecuencia no hubiera estado en una mesa de operaciones a merced de un asesino. ¿Qué me dice?

Su mirada no se alteró.

—Hágase Su voluntad...

Ellery se incorporó y dijo:

—Cita muy bien las Escrituras... Señorita Fuller, ¿por qué le tenía miedo la señora Doorn?

La mujer inspiró profundamente. Luego esbozó una extraña sonrisa, apretó los labios y se apoyó en el respaldo del asiento. En su rostro amargado había algo espectral. Su mirada era dura y fría, y, en cierto modo, sobrenatural.

—¡Márchese! —dijo por fin Ellery retirándose.

Ella se levantó, se alisó la ropa con un tímido movimiento y, sin mirar a nadie ni decir palabra, abandonó la habitación. A una seña del inspector, el detective Hesse la siguió. El inspector dio una vuelta por la sala, irritado. Desde su sitio, Ellery meditaba.

Un hombre negro tocado con un gallardo sombrero hongo entró en la antesala pasando por delante de Velie. Entre los labios llevaba un cigarro puro apagado, de desagradable olor. Lanzó un maletín negro de médico sobre la camilla y se detuvo, columpiándose sobre los talones, para contemplar con aire de diversión al abatido grupo.

—¡Hola! —dijo por fin, escupiendo un trocito de tabaco al suelo—. ¿Es que no me vais a hacer ningún caso? ¿Dónde es el funeral?

—Ah, hola, Doc. —El inspector le dio la mano distraídamente—. Ellery, saluda a Prouty. —Ellery inclinó la cabeza vacilante—. El cadáver está ahora en el depósito. Acaban de bajarlo.

—Bueno, entonces voy para allá —dijo Prouty, y se dirigió a grandes zancadas hacia el ascensor—. ¿Es por aquí? —Velie pulsó el botón y oyeron como la cabina ascendía chirriando—. A propósito, inspector —dijo Prouty mientras abría la puerta—, es posible que el propio forense intervenga en esto. Parece que no se fía de su ayudante —añadió riendo—. Así que la vieja Abby se ha ido por fin, ¿eh? Bueno, no es la primera, y no será la última. Que sigáis tan animados.

Desapareció en la cabina y el ascensor volvió a descender

ruidosamente al piso de abajo.

Sampson se levantó y se desperezó.

—A-a-ah —bostezó rascándose la cabeza—. Estoy absolutamente perplejo, Q. —El inspector asintió con tristeza—. Y esa loca no ha hecho más que seguir complicando las cosas. —Sampson miró maliciosamente a Ellery—. ¿Tú qué piensas, hijo?

—Muy poco. —Ellery sacó un cigarrillo de su espacioso bolsillo lateral y lo acarició con ternura. Seguidamente, levantó la vista—. He deducido unas cosillas; interesantes, eso sí. —Sonrió irónicamente—. En el fondo de mi conciencia hay una ligerísima luz, pero yo no la llamaría una solución completa y satisfactoria. La ropa...

—Aparte de unas cuantas cosas evidentes... —comenzó a decir el fiscal.

—No son tan evidentes —lo corrigió Ellery muy serio—. Esos zapatos, por ejemplo, resultan muy esclarecedores.

—¿Y qué ha deducido de ellos? —preguntó el pelirrojo a Timothy Cronin con un bufido—. Debo de ser muy bobo, porque yo no veo nada.

—Bueno —dijo el fiscal con poca seguridad—, el verdadero dueño era unos cuantos centímetros más alto que el doctor Janney.

—Ellery ya lo había comentado antes de que llegara usted. Y de mucho nos sirve eso —dijo el inspector ásperamente—. Mandaremos una alarma general por el robo de la ropa, pero ya te digo desde ahora que será como buscar una aguja en un pajar. Ocúpate de ello, Thomas. —Se volvió hacia el gigantón—. Y empezad por este hospital. A lo mejor tenemos suerte.

Velie discutió los detalles con Johnson y Flint y se marcharon.

—No podemos esperar gran cosa —dijo el sargento con voz potente—, pero, si hay alguna pista, los chicos la encontrarán.

—Esa mujer —murmuró Ellery inhalando profundamente el humo del tabaco—. Esa manía religiosa es significativa. Algo la ha desquiciado. Existía un odio muy real entre ella y la señora Doorn. ¿Motivo? ¿Causa? —Se encogió de hombros—. Es fascinante. Y si su bendito Jehová está con nosotros, exclamaremos «¡Selah!» en el momento oportuno, sin duda.

—Este Janney —comenzó a decir Sampson, acariciándose la mandíbula—, ¿no tenemos ya suficiente para...?

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, se perdió en el alboroto que provocó el retorno de Harper a la sala. Éste abrió la puerta de un puntapié e hizo una entrada triunfal con dos enormes bolsas de papel en los brazos.

—¡El chico del pelo blanco vuelve con comida! —anunció—. Sírvanse, camaradas. Tú también, Velie, viejo coloso. No sé si tendremos bastante para llenarte el buche. Hay café, jamón dulce, pepinillos, queso y Dios sabe qué más.

Consumieron los bocadillos y el café en silencio. Harper los observó con atención y no dijo nada más. Hasta que se volvió a abrir la puerta del ascensor y apareció el doctor Prouty, con aspecto sombrío, no volvieron a hablar.

—¿Qué hay, Doc? —preguntó Sampson interrumpiendo el movimiento que lo hubiera conducido a morder un bocadillo de jamón.

—Estrangulada. —Prouty dejó el maletín y, sin ceremonia, cogió un bocadillo del montón que había en la camilla. Hincó los dientes ferozmente en el pan y suspiró—. Caray —murmuró entre bocados—, qué manera más fácil de matar. Sólo con retorcer una vez el alambre, la vieja estiró la pata. Se apagó como una vela. Este Janney es un gran cirujano. —Miró al inspector maliciosamente—. Lástima que no pudiera llegar a operarla. Una rotura muy grave de la vesícula. Y diabética, según he deducido... No, el veredicto original era bastante correcto. La autopsia casi es innecesaria. Tiene señales de inyecciones en todo el brazo. Unos músculos fibrosos. Deben de haber hecho un buen trabajo con las intravenosas esta mañana...

Continuó hablando. La conversación se generalizó. Especulaciones y conjeturas daban vueltas por la cabeza de Ellery Queen en tanto comía. Apoyó la silla contra una pared y se puso a contemplar el techo mientras seguía masticando.

El inspector se limpió la boca delicadamente con un pañuelo.

—Bueno —gruñó—, ya poco nos queda, aparte de ese Kneisel. Supongo que estará fuera, furioso como todos. ¿Estás listo, hijo?

Ellery sacudió la mano descuidadamente. Pero de repente entrecerró los ojos y las patas de la silla golpearon el suelo.

—Tengo una idea —dijo, y luego se echó a reír—. Qué tonto he sido de no darme cuenta. —Los oyentes se miraron desconcertados.

Ellery se puso en pie con impaciencia—. Ahora que lo dices, echémosle una ojeada a nuestro amigo el científico austriaco. ¿Sabéis? Este misterioso Paracelso nuestro puede resultar interesante... Siempre me han fascinado los alquimistas. Y oigo una vocecita, la voz de alguien que grita en la selva... —sonrió— para citar la triple autoridad de Lucas, Juan y el patriarca Isaías.

Se acercó apresuradamente a la puerta del anfiteatro.

—¿Kneisel? ¿Está Kneisel? —gritó.

12

EXPERIMENTACIÓN

EL DOCTOR

PROUTY

se cepilló unas cuantas migas de los pantalones con la mano, se levantó, se insertó el dedo índice en el amplio orificio de la boca, hurgó delicadamente en busca de los restos del bocadillo, los encontró, los escupió triunfante y por fin cogió el maletín negro.

—Me voy —anunció—. Adiós.

Atravesó pesadamente la puerta del pasillo silbando poco melodiosamente mientras rebuscaba un puro en el bolsillo.

Con expresión grave, Ellery Queen penetró en la antesala para dar paso a Moritz Kneisel.

En la opinión tácita que se formó inmediatamente el inspector Queen, Moritz Kneisel correspondía a esa clase de seres humanos que el anciano calificaba simplemente de «un tipo gracioso». Individualmente, las características del científico no resultaban chocantes, pero cuando se consideraban como eslabones de una personalidad única configuraban una impresión de *grotesquerie*. Que fuera menudo, que fuera moreno y tuviera un aspecto centroeuropeo, que llevara una descuidada barbita negra, que tuviera unos ojos profundos y tiernos como los de una mujer, eran cosas que no se apartaban de lo normal. Sin embargo, por algún capricho de la naturaleza, se habían combinado para hacer de

Moritz Kneisel el personaje más inusual con que se habían encontrado los Queen en su investigación del asesinato de Abigail Doorn.

Tenía los dedos descoloridos, con manchas oscuras y salpicados de residuos químicos y quemaduras, y la yema del índice izquierdo aplastada. La bata que llevaba parecía que hubiera soportado un diluvio químico, pues estaba literalmente cubierta de manchurroneos de todos los colores que en muchos lugares se habían comido la tela. Hasta los bajos de los pantalones de loneta y las puntas de los zapatos estaban salpicados.

Ellery, mirándolo con los ojos entrecerrados, empujó la puerta enérgicamente y señaló una silla.

—Siéntese, doctor Kneisel.

El científico obedeció en completo silencio. Irradiaba un aura de ensimismamiento que resultaba desconcertante. No respondió a las impersonales miradas del inspector Queen, del fiscal, de Cronin y de Velie, y fue curioso que éstos comprendieran inmediatamente la causa de su distanciamiento. No tenía miedo, no estaba alerta ni se preparaba para dar evasivas; simplemente, estaba sordo y ciego a lo que lo rodeaba.

Permanecía sentado en un mundo propio, como una extraña figura salida de un cuento pseudocientífico de aventuras espaciales.

Ellery se situó frente a Kneisel con aire de firmeza, horadándolo con la mirada. Tras un tenso intervalo, el científico pareció percibir la fuerza del escrutinio de Ellery y levantó unos ojos despejados.

—Lo siento —dijo en un inglés fluido y preciso, con un acento que apenas indicaba que se trataba de una lengua extranjera para él—. Naturalmente, querrán interrogarme. Acabo de enterarme ahí fuera de que la señora Doorn ha sido estrangulada.

—¿Ahora? —Ellery se relajó y se sentó—. La señora Doorn lleva ya varias horas muerta.

Kneisel se llevó la mano a la nuca distraídamente.

—Yo soy como una especie de recluso. Mi laboratorio es un mundo aparte. El espíritu científico...

—Sí —convino Ellery en tono campechano y cruzando las piernas—, yo siempre he sostenido que la ciencia es otra forma de nihilismo. No parece usted muy sorprendido por la noticia, doctor.

Los dulces ojos de Kneisel quedaron bañados por una extraña

sorpresa.

—¡Querido señor —protestó—, la muerte no es causa de emoción para el científico! A mí me interesa la fatalidad, naturalmente, pero no hasta el punto de caer en el sentimentalismo. Al fin y al cabo... —se encogió de hombros y una intrigante sonrisa afloró a sus labios— ya hemos superado la actitud burguesa con respecto a la muerte, ¿no? *Requiescat in pace* y todas esas cosas. Preferiría citar el cínico epigrama español: «Buena y honrada es la que está muerta y enterrada».

Ellery arqueó las cejas al instante, como la cola de un setter se coloca en posición perfectamente horizontal. Una oleada de buen humor, una luz de esperanza, se reflejó en sus ojos.

—Saludo su erudición, doctor Kneisel —dijo afectuosamente—. ¿Sabe? Cuando el cochero, la muerte, admite a un nuevo y reacio pasajero, a veces hace bajar a otro para equilibrar la carga. Me refiero, claro está, a la vulgar institución de los legados *post-mortem*. El primer testamento de Abigail Doorn era interesante en este sentido, doctor...

—¿Me permite completar su cita con otra? «El que espera los zapatos de un muerto se arriesga a quedarse descalzo». Curiosamente, es un dicho danés —explicó con voz grave y agradable—. Y francés también, según creo. Muchos refranes tienen raíces comunes.

Ellery rió espontáneamente y asintió con evidente admiración.

—Eso no lo sabía —dijo—. Me encargaré de comprobarlo. Ahora bien...

—Sin duda deseará saber —dijo Kneisel con la máxima urbanidad posible— dónde y cómo he pasado la mañana.

—Si tiene usted la bondad...

—He llegado al hospital a las siete, como siempre —explicó Kneisel entrelazando las manos tranquilamente en el regazo—. Después de ponerme esta ropa en los vestuarios generales del sótano, he ido a mi laboratorio. El laboratorio está en este mismo piso, justo frente a la esquina noroeste del anfiteatro, diagonalmente, al otro lado del pasillo, pero es seguro que ya lo sabía.

—*Mais certainement* —murmuró Ellery.

—Me he encerrado dentro y allí he estado hasta que su enviado

me ha ido a buscar hace un rato. He venido directamente al teatro, tal como me ha indicado, y allí me he enterado de que la señora Doorn había sido asesinada esta mañana.

Hizo una pausa durante la cual se mantuvo extremadamente quieto. Ellery no bajó la vigilancia. Cuando Kneisel continuó lo hizo con sereno énfasis.

—En toda la mañana no me ha molestado nadie. En otras palabras, he estado solo en el laboratorio sin interrupción, desde unos momentos después de las siete hasta hace poco. Sin interrupción... y sin testigos. Ni siquiera ha entrado el doctor Janney, seguramente debido al accidente sufrido por la señora Doorn y a la acumulación de trabajo que se habrá producido como consecuencia. Y el doctor Janney pasa por el laboratorio cada mañana sin falta... Creo —concluyó pensativo— que esto es todo.

Ellery continuó traspasándolo con la mirada. El inspector Queen, que los observaba sin parpadear, hubo de admitir a regañadientes que, pese al aparente *savoir faire* de Ellery, nunca lo había visto tan confundido. El viejo frunció el entrecejo y comenzó a sentir una vaga pero tempestuosa cólera.

—Perfecto, doctor Kneisel —dijo Ellery sonriendo—. Y puesto que parece saber exactamente qué voy a preguntarle, a ver si me responde a la siguiente duda sin que me haga falta formularla.

Kneisel se frotó la desaliñada barba especulativamente.

—No tiene demasiada dificultad, señor... Queen. Seguramente querrá conocer la naturaleza de la investigación que estamos llevando a cabo el doctor Janney y yo. ¿Es así?

—Así es.

—Las ventajas de una preparación mental científica son innumerables —comentó Kneisel de buen humor. Uno frente a otro y sonriendo con evidente placer, los dos hombres parecían viejos amigos—. Muy bien, el doctor Janney y yo llevamos dos años y medio... no, el viernes que viene hará dos años y siete meses, trabajando en el desarrollo de una aleación metálica.

—Su clarividencia intelectual, doctor —replicó Ellery con perfecta gravedad— no ha resultado suficientemente *clara*, si se me permite incurrir en el pecado de solecismo en una forma muy modificada. Quiero saber mucho más que eso. Quiero conocer la naturaleza exacta de esa aleación. Quiero saber cuánto dinero se ha

gastado en el experimento. Quiero conocer algo de su historial profesional y de las circunstancias que llevaron al doctor Janney y a usted a formar esta heroica coalición científica. Quiero saber por qué decidió la señora Doorn interrumpir sus contribuciones al avance de la investigación... —Hizo una pausa y dibujó una mueca irónica con la boca—. También quiero saber quién ha matado a la señora Doorn, pero eso supongo que...

—No es pregunta fútil, en absoluto —replicó Kneisel con una ligera sonrisa—. Mi experiencia científica me ha enseñado que lo único que requiere un pensador para dar con la solución de un problema es, primero, la esmerada ensambladura de todos los fenómenos; segundo, una paciencia enorme; y tercero, capacidad para abordar la totalidad del problema con una imaginación fresca y libre de prejuicios... Pero esto no responde a sus preguntas.

»¿La exacta naturaleza de nuestra aleación? Me temo que me es imposible divulgarla. En primer lugar, el conocimiento de este fenómeno no le ayudaría a alcanzar la solución del crimen. En segundo lugar, nuestro trabajo es un secreto entre el doctor Janney y yo. Sin embargo, sí puedo decir lo siguiente: cuando hayamos terminado la tarea a nuestra satisfacción, habremos obtenido una aleación que barrerá el acero de la faz de la Tierra.

El fiscal y su ayudante se miraron en silencio y luego volvieron a contemplar al diminuto científico barbudo con renovada atención.

—No voy a insistir —dijo Ellery con una risita—. Si pretenden sustituir comercialmente el acero mediante una aleación superior y más barata, usted y el doctor Janney se harán millonarios de la noche a la mañana.

—Exactamente. De ahí que el laboratorio esté tan protegido, con paredes reforzadas, puertas de seguridad y todas las demás precauciones que hemos tomado contra la curiosidad y la usurpación. Puedo decir —prosiguió Kneisel con cierto orgullo— que nuestro producto será mucho más ligero, más dúctil, más maleable, más duradero e igual de resistente, además de ser apreciablemente menos costoso de obtener.

—¿No habrán tropezado con la piedra filosofal? —inquirió Ellery muy serio.

—¿Acaso parezco un charlatán, señor Queen? —preguntó con mirada cada vez más penetrante—. Desde luego, la fe que tiene el

doctor Janney en mí y su cooperación son garantía de mi integridad científica. Tenga la seguridad —prosiguió con creciente viveza— de que hemos dado con el material de construcción del futuro. Sin duda revolucionará la aeronáutica. Solucionará uno de los mayores problemas a que se enfrentan los astrofísicos; se trata de un metal de poquísimos peso y con la resistencia del acero. El hombre tenderá puentes en el espacio y conquistará el sistema solar. Esta aleación se utilizará en todo tipo de objetos, desde alfileres a plumas estilográficas y rascacielos... Y —concluyó— es un hecho casi comprobado.

Se produjo un corto silencio. Las palabras resultaban extravagantes; sin embargo, el aire sobrio y realista del sabio las convertía en posibilidades ciertas.

Ellery parecía menos impresionado que los demás.

—Me repugnaría colocarme en la misma categoría que los miopes que se burlaron de Galileo y se mofaron de Pasteur, pero, de un pensador a otro... me gustaría que me lo demostraran... aunque fuera con palabras. ¿Y cuánto ha costado eso hasta ahora, doctor Kneisel?

—No lo sé exactamente, pero creo que pasa de los ochenta mil dólares. El doctor Janney se ocupa de las finanzas.

—Un insignificante experimento —murmuró Ellery—, tan sencillo... Sí, señor, el cromo, el níquel, el aluminio, el carbono, el molibdeno... todos estos minerales no pueden totalizar una suma semejante a no ser que se compren por carretadas. No, doctor, tendrá que entrar en más detalles.

Kneisel se permitió esbozar una discreta sonrisa.

—Veo que no es usted lego en los minerales experimentales. Podría haber mencionado también la molibdenita, la wulfenita, la scheelita, la molibdita y otros de los cuales se extrae el molibdeno. Pero ni siquiera admitiré que empleo molibdeno. He enfocado el problema desde un ángulo nada ortodoxo.

»No obstante, en lo relativo al costo ha pasado por alto ciertos elementos esenciales. Me refiero a la instalación del laboratorio y la compra de aparatos. ¿Tiene usted idea de lo que cuesta instalar un sistema de ventilación especial, hornos de fundición, equipo de refino, turbinas, aparatos electrolíticos, tubos catódicos y similares?

—Discúlpeme. Soy totalmente profano en la materia. ¿Qué

puede decirnos de su curriculum, doctor?

—Munich en Alemania, la Sorbona en Francia, el MIT en los Estados Unidos; investigación espacial de laboratorio con Jublik en Viena y con Charcot el viejo en París. Tres años en la Agencia de Patrones del Departamento de Metalurgia de los Estados Unidos una vez hube obtenido la nacionalidad norteamericana; cinco años en una de las mayores empresas de fundición de acero del continente americano; todo esto intercalado con investigaciones particulares, durante las cuales germinó lentamente la idea en la que estoy trabajando ahora.

—¿Cómo se conocieron Janney y usted?

—Nos presentó un colega en quien yo había confiado ligeramente. Yo era pobre. Necesitaba la ayuda de alguien que financiara mis experimentos y que a la vez me ayudara en el aspecto técnico. Y sobre todo alguien en quien pudiera confiar. El doctor Janney satisfacía todos los requisitos. Y aceptó la idea con entusiasmo. El resto ya se lo puede imaginar.

Ellery se revolvió ligeramente en el asiento.

—¿Por qué decidió la señora Doorn dejar de financiar su proyecto?

Entre los ojos de Kneisel apareció una fina línea blanca.

—Estaba cansada. Hace dos semanas, nos llamó al doctor Janney y a mí a su casa. Al principio le prometimos que el experimento duraría seis meses, que luego se han convertido en dos años y medio, y todavía no hemos terminado. Dijo que había perdido interés. Nos informó de ello con toda amabilidad y nada de lo que hubiéramos podido decir la habría hecho cambiar de opinión.

»Nos fuimos muy desanimados. Todavía nos quedaba algo de dinero. Decidimos no dejarlo hasta que se nos acabara y hasta entonces trabajar como si no hubiera ocurrido nada, sin restricciones. Entre tanto, el doctor Janney iba a intentar sacar dinero de otra fuente.

El fiscal Sampson se aclaró la voz con un enérgico carraspeo.

—¿Cuando les comunicó su decisión, les informó también de que su abogado estaba redactando un testamento nuevo?

—Sí.

El inspector Queen le dio una palmadita en la rodilla al científico.

—Que usted sepa, ¿se llegó a redactar y firmar el nuevo testamento?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Sinceramente, espero que no. Si el primero todavía tuviera vigencia, las cosas se simplificarían mucho.

—¿Y no siente usted curiosidad por saber si firmó o no el segundo testamento? —dijo Ellery con suavidad.

—Nunca permito que las consideraciones mundanas interfieran en mi trabajo. —Kneisel se acarició la barba tranquilamente—. Además de metalúrgico, soy algo filósofo. Lo que sea, será.

Ellery se levantó de la silla fatigosamente.

—Es usted admirable, doctor.

Se pasó la mano por el cabello y se quedó mirando fijamente a Kneisel.

—Gracias, señor Queen.

—Y sin embargo, tengo la impresión de que no es usted tan frío como pretende aparentar. Por ejemplo —Ellery se inclinó sobre el hombrecillo apoyando la mano con familiaridad en el respaldo de su silla—, estoy seguro de que, si en este momento se aplicara un cardiómetro a su envoltorio científico, doctor, registraría una aceleración del pulso cuando oyera la siguiente afirmación: Abigail Doorn fue asesinada antes de firmar el segundo testamento.

—Al contrario, señor Queen. —Los blancos dientes de Kneisel centellearon en su oscuro rostro—. No me sorprende en absoluto, pues tanto su método como su motivo son obvios. En realidad, tengo la certeza moral de que tal insinuación no es propia de su intelecto. ¿Algo más, señor?

Ellery se irguió bruscamente.

—Sí. ¿Es usted consciente del hecho de que el doctor Janney va a ser el destinatario de una buena porción de las propiedades de la señora Doorn?

—Perfectamente.

—En ese caso, puede usted retirarse.

Kneisel se levantó y le dirigió una inclinación a Ellery. Se volvió a saludar al inspector, al fiscal, a Cronin, y a Velie; luego, imperturbable, abandonó la antesala.

—Aquí yace, por la gracia de Dios —refunfuñó Ellery dejándose caer en la silla que había quedado vacía—, Ellery Queen, que, por

cierto, ha encontrado la horma de su zapato.

—Qué idiotez. —El inspector estornudó al aplicarse un pellizco de rapé y dijo con irritación—: Ese hombre es un tubo de ensayo humano.

—Es un memo —gruñó Sampson.

Harper, el periodista, se había agazapado en una silla situada en el extremo más alejado de la sala, con el sombrero calado sobre los ojos. Durante todo el interrogatorio del doctor Kneisel no había emitido un solo sonido ni había apartado la vista del rostro del científico. Ahora se levantó y echó a andar por la habitación. Ellery levantó los ojos y se miraron en silencio.

—Bueno, viejo —dijo Harper por fin—, me parece que te estás calentando la cabeza. ¿Te importa que mezcle metáforas? —preguntó sonriente—. Te estás calentando la cabeza con un iceberg humano.

—Estoy bastante de acuerdo contigo, Pete. —Ellery sonrió lánguidamente mientras estiraba las piernas—. Y es evidente que no has pasado por alto el hecho científico de que ocho novenos de la mayoría de los icebergs están completamente sumergidos.

13

ADMINISTRACIÓN

EL VOLUMINOSO BRAZO del sargento Velie se apoyaba contra el quicio de la puerta en tanto conversaba seriamente con un invisible colega que se encontraba en el pasillo.

Ellery Queen permanecía sentado en una especie de concentrado estupor, inmerso, según se deducía de la sombría expresión de su rostro, en pensamientos amargos e infructuosos.

Apiñados y rodeándose con los brazos unos a otros, el inspector Queen, el fiscal y Timothy Cronin se hallaban enfrascados en una conversación sumaria sobre las complejas características del caso.

Sólo Pete Harper, con la cabeza apoyada en el pecho y los pies enredados en los travesaños de la silla, parecía completamente en paz consigo mismo y con el mundo.

Ésta era la vacua e inerte escena que encontraron unos minutos después los fotógrafos y expertos en huellas dactilares de la policía que penetraron en la sala. Ésta se llenó repentinamente de funcionarios.

Sampson y Cronin quitaron los abrigos y sombreros de la silla sobre la que los habían lanzado, y se colocaron a un lado.

El fotógrafo jefe murmuró una excusa sobre «otro trabajo» y, sin más conversación, los hombres de Jefatura empezaron a trabajar.

Invadieron el anfiteatro lo mismo que la antesala y la sala de anestesia; se apelotonaron en torno de la mesa de operaciones; dos hombres usaron el ascensor de la antesala para bajar al sótano y

sacar una serie de fotografías de la anciana fallecida y de su herida. Los destellos y explosiones amortiguadas de las cámaras fotográficas salpicaban la algarabía reinante en la planta baja del hospital. El acre olor de los *flashes* mezclado con la penetrante emanación medicinal de los pasillos y habitaciones formaba un potente hedor.

Ellery, encadenado por sus pensamientos, como Prometeo, al Cáucaso de su silla, permanecía sentado en pleno centro de la confusión, apenas consciente de lo que veía, oía y olía.

El inspector mandó a un agente uniformado fuera y, casi de inmediato, éste regresó acompañado por un hombre de cabello color arena, aspecto juvenil y serio.

—Aquí está, jefe.

—¿Es usted James Paradise, conserje del hospital? —preguntó el inspector.

El hombre, que también iba vestido de blanco, asintió y tragó saliva. Tenía unos ojos acuosos que le daban un aspecto soñador y lloroso, la punta de la nariz demasiado bulbosa y unas ventanas angulares y con repliegues casi anormales. Asimismo, tenía unas enormes orejas rojas.

El rostro de duende no carecía de atractivo. Parecía demasiado simple para ser falso, demasiado asustado para mentir.

—M-m-m-i mujer —tartamudeó. Aparte de las llameantes orejas, estaba lívido.

—¿Qué? ¿Cómo dice? —gruñó el inspector.

El conserje consiguió esbozar una especie de sonrisa.

—Mi mujer, Charlotte —susurró—, siempre tiene visiones. Esta mañana me ha dicho que anoche tuvo un aviso, una voz interior que le decía con claridad: «Hoy va a haber problemas». ¿No es curioso? Nosotros...

—Sí, sí, muy curioso. —El inspector parecía molesto—. Mire, Paradise, esta mañana nos ha ayudado mucho y no le creo tan tonto como podría deducirse de su aspecto. Ahora tenemos trabajo y quiero respuestas rápidas a preguntas rápidas. Usted tiene el despacho justo enfrente del pasillo este, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Ha estado toda la mañana en el despacho?

—Sí, señor, por las mañanas siempre tengo más trabajo. No me he levantado de la mesa hasta que ha venido el doctor Minchen

corriendo...

—Lo sé. Tengo entendido que su silla y su mesa están frente a la puerta de su despacho. ¿Ha tenido la puerta abierta esta mañana?

—Bueno, entreabierta.

—¿Ve usted, ha visto usted, la cabina de teléfonos por la puerta entreabierta?

—No, señor.

—Lástima, lástima —murmuró el inspector. Se mordió los bigotes, irritado—. Entonces, ¿ha pasado algún médico por su campo de visión entre las diez y media y las once menos cuarto?

Paradise se rascó el bulbo de la nariz pensativo.

—No... lo sé. Tenía mucho trabajo... —Se le llenaron los ojos de lágrimas y el inspector se retiró avergonzado—. No hacen más que pasar médicos arriba y abajo por los pasillos todo el día.

—Muy bien, muy bien. No llore, hombre, por el amor de Dios. —El viejo se volvió de espaldas—. ¡Thomas! ¿Están vigiladas todas las puertas? ¿Va todo bien hasta ahora? ¿No ha habido ningún intento de huida?

—Nada destacable, inspector. Los chicos están alerta —contestó el gigantón, que contempló ceñudo la insignificante figura del conserje.

El inspector Queen le hizo una imperiosa seña a Paradise.

—Quiero que tenga los ojos bien abiertos, que colabore con mis hombres. El hospital va a estar bajo vigilancia hasta que descubramos al asesino de la señora Doorn. Préstenos su colaboración y me ocuparé de que no salga perjudicado por ello, ¿entendido?

—Sí, sí, pero... —Se le enrojecieron peligrosamente las orejas—. E-es la primera vez que hay un asesinato en el hospital, inspector... Espero que sus hombres y usted no alteren mi organización.

—En absoluto. Ya puede irse. —El inspector dio una palmada en la temblorosa espalda de Paradise en un gesto amistoso y lo empujó hasta la puerta—. Váyase.

El conserje desapareció.

—En seguida estoy contigo, Henry —dijo el inspector. Sampson cabeceó pacientemente—. Mira, Thomas —prosiguió el anciano dirigiéndose al sargento Velie—, ahora te vas a encargar de dar los

últimos toques por aquí abajo. Quiero que se monte guardia en el anfiteatro, en esta habitación y en la sala de anestesia de al lado, y que no entre nadie, nadie en absoluto.

»Y mientras te ocupas de eso puedes tratar de descubrir qué ha hecho el asesino al salir de la sala de anestesia; a ver si encuentras a alguien que lo haya visto. Seguramente, habrá continuado cojeando hasta llegar a donde haya ido.

»Luego quiero que anotes los nombres y direcciones de todo el mundo: enfermeras, médicos, internos, visitantes, y todos los demás. Y otra cosa...

—¿Los antecedentes, Q.? —intervino rápidamente Sampson.

—Sí. Oye, Thomas, pon a un grupo de hombres a repasar los antecedentes de todo el mundo, sin excepción. Como comprobación, nada más. Kneisel, Janney, Sarah Fuller, los médicos, las enfermeras..., todos los que tengan algo que ver. No te molestes en prepararme un informe largo, a no ser que tropieces con algo fuera de lo corriente. Lo que me interesan son cosas que no corroboren o se hayan omitido en los testimonios recogidos.

—De acuerdo. Guardia, huida del asesino, nombres y direcciones, lo del depósito. Lo tengo todo —repuso Velie mientras garabateaba en un cuaderno—. A propósito, inspector, Big Mike todavía está bajo la influencia del éter. Tardará varias horas en poder hablar. Tengo unos chicos vigilando arriba.

—Muy bien, muy bien. Manos a la obra, Thomas.

El inspector cruzó a toda prisa la puerta del anfiteatro, dio unas rápidas instrucciones a detectives y policías, y regresó al instante.

—Todo listo, Henry. —Cogió el abrigo.

—¿Los sueltas?

El fiscal suspiró y se bajó el sombrero hasta las orejas. Harper y Cronin se aproximaron a la puerta.

—¿Por qué no? De momento ya hemos hecho todo lo que podíamos aquí abajo... ¡Ellery, despierta!

La voz de su padre penetró tenuemente en la neblina de los pensamientos de Ellery. Durante el torbellino de actividad de los minutos precedentes no había levantado la vista ni dejado de fruncir el ceño ni una sola vez. Ahora alzó la cabeza y vio al inspector, a Sampson, a Cronin y a Harper listos para marcharse.

—Ah. ¿Ya está incinerada toda la basura? —Se desperezó con

ganas y las arrugas desaparecieron de su frente.

—Sí. Venga, Ellery, nos vamos a casa de los Doorn —dijo el padre con irritación—. No holgazanees, hijo, hay mucho que hacer.

—¿Dónde está mi abrigo? ¡Ah, tengo las cosas en el despacho del doctor Minchen!

Se puso en pie y un policía salió a cumplir el encargo.

Ellery no volvió a hablar hasta que tuvo el pesado gabán negro sobre los hombros. Se puso el bastón debajo del brazo y retorció el ala del sombrero entre los largos dedos, pensativo.

—¿Sabéis? —musitó en tanto salían de la antesala y observaban cómo un agente uniformado pegaba la espalda a la puerta—. Abigail Doorn debería haber emulado al emperador Adriano. ¿Recordáis lo que hizo grabar en su tumba? —Al pasar ante la sala de anestesia, otro hombre ocupó su puesto junto a la puerta—. «Una multitud de médicos me ha destruido».

El inspector se detuvo de golpe.

—¡Ellery! ¿No querrás decir...?

Ellery dibujó un breve arco con el bastón y dio un resonante golpe en el suelo de mármol.

—No es una acusación —dijo con suavidad—, es un epitafio.

14

ADORACIÓN

—
PHIL

...

—Lo siento, Hulda, cuando he llegado, hace una hora, del hospital estabas descansando, eso me ha dicho Bristol, y sabía que te acompañaba Edith Dunning, y Hendrik... No quería molestarte. Y tenía cosas que hacer. Unos asuntos en el despacho, muy urgentes. Pero ahora estoy aquí, Hulda, y... Hulda...

—Estoy cansadísima.

—Lo sé, cariño, lo sé. Hulda, no sé cómo decirlo... Hulda...

—Phil, por favor.

—No sé qué decir, ni cómo decirlo, querida. Eso es significativo, ¿no? Cariño, ya sabes lo que siento... por ti. Pero el mundo, los periódicos, ya sabes lo que dirían si... si nos...

—¡Phil! ¿Crees que me importaría?

—Dirían que me casaba con los millones de Abby Doorn.

—No quiero hablar de matrimonio. ¿Cómo puedes siquiera pensar...?

—Pero Hulda. ¡Hulda! Soy un bruto por hacerte llorar...

15

COMPLICACIÓN

EL COCHE DE LA POLICÍA se acercó al bordillo y se detuvo ante la imponente verja de hierro de la finca Doorn. La mansión y el terreno ocupaban toda una manzana de la Quinta Avenida a la altura de las calles sesenta y pico. Un muro alto de piedra, erosionado por los elementos y cubierto de musgo, rodeaba la casa y el jardín como un viejo manto de granito que ocultaba los pisos bajos del edificio asentado tras el césped.

Haciendo oídos sordos al tráfico de las avenidas adyacentes, uno podía imaginar que se encontraba en un antiguo reino de palacetes y parques, de estatuillas de mármol, bancos de piedra y sinuosos caminos.

Enfrente se extendía Central Park. Un poco más arriba, en la misma Quinta Avenida, brillaban la cúpula y las sobrias paredes del Metropolitan Museum. Por entre las ramas desnudas de los árboles del parque, a través del aire cristalino, se divisaban las torrecillas y fachadas angulosas del otro lado del parque, juguetes menudos y delicados.

El inspector Queen, el fiscal Sampson y Ellery Queen dejaron a tres detectives fumando en el coche de la policía y cruzaron con calma la verja, avanzaron por el sendero de piedra y ascendieron por la empinada rampa que conducía a un pórtico, una estructura clásica sostenida por columnas estriadas de mármol.

Un hombre larguirucho de avanzada edad, vestido de librea, les

abrió la puerta exterior. El inspector Queen lo hizo a un lado y se encontró en una sala abovedada de enormes dimensiones.

—Queremos ver al señor Doorn —gruñó—. Y no pierda el tiempo en preguntas.

El mayordomo abrió la boca para protestar y titubeó.

—Pero ¿quién digo que es?

—El inspector Queen, el señor Queen y el fiscal Sampson.

—Sí, señor. Tengan la bondad de pasar, caballeros.

Lo siguieron a través de habitaciones ricamente amuebladas, de paredes cubiertas con tapices. Se detuvo ante una puerta doble y la abrió.

—Esperen con el otro caballero, por favor.

Hizo una reverencia y se alejó por donde habían entrado.

—¿El otro caballero? —rezongó el inspector—. ¿Quién...? ¡Pero si es Harper!

Se quedaron mirando hacia el rincón más alejado de la sombría habitación, donde Pete Harper, hundido en las profundidades de un butacón de cuero, les sonreía.

—Vaya —dijo el inspector—, pensaba que había dicho que se iba al periódico. ¿Trataba de cogernos la delantera?

—Cosas de la guerra, inspector. —El viejo reportero gesticuló alegremente—. He tratado de ver a Hendrik, el *playboy*, pero no he podido, de modo que les he esperado a ustedes. Siéntense.

Ellery echó a andar pensativo, estudiando la biblioteca. En todas las paredes, desde el suelo hasta el alto techo, había libros y más libros. Pasó la vista reverentemente por algunos títulos, pero la reverencia se disipó y en su rostro apareció una peculiar sonrisa mientras sacaba un volumen del estante. Era un tomo grueso, ricamente encuadernado en piel de becerro dorada. Lo hojeó experimentalmente. Las hojas iban pasando en grupos.

—Mira por donde —comentó secamente—, parece que hemos topado con otro vicio secreto de nuestra millonaria. Unos libros preciosos sin padres ni madres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sampson, que lo observaba con curiosidad.

—Éste es un ejemplar de Voltaire en un formato magnífico, de diseño especial, edición especial, encuadernación especial y especialmente sin leer. ¡Pobre Arouet! Ni siquiera han cortado las

páginas. Seguro que el noventa y ocho por ciento de estos libros no han sido abiertos desde que fueron comprados.

El inspector se había dejado caer, gruñendo, en una poltrona.

—Ojalá ese idiota gordinflón...

El idiota gordinflón apareció en la puerta de doble hoja como un genio al formular un deseo con todo su volumen y con una amplia sonrisa nerviosa deformando sus carrillos.

—Qué bien —dijo con su voz chirriante—. Cuánto me alegro de verles, caballeros. Siéntense, siéntense.

Avanzó pesadamente, como una foca.

El fiscal le obedeció despacio, contemplando al hermano de Abigail Doorn con una mueca de repugnancia. Ellery no prestó la más mínima atención a su anfitrión; siguió paseándose por la habitación estudiando los libros.

Hendrik Doorn se hundió en un diván y entrelazó las húmedas manos. La sonrisa se esfumó cuando advirtió la figura de Harper al otro lado de la estancia.

—¿No es ése el periodista? No pienso hablar delante de un periodista, inspector. ¡Usted, *raus*!

—*Raus* usted —contestó Harper. Y prosiguió con tono conciliador—. Tranquilícese, señor Doorn. No estoy aquí en calidad de periodista. ¿No es así, señor Sampson? El fiscal del distrito se lo dirá, señor Doorn. Estoy colaborando en el caso, una ayuda amistosa.

—No se preocupe por Harper —dijo el fiscal—. Puede hablar delante de él con la misma libertad que delante de nosotros.^[4]

—Bueno... —Doorn miró al periodista con desconfianza—. ¿No publicará lo que yo diga que no se publique?

—¿Quién, yo? —Harper parecía escandalizado—. Escuche, señor Doorn, usted me está insultando. Yo soy como una tumba.

—En el hospital nos ha dicho que tenía algo que contarnos —interrumpió el inspector—. Ha dejado entrever que era peligroso. Adelante.

Doorn se acomodó con grandes melindres en el chirriante diván y, sin levantar la vista, dijo pronunciando cuidadosamente las palabras:

—Pero primero, caballeros, han de prometerme una cosa. —Bajó la voz—. Discreción.

Los miró rápidamente uno a uno, como un astuto conspirador.

El inspector Queen cerró los ojos e introdujo los dedos en la vieja cajita de rapé que era su fiel compañera. Parecía que se le había acabado la paciencia.

—Un pacto con la policía, ¿eh? ¿Nos quiere hacer una propuesta? —musitó—. Bueno, señor Doorn —abrió los ojos y se irguió bruscamente—, nos lo va a contar y además sin condiciones.

Doorn sacudió la cabeza violentamente.

—¡No, no! —dijo con su voz de falsete—. No me intimida usted, *Mynheer Inspektor*. Si me lo promete, hablaré. De lo contrario, no hablaré.

—Mire —dijo el inspector de repente—, es evidente que usted teme por su pellejo. Supongamos que si necesita protección, se la proporcionaremos.

—¿Me proporcionarán policías, detectives? —preguntó Doorn ansioso.

—Si su seguridad lo requiere, sí.

—Muy bien. —Doorn se inclinó hacia adelante y comenzó a susurrar a toda prisa—. Estoy en deuda con un... con una sanguijuela. Hace años que me presta dinero. Grandes sumas.

—Vaya, vaya —intervino el inspector—. Esto requiere una explicación. Tengo entendido que dispone usted de una pequeña renta.

El gordinflón no prestó atención a la observación y la desechó con una sacudida de la mano.

—Naderías, naderías. Juego a las cartas, a los caballos... Soy lo que se dice un deportista. Pero he tenido mala suerte, muy mala suerte. Así pues, este hombre me ha dejado el dinero y luego me ha dicho que quería que se lo devolviera. Y yo no puedo pagarle. He hablado con él y me ha dejado más. Le he dado pagarés, por muchísimo dinero. ¡Oh, *Gott!* Ciento diez mil dólares, caballeros.

El fiscal Sampson emitió un silbido. Harper abrió unos ojos como platos. El rostro del inspector se ensombreció.

—¿Qué garantías le ofreció usted? —preguntó—. Al fin y al cabo, señor Doorn, usted no tiene ingresos propios, como todo el mundo sabe.

Doorn entrecerró los ojos.

—¿Garantías? Las mejores del mundo. —Su rostro rollizo se

llenó de una sonrisa afectada—. La fortuna de mi hermana.

—¿Quiere usted decir —preguntó Sampson— que la señora Doorn le avaló los pagarés?

—Oh, no. —Respiró profundamente, con dificultad—. Pero, como hermano de Abigail Doorn, todo el mundo me consideraba heredero natural de sus riquezas. Mi hermana no sabía nada de estos asuntos.

—Muy interesante —murmuró el inspector—. Shylock le dejó el dinero en el convencimiento de que, cuando Abby Doorn muriera, usted recibiría la mayor parte de la fortuna. Bonito acuerdo, sí señor.

Doorn tenía la boca abierta y los labios flácidos y húmedos. Parecía asustado.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el inspector—. ¿Y todo esto a qué viene? Díganoslo ya.

—Esto viene a que... —Los carrillos de Doorn se relajaron en tanto su cuerpo se inclinaba hacia ellos—. Como pasaban los años sin que se muriera Abigail y yo no le pagaba, dijo que Abby debía ser asesinada.

Se detuvo teatralmente. El inspector y Sampson se miraron. Ellery dejó de mirar el libro que tenía en las manos y volvió la cara hacia Doorn.

—¿Es esto lo que nos quería contar? —dijo el inspector Queen—. ¿Y quién es ese prestamista? ¿Un banquero? ¿Un usurero?

Doorn palideció. Observó nervioso todos los rincones de la habitación con sus ojillos porcinos. Resultaba evidente que su nerviosismo era real. Cuando habló lo hizo con un susurro ronco.

—Michael Cudahy...

—¡Big Mike! —exclamaron al unísono Sampson y el inspector. El anciano se puso en pie de un salto y comenzó a pasearse rápidamente por la mullida alfombra—. ¡Big Mike, por Junípero! Y está también en el hospital.

—El señor Cudahy —dijo Ellery con retintín— tiene una coartada perfecta, papá. En el instante en que le estaban constriñendo el cuello a Abigail Doorn, a él lo estaban anestesiando un médico y dos enfermeras.

Regresó a las estanterías.

—¿Cómo no iba a tener coartada? —dijo Harper de pronto

riendo—. Ese tipo es como una anguila. Un tipo verdaderamente hábil.

—No pudo haber sido Cudahy —declaró el inspector.

—Pero pudo haber sido uno de los tres matones —sugirió el fiscal animadamente.

El inspector no dijo nada. Parecía descontento.

—No lo entiendo —balbuceó—. Este crimen es demasiado refinado, demasiado limpio. No es lo suficientemente directo para tipos como Little Willie, Snapper o Joe Gecko.

—Sí, pero con el cerebro de Cudahy... —porfió el fiscal.

—Bueno, bueno —intervino Ellery desde su rincón—. No se apresuren, caballeros. El viejo Publio Siro sabía lo que decía cuando afirmó: «Debemos sopesar bien lo que sólo se puede decidir una vez». No debemos precipitarnos.

El gordinflón parecía muy complacido por el revuelo a que había dado lugar. Aun cuando tenía el ceño fruncido, sonreía afectadamente.

—Al principio, Cudahy dijo que lo tenía que hacer yo, pero era una proposición infame. Lo amenacé con contárselo a la policía. «¿Qué?», le dije, «¿mi propia carne y mi propia sangre?». Se echó a reír y dijo que quizá lo haría él mismo. Y yo le dije: «¿No hablarás en serio, Mike?». Y él dijo: «Eso es cosa mía, pero tú punto en boca, ¿entendido?». ¿Qué iba a hacer yo? Me... me hubiera matado...

—¿Cuándo tuvo lugar esta conversación? —preguntó Queen.

—El pasado septiembre.

—¿Ha vuelto a nombrarlo Cudahy alguna vez?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace tres semanas... Poca cosa hay más. —Doorn transpiraba desagradablemente; sus ojillos, inquietos, saltaban de rostro en rostro—. Cuando he descubierto esta mañana que mi hermana estaba muerta, asesinada, ¿qué otra cosa podía pensar sino que Cudahy...? Ahora tendré que... quiero decir que podré pagarle lo que le debo. Eso es lo que quiere.

Sampson sacudió la cabeza preocupado.

—Si Cudahy declarara, señor Doorn, su historia se desmoronaría. ¿Tiene usted algún testigo de tal amenaza? Ya me lo figuraba. No, me temo que no tenemos fundamento para retener a

Big Mike. Naturalmente, podemos encerrar a los tres matones, pero no por mucho tiempo, a no ser que encontremos pruebas concluyentes en contra de ellos.

—Tratarán de conseguir que los soltemos hoy —dijo el inspector con aire sombrío—, pero esos chicos no salen. Te lo prometo, Henry. Lo único que pasa es que me suena a falso. Snapper es el único de los tres que por la altura podría haber suplantado al doctor Janney, y no sé...

—Si les he contado esto —intervino Doorn ansioso— es por mi hermana. —Frunció el entrecejo—. ¡Venganza! ¡El asesino pagará su culpa! —Estaba erguido en su asiento, como un gallo cebado.

Harper unió las yemas de los dedos amarillos por el tabaco y las hizo entrechocar en un aplauso silencioso. Ellery lo vio y sonrió.

—A mí me parece, señor Doorn, que tiene usted muy poco que temer de Cudahy y su banda —dijo Sampson.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. Para él, usted vale mucho más vivo que muerto. Si le ocurriera algo, perdería la esperanza de cobrar. ¡Cudahy, con pagarés! ¡No, señor! Lo mejor que puede hacer es dejarlo a usted en paz, esperar a que se ejecute el testamento y entonces intimidarlo para que le pague lo que le debe.

—¿Supongo —inquirió el inspector con sarcasmo— que le pagará usted los intereses correspondientes?

—El quince por ciento —gruñó Doorn. Se produjo un silencio y se secó el sudor del rostro—. No lo divulgarán ustedes, ¿verdad? —Sus carrillos fueron víctimas de un temblor ridículo.

—Usura... —murmuró el inspector—. Seremos discretos, señor Doorn, eso se lo aseguro. Y recibirá usted protección contra Cudahy.

—¡Muchas gracias, muchas gracias!

—¿Por qué no nos cuenta ahora lo que ha hecho esta mañana? —le invitó el inspector Queen sin darle importancia.

—¿Lo que he hecho? —Doorn los miraba con los ojos fuera de las órbitas—. Pero no... Ah, ya. Es cosa rutinaria, ¿no? Me han avisado por teléfono de la caída de mi hermana. Han llamado del hospital. Yo todavía no me había levantado. Hulda y Sarah se han marchado antes que yo. He llegado al hospital hacia las diez. He estado buscando al doctor Janney, pero no lo he encontrado y unos cinco minutos antes de la operación he entrado en la sala de espera,

donde estaban Hulda y el joven Morehouse, el abogado.

—Dando vueltas, ¿eh?

El inspector parecía desanimado. Se atusó el bigote.

Ellery se incorporó al grupo y sonrió a Hendrik Doorn.

—La señora Doorn —dijo— era viuda. ¿Cómo es que se la conoce por ese nombre? ¿No es ése su apellido de soltera? ¿O es que se casó con algún primo lejano que llevaba el mismo apellido?

—Muy bien —pió el gordinflón—. Verá usted, señor Queen. Abigail se casó con Charles Van Der Donk, pero cuando éste murió recuperó su apellido de soltera y le añadió lo de señora por cuestión de dignidad. Estaba muy orgullosa del apellido Doorn.

—Yo puedo corroborarlo —intervino Harper perezosamente—, porque esta mañana, antes de pasar por el hospital, he repasado un poco los archivos.

—No tengo la menor duda. —Ellery frotaba sus gafas con vigor—. Era pura curiosidad. ¿Y sus obligaciones para con Michael Cudahy, señor Doorn? Ha hablado de cartas, caballos... Pero ¿qué hay del otro juego, el verdaderamente emocionante, el juego de las mujeres, para hablar con claridad?

—¿Hein? —Una vez más el sudor dio al rostro de Doorn una pátina reluciente—. ¿Cómo?

—¡Haga el favor! —dijo Ellery enérgicamente—. Responda a mi pregunta, señor Doorn. ¿Hay alguna mujer en su lista a quien todavía le deba dinero? Dese cuenta de que soy un perfecto caballero y no saco a relucir el motivo.

Doorn se humedeció los morados labios.

—No.

Lo-lo

he pagado todo.

—*¡Danken sie!*

El inspector miraba intensamente a su hijo. Ellery levantó la cabeza de modo casi imperceptible. El inspector se puso en pie y, con toda calma, puso la mano en el blando brazo del señor Doorn.

—Me parece que de momento ya es suficiente. Muchas gracias y no se preocupe por Cudahy. —Doorn se puso trabajosamente de pie, secándose el rostro—. Ah, nos gustaría ver a la señorita Hulda un momento. ¿Tendría la bondad de...?

—Sí, sí. Adiós.

Doorn salió de la habitación anadeando rápidamente.

Los que se quedaron se miraron unos a otros. El inspector Queen vio un teléfono sobre una mesa y llamó a Jefatura. Mientras hablaba con un subinspector, Ellery murmuró espontáneamente.

—¿No os parece que el amigo Doorn, el Coloso de Rodas viviente, ha contravenido los dictados de su propia naturaleza contando esta historia?

—Claro —declaró Harper—. Ese ceporro...

—Queréis decir que si se acusara a Cudahy del asesinato de Abigail Doorn, no tendría que... —Sampson arqueó las cejas.

—Exacto —dijo Ellery—. El mamut no tendría que pagar lo que debe. Quizá ello explique su interés por inducirnos a sospechar de Cudahy.

En ese momento Hulda Doorn entró en la biblioteca del brazo de Philip Morehouse.

Con un apenado y vigilante Morehouse revoloteando a su alrededor, Hulda Doorn reveló muy pronto que detrás de los gruesos muros de las estancias rococó e los Doorn se había desarrollado una encarnizada lucha familiar. Lo descubrió tras ser objeto del eficaz y exhaustivo interrogatorio combinado del inspector y el fiscal, que no dejó lugar a excusas ni subterfugios.

Morehouse permanecía tras ella, con sus agudos rasgos oscurecidos por la irritación.

Abigail Doorn y Sarah Fuller... dos ancianas que se increpaban mutuamente detrás de las puertas cerradas, disputando como verduleras por cosas incomprensibles para todos. Hulda tampoco lo comprendía. Las dos mujeres, septuagenarias y solteras avejentadas prematuramente por una obsesión, vivían una junto a otra sin hablarse durante semanas. Pasaban meses enteros dirigiéndose la palabra sólo por cuestiones ineludibles, y aun así empleando únicamente monosílabos. Hacía años que no se habían dirigido una palabra amable. Y, pese a todo, habían transcurrido meses y años y Sarah Fuller seguía al servicio de Abigail Doorn.

—¿Se planteó alguna vez la cuestión de que la despidiera?

La muchacha sacudió la cabeza mecánicamente.

—A veces mamá se enfadaba y decía que la iba a echar, pero

todos sabíamos que no eran más que palabras. Yo le preguntaba por qué no se llevaba bien con Sarah, y ella me miraba de una manera extraña y decía que eran imaginaciones mías, que una mujer de su posición no podía intimar ni siquiera con la más alta sirvienta. Pero eso no era propio de mamá. Yo...

—Todo esto ya se lo había dicho yo —dijo Morehouse bruscamente—. ¿Por qué la torturan?

No prestaron atención a las exclamaciones de Morehouse. Finalmente, Hulda aventuró que debía de tratarse de peleas por cuestiones domésticas; no podía ser otra cosa más grave, sino que...

El inspector pasó de repente a otro asunto. Le preguntó qué había hecho aquella mañana y Hulda corroboró la declaración que había hecho Sarah Fuller en la antesala del hospital.

—Dice usted —prosiguió el inspector— que la señorita Fuller la ha dejado en la antesala y se ha ido, y que el señor Morehouse ha entrado poco después de que se fuera la señorita Fuller. ¿Ha estado el señor Morehouse con usted todo el rato, desde ese momento hasta que se ha ido a presenciar la operación?

Hulda frunció los labios pensativa.

—Sí. Menos durante unos diez minutos, creo. Le he pedido a Philip que buscara al doctor Janney y me trajera alguna noticia sobre mamá. Sarah se había ido y no había regresado. Philip ha regresado al poco y ha dicho que no encontraba al doctor. Es así, ¿no, Phil? No... no estoy muy segura de...

—Sí, sí, claro —se apresuró a decir Morehouse.

—¿A qué hora ha regresado el señor Morehouse, señorita Doorn? —preguntó el inspector Queen con gran delicadeza.

—Ay, no me acuerdo. ¿Qué hora era, Phil?

—Debían de ser... —Morehouse se mordió el labio— las once menos veinte, porque casi inmediatamente he vuelto a la galería del anfiteatro, y la operación... la operación ha empezado al poco rato.

—Comprendo. —El inspector se puso en pie—. Creo que de momento esto es todo.

—¿Está la señorita Dunning en casa, señorita Doorn? —preguntó Ellery con suavidad—. Me gustaría hablar con ella.

—Se ha ido. —Hulda cerró los ojos fatigada; sus suaves labios parecían resecos a causa de la fiebre—. Ha sido muy amable al venir a acompañarme, pero ha tenido que volver al hospital. Es la

responsable del Departamento de Asistencia Social, ¿saben?

—A propósito, señorita Doorn. —El fiscal sonreía—. Estoy seguro de que estará dispuesta a ayudar a la policía en todo lo que le sea posible... Si fuera necesario estudiar los documentos personales de la señora Doorn para dar con alguna pista...

La muchacha asintió con la cabeza y un espasmo de horror desfiguró su blanco rostro.

—Sí, sí. Pero... no creo que...

—En esta casa no hay nada que les pueda resultar útil —dijo Morehouse ásperamente—. Todos sus documentos los tengo yo. ¿Por qué no dejan...?

Morehouse se inclinó sobre Hulda. Ésta levantó los ojos hacia él. Abandonaron la habitación rápidamente.

Llamaron al viejo mayordomo. Tenía un rostro pétreo, pero en él brillaban unos ojillos extraordinariamente vivos.

—¿Se llama usted Bristol? —preguntó el inspector enérgicamente.

—Sí, señor, Harry Bristol.

—¿Es usted consciente de que espero que me diga toda la verdad?

—Sí, desde luego, señor —dijo el hombre parpadeando.

—Muy bien. —El inspector dio un golpecito en la librea de Bristol, con el dedo índice—. ¿Discutían con frecuencia la señora Doorn y Sarah Fuller?

—Yo... bueno...

—¿No es cierto que discutían?

—Bueno... Sí, señor.

—¿Por qué?

Una expresión de impotencia se apoderó de los ojos del mayordomo.

—No lo sé, señor. Siempre estaban discutiendo. A veces las oíamos, pero desconocíamos el motivo. Simplemente... simplemente se mostraban desagradables una con la otra.

—¿Y está usted seguro de que ninguno de los criados sabía por qué?

—Sí, señor. Tengo la impresión de que procuraban no discutir delante del servicio. Era siempre en las habitaciones de la señora Doorn, o en las de la señorita Fuller.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en la casa?

—Doce años, señor.

—Nada más.

Bristol hizo una reverencia y salió calmosamente de la biblioteca.

Se levantaron.

—¿Qué le parece si interrogamos otra vez a Fuller, inspector? —dijo Harper—. Yo creo que podría dar algún resultado.

Ellery sacudió la cabeza violentamente.

—Dejadla en paz. No se escapará. Pete, me sorprendes. No se trata de un criminal ni de un ciudadano normal, es un caso clínico.

Abandonaron la casa.

Ellery aspiró profundamente el fresco aire de enero. Le acompañaba Harper. El inspector y Sampson les precedían a paso más vivo en dirección a la verja de la Quinta Avenida.

—¿Tú qué crees, Pete?

—Todo el montaje es un absurdo —dijo el reportero con una mueca—. No veo ninguna buena pista. Todo el mundo ha tenido oportunidad de hacerlo y muchos incluso tenían motivos.

—¿Algo más?

—Si yo fuera el inspector Queen —continuó Harper dando un puntapié a una piedrecita del camino—, escarbaría un poco en todo lo referente a Wall Street. La vieja Abby Doorn arruinó a muchos que ambicionaban convertirse en potentados Rockefeller. A lo mejor, alguien de los que estaban en el hospital esta mañana tenía un motivo de venganza financiera...

—Papá no es exactamente un primerizo en este juego —dijo Ellery sonriendo—. Esa línea ya la tiene descartada. Y puede que te interese saber que yo ya he hecho ciertas eliminaciones.

—¡Eliminaciones! —Harper se detuvo—. Mira, tú no me vengas con monsergas. ¿Qué es? ¿Este asunto entre Sarah Fuller y la señora Doorn?

Ellery sacudió la cabeza. La sonrisa se desvaneció de su rostro.

—Ahí hay algo extraño. Dos arpías siguiendo el consejo de Napoleón: «Hay que lavar la ropa sucia en privado». No es normal, Pete.

—Tú crees que hay un secreto profundamente enterrado, ¿eh?

—Estoy convencido. Es evidente que la Fuller lo conoce, y que

resulta vergonzoso... ¡Por Dios, me tiene preocupado!

Los cuatro hombres se metieron en el coche de la policía, que arrancó dejando a los anteriores ocupantes, tres detectives, en la acera. Éstos echaron a andar, atravesaron la verja y enfilaron el camino.

En ese preciso instante, Philip Morehouse apareció en la puerta principal, miró a su alrededor con precaución y se detuvo en seco al ver al trío de detectives de paisano que se acercaba.

A continuación se abotonó el abrigo hasta la barbilla y bajó la escalera corriendo. Pasó junto a los detectives murmurando una disculpa y se dirigió presuroso hacia la verja. Los policías lo siguieron con la mirada.

Morehouse llegó a la calzada, vaciló y seguidamente giró a la izquierda, en dirección al centro, a grandes zancadas. No volvió la vista.

Los tres detectives se separaron en el pórtico. Uno desanduvo sus pasos y salió en pos de Morehouse, el segundo desapareció en un grupo de arbustos que crecían cerca de la casa, y el tercero subió los escalones y llamó estrepitosamente a la puerta principal.

16

ALIENACIÓN

EL FISCAL
SAMPSON

instó al conductor a acelerar. Iba a llegar con retraso a su despacho. A Harper lo dejaron en el West Side, en busca de un teléfono, y el coche de la policía se internó en el denso tráfico de media tarde.

En el interior del bamboleante vehículo, el inspector Queen contó con los dedos pesarosamente los detalles que debía supervisar cuándo llegaran al gran edificio de Centre Street: la búsqueda del misterioso visitante de Janney, la investigación de la ropa del impostor en un intento de descubrir a su verdadero dueño, la localización de la ferretería o almacén que hubiera vendido el alambre estrangulador y el tejido de los oscuros cabos sueltos para formar una tela resistente.

—La mayoría inútiles —gritó el anciano por encima del rugido del motor y el aullido de la sirena.

El automóvil se detuvo un momento ante el Dutch Memorial Hospital para dejar a Ellery en la acera; inmediatamente recuperó la velocidad y desapareció en el tránsito del centro de la ciudad.

Por segunda vez ese día, Ellery se encontró subiendo los escalones del hospital, y, por segunda vez, solo.

Isaac Cobb estaba de guardia en el vestíbulo, hablando con un policía. Frente al ascensor principal, Ellery encontró al doctor Minchen.

Echó un vistazo a los pasillos. Ante la entrada de la sala de anestesia estaba el detective que habían dejado allí hacía una hora. En la sala de espera principal varios policías uniformados charlaban animadamente. Tres hombres cargados con un pesado equipo fotográfico avanzaban hacia él por un pasillo que se abría a la derecha.

—Ésta es la puerta exterior del ascensor de la antesala, ¿verdad, John? —preguntó deteniéndose.

—Sí, por este lado es de dos hojas —repuso Minchen en tono monótono—. Se puede acceder al ascensor por el pasillo o por la antesala. La puerta del pasillo se usa cuando el paciente que ha de ser operado viene de una sala de este piso. Así no hace falta llevarlos hasta el pasillo sur.

—Muy práctico —comentó Ellery—. Como todo lo de aquí. Y veo que nuestro buen sargento tiene la puerta interceptada. —Un momento después, en el despacho de Minchen, Ellery añadió bruscamente—: Háblame un poco de las relaciones de Janney con el resto del personal. Me muero de ganas de saber cómo está considerado entre sus compañeros.

—¿Janney? Por supuesto, no es fácil llevarse bien con él, pero se le respeta debido a su posición y a su fama en el campo de la cirugía. Eso es importante, Ellery.

—¿Dirías que Janney no tiene enemigos en el hospital?

—¿Enemigos? No creo. A no ser que haya algún enfrentamiento que se me escape. —Minchen frunció los labios pensativo—. Ahora que lo pienso, hay un individuo que se ha enfrentado bastantes veces al viejo.

—¿Sí? ¿Quién?

—La doctora Pennini, la jefe, o más bien la ex jefe del Departamento de Obstetricia.

—¿Por qué ex jefe? ¿Es que se marcha, o ha dimitido?

—No, no. Hace poco ha habido un cambio en la administración y la doctora Pennini fue degradada a subjefe. Al menos en teoría, pusieron a Janney al frente del Departamento de Obstetricia.

—Pero ¿por qué?

—No fue culpa de la doctora Pennini —respondió Minchen haciendo una mueca—. No era más que una muestra más del cariño que la difunta le tenía a Janney.

—Ya comprendo. —El rostro de Ellery se ensombreció—. ¿Enfrentados, eh? Un caso de meros celos profesionales. Bueno...

—No digas «meros» Ellery. Tú no conoces a la doctora Pennini: si la conocieras no lo dirías. Es una mujer de temperamento latino, irritable, vengativa; desde luego, no iba...

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que era vengativa. ¿Por qué? —Minchen parecía sorprendido.

Ellery encendió un cigarrillo ceremoniosamente.

—Claro. Tonto de mí. No habías dicho... Me gustaría ver a esta doctora Pennini, John.

—No faltaría más. —Minchen llamó por teléfono—. ¿Doctora Pennini? Soy John Minchen. Menos mal que la he encontrado. Generalmente, anda usted tan atareada, de un sitio para otro... ¿Podría pasar por mi despacho un momento, doctora? No, no es nada importante, no. Quiero presentarle a un amigo, preguntarle unas cosas... Sí, por favor.

Ellery se dedicó a contemplarse las uñas hasta que oyeron que llamaban a la puerta. Ambos se pusieron en pie y Minchen dijo con voz clara:

—¡Adelante!

La puerta se abrió para dar paso a una mujer gruesa, de movimientos nerviosos, vestida de blanco.

—Doctora Pennini, permítame presentarle al señor Ellery Queen. El señor Queen está colaborando en la investigación del asesinato de la señora Doorn, ya estará usted al corriente.

—Ya lo creo.

Tenía una voz sonora, gutural, casi masculina. Avanzó enérgicamente hacia las sillas y se sentó.

Era una mujer impresionante. Tenía una piel aceitunada y sobre el labio superior un ligero vello. Unos penetrantes ojos negros resplandecían en un rostro de rasgos regulares. El cabello, negro como el azabache, con la excepción de un mechón blanco a un lado, quedaba dividido en el centro del cráneo. Tenía una edad indeterminada; lo mismo podían ser treinta y cinco que cincuenta años.

—Tengo entendido, doctora —comenzó a decir Ellery en tono suave—, que lleva usted muchos años en el Dutch Memorial

Hospital.

—Cierto. Permítame un cigarrillo.

Parecía divertida.

Ellery le ofreció su pitillera dorada y le acercó una cerilla con gravedad. Ella inhaló profundamente y se relajó contemplándolo con evidente curiosidad.

—¿Sabe? —prosiguió él—. Hemos topado con un muro en la investigación del asesinato de la señora Doorn. Parece absolutamente inexplicable. Ahora estoy interrogando a todo el mundo, a cualquiera... ¿Conocía usted bien a la señora Doorn?

—¿Por qué? —Sus ojos centellearon—. ¿Es que soy sospechosa de asesinato?

—Querida doctora...

—Escúcheme usted, señor Ellery Queen. —Apretó con firmeza los carnosos labios rojos—. Yo no conocía bien a la señora Doorn. No sé nada del asesinato. Pierde el tiempo si piensa usted lo contrario. ¿Está satisfecho?

—¿Cómo voy a estarlo? —murmuró Ellery apesadumbrado. No obstante, entrecerró los ojos—. No debería sacar conclusiones con tal rapidez. Si le he preguntado si conocía bien a la señora Doorn es porque si la conocía bien a lo mejor podría darme el nombre de algún posible enemigo. ¿Podría?

—No, lo siento.

—Doctora Pennini, dejemos estos recelos. Le voy a ser muy franco. —Cerró los ojos y apoyó el cuello en el respaldo de la silla—. ¿Amenazó o no usted a la señora Doorn en presencia de testigos? —preguntó irguiéndose y clavándole los ojos en el rostro.

Ella se le quedó mirando demasiado sorprendida, según daba a entender su cara de asombro, para responder. Minchen levantó una mano en señal de protesta y musitó una disculpa; contemplaba a Ellery con extraordinaria consternación.

—¿Lo hizo? —preguntó Ellery en tono inflexible—. ¿En este mismo edificio?

—Eso es absolutamente ridículo —dijo ella riendo sin ganas y levantando la cara desafiante—. ¿Quién le ha contado esa patraña? ¿Cómo iba yo a amenazar a la anciana? Apenas la conocía. Yo no la he censurado ni a ella ni a nadie. Es decir...

Se detuvo, repentinamente confusa, y miró de reojo al doctor

Minchen.

—Es decir... —la instó Ellery. La severidad había desaparecido y ahora sonreía.

—Bueno, verá, sí hice ciertos comentarios despectivos sobre el doctor Janney hace un tiempo —explicó muy rígida—, pero no eran amenazas, y desde luego no iban dirigidos a la señora Doorn. De todos modos, no entiendo...

—Muy bien —exclamó Ellery—. ¿Así que era contra el doctor Janney y no contra la señora Doorn? ¿Qué tiene usted contra Janney, doctora Pennini?

—Nada personal. Supongo que ya le habrán dicho —dijo mirando de soslayo otra vez al doctor Minchen, que se sonrojó y apartó los ojos— que, gracias a la intervención de la señora Doorn, me destituyeron del cargo de jefe del Departamento de Obstetricia. Es natural que estuviera resentida, y todavía lo estoy. Creo que el doctor Janney le calentó la cabeza a la anciana y ésa fue la causa. Supongo que en un momento de acaloramiento dije cosas bastante fuertes y que el doctor Minchen y otros me oyeron, pero todo esto no tiene que ver con...

—Muy natural, muy natural —dijo Ellery comprensivo—. Me hago cargo. —Ella soltó un bufido—. Doctora, permítame una cosita más, pura rutina, naturalmente. Cuénteme lo que ha hecho esta mañana aquí en el hospital.

—Querido señor —replicó ella con frialdad—, es usted transparente. No tengo nada en absoluto que ocultar. Esta mañana he tenido un parto a primera hora: quirófano a las ocho. Gemelos, por si le interesa. Cesárea. Uno ha muerto. Probablemente, la madre también morirá pronto... He desayunado y luego he hecho el recorrido habitual por las salas de maternidad. El doctor Janney, ¿sabe usted? —dijo sarcásticamente—, no se molesta en hacer las cosas rutinarias. Su título es meramente honorífico. He visitado a unas treinta y cinco pacientes y a un ejército de mocosos llorones. No he parado en toda la mañana.

—Y no ha estado en ningún sitio el tiempo suficiente para tener coartada.

—Quizá si la hubiera necesitado hubiera procurado tenerla —replicó ella.

—En ciertas circunstancias, no —musitó Ellery—. ¿Ha salido del

edificio antes de las doce?

—No.

—Siempre tan servicial, doctora... ¿Y no puede darnos una explicación plausible de este feo asunto?

—No.

—¿Está usted segura?

—Si pudiera, se la daría.

—Lo tendré en cuenta. —Ellery se puso en pie—. Muchas gracias.

El doctor Minchen se levantó también torpemente y permanecieron en pie hasta que la puerta se cerró violentamente detrás de la mujer. Minchen volvió a arrellanarse en su sillón giratorio e hizo una pequeña mueca.

—Menuda mujer, ¿verdad?

—Ya lo creo. —Ellery encendió otro cigarrillo—. Ah, John, ¿sabes si Edith Dunning está en el hospital? No he hablado con ella desde que se ha ido para acompañar a Hulda a casa.

—Ahora mismo lo averiguo. —Minchen llamó por teléfono—. No está. Ha salido a hacer una visita hace un momento.

—Da lo mismo. —Ellery aspiró profundamente—. Una mujer interesante. —Exhaló una nube de humo—. Ahora que lo pienso, John, Eurípides no andaba tan desencaminado cuando dijo: «Odio a las mujeres eruditas». Y me parece que esa afirmación de la época griega no distaba mucho de la clásica frase de Byron.^[5]

—Por Dios, Ellery —gruñó Minchen—, ¿de cuál de ellas estás hablando, de la señorita Dunning o de la doctora Pennini?

—También da lo mismo —y Ellery cogió el abrigo suspirando.

17

ESTUPEFACCIÓN

LA PECULIAR RELACIÓN entre el inspector Queen y su hijo —de camaradería más que paternofilial— se manifestaba en mayor medida que en ningún otro momento durante las comidas. La hora de alimentarse, ya fuera el desayuno o la cena, era un período de bromas, de remembranzas, de charla animada y alegre. El joven Djuna sirviéndolos, el fuego chisporroteando en el hogar, el viento silbando por los desfiladeros de la calle 87 Oeste y haciendo vibrar las ventanas, los Queen en casa una noche de invierno, era un espectáculo recogido por la historia y las canciones del Departamento de Policía.^[6]

Sin embargo, la tradición quedó truncada la noche del día de enero en que Abigail pasó a mejor vida.

No hubo ni risas ni paz. Ellery permanecía absorto en sus pensamientos con aire sombrío, un cigarrillo humeante y una taza de café medio vacía. El inspector tiritaba y respiraba dificultosamente, acurrucado en la gran butaca colocada ante el fuego. Pese a ir envuelto en tres batas, le castañeteaban los dientes. Djuna, siempre atento a su estado de ánimo, recogió los platos de la cena en un silencio casi inhumano.

La primera investigación había sido un fracaso total. Swanson, el espectro, todavía estaba libre. Los guerreros del sargento Velie no habían encontrado el menor rastro de él, pese a haber pasado revista a todos los Swanson de los censos de la zona. Jefatura

andaba conmocionada y el inspector estaba confinado en sus habitaciones a causa de un repentino catarro. Los informes iniciales de los detectives que rastreaban los hospitales y otras instituciones no habían desvelado el origen de las ropas del cirujano halladas en la cabina de teléfonos. La búsqueda del establecimiento que había vendido el alambre parecía inútil y el análisis químico del mismo no había dado ningún resultado. La investigación de los rivales financieros de Abigail Doorn no había sido fructífera hasta el momento. Los papeles de la víctima eran tan inocentes, aparentemente, como el cuaderno de un párvulo. Y, para complicar aún más las cosas, el fiscal Sampson acababa de llamar por teléfono para informarlos de las noticias referentes a dos conferencias con el alcalde y una llamada de larga distancia del gobernador, que se encontraba en Albany. Las autoridades municipales y estatales clamaban ansiosas por una actuación policial inmediata. Los periodistas merodeaban por Jefatura, asediaban y vigilaban la escena del crimen.

Éste era el estado de las cosas que tenía al inspector, impotente en la butaca, medio histérico de rabia. Ellery persistía en guardar silencio, hundido en un mar de especulaciones.

Al sonar el *rrrrring* del teléfono, Djuna salió corriendo de la cocina.

—Para usted, papá Queen.

El anciano atravesó la habitación apresuradamente, temblando entre escalofríos y humedeciéndose los labios resecaos.

—Diga... ¿Quién?... Ah, Thomas... Sí. —Y continuó con voz más sonora—. ¿Cómo?... ¿Qué?... ¡Dios mío! Espera un momento.

Cuando se volvió hacia Ellery, estaba blanco como el papel.

—El colmo de la mala suerte, hijo. Ya está. Janney se le ha escapado a Ritter.

Ellery se puso en pie asombrado.

—¡Idiota! —musitó—. Entérate de cómo ha ocurrido.

—Oye, oye, Thomas, dile a Ritter que tiene que darme una explicación o volverá a salir de ronda. No hay noticias de Swanson, ¿eh?... Bueno, tendrán que trabajar toda la noche... ¿Qué? Muy bien, Hesse... Sí, ya lo sé. Esta tarde estaba en la parte de atrás mientras hemos estado en la casa... ¡Más le vale!

—¿Qué ocurre? —preguntó Ellery cuando el anciano regresó a

su butaca y extendió las manos para calentárselas ante el fuego.

—Muchas cosas. Janney vive en el Tareyton, en Madison Avenue. Ritter lo ha seguido todo el día. Se ha quedado vigilando y a eso de las cinco y media ha salido Janney con prisas, ha parado un taxi en la puerta y se ha ido hacia el norte. Ritter ha tenido mala suerte, eso lo admito, ha tardado unos momentos en encontrar taxi; todo ha ocurrido tan de prisa que se ha quedado paralizado.

»Cuando por fin ha parado un taxi, ha conseguido localizarlo, pero luego se le ha escapado entre el tráfico. Lo ha vuelto a encontrar cerca de la calle 42, justo a tiempo para ver que Janney salía del taxi ante la Grand Central, pagaba al taxista y desaparecía en la estación. Y no ha vuelto a ver a Janney. ¡Maldita suerte!

—Ha desobedecido deliberadamente las instrucciones, ¿eh? Se ha largado. Y claro, sólo puede ser una cosa...

—Naturalmente. Ha ido a avisar a Swanson. —El viejo estaba ahora malhumorado—. Ritter se ha quedado atrapado en un atasco y cuando ha salido y ha podido entrar en la estación, Janney ya había desaparecido. Ha llamado inmediatamente a un grupo de agentes para que vigilaran los trenes que salían, pero no ha servido de nada. Como buscar una aguja en un pajar.

—Bueno —dijo Ellery frunciendo el entrecejo—, es prácticamente seguro que Janney ha ido a avisar a Swanson y que por lo tanto Swanson vive en algún barrio periférico.

—Ya se han ocupado de eso. Thomas tiene un grupo trabajando en ese aspecto... —Al inspector le brillaron los ojos momentáneamente—. Sin embargo, hay un rayo de luz. ¿Sabes lo que ha hecho esa lunática de la Fuller?

—¡Sarah Fuller! ¿Qué?

—Se ha escabullido de casa de los Doorn hace aproximadamente una hora. Hesse la ha estado vigilando todo el día. Y la ha seguido hasta la casa del doctor Dunning. ¿Qué te parece?

Ellery se quedó mirando a su padre.

—¿El doctor Dunning? —dijo lentamente—. Eso sí que es interesante. ¿Hay algo más de Hesse?

—Poca cosa. Con esto basta. Ha estado allí media hora. Cuando ha salido, ha cogido un taxi y ha vuelto directamente a casa de los Doorn. Hesse ha informado por teléfono y aún está allí, con otro hombre.

—Sarah Fuller y el doctor Lucius Dunning —murmuró Ellery. Se sentó a la mesa y, con la mirada fija en el fuego y tamborileando en el mantel incesantemente, repitió—: Sarah Fuller y el doctor Dunning, menuda combinación. —Sonrió a su padre—. La profetisa y el curandero. Un *non sequitur* clásico.

—Es curioso, sí, muy curioso —dijo el inspector, ciñéndose la bata exterior—. Tendremos que estudiarlo mañana por la mañana.

—Evidentemente —dijo Ellery con extraña satisfacción—, de conformidad con el proverbio eslavo según el cual «la mañana es más sabia que la noche». Ya veremos.

El viejo no dijo nada. Con la misma rapidez con que había aparecido, el placer se esfumó del rostro de Ellery, que se levantó presuroso y se fue a su dormitorio.

18

CONDENSACIÓN

LA EXPLOSIÓN PERIODÍSTICA que posteriormente resonaría en la prensa del mundo entero no alcanzó toda su violencia hasta el día siguiente al asesinato de Abigail Doorn.

El martes por la mañana, todos los periódicos de los Estados Unidos ofrecían enormes titulares, verbosas crónicas de primera plana y un ridículo puñado de datos. En especial, la prensa neoyorquina compensó la escasez de información dedicando páginas enteras a la asombrosa carrera de Abigail Doorn, a sus extraordinarias transacciones financieras, a la larguísima lista de sus obras de beneficencia, y a los detalles de su romance con el difunto Charles Van Der Donk. Una agencia de prensa inició una serie de artículos titulada «La vida de Abigail Doorn».

En la edición de la tarde empezaron a aparecer las perlas editoriales. Se lanzaron sutiles saetas críticas al jefe superior de policía, al inspector Queen, al Departamento de Policía en pleno, y en un caso, evidentemente como estrategia política, al alcalde. «Han transcurrido veinticuatro preciosas horas —decía un relato lleno de indignación— y todavía no se ha descubierto la más mínima pista que pueda conducir al descubrimiento de la identidad de ese vil asesino cuya mano sangrienta envió ayer el alma de una gran mujer al más allá, mucho antes de que llegara su hora». «¿Estará el formidable inspector Queen, después de tantos años de investigaciones coronadas por el éxito, destinado a fracasar en esta

empresa de capital importancia?», preguntaba otro. Un tercero afirmaba categóricamente que el Departamento de Policía de la mayor ciudad del mundo, desde hacía años «notoriamente incompetente» en su regulación de la moral de su comunidad, disponía ahora de una oportunidad sin precedentes para demostrar su incompetencia al mundo que la miraba con menosprecio.

El único periódico de Nueva York que ni se quejaba ni vituperaba a la policía era, por extraño que parezca, el diario para el cual trabajaba Pete Harper.

Pero no habían hecho falta las insinuaciones y acusaciones de una prensa mordaz para despertar al estamento oficial de su supuesto letargo. Los mundos político y social se estremecieron hasta los cimientos, y los temblores quedaron registrados en los sensibles sismógrafos de Jefatura. Las figuras públicas de todos los campos de la vida abrumaron al alcalde con exigencias —por teléfono, telegrama o personalmente—, de justicia inmediata. Wall Street, alarmada por la inseguridad financiera e incapaz de calcular el inevitable descenso de las cotizaciones y el creciente pánico, montó en cólera. El gobierno federal demostró un inusitado interés en el caso y un senador, en cuyo estado Abigail Doorn tenía numerosas propiedades, pronunció un ardoroso discurso en el Congreso.

El Ayuntamiento era un torbellino de conferencias frenéticas. Centre Street parecía una colmena gigantesca. Era imposible dar con el inspector Queen y el sargento Velie se negaba rotundamente a hablar con los periodistas. Alimentados por la atmósfera de misterio y duda reinante, los rumores circulaban por toda la ciudad y corría la voz de que un financiero de mucha influencia, cuyo nombre no se había facilitado, ya que estaba «protegido», había estrangulado a Abigail Doorn con sus propias manos para vengarse de una disputa financiera en la que él había perdido ignominiosamente ante la difunta. La obvia irracionalidad del rumor no retrasó su circulación. Al cabo de dos horas llegaba a oídos oficiales.

A última hora del martes por la tarde, un grupo solemne se reunió discretamente en el recinto más secreto del despacho del

alcalde. Sentados en torno a una mesa de conferencias, en medio de una densa humareda de tabaco, se encontraban el propio alcalde, el jefe superior de policía, el fiscal Sampson y sus ayudantes, el presidente del distrito de Manhattan y media docena de secretarías. El inspector Queen los sorprendió con su ausencia.

El desaliento había hecho presa en ellos. Habían estudiado el caso desde todos los ángulos concebibles mientras una horda enloquecida de ruidosos reporteros asediaba el vestíbulo a la caza de entrevistas. El alcalde sostenía en la mano un grueso manojo de informes, todos ellos firmados por el inspector Queen, en los que constaban los detalles de cada uno de los datos, conversaciones y descubrimientos acumulados en el caso hasta el martes por la mañana. Se habían estudiado y sopesado las personalidades: el presidente del distrito había expresado su satisfacción por el hecho de que la hábil mano irlandesa de Big Mike Cudahy tuviera algo que ver con el caso, seguramente por encargo de algún enemigo de Abigail Doorn. El persistente silencio del doctor Janney y la búsqueda de Swanson eran objeto de infructuosos debates.

La conferencia parecía abocada al fracaso. No se había descubierto nada nuevo, ni siquiera una pista que llevara a una línea de acción posible. Junto al codo del jefe de policía había un teléfono que comunicaba directamente con Jefatura y que sonaba de forma incesante para informar acerca del fracaso en la investigación de los escasos indicios.

Precisamente en tan crítico instante entró en la sala la secretaria personal del alcalde con un gran sobre sellado, dirigido al jefe superior de policía. Éste lo abrió y observó rápidamente la primera página de un manojo de hojas mecanografiadas.

—Informe especial del inspector Queen —anunció—. Dice aquí que luego mandará otro informe más completo. Veamos... —Leyó en silencio y de repente le entregó los papeles a un taquígrafo que tenía al lado—. Toma, Jack, lee esto en voz alta.

El empleado comenzó a leer con voz clara.

INFORME SOBRE MICHAEL CUDAHY

»A las diez y cuarto del martes, Cudahy era físicamente capaz, según dictamen médico, de prestar testimonio referente a una posible relación con el caso Doorn. Fue interrogado en la habitación

328 del Dutch Memorial Hospital, en la que fue instalado ayer tras ser operado de apendicitis. Estaba débil y tenía fuertes dolores.

»Cudahy declara no tener conocimiento del asesinato. Primero fue interrogado con la intención de confirmar el relato del doctor Byers y de Grace Obermann, enfermera, en el sentido de que una figura cubierta con mascarilla y bata pasó por la sala de anestesia para entrar en la antesala el lunes por la mañana, mientras Cudahy se encontraba en la sala de anestesia esperando a que lo anestesiaran antes de procederse a la apendicectomía. Confirma haber visto a un hombre vestido con una bata blanca que entró procedente del pasillo sur. No lo vio salir porque le administraron el éter casi inmediatamente y se durmió. No puede identificar a esa persona. Parece recordar la cojera, pero no está seguro. No obstante, ello puede ser desestimado; los testimonios del doctor Byers y de la señorita Obermann bastan para demostrarlo.

»Minucioso interrogatorio sobre Hendrik Doorn. Protección prometida a Doorn al afirmar éste que le seguían; movimientos sospechosos han inducido a registrar sus habitaciones privadas en casa de los Doorn y no se ha encontrado nada incriminatorio, con la excepción de una nota en que se aludía a los tratos con Cudahy. Aparentemente, C. ha aceptado esta historia ficticia. Preguntado sobre esos “tratos”, C. ha admitido haberle prestado grandes cantidades de dinero a D. al 6% de *interés con prima*, a pagar cuando D. recibiera su parte de la herencia Doorn. Se ha mostrado arrogante y ha dicho que no tiene nada que temer ni que ocultar en este asunto, puesto que era legal y no tenía nada de criminal. P. del inspector Queen: “¿Y nunca te ha tentado, Mike, apresurar un poquito el fin de la señora Doorn para cobrar antes?”. R. de Cudahy: “Inspector, ¿le parece bonito? Ya sabe usted que yo no haría nunca nada semejante”. Presionado, ha dicho también que había apremiado a Hendrik Doorn para que le pagara, y que no le sorprendería que D. supiera más de lo que afirma sobre el asesinato de su hermana. P. del inspector Queen: “¿Y Little Willie, Snapper y Joe Gecko? ¡No me vengas con embustes ahora, Mike!”. R. de Cudahy: “¿Los tiene en chirona, verdad? No tenían nada que ver con este crimen, inspector. Estaban aquí para protegerme mientras yo me encontraba incapacitado para protegerme a mí mismo. No tiene nada contra ellos”. P. del inspector Queen: “Pues ahora más vale que vigiles la salud de Doorn, Mike”. R. de Cudahy: “Está más seguro que un recién nacido. ¿Cree que tengo ganas de perder ciento diez de los grandes? Ni hablar, hombre”.

»

CONCLUSIÓN

: Cudahy tiene una coartada perfecta. Se encontraba bajo los efectos del éter mientras se cometía el crimen. No hay pruebas sobre las que basar una acusación contra Joe Gecko, Snapper ni Little Willie, aparte de su presencia física en el hospital en el momento del asesinato. En este sentido no hay nada a hacer».

El escribiente depositó cuidadosamente el informe sobre la mesa y cogió otro, aclarándose la voz.

—Nada otra vez —gruñó el jefe—. Este pájaro Cudahy es más resbaladizo que una anguila, señor alcalde, pero si esconde algo Queen se lo sacará.

—Venga, venga —dijo el alcalde—. No adelantamos nada. ¿De quién trata el siguiente informe?

El escribiente leyó:

«INFORME SOBRE EL DOCTOR LUCIUS DUNNING

»El doctor Dunning fue interrogado en su despacho del Dutch Memorial Hospital a las once y cinco de la mañana. Acusado de encontrarse en secreto con Sarah Fuller el lunes por la noche, pareció molesto, pero se negó a explicar el motivo de la visita de Sarah Fuller ni el contenido de la conversación que mantuvieron. Afirmó que se trataba de un asunto meramente personal que no estaba en modo alguno relacionado con el crimen.

»No sacamos nada ni con amenazas de arresto ni con súplicas. Declaró que estaba dispuesto a sufrir cualquier ultraje pero que presentaría querrela por calumnia y arresto injustificado si llevábamos a cabo acciones drásticas. No hay pruebas ni motivos para detener a Dunning. Por lo tanto, se dejó el asunto en suspenso. Respuesta poco satisfactoria cuando se le preguntó si conocía bien a Sarah Fuller. Repuso que no y se negó a dar más explicaciones.

»

ACCIÓN

SUBSEC

∴ Agente encargado de interrogar a otros miembros de la casa Dunning. La señora Dunning vio a Fuller entrar en su casa el lunes, pero supuso que se trataba de una visita profesional corriente. Solamente la conoce de forma superficial a través de contactos sociales esporádicos con la difunta. Edith Dunning no estaba en casa durante la media hora que duró la visita de Sarah Fuller. Se aludió al testimonio de la criada en el sentido de que dicha mujer estuvo media hora encerrada en el consultorio privado del doctor Dunning,

con él. Fuller se marchó y regresó a casa de los Doorn, tal como consta en el Informe AA7 (Doorn).

»

CONCLUSIÓN

: No es posible adoptar medida alguna, aparte de las presiones oportunas, para descubrir el contenido de la conversación mantenida entre la Fuller y el doctor Dunning. No hay motivo para dudar de la impertinencia de dicha conversación para el caso, aparte el hecho de que se mantiene en secreto. Fuller y Dunning bajo vigilancia. Se informará de cualquier novedad».

—Seguimos igual —murmuró el alcalde irritado—. Me da lástima su departamento, jefe, como no puedan descubrir nada más que lo que han descubierto hasta ahora... ¿Es ese tal Queen suficientemente competente para ocuparse de este caso?

El presidente del distrito se revolvió en el asiento.

—Venga, hombre —dijo molesto—. No podemos esperar que el viejo haga milagros. El maldito caso sólo hace treinta horas que ha empezado. A mí me parece que no ha pasado ninguna pista por alto...

—Y no sólo eso —intervino el jefe de la policía en tono nervioso—, sino que éste no es un asesinato cualquiera realizado por una banda conocida, con respecto a la cual la policía puede contar con información de confidentes. Se sale bastante de lo corriente, señor alcalde. Yo creo...

—¡El siguiente! —exclamó el alcalde levantando los brazos.

—Es Edith Dunning.

El escribiente dobló los papeles a un lado y a otro, con aire profesional, y comenzó a leer sin la menor emoción en la voz:

«INFORME SOBRE EDITH DUNNING

»Nada de interés. Aparentemente, los movimientos del lunes por la mañana fueron bastante inocentes, si bien no es posible efectuar una comprobación completa porque entró y salió del hospital varias veces la misma mañana, antes del momento de la operación. A partir de entonces, sus movimientos están justificados.

»La señorita Dunning no puede dar ninguna explicación al crimen ni es capaz de apuntar ningún posible motivo (como tampoco su padre, el doctor Dunning). Conoce bien a Hulda Doorn, pero no

puede explicar la aparente frialdad existente entre su padre y la señora Doorn, aparte de que nunca se habían llevado muy bien.

»

CONCLUSIÓN

: Seguir investigando en esta dirección no conduciría a nada».

—Indudablemente —dijo el alcalde—. ¿Quién es el siguiente de la lista? ¡A ver, de prisa!

El taquígrafo prosiguió:

«ANEXO AL INFORME SOBRE EL DOCTOR JANNEY»

Hizo una pausa, pues se elevó un murmullo entre la atenta audiencia. Como un solo hombre, aproximaron las sillas a la mesa. El escribiente retomó el hilo del informe:

«ANEXO AL INFORME SOBRE EL DOCTOR JANNEY»

»El doctor Janney regresó el lunes por la noche a su residencia, el Tareyton, a las nueve y siete minutos, en taxi. El taxista, Morris Cohen (de Amalgamated Taxi Corp., licencia n.º 260 954),^[7] declaró posteriormente que había recogido al cliente ante la terminal Grand Central, y que éste le indicó que lo llevara al Tareyton. J. permaneció en sus habitaciones el resto de la noche. Recibió numerosas llamadas telefónicas, pero de amigos y conocidos del mundo profesional; todas relativas a la fallecida. Janney no hizo ninguna llamada.

»Esta mañana (martes, 11.45) ha sido interrogado acerca de Swanson. J. cauteloso; parece enfermo y deprimido. Ha vuelto a negarse a hablar de Swanson. P. del inspector Queen: “Doctor Janney, anoche desobedeció mis órdenes deliberadamente. Le había dicho que no saliera de la ciudad. ¿Qué hacía usted en la Grand Central a las seis de la tarde?”. R. del doctor Janney: “No salí de la ciudad. Fui a la estación a anular el billete que tenía para Chicago. Ya le dije ayer que pensaba ir y usted me dijo que no fuera, de modo que decidí que el congreso podía celebrarse sin mí”. P.: “Ah, ¿entonces se limitó a anular la reserva que tenía? ¿No tomó ningún tren?”. R.: “Ya se lo he dicho. Puede comprobarlo fácilmente”.

»

NOTA

: La comprobación inmediata en la Grand Central reveló que el

billete y la reserva del doctor Janney fueron anulados aproximadamente a la hora que declara él. Imposible obtener descripción del hombre que los anuló; el empleado no lo recuerda. Tampoco es posible comprobar la afirmación de J. en el sentido de que no sacó ningún billete para otro lugar.

»P.: “Salió del hotel hacia las cinco y media y llegó a la estación a eso de las seis. Sin embargo, no regresó al hotel hasta pasadas las nueve... ¿No me dirá usted que tardó tres horas para anular una reserva de ferrocarril, cosa que podía haber hecho perfectamente por teléfono?”. R.: “Naturalmente, no tardé más que unos minutos. Salí de la estación y di un largo paseo por la Quinta Avenida y Central Park. Estaba deprimido. Necesitaba aire fresco. Quería estar solo”. P.: “¿Cómo es, entonces, que tomó usted un taxi enfrente de la estación para volver a casa, si se encontraba en Central Park?”. R.: “Regresé a pie, pero me encontraba demasiado cansado para volver andando hasta casa”. P.: “En este paseo suyo, doctor, ¿se encontró con alguien o se detuvo para hablar con alguien que pueda corroborar su declaración?”. R.: “No”.

»P. del señor Ellery Queen: “Usted es una persona inteligente, doctor, ¿no es así?”. R.: “Eso dicen”. P.: “Con razón, doctor Janney, con razón. ¿Qué le parece a esa penetrante mente suya el siguiente análisis? Digamos que alguien lo suplanta a usted en el hospital durante un breve período de tiempo. Para suplantarlo, es necesario que el impostor lo tenga a usted apartado de la escena temporalmente. ¡Y aquí lo tenemos! Un caballero llamado Swanson va a verle cinco minutos antes de que empiece la gran suplantación, le tiene ocupado durante todo el período en que Abigail Doorn es arrancada de este mundo, y luego le deja libre cuando supone que el impostor ha tenido oportunidad de escapar... ¿Qué le parece esta hipótesis a su intelecto?”. R.: “Pura coincidencia. No puede ser otra cosa. Ya le he dicho que la persona que me vino a ver no tiene nada que ver con este desagradable asunto”.

»Al ser avisado nuevamente de que, a no ser que desvelara la identidad de Swanson, será retenido por la policía como testigo esencial, Janney guardó silencio. No obstante, exhibió indicaciones raciales de preocupación.

»

CONCLUSIÓN

: Las posibilidades presentan pocas dudas. Janney ha mentado cuando ha dicho que de seis a nueve estuvo paseando por la calle. Con bastante seguridad, sacó un billete para algún destino desconocido, seguramente cerca de Nueva York (en el nivel inferior de la estación), y tomó un tren hacia ese destino desconocido. En

este momento estamos estudiando todos los trenes que tienen la salida a esa hora aproximada, en un esfuerzo por localizar a algún revisor o pasajero que pueda identificar al doctor Janney como viajero del tren en las horas que nos ocupan. Todavía no tenemos nada a este respecto.

»Retener al doctor Janney sin pruebas definitivas de que ha mentido (como sería la identificación a bordo del tren), no serviría de nada. En cualquier caso, incluso con identificación, resultaría inútil arrestar a Janney, a no ser que ello nos conduzca a la aparición de Swanson. No sería de extrañar que todo el asunto Swanson haya adquirido más importancia de la que merece a causa de la obstinación y los “principios” de Janney. No tenemos nada en contra de Janney, aparte de que oculta a un testigo importante».

El escribiente depositó cuidadosamente el informe sobre la mesa. El alcalde y el jefe de policía se miraron con creciente abatimiento. Finalmente, el alcalde suspiró y se encogió de hombros.

—Yo, personalmente —dijo—, me inclino por aceptar la conclusión del inspector. Pese a todo este alboroto periodístico, prefiero que se trabaje con calma y no se cometan, errores, en vez de hacer las cosas con prisa y meter la pata. ¿Qué cree usted, Sampson?

—Estoy absolutamente de acuerdo.

—Yo seguiría el consejo de Queen —observó el jefe de policía.

El escribiente tomó otra hoja de papel mecanografiado y leyó en voz alta.

«ANEXO AL INFORME SOBRE SARAH FULLER

»Nada satisfactorio. Se niega a revelar el motivo de la visita al doctor Dunning el lunes por la noche. Está medio loca. Responde de manera oscura y todo lo que dice está cosido de referencias bíblicas. Interrogada en casa de los Doorn el martes a las dos de la tarde.

»

CONCLUSIÓN

: Es evidente que existe una conspiración entre Sarah Fuller y el doctor Dunning para ocultar información que puede ser pertinente. ¿Cómo demostrarlo? La mujer está bajo constante vigilancia, lo mismo que Dunning».

—Es increíble lo poco que ha revelado esta gente —exclamó el

presidente del distrito.

—Jamás había visto un grupo de testigos más obstinado —murmuró el jefe—. ¿Hay algo más, Jack? —rezongó.

Había un informe más. Era bastante largo y la atención de los asistentes se centró inmediatamente en él. El escribiente leyó:

«INFORME SOBRE PHILIP MOREHOUSE

»Interesante descubrimiento. En un contacto con el despacho del fiscal del distrito hemos descubierto, por boca del ayudante del fiscal, que un funcionario del Departamento de Legalización de Testamentos ha revelado un hecho hasta ahora desconocido. Una de las disposiciones del testamento de Abigail Doorn, ya presentado por el abogado Morehouse para su legalización, autorizaba a dicho abogado para destruir ciertos documentos secretos y no descritos tras la muerte de la testadora. Los documentos aludidos en el testamento se encontraban bajo la custodia del mismo abogado.

»El inmediato interrogatorio de Morehouse, localizado en casa de los Doorn con Hulda Doorn a última hora de esta tarde, revela una peculiar situación. El inspector Queen advirtió inmediatamente a Morehouse que no destruyera dichos documentos y que los entregara a la policía, pues probablemente contenían información pertinente para la investigación del crimen. Morehouse repuso fríamente que ya los había destruido.

»P.: “¿Cuándo?”. R.: “Ayer por la tarde. Fue una de las primeras cosas que hice tras la muerte de mi cliente”.

»El inspector Queen preguntó por el contenido de los documentos. Morehouse negó conocer tal contenido. Afirmó haber seguido al pie de la letra las instrucciones del testamento, según las cuales debía destruir los papeles sin romper los sellos del sobre. Declaró no haber conocido nunca dicho contenido; que esos papeles habían estado en posesión del bufete Morehouse desde hacía años, incluso cuando su padre, ya fallecido, se encargaba de los asuntos Doorn; que, al hacerse cargo de la clientela de su padre, naturalmente heredó las responsabilidades y deberes éticos del padre, etcétera, etcétera.

»Al acusarlo de que, dadas las circunstancias —un asesinato—, no tenía derecho a hacer tal cosa sin consultar con la policía, ello sin hablar de la destrucción de unas posibles pruebas, Morehouse mantuvo que legalmente estaba en su derecho».

—¡Eso ya lo veremos! —gritó Sampson.

«Hulda Doorn, presente y perturbada durante esta conversación, fue interrogada acerca de los documentos destruidos. Declaró ignorar por completo su contenido e incluso su existencia, aun cuando afirma haberse ocupado de gran parte de la correspondencia de la difunta durante los últimos años de vida de la anciana.

»

CONCLUSIÓN

: Se recomienda la averiguación inmediata, por parte del despacho del fiscal del distrito, de los derechos legales relativos a este asunto. Si Morehouse ha abusado de la autoridad depositada en él por el Estado como servidor de la Ley, se recomienda ulterior procesamiento, o, si éste no es posible, referencia de todo el asunto al Colegio de Abogados. La opinión dominante en el Departamento, en general, es que esos documentos destruidos eran de alguna manera cruciales para la resolución del crimen».

—El viejo Q. está resentido, ya lo creo —dijo el fiscal con más calma—. Ésta es la primera vez, desde que lo conozco, que demuestra tanto deseo de venganza. Debe de estar muy afectado por el caso. No me gustaría nada encontrarme en el pellejo del pobre Morehouse.

El alcalde se puso en pie pesadamente.

—Me parece que esto es todo por hoy, caballeros —dijo—. Lo único que podemos hacer es esperar lo mejor y ver qué novedades nos llegan mañana... Me satisface ver, por los informes, que el inspector Queen está dirigiendo la investigación lo mejor que puede, lo cual parece bastante. Voy a redactar inmediatamente un comunicado en este sentido para esos sabuesos de la prensa y para tranquilizar al gobernador. —Se volvió hacia el jefe superior de policía de Nueva York—. ¿Está usted de acuerdo?

El jefe asintió con la cabeza en un gesto de resignación y salió indolentemente de la sala, secándose el cuello con energía mediante un gran pañuelo ya mojado. Mientras el alcalde pulsaba un botón de su escritorio, el fiscal y sus ayudantes lo imitaron en lóbrego silencio.

SEGUNDA PARTE

DESAPARICIÓN DE UN ARCHIVADOR

«¿Han visto ustedes alguna vez un atasco de troncos? Se suelen ver en los turbulentos ríos que discurren por los bosques de las elevadas laderas del Kjolen... Una gran masa de troncos recién cortados desciende a toda velocidad por el río. En un remolino, uno topa con algún obstáculo. La masa lucha por continuar, pero no puede. Se detiene, se agita, choca. Y en seguida se forma una montaña de troncos que se apiñan, construyendo con mágica rapidez un muro de madera.

»Entonces el leñador trata de descubrir cuál es el tronco que ha causado el atasco —el que contiene la avalancha de madera—, en una palabra, el tronco clave. ¡Ajá! ¡Lo ha encontrado! Un tirón, un giro, otro tirón; se suelta, vira, sale despedido. Y, como si la varita de Merlín hubiera pasado por allí, la pared de madera se derrumba y los troncos se precipitan alocadamente río abajo...

»La investigación de un crimen complejo, jóvenes amigos, es a veces muy parecida a un atasco de troncos. Nuestros troncos, las pistas, descienden hacia una solución. De repente, un atasco. Para asombro nuestro, las obstinadas pistas se enredan y amontonan.

»Y entonces el detective-leñador da con el tronco clave y, ¡ya está! Las rebeldes pistas se desmoronan, se disponen en hileras que

avanzan rápidamente, claras e inteligibles, y se encaminan al distante aserradero, la solución».

De un discurso dirigido a los reclutas de la Academia de Policía de Estocolmo, el 2 de noviembre de 1920, por el criminólogo sueco

19

SEPARACIÓN

EL INSPECTOR

QUEEN

se encontraba en su puesto de la Jefatura de Policía a una hora extraña, el miércoles por la mañana. Abierto ante él había un periódico matutino que anunciaba en vistosas letras góticas el posible arresto del doctor Francis Janney, conocido cirujano, por «sospecha de homicidio», frase delicada que pretendía transmitir la idea de que el cirujano sería detenido bajo la acusación de estrangular a Abigail Doorn.

El inspector no parecía demasiado satisfecho. En sus vivarachos ojillos se vislumbraba la preocupación y, en tanto leía y releía el relato de Pete Harper, jugueteaba con sus bigotes. En la habitación contigua sonaban incesantemente los teléfonos, pero el aparato que había sobre la mesa del anciano guardaba un discreto silencio; oficialmente, había «salido» para todo el mundo, menos para el Departamento.

Los periodistas habían acampado en los alrededores del gran edificio de la policía toda la noche. «Oiga, capitán, ¿es cierto que van a detener a Janney por el asesinato de la vieja?». Nadie lo sabía, aparentemente; al menos, nadie hablaba de ello.

El jefe superior de policía y el alcalde, a quienes el inspector había dado parte de su plan el martes a última hora, se negaban a su vez a hablar con la prensa. En lugar de la confirmación oficial,

otros periódicos reprodujeron la crónica de Harper. En la propia sede del periódico de Harper, todos los altos cargos expresaban su abrumadora ignorancia con respecto a la fuente del artículo que tanto revuelo había levantado.

A las nueve en punto le informaron de una llamada especial del doctor Janney. El cirujano había pedido que le pusieran con el inspector Queen, pero lo comunicaron con el teniente. Éste le informó fríamente de que el inspector se encontraba reunido y no podía ser molestado. Janney prorrumpió en juramentos y adujo a voz en grito que los periodistas que pretendían entrevistarle no le habían dejado en paz en toda la mañana.

—Dígame una sola cosa —gruñó al teléfono—. ¿Es cierto lo que dice el periódico?

El teniente lo lamentaba muchísimo, a juzgar por su tono de voz, pero lo ignoraba. Janney aseveró audiblemente que se retiraría a su despacho privado del hospital y no recibiría a nadie; estaba tan furioso que su voz sonaba velada y apenas comprensible. El ruido del auricular al ser colgado resonó en el oído del teniente.

El inspector fue informado de esta conversación y, sonriendo sarcásticamente, ordenó a través del sargento Velie que no se permitiera la entrada de periodistas al Dutch Memorial Hospital. Seguidamente, llamó al fiscal.

—¿Alguna novedad de Swanson?

—Ni una palabra. Pero todavía es temprano. En cuanto llame, te avisaré. De todos modos, querrá ponerle un hombre al lado para asegurarse de que viene.

—De eso ya nos ocuparemos. —Hizo una pausa y a continuación el inspector habló con mayor agresividad—. Henry, ¿has pensado en las recomendaciones que hice sobre el mequetrefe de Morehouse?

Sampson tosió.

—Mira, Q., a ti te doy vía libre, ya lo sabes, pero temo que esto de Morehouse vamos a tener que dejarlo.

—Has cambiado de actitud, ¿no, Henry? —refunfuñó el viejo al auricular.

—Todavía estoy de tu parte, Q. —dijo Sampson—, pero después del primer acaloramiento he recapacitado sobre la situación...

—¿Y?

—Q., él estaba en su derecho. Esa cláusula del testamento de Abby no se refería a una parte de sus propiedades, sino a un encargo privado. Y como depositario de ese encargo, Morehouse no tenía que esperar a que el testamento fuera legalizado para destruir los documentos. Es una cosa totalmente aparte. Tú no puedes aducir ningún motivo para que se conservaran los documentos, ¿verdad?

—Si lo que quieres decir es si puedo demostrar que esos documentos contenían pruebas pertinentes, entonces no.

El inspector parecía molesto.

—En ese caso, lo siento, Q. No puedo hacer nada.

Después de colgar, el inspector depositó el periódico de Harper cuidadosamente sobre la mesa y llamó al sargento Velie.

—Thomas, tráeme ese par de zapatos de lona que encontramos en la cabina de teléfonos.

Velie se rascó el cogote y fue a buscar los zapatos.

El viejo los colocó sobre el cristal de su mesa y los contempló sombríamente. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia Velie, frunciendo el ceño.

—¿Te dicen algo estos malditos zapatos, Thomas?

El gigantón se acarició la granítica mandíbula.

—A mí lo único que me dicen —declaró por fin— es que se rompió el cordón y el que los llevaba pegó los dos trozos con un pedazo de esparadrapo.

—Sí, pero no acabo de descifrar qué quiere decir eso. —El inspector parecía decepcionado—. Ellery no hablaba por hablar, Thomas. En estos zapatos hay algo que encierra un dato importante. Más vale que los deje aquí. A lo mejor me viene la inspiración.

Velie salió pesadamente de la habitación dejando al viejo contemplando, absorto, dos zapatos blancos de lona y de aspecto inocente.

Ellery acababa de levantarse de la cama y de llevar a cabo sus abluciones cuando sonó el timbre y Djuna abrió la puerta a la esbelta figura del doctor John Minchen.

—Hola. ¿Es que no ves nunca salir el sol?

Ellery se ciñó la bata al enjuto cuerpo.

—No son más que las nueve y cuarto. Me he pasado la noche

despierto, pensando.

Minchen se dejó caer en un sillón con una mueca.

—Iba hacia el hospital y he pensado pasar por aquí para averiguar de primera mano si es verdad eso que dice el periódico de esta mañana sobre Janney.

—¿Qué dice? —preguntó Ellery desconcertado, atacando un huevo—. ¿Gustas, John?

—Ya he desayunado, gracias. —Minchen se le quedó mirando—. ¿Así que no lo sabes? Pues el periódico de esta mañana dice que el doctor Janney será arrestado hoy por el asesinato de la vieja.

—¡No! —exclamó Ellery, y mordió una tostada—. Desde luego, el periodismo moderno es maravilloso.

Minchen sacudió la cabeza tristemente.

—Ya; no debían de saber qué poner, pero parece demasiado absurdo, Ellery. El viejo debe de estar rabioso. ¡Asesinar a su benefactora! —Se incorporó bruscamente—. ¡Oye! Yo también recibiré mi porción de notoriedad, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dijo Minchen solemnemente—, como colaborador de Janney en el libro que estamos escribiendo, *Alergia congénita*, la prensa me buscará y me perseguirá hasta la muerte.

—¡Ah! —Ellery tomó un sorbo de café—. Yo no me preocuparía por eso, John. Y olvídate de Janney por el momento. No le pasará nada. ¿Cuánto tiempo lleváis trabajando en vuestra magnífica obra?

—No mucho. Escribir es lo de menos. Lo más importante son los historiales del caso, y Janney lleva años compilándolos. Tienen bastante valor. Si algo le ocurriera a Janney, yo los heredaría. Para un lego no tendrían ningún significado.

Ellery se secó los labios suavemente.

—Claro. A propósito, John, y no es por fisgonear, ¿cómo vas financieramente con Janney en este asunto? ¿A partes iguales?

—Insistió en ello —repuso Minchen sonrojándose—, aunque él ha contribuido muchísimo más que yo y es una lástima... Janney se ha portado muy bien conmigo, Ellery.

—Me alegro. —Ellery se levantó y se dirigió a su dormitorio—. Me visto en cinco minutos y nos vamos juntos. Discúlpame.

Desapareció. Minchen se levantó y comenzó a pasear por el salón. Se detuvo con curiosidad ante la chimenea y examinó un par

de espadas cruzadas que había sobre la repisa. De repente, oyó un rumor a sus espaldas, se volvió y vio a Djuna, que se reía con expresión de complicidad.

—¡Hola! ¿De dónde han salido estas espadas?

—Papá Queen se las compró a un hombre. —Djuna hinchó el pecho, orgulloso—. En Europa.

—¡Oye, John! —gritó Ellery desde el dormitorio—. ¿Cuánto hace que conoces al doctor Dunning?

—Desde que trabajo en el hospital, ¿por qué?

—Curiosidad... ¿Sabes algo interesante acerca de la doctora Pennini, nuestra amazona italiana?

—Muy poco. No es una persona sociable, Ellery. Nunca trata con nadie, si puede evitarlo. Me parece que tiene un marido en alguna parte.

—¿De verdad? ¿Y a qué se dedica?

—Lo siento. No lo he visto nunca, ni he hablado de él con Pennini.

Minchen oyó a Ellery trajinar en la habitación. Volvió a sentarse, inquieto.

—¿Conoces a Kneisel? —preguntó la voz de Ellery.

—Poco. Es un obseso del trabajo. Se pasa la vida en ese laboratorio.

—¿Se llevaba bien con Abby Doorn?

—Me parece que se habían visto alguna vez por mediación de Janney, pero estoy seguro de que no se conocían bien.

—¿Y Edith Dunning? ¿Se lleva bien con Gargantúa?

—¿Te refieres a Hendrik Doorn? ¡Qué pregunta más rara, Ellery! —dijo Minchen riendo—. Cierro los ojos y me imagino a la eficiente jovencita en brazos del amigo Hendrik. ¡No, imposible!

—Por ahí no hay nada que hacer, ¿eh?

—Si buscas una *liaison* entre esos dos, es que estás absolutamente loco.

—Bueno, ya conoces el *bon mot* alemán —dijo Ellery con una risita y apareciendo en la puerta totalmente vestido—: «El estómago es el maestro de todas las artes». Cojo el sombrero, el abrigo y el bastón y ya podemos irnos.

Anduvieron por la zona superior de Broadway en animada charla, pero Ellery se negó a seguir hablando del caso Doorn.

—¡Válgame Dios! —Ellery se detuvo de pronto—. Pensaba pasar por mi librería a comprar un librito sobre métodos criminales vieneses. Se me ha olvidado por completo que quedé en pasar a recogerlo esta mañana. ¿Qué hora es?

Minchen consultó su reloj de pulsera.

—Las diez en punto.

—¿Vas directamente al hospital?

—Sí. Si te marchas, cogeré un taxi.

—De acuerdo, John. Ya nos veremos en el hospital dentro de media hora o así. De todos modos tardarás casi un cuarto de hora en llegar. *A rivederci!*

Se separaron. Ellery enfiló con paso rápido una calle adyacente y Minchen paró un taxi y subió. El vehículo volvió la esquina y se dirigió al este.

20

CAPITULACIÓN

—¡

YA

VIENE!

El telégrafo secreto del Departamento de Policía no había respondido jamás a su fama de rápido como aquel miércoles por la mañana, poco después de las nueve y media, cuando un hombre alto y delgado, vestido de oscuro, apareció en Centre Street, pasó ante la Jefatura de Policía y, con cierto nerviosismo, examinó todos los números de los edificios que abarcaba con la vista, como si no conociera con exactitud su destino. Al llegar al número 137, estudió disimuladamente el edificio de diez pisos que albergaba la residencia del fiscal del distrito, se ajustó el cuello del abrigo negro y entró en el edificio de ladrillo amarillento.

¡El misterioso y escurridizo Swanson!

La palabra penetró en cada rincón y en cada grieta de Centre Street. Viajó desde un oficinista susurrante del despacho del fiscal del distrito, pasando por el puente, hasta el viejo edificio pardusco de los Juzgados, y desde allí atravesó el Puente de los Suspiros para alcanzar las cavernosas Tumbas. Todos los guardias de las Tumbas, todos los detectives de Jefatura, todos los agentes de tráfico que estaban de servicio en un radio de cuatro manzanas, todos los garantes profesionales y paseantes de los alrededores oyeron la noticia antes de que transcurrieran cinco minutos, desde el

momento en que Swanson salió del ascensor en el sexto piso del número 137, flanqueado por dos detectives, y desapareció en el despacho particular del fiscal Sampson.

Diez minutos después, a las diez menos cuarto, Swanson se encontraba en el centro de un círculo de rostros atentos. A su alrededor estaban el fiscal del distrito y Timothy Cronin, su ayudante, así como varios auxiliares; un inspector Queen que exhibía una ligera sonrisa y había hecho su aparición con una rapidez sobrenatural; el sargento Velie, tan taciturno y hosco como siempre; y el jefe superior de policía en persona, que permanecía sentado aparte, en vigilante silencio.

Hasta aquel momento, el recién llegado solamente había hablado en una ocasión. Con una gruesa voz de barítono, sorprendente en una persona de su físico, había dicho: «Soy Thomas Swanson». El fiscal del distrito había inclinado la cabeza cortésmente y le había indicado una silla situada en el centro.

Swanson se sentó en silencio, contemplando la reunión de inquisidores. Tenía unos apagados ojos azules y oscuras pestañas, pero era el típico rubio, con fino cabello color de arena, rasgos corrientes y rostro bien rasurado.

Cuando los presentes se hubieron sentado y tras la puerta acristalada se hubo situado la fluctuante sombra de un detective, el fiscal del distrito dijo:

—Señor Swanson, ¿para qué ha venido?

—Pensaba que querían verme —repuso Swanson, aparentemente sorprendido.

—¡Ah, entonces habrá leído los periódicos! —apuntó Sampson rápidamente.

—Sí, sí... —dijo el recién llegado sonriendo—. Más vale que lo aclare todo de una vez. Pero, ante todo, una cosa: señores, soy consciente de que todos sospechan de mí por no haberme presentado, pese a que los periódicos decían que me estaban buscando...

—Pues menos mal que es usted consciente de ello. —Sampson le miró fríamente—. Tiene usted muchas cosas que explicar, señor Swanson. Le ha costado mucho dinero a la ciudad. ¿Qué excusa tiene?

—No es una excusa. Estoy pasando una época de muchas

dificultades. Este asunto resulta trágico para mí. Y tenía una razón de peso para no presentarme hasta hoy. Además, no creía que el doctor Janney estuviera realmente implicado en el asesinato de la señora Doorn. En los periódicos no había nada que diera a entender tal cosa...

—Todavía ha de explicarnos por qué se ha mantenido oculto —dijo Sampson con paciencia.

—Lo sé, lo sé. —Swanson, pensativo, bajó la mirada a la alfombra—. Me resulta muy difícil. Si no fuera porque el doctor Janney va a ser detenido por un asesinato que sé que no cometió, no me hubiera presentado hoy ante ustedes. Pero no puedo permitir que ocurra tal cosa, siendo él inocente.

—¿Estuvo usted en el despacho del doctor Janney entre las diez y media y las once menos cuarto del lunes por la mañana? —inquirió el inspector Queen.

—Sí. Sus declaraciones eran correctas en todos los detalles. Fui a verle para pedirle una pequeña cantidad de dinero. Estuvimos todo el rato en su despacho; ninguno de los dos salió ni un instante.

—Hmmm. —Sampson le miró de arriba abajo lentamente—. Una historia tan sencilla, señor Swanson, y, sin embargo, ha dado usted lugar a que rastreáramos toda la ciudad en su busca, y todo para no obtener más que una corroboración sin importancia.

—¿De qué lo protege Janney? —preguntó el inspector de repente.

Swanson levantó los brazos en un gesto de impotencia.

—Ya veo que tiene que salir a la luz. Señores, en pocas palabras está dicho. En realidad, no soy Thomas Swanson. Me llamo Thomas Janney. Soy hijo del doctor Janney.

La historia era compleja. Thomas Janney era hijastro del doctor Francis Janney. Después de haber enviudado sin descendencia, el cirujano se volvió a casar. Su segunda esposa era la madre de Thomas, que contaba dos años cuando el doctor Janney se convirtió en su padre legal. Su madre falleció ocho años después.

Según Thomas Janney, el objetivo de su completísima educación siempre había estado muy claro. Se convertiría en un segundo Janney. Sería cirujano. Y lo mandaron a la Universidad Johns

Hopkins.

En voz baja y tono avergonzado, el hombre que el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York en pleno había buscado en vano durante dos días relató cómo, alocada e irresponsablemente, había traicionado la confianza que en él había depositado su famoso padrastro.

—En aquella época lo sabía todo —farfulló—. Tenía un buen expediente académico, era de los primeros de la clase, pero bebía como una esponja y me jugaba la generosa asignación de mi padre.

Janney no había perdido la calma ante tal desaire juvenil. Guió con mano firme al joven pícaro a lo largo de sus años de formación médica, y, una vez hubo obtenido el título, le dio una plaza de interno en el Dutch Memorial Hospital.

—¡Por eso su rostro le resultaba conocido a Isaac Cobb! —masculló el inspector, que escuchaba con expresión de asombro.

Tras la época de interno, y de un largo período de buen comportamiento, Thomas Janney pasó a ser miembro del personal fijo del hospital, bajo las órdenes de su padrastro. Durante cierto tiempo, todo fue bien.

Swanson hizo una pausa, se humedeció los labios y continuó con la mirada perdida por encima de la cabeza del fiscal del distrito.

—Pero entonces volví a las andadas —dijo con voz quebradiza—. Fue hace cinco años, por estas mismas fechas. Empecé a beber otra vez. Y una mañana operé a un paciente bajo los efectos del alcohol. Me tembló la mano en un momento crítico, se me fue el bisturí... y el paciente murió en la mesa de operaciones.

Nadie dijo nada. Parecía que el ex cirujano estaba reviviendo el devastador momento en que el trabajo, los planes y los sueños de su juventud se derrumbaron. Lo invadió el terror, dijo, el desaliento y el hastío. La tragedia fue presenciada por tres testigos, pero el rígido código ético de la profesión evitó que la historia trascendiera fuera del hospital en aquel momento. El doctor Janney informó personalmente a la señora Doorn de la tragedia y de la culpabilidad de su hijastro. La anciana fue inexorable. El joven cirujano tenía que marcharse...

Se vio obligado a dimitir. Discretamente, y pese a los esfuerzos de su padrastro, la noticia se filtró y se le cerraron las puertas de todos los hospitales. Sin fanfarria ni publicidad, le quitaron la

autorización para ejercer. El doctor Thomas Janney se convirtió en Thomas Janney sin más, y, como medida de autoprotección, Thomas Janney se cambió el nombre por el de Thomas Swanson, que era el apellido de soltera de su madre.

Se trasladó de Nueva York a Port Chester y, gracias a la influencia y a los muchos conocidos de su padrastro, pudo establecerse como agente de seguros. Dejó la bebida. La tremenda experiencia vivida le obligó a reconocer su insensatez, declaró. Pero era demasiado tarde. Ya no había redención ni reparación posible para su carrera.

—No culpé a nadie —dijo amargamente, en el silencio del despacho del fiscal del distrito—. La anciana actuó siguiendo los dictados de su conciencia, lo mismo que mi padrastro. Para él, el mundo se reduce a su profesión. Supongo que, haciendo valer su influencia personal sobre la señora Doorn, pudo haberme salvado pero tiene un código moral muy estricto y, además, se dio cuenta de que necesitaba un escarmiento para poder hacer algo útil de mi vida.

El doctor Janney nunca le había reprochado nada a su díscolo hijastro, pese a lo mucho que debió de sufrir cuando se desbarataron todos sus planes y esperanzas. En cambio, ayudó al joven a abrirse un nuevo camino y una nueva vida. Le prometió sin ambigüedades que si llevaba una existencia sobria y laboriosa sus relaciones futuras no cambiarían. El joven seguiría siendo el heredero del doctor Janney; no había y no habría nunca nadie más.

—Fue muy considerado por su parte —musitó el ex cirujano—, muy considerado. No podía haber actuado con mayor bondad aunque fuera hijo suyo de verdad.

Se detuvo y empezó a doblar el ala de su sombrero con nerviosismo entre sus largos y fuertes dedos de cirujano.

Sampson carraspeó.

—Naturalmente, esto nos hace ver todo el asunto desde una perspectiva distinta, señor... señor Swanson. Ahora comprendo por qué el doctor Janney se negó a darnos su dirección. El antiguo escándalo...

—Sí —le interrumpió Swanson con pesadumbre—. Hubiera destruido cinco años de vida honrada, hubiera echado a rodar mi negocio y me hubiera presentado ante el mundo como un cirujano

renegado que había abusado criminalmente de su confianza y del cual no era posible fiarse para nada.

Ambos habían sufrido mucho, prosiguió, a causa de la notoriedad que el incidente alcanzó en el hospital durante aquellos días de agitación. Si el doctor Janney hubiera proporcionado a la policía el medio de dar con Swanson, el antiguo escándalo hubiera renacido inevitablemente. Y ambos temían esa posibilidad.

—Pero ahora —dijo Swanson—, ahora que veo que papá está implicado de una manera tan atroz, no puedo permitir que interfieran consideraciones personales. Espero haber borrado las sospechas contra el doctor Janney, caballeros. Todo esto ha sido una espantosa sucesión de errores.

»La única intención que tenía al ir a verle el lunes por la mañana era pedirle un poco de dinero, veinticinco dólares. Andaba flojo de trabajo y necesitaba fondos para pasar unos días. Papá, tan generoso como siempre, me dio un cheque de cincuenta dólares, que cobré en cuanto salí del hospital.

Miró a su alrededor con ojos suplicantes. El inspector contemplaba sombríamente la sobada superficie de su cajita de rapé. El jefe superior de policía había abandonado discretamente su asiento y había salido de la habitación. El esperado bombazo había resultado un fracaso y ya no había motivo que justificara su presencia.

Cuando continuó, la voz de Swanson había perdido seguridad. ¿Estaban satisfechos?, preguntó tímidamente. Si lo estaban, les agradecería que ocultaran a la prensa su verdadera identidad. Estaba a su completa disposición. Si consideraban necesario que testificara, con mucho gusto subiría al estrado, aunque cuanta menos publicidad recibiera tanto mejor, puesto que siempre era posible que algún periodista indagara, descubriera su pasado y sacara a la luz el viejo escándalo.

—Por eso no se preocupe, señor Swanson. —El fiscal del distrito parecía preocupado—. Por supuesto, su relato deja a su padastro libre de sospecha. Con una coartada tan perfecta no podemos detenerlo, de modo que nunca llegará a oídos del público, ¿verdad, inspector Queen?

—Al menos por ahora. —El inspector estornudó a causa de un pellizco de rapé—. Señor Swanson, ¿ha visto al doctor Janney desde

el lunes por la mañana?

El ex cirujano vaciló, frunció el entrecejo y levantó la vista con expresión franca.

—No tendría sentido negarlo ahora —dijo—. Sí que he visto a papá desde el lunes por la mañana. El lunes por la noche vino en secreto a Port Chester. No quería hablar de ello, pero... le preocupaba que me estuvieran buscando. Quería que me marchara de la zona, que me fuera al Oeste o algo por estilo. Pero cuando me dijo lo disgustada que estaba la policía a causa de su silencio... naturalmente, yo no podía marcharme y dejar que él cargara con la responsabilidad. Al fin y al cabo, ninguno de los dos teníamos nada que ocultar en lo referente al asesinato. La huida se hubiera considerado como una admisión de culpabilidad. De modo que me negué y él volvió a casa. Esta mañana yo tenía que venir a Nueva York a primera hora y no he podido evitar enfrentarme con los periódicos...

—¿Sabe el doctor Janney que ha venido usted a contarnos la historia? —preguntó el inspector.

—¡No, no!

—Señor Swanson. —El viejo miró fijamente al ex cirujano—. ¿Podría usted darnos alguna explicación acerca del crimen?

Swanson negó con la cabeza.

—Para mí es un misterio total. De todos modos, yo apenas conocía a la anciana. Durante la época en que ayudó tanto a papá, yo era muy pequeño, y después pasé mucho tiempo en colegios. Pero, desde luego, papá no fue.

—Ya, ya. —El inspector levantó uno de los teléfonos de la mesa de Sampson—. Un solo trámite más, joven. Voy a comprobarlo. Un momento. —Marcó el número del Dutch Memorial Hospital—. ¿Oiga? Póngame con el doctor Janney, por favor.

—Soy la telefonista. ¿De parte de quién, por favor?

—Del inspector Queen, de Jefatura. Dese prisa.

—Un momento, por favor.

El inspector oyó una serie de chasquidos y, seguidamente, una conocida voz masculina dijo:

—Papá.

—¡Ellery! ¿Cómo demonios...? ¿Estabas...? ¿Dónde estás?

—En el despacho de Janney.

—Pero ¿por qué?

—He pasado por aquí hace un rato. Hace tres minutos, para ser exacto. He venido a ver a Johnnie Minchen. Papá, tengo...

—¡Para el carro! —dijo el viejo—. Déjame hablar a mí. Tengo noticias. Swanson se ha presentado esta mañana. Acabamos de escuchar su declaración. Muy interesante, Ellery... Ya te contaré los detalles y te daré una transcripción de lo que ha dicho cuando nos veamos. Es hijo del doctor Janney...

—¿Qué?

—Lo que oyes. ¿Dónde está el doctor Janney? ¿Es que te vas a quedar todo el día...? Déjame hablar con Janney un momento, hijo. Profundo silencio.

—¿A qué esperas? —gritó el inspector.

—Es que no puedes hablar con Janney, papá —dijo Ellery, despacio.

—¿Por qué? ¿Dónde está? ¿Es que no está ahí?

—Cuando me has hecho callar trataba de explicarte que... estar sí que está —dijo Ellery con pesar—, pero no puede hablar contigo porque... porque está muerto.

—¿Muerto? —exclamó.

—O en la cuarta dimensión. —El tono de Ellery era de profundo pesar, pese a la ligereza de sus palabras—. Ahora son las once menos veinticinco, y yo he llegado a eso de las diez y media... Papá, lo han asesinado hace media hora.

21

DUPLICACIÓN

ABIGAIL

DOORN

, el doctor Francis Janney...

Dos asesinatos en lugar de uno.

El inspector Queen se había sumido en un profundo estado de desaliento y reflexión mientras el coche de la policía que lo había ido a recoger frente al despacho del fiscal del distrito corría a toda velocidad hacia el Dutch Memorial Hospital. ¡Janney asesinado! Era increíble. Sin embargo, tal vez este segundo crimen resultaría más fácil de resolver, y tal vez conduciría a la resolución del primero... O quizá un crimen no tuviera nada que ver con el otro... Pero, de todas formas, era imposible que se cometiera un asesinato en un edificio lleno de policías y de detectives, sin dejar rastro, pistas, testigos, algo... El fiscal Sampson y un Swanson extraordinariamente abatido flanqueaban al viejo a izquierda y derecha.

El jefe de policía, que había sido informado de inmediato acerca del descubrimiento, los seguía de cerca en un automóvil oficial. Se mordía las uñas desesperado y mascullaba de rabia y preocupación.

La presurosa comitiva se detuvo con un chirrido de frenos. Los automóviles descargaron a sus impacientes ocupantes, que subieron a toda prisa los escalones de la entrada principal del hospital.

—Por su puesto y por el mío, Queen, si esto no se resuelve

ahora, hoy... —dijo con voz entrecortada el jefe de policía—. ¡Dios mío, menudo enredo!

Un agente les abrió la puerta.

Si la marcha del hospital se había alterado tras el asesinato de Abigail Doorn, con la muerte del doctor Janney se había convulsionado por completo. Parecía como si toda actividad profesional se hubiera detenido. No se veía a ninguna enfermera ni a ningún médico vestidos de blanco. Ni siquiera Isaac Cobb, el portero, estaba en su puesto. En cambio, agentes de paisano y de uniforme invadían los corredores, y donde más abundaban era en las proximidades de la entrada.

Se abrió la puerta del ascensor; no lo atendía nadie. La sala de espera había sido clausurada. Las puertas de secretaría estaban también cerradas; tras ellas, aislados por la policía, se encontraban los pasmados oficinistas.

Un enjambre de detectives custodiaba la puerta en la que se leía «Dr. Francis Janney».

La muchedumbre se disolvió cuando el inspector, el jefe de policía, el sargento Velie y Swanson aparecieron en escena. El inspector penetró en el silencioso despacho de la nueva víctima. Swanson le siguió con pasos lentos y el rostro pálido y pensativo. Velie cerró la puerta despacio a sus espaldas.

Sus ojos buscaron inmediatamente un objeto en el interior de la habitación. Y allí estaba: la figura del doctor Janney, tendida en la desgarrada postura de la muerte sobre el revuelto escritorio. El cirujano estaba sentado en el sillón giratorio cuando le sobrevino la muerte; ahora, la parte superior del cuerpo yacía sobre la mesa; la cabeza canosa descansaba sobre el brazo izquierdo doblado y el derecho, extendido, atravesaba la superficie de cristal con una pluma estilográfica apretada entre los dedos.

Sentados en sillas de madera barnizada situadas en el lado izquierdo del despacho estaban allí Ellery, Pete Harper, el doctor Minchen y James Paradise, el conserje del hospital. De los cuatro, sólo Ellery y Harper se encontraban de cara al muerto; tanto Minchen como Paradise se hallaban vueltos hacia la puerta y ambos temblaban visiblemente.

El doctor Samuel Prouty, ayudante del forense, estaba de pie junto a la mesa. Tenía su maletín negro, cerrado, en el suelo. Se

estaba poniendo el abrigo mientras silbaba una monótona melodía.

Nadie pronunció palabra alguna de salutación ni comentario ninguno. Era como si nadie encontrara nada verbalmente adecuado para expresar su perplejidad, su sorpresa, su horror ante esa inesperada e inexplicable catástrofe. Swanson se apoyó contra la puerta y, tras una mirada rápida al cuerpo que ocupaba la esquina, mantuvo la cabeza vuelta hacia otro lado. El inspector, el jefe de policía y Sampson permanecieron uno junto a otro observando el recinto de la muerte.

Era una habitación cuadrada. Había una sola puerta, por la cual habían entrado, y había una sola ventana. La puerta comunicaba con el pasillo sur y quedaba frente a la entrada principal, en diagonal. La ventana, que se abría en la parte izquierda de la pared posterior, era amplia y daba a un gran patio interior. A la izquierda de la puerta había una mesita para la secretaria sobre la cual descansaba una máquina de escribir. Arrimadas a la pared de la izquierda había las cuatro sillas en las que estaban sentados Ellery y sus acompañantes. El gran escritorio de la víctima ocupaba la esquina derecha posterior, en diagonal con las paredes y frente a la esquina izquierda anterior. Aparte del sillón giratorio en el que descansaba el cuerpo de Janney, detrás del escritorio no había nada. Arrimado a la pared de la derecha había un sillón tapizado en cuero y una librería bien provista.

Con la excepción de cuatro retratos, con marcos metálicos, de cirujanos barbudos, que adornaban las paredes, y del linóleo imitación mármol que cubría el suelo, en la habitación no había nada más.

—Bueno, Doc, ¿cuál es el veredicto? —preguntó ásperamente el jefe de policía.

—Lo mismo de antes —contestó el doctor Prouty manoseando un puro apagado—. Asesinato por estrangulación.

Ellery se inclinó, apoyó el codo en la rodilla y se agarró la mandíbula con dedos firmes. Tenía la mirada vacía, casi con expresión de dolor.

—¿Alambre, como en el otro? —preguntó el inspector.

—Sí. Véalo usted mismo.

Queen se acercó despacio a la mesa, acompañado por Sampson y el jefe de policía. Al bajar la vista hacia la cabeza canosa de la

víctima vieron un coágulo oscuro y espeso. Tanto el inspector como el jefe de policía alzaron la vista de inmediato.

—Le han golpeado en la cabeza antes de estrangularlo —explicó el doctor Prouty—. Con un instrumento pesado y romo. Es difícil determinar qué podía ser en concreto. Tiene una contusión ahí detrás, justo encima del cerebelo.

—Pretendían aturdirlo para que no gritara cuando lo estrangularan —murmuró el inspector—. Le han golpeado en la parte posterior de la cabeza. ¿Cómo supone usted que estaba sentado cuando le han pegado, Doc? ¿Podía estar echándose una siesta o algo así? En tal caso, el agresor podría actuar desde delante de la mesa. Porque, si estaba incorporado, parece que el que le ha golpeado tenía que estar detrás de él.

A Ellery le brillaron los ojos, pero no dijo nada.

—Exacto, inspector. —Los labios de Prouty se retorcieron cómicamente en torno al puro—. El que le ha golpeado estaba detrás de la mesa. Cuando lo hemos encontrado no estaba así, echado hacia adelante. Estaba apoyado en el respaldo. Se lo voy a enseñar.

Retrocedió y se introdujo entre el escritorio y la pared. Con suavidad, pero sin remilgos, levantó el cadáver por los hombros hasta incorporarlo en el sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Así es como estaba, ¿verdad, señor Queen? —preguntó Prouty.

—Sí, sí, así es.

—Mire, ahora se ve el alambre. —Prouty levantó la cabeza con cuidado. En torno al cuello había una fina línea sanguinolenta. El alambre estaba tan incrustado en la carne que apenas se distinguía. Detrás del cuello, los dos extremos del alambre habían sido unidos y retorcidos, exactamente del mismo modo que en el caso de Abigail Doorn.

—Entonces, así es como ha ocurrido —dijo el inspector—. Estaba aquí, sentado. Ha entrado alguien, se ha puesto detrás de él, le ha golpeado en la cabeza y luego lo ha estrangulado.

—Exacto. —Prouty se encogió de hombros y levantó el maletín—. Yo juraría que ese golpe en la cabeza sólo se lo han podido dar desde detrás. Bueno, me voy. Ya han pasado los fotógrafos y los de huellas. Hay huellas por todas partes, sobre todo en esta cubierta de

cristal, según creo; pero supongo que la mayoría serán de Janney y de esa secretaria o ayudante suya.

El ayudante del forense se caló el sombrero, mordiendo el sobado puro, y salió del despacho caminando pesadamente.

Los que se quedaron volvieron a mirar el cadáver.

—Doctor Minchen, esta herida de la cabeza no puede haberle causado la muerte, ¿verdad?

Minchen tragó saliva. Tenía los párpados y los ojos enrojecidos.

—No —dijo en voz baja—. Prouty tiene razón. Lo ha aturdido, nada más. Ha muerto..., ha muerto por estrangulación, inspector, seguro.

Se inclinaron para observar el alambre.

—Parece de la misma clase —musitó Queen—. Thomas, en cuanto puedas quiero que lo compruebes.

El gigantón asintió con la cabeza.

El cuerpo se encontraba todavía erguido en el sillón, tal como lo había dejado Prouty. El jefe de policía murmuró algo para sí, mientras estudiaba atentamente el rostro. No había en él horror, sorpresa ni miedo. El característico tono azulado había aparecido bajo la piel hinchada, pero la expresión era de calma. Tenía los ojos cerrados.

—¿Usted también se ha fijado? —dijo Ellery de pronto, desde su asiento—. No es el rostro de un hombre a quien hayan atacado y asesinado violentamente, ¿verdad?

El jefe de policía dio media vuelta y dirigió a Ellery una mirada de complicidad.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando, joven. Usted es hijo de Queen, ¿no es así? Extraño, diría yo.

—Lo mismo me parece a mí. —Ellery se levantó de la silla y se aproximó al escritorio para observar pensativo el rostro de Janney—. Y el instrumento romo de que ha hablado Prouty ha desaparecido. El asesino ha debido de llevárselo. ¿Se han fijado en lo que estaba haciendo Janney cuando ha pasado a mejor vida?

Señaló la estilográfica que todavía tenía entre los dedos y luego una hoja de papel blanco situada sobre el cristal, justo donde se hubiera apoyado la mano si el cuerpo hubiera estado echado hacia adelante. La mitad del papel estaba cubierto por una letra prieta y cuidada; era evidente que Janney había dejado de escribir antes de

terminar la frase, porque la última palabra finalizaba con un rasgo convulsivo y un borrón de tinta.

—Estaba trabajando en el libro —murmuró Ellery—, es elemental. El doctor Minchen, aquí presente, y él colaboraban en la redacción de una obra técnica titulada *Alergia congénita*.

—¿A qué hora ha muerto? —preguntó Sampson pensativo.

—Prouty supone que entre las diez y las diez y cinco, y John Minchen está de acuerdo.

—Bueno, poco estamos avanzando —comentó el inspector—. Thomas, que se lleven el cadáver al depósito de abajo. No te olvides de registrarle bien la ropa. Y luego vuelve aquí; te necesito. Siéntese, jefe. Tú también, Henry. ¡Swanson!

El ex cirujano hizo ademán de echar a andar, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Puedo irme? —preguntó con voz ronca.

—Sí —contestó el inspector amablemente—. De momento no le necesitamos más. Thomas, manda a alguien a Port Chester con el señor Swanson.

Velie escoltó a Swanson al exterior. Salió de la habitación sin decir una palabra más y sin mirar atrás; parecía aturdido, asustado.

Ellery echó a andar por la habitación. El jefe de policía se sentó con un gruñido e inició una conversación en voz baja con el inspector y Sampson. Paradise todavía se encontraba acurrucado en su silla, muy turbado. Minchen no hablaba, se limitaba a contemplar al reluciente linóleo.

Ellery se detuvo ante él y le miró con curiosidad.

—¿Qué miras, el linóleo nuevo?

—¿Cómo? —Minchen se humedeció los labios resecaos y esbozó una sonrisa—. Ah... ¿Cómo sabes que es nuevo?

—Es bastante evidente, ¿no te parece?

—Sí. Hace un par de semanas cambiaron el suelo de todos los despachos particulares.

Ellery reanudó el paseo.

La puerta se abrió de nuevo. Entraron dos internos con una camilla. Ambos estaban pálidos y actuaban con movimientos bruscos.

En tanto levantaban el cuerpo inerte del sillón, Ellery se detuvo ante la ventana, frunció el entrecejo y se volvió para mirar el

escritorio, que se encontraba en el otro extremo de la habitación. Entrecerró los ojos y se acercó al lugar donde trajinaban los internos.

Cuando depositaron el cadáver de Janney en la camilla, Ellery giró sobre sus talones y dijo de pronto:

—¿Saben? Donde debería haber una ventana, es detrás de esta mesa.

Todos levantaron la vista sorprendidos y se lo quedaron mirando.

—¿Qué es lo que te ronda por la cabeza, hijo? —preguntó el inspector Queen.

Minchen se rió sin alegría.

—¿A ti también te está dando? Ahí no ha habido nunca una ventana, Ellery.

Ellery meneó la cabeza.

—Una omisión arquitectónica que me molesta. Lástima que el pobre Janney no se acordara de la inscripción del anillo de Platón. ¿Cómo era? «Es más fácil prevenir los malos hábitos que librarse de ellos».

22

ENUMERACIÓN

VARIAS HORAS MÁS TARDE, un grupito de personas de labios prietos ocupaba el despacho de la víctima, ahora oscurecido por un humo gris azulado. A la vista de los graves rostros, las rígidas mandíbulas y las frentes fruncidas, era evidente que la conciencia de fracaso los había invadido, que el asesinato del doctor Janney les resultaba tan inexplicable como el de Abigail Doorn.

El número de los presentes se había reducido muchísimo. El jefe superior de policía se había ido con el rostro color ceniza. Un desalentado Harper se había marchado hacía una hora para comunicar ciertas noticias de importancia al periódico. Sampson, con los ojos llenos de preocupación, había abandonado el hospital al mismo tiempo que el periodista, para regresar a su despacho y a la inevitable tarea de enfrentarse a la prensa y al público.

El sargento Velie todavía recorría los pasillos en busca de datos y declaraciones. Finalmente, se había establecido que el alambre mortal era del mismo tipo que el utilizado en el primer asesinato. Puesto que disponía de pocos indicios más, el sargento había puesto en marcha otra investigación de su posible origen, hasta el momento sin el menor éxito.

Sólo quedaban el inspector, Ellery, el doctor Minchen y Lucille Price, la enfermera ayudante del fallecido. La muchacha había sido requerida para que sirviera de taquígrafa al inspector.

De los cuatro, pese al patente aturdimiento del doctor Minchen,

Ellery era el que parecía más afectado por el segundo asesinato. Largos surcos de sufrimiento y concentración atravesaban su rostro; tenía la mirada apagada, triste e incluso angustiada. Se encontraba acurrucado en una silla situada junto a la única ventana, con los ojos fijos en el linóleo.

—¿Todo listo, señorita Price? —preguntó el inspector con voz áspera.

La enfermera, sentada ante la mesita del rincón, con el cuaderno abierto y el lápiz dispuesto, parecía asustada. Estaba muy pálida, le temblaba la mano, no apartaba la vista del cuaderno de taquigrafía, y evitaba sobre todo la mesa que ocupaba el rincón opuesto de la sala, en el cual había ocurrido la reciente tragedia.

—Empecemos, pues —dijo el inspector. Echó a andar ante ella a grandes zancadas, con las cejas enarcadas y las manos fuertemente entrelazadas a la espalda—. Philip Morehouse. Morehouse ha encontrado el cadáver.

»Detalles: Morehouse se ha presentado en el hospital portando un maletín y con la intención de ver al doctor Janney para tratar de lo referente a su parte de la herencia Doorn; ha llegado aproximadamente a las diez menos cuarto. La entrada ha sido presenciada por Isaac Cobb, portero; hora comprobada. La telefonista de servicio ha comunicado con el despacho de Janney y le ha informado que M. deseaba ver al médico. *Voz, indudablemente de Janney.* Subráyelo, señorita Price. Ha contestado que en aquel momento estaba muy ocupado, pero que pronto podría recibirlo; M. debía esperar. M. ha expresado disgusto por el retraso, según declara la telefonista, pero ha decidido esperar. Cobb le ha visto entrar en la sala de espera y sentarse desde el vestíbulo. ¿Voy demasiado de prisa?

—No, no, señor.

—Añada esta nota —prosiguió el inspector—. Cobb no puede jurar que en el período subsiguiente M. no abandonara la sala de espera en algún momento. El puesto de Cobb está en el vestíbulo; la sala de espera tiene otra salida por el pasillo sur, lo cual posibilita que los ocupantes de dicha sala salgan por tal puerta sin ser vistos si en el pasillo sur no hay nadie en ese instante.

»Detalles a continuación: Morehouse afirma haber permanecido en la sala de espera durante media hora, aproximadamente hasta las

diez y cuarto. Entonces ha vuelto a la centralita de teléfonos, atravesando el vestíbulo para entrar en las oficinas, y le ha pedido con impaciencia a la telefonista que volviera a llamar a Janney. La telefonista ha llamado; no ha habido respuesta. M., furioso, ha cruzado impulsivamente el pasillo sur y ha llamado a la puerta de Janney. No ha tenido respuesta. Al verlo, Cobb se le ha acercado para amonestarlo. También se ha aproximado el policía que estaba de guardia junto a la escalera de fuera. M. ha dicho: «¿Han visto al doctor Janney salir de su despacho durante la última media hora?». Cobb ha contestado: «No; pero no estaba vigilando». M. ha dicho: «Quizá le ha ocurrido algo». Cobb se ha rascado la cabeza. El policía ha intentado abrir la puerta. Moran, el agente de guardia, la ha abierto. Cobb, Morehouse y Moran han entrado y han encontrado el cadáver del doctor Janney. Cobb ha dado la alarma inmediatamente y Moran ha recabado la ayuda de los detectives que estaban de servicio en el hospital. El doctor Minchen ha entrado en el edificio en ese momento. Minchen se ha hecho cargo temporalmente, hasta que han llegado refuerzos. Ellery Queen ha llegado al hospital unos minutos después. ¿Lo tiene, señorita Price?

—Sí, señor.

Minchen estaba sentado con las piernas cruzadas chupándose el dedo. Sus ojos reflejaban horror y perplejidad.

El inspector echó a andar por la habitación, consultando una hoja de papel. Señaló a la enfermera con el brazo.

—Añada esto al informe sobre Morehouse. Observación: M. carece de coartada para el período clave... Empiece ahora aparte. Señorita Hulda Doorn.

»Hulda Doorn en el hospital. Ha llegado a las nueve y media. Cobb y Moran la han visto. El motivo era recoger los efectos personales de Abigail Doorn que todavía estaban en la habitación que había ocupado mientras esperaba a que la operaran después de sufrir el accidente el lunes. No había nadie en la habitación con la señorita Doorn. Declara que ha sentido un tremendo dolor al ver la ropa de la difunta y se ha limitado a sentarse y pensar. La enfermera Obermann la ha encontrado allí, llorando, a las diez y media. No hay corroboración de su testimonio de que no ha abandonado la habitación ni un solo momento.

El lápiz recorría la página a toda velocidad. En la sala no se oía

otro sonido que el suave roce del grafito.

—Doctor Lucius Dunning y Sarah Fuller. —El inspector apretó los labios después de mascullar la última sílaba—. Dunning ha llegado al hospital a primera hora de la mañana, como siempre, y ha atendido el trabajo rutinario. Esto ha sido corroborado por sus ayudantes. Sarah Fuller ha llegado a las nueve y cuarto, con la intención de ver a Dunning; en esto han coincidido Moran, Cobb y la telefonista. Han estado encerrados durante una hora; Sarah Fuller ha tratado de marcharse un minuto después de que se descubriera el cadáver de Janney.

»Ambos se han negado a revelar el tema de su conversación. Corroboran sus declaraciones mutuamente y declaran que no han salido del despacho de Dunning. No contamos con ninguna otra declaración que confirme estas dos. —El inspector hizo una pausa y se quedó mirando el techo—. A instancias del jefe superior de policía, tanto el doctor Dunning como Sarah Fuller han sido detenidos en calidad de testigos importantes. Han persistido en su negativa a hablar. Posteriormente, se ha fijado una fianza de veinte mil dólares a cada uno y ambos han sido puestos en libertad al ser ésta satisfecha por el bufete Morehouse. —Inmediatamente prosiguió—: Edith Dunning. De servicio en el Departamento de Asistencia Social desde las nueve de la mañana. Ha permanecido en el hospital durante todo el período. Se ha ocupado de varios casos propios de su departamento. No existe comprobación exacta de horas ni movimientos. No ha estado acompañada de ningún ayudante el tiempo suficiente para eliminarla de la lista de posibilidades.

»Michael Cudahy. Sigue en la habitación 328 recuperándose de la apendicectomía. Vigilado por detectives. Es imposible que haya abandonado la cama. No ha tenido comunicación con el exterior, que sepan los detectives; pero ello poco significa puesto que Cudahy tiene métodos notoriamente efectivos.

»Doctora Pennini. Ha efectuado el trabajo cotidiano en el Departamento de Obstetricia. Ha visitado a unas veinte pacientes; no existe comprobación de sus movimientos exactos. No ha salido del edificio en toda la mañana, según declaran Cobb y Moran.

»Moritz Kneisel. Ha estado en su laboratorio toda la mañana, sin que lo molestara nadie, y por lo tanto sin que nadie lo pueda

corroborar. Afirma que Janney ha pasado por el laboratorio poco antes de las nueve. Parecía molesto por la noticia de un posible arresto; ha declarado tener intención de ir a su despacho, no ver a nadie y dedicarse a redactar el libro; han hablado brevemente de los avances de los experimentos y se ha marchado. Kneisel parece reservado con respecto a este crimen, pero muy afectado. ¿Me sigue, señorita Price?

—Lo tengo todo, inspector Queen.

—Muy bien. Uno más. —El inspector repasó sus notas y reanudó el dictado—. Hendrik Doorn. Ha llegado al hospital a las nueve y veinte, a fin de someterse a un tratamiento de rayos ultravioleta para los nervios, que recibe tres veces por semana. Ha esperado en los laboratorios del quinto piso hasta las diez menos veinticinco; el tratamiento ha terminado a las diez menos diez. Se ha acostado para descansar en la habitación particular de la planta baja hasta que se ha descubierto el cadáver. No hay corroboración de que se encontrara en dicha habitación todo el rato.

»Ya está, señorita Price. Pásemelo a máquina inmediatamente, por favor. Haga dos copias y entrégueselo todo al sargento Velie, el grandullón que hay afuera. Va a estar aquí toda la tarde.

La enfermera asintió sumisa con la cabeza y comenzó a escribir sus notas a máquina.

Ellery levantó la vista, cansado.

—Si has terminado estos absurdos, inútiles y confusos informes, papá, voto por que nos vayamos a casa —dijo mirando distraídamente por la ventana.

—En seguida, hijo. Un poco de calma. Hay que tener paciencia. —El inspector se apoyó en la mesa de Janney y cogió un pellizco de rapé—. Parece superior a nosotros —prosiguió, hablando despacio—. Hubiera dicho que era imposible. ¡Pensar que nadie ha estado vigilando esta puerta el tiempo suficiente para ver nada, con el edificio infestado de agentes que se supone cumplían con su deber! —Sacudió la cabeza tristemente—. Parece que Janney ha tramado su propia muerte. Se encierra en su despacho, le dice a la señorita Price que no la necesita esta mañana (por lo visto de un humor de perros) y se queda totalmente expuesto a un ataque asesino que la suerte ha querido se realizara sin testigos. El último que lo ha visto vivo ha sido Cobb, cuando volvía del laboratorio de Kneisel, y ha

entrado en su despacho poco después de las nueve. Y parece que nadie ha hablado con él ni lo ha visto desde que la telefonista le ha dicho que Morehouse quería verlo. Y los médicos están de acuerdo en que ha sido asesinado entre las diez y las diez y cinco, de modo que sin duda era Janney el que ha contestado el teléfono a las diez menos cuarto... ¡Bueno!

—Un lío tremendo —dijo Ellery despacio, sin apartar la vista de la ventana—. Hulda Doorn, Hendrik Doorn, Dunning, Sarah Fuller, Kneisel, Morehouse... todos en el hospital y sin coartada.

Minchen se revolvió en el asiento, sonriendo vagamente.

—El único que no ha podido hacerlo es Big Mike Cudahy. Y yo. ¿Está seguro de que no sospecha de mí, inspector? Después de esto, todo es posible... ¡Dios mío! —enterró la cabeza entre las manos.

La máquina de escribir siguió repicando en medio del silencio.

—Bueno —dijo el viejo sombríamente—, si lo ha hecho, es usted espiritista, doctor Minchen. ¿Cómo iba a estar en dos lugares al mismo tiempo?

Ambos se echaron a reír, pero la voz de Minchen tenía un matiz de histeria.

Ellery se envolvió en el abrigo.

—Venga, vámonos —dijo imperiosamente—. Venga, vámonos, antes de que me estalle la cabeza de tanto pensar inútilmente.

23

TRIPLICACIÓN

LA DESAZÓN Y el desconcierto no abandonaron a Ellery Queen cuando salió de los concurridos pasillos del Dutch Memorial Hospital para dirigirse al despacho de su padre en la Jefatura de Policía.

En tono de hastío, había expresado su deseo de regresar a su residencia de la calle 87 Oeste para enterrar sus tribulaciones en la lectura de Marcel Proust. Pero el inspector no había querido escuchar su petición. Convenía que fueran todos a su despacho, charlaran tranquilamente, recibieran *en masse* la reprimenda del alcalde y en general pasaran un buen rato.

Así pues, Richard y Ellery Queen, acompañados del fiscal Sampson, se sentaron y dos de ellos iniciaron una agradable conversación sobre temas que nada tenían que ver con los asesinatos de la señora Doorn y el doctor Janney.

Los periódicos de Nueva York se estaban poniendo las botas. Dos asesinatos en tres días, y dos víctimas de la mayor importancia periodística. El parque de delante del Ayuntamiento hervía en reporteros; el jefe superior de policía había desaparecido; el alcalde se había retirado a la intimidad de su hogar «por prescripción facultativa». Cada una de las personas cuyo nombre había aparecido, aunque hubiera sido brevemente, relacionado con el caso, había sido perseguida por fotógrafos y periodistas. La noticia relativa a Thomas Swanson se había filtrado y se inició una hégira

periodística hacia Port Chester. El inspector Queen había ejercido toda la influencia oficial de que disponía para mantener en secreto la verdadera identidad de Swanson y hasta el momento lo había conseguido, pero la amenaza del descubrimiento se cernía sobre ellos. Swanson se encontraba ya bajo protección policial.

El sargento Velie perseguía una quimera. La tarea más apremiante que le habían encomendado consistía en reconstruir los movimientos del cirujano fallecido, y no había encontrado nada fuera de una inocente serie de contactos. Se había estudiado con precisión microscópica la correspondencia privada que Janney guardaba en su piso y, aparte de unas cartas de Thomas Janney que corroboraban el relato de Swanson, tampoco esta investigación había sido fructífera.

En todas partes topaban con un muro.

Los largos dedos de Ellery jugueteaban con una figurita del gran Bertillon que tenía el inspector sobre la mesa. El viejo estaba relatando jovialmente una anécdota de su juventud, pero debajo de los ojos tenía sendas bolsas oscuras y su humor resultaba penosamente forzado.

—No nos engañemos —dijo Ellery bruscamente, y tanto el inspector como Sampson se volvieron para mirarlo con aprensión—. Somos como niños asustados que balbucean en la oscuridad. Papá, Sampson, nos han derrotado.

Ninguno de los dos hombres mayores replicó. Sampson bajó la cabeza y el inspector examinó, pensativo, las cuadradas punteras de sus botas.

—Si no fuera por mi orgullo gaélico y por el hecho de que, haga yo lo que haga, papá tiene que continuar —prosiguió Ellery—, caería figurativamente sobre mi espada y buscaría la paz en el cielo de los guerreros.

—¿Qué te pasa, Ellery? —preguntó el inspector sin levantar la vista—. Nunca te había oído hablar así. Ayer mismo decías que tenías una idea de quién podía ser el asesino.

—Sí —dijo Sampson enérgicamente—, este segundo asesinato, que indudablemente está relacionado con el primero, debería arrojar cierta luz sobre el problema original. Estoy seguro de que se nos ocurrirá algo.

—La maldición del fatalismo es la sublime sumisión que

engendra. Mire usted, Sampson, yo no estoy tan seguro... —Se levantó pesadamente del sillón y los miró de mal humor desde las alturas—. Lo que dije ayer todavía tiene vigencia. Tengo una vaga idea de quién estranguló a Abigail Doorn. Podría nombrar a media docena de personas que, por la misma naturaleza de las pistas, no pueden haber matado a Abby. Pero...

—No hay muchos más de media docena de implicados en el caso —dijo el inspector desafiante—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Cosas.

—Mira, hijo —dijo el viejo airadamente—, si te estás reprochando no haber previsto el segundo crimen, olvídalo. ¿Cómo iba a prever nadie que Janney, entre todos, iba a seguir el camino de Abby?

Ellery hizo un ademán negligente.

—No es eso. Incluso con todas mis sospechas, no podía haber previsto la muerte de Janney, como tú dices. Sampson, acaba de decir que estos dos crímenes están relacionados. ¿Cómo está tan seguro?

Sampson pareció sorprenderse...

—Pues... simplemente, lo he dado por sentado. Los dos crímenes han sucedido en poquísimo tiempo, y las dos víctimas estaban íntimamente relacionadas, el lugar de los hechos es el mismo, el método es idéntico; todo lleva a...

—Parece una verdad indisputable, ¿eh? —Ellery se inclinó—. ¿No es ese argumento igualmente válido para justificar que los dos crímenes no están relacionados? Pensemos en dos asesinos en lugar de uno solo. Abby Doorn es mandada a mejor vida de una manera determinada, en unas circunstancias determinadas, y el asesino número dos dice: «¡Ajá! Ésta es la oportunidad perfecta para vengarme de Janney y dejar que la policía piense que lo ha hecho el asesino número uno». En consecuencia, vemos que se trata de un escenario similar, de un método similar. Refútemelo con pruebas, por favor. El inspector se retorció en el asiento.

—Por el amor de Dios, chico, ¿no hablarás en serio? Tendríamos que empezar a partir de cero.

Ellery se encogió de hombros.

—Yo no digo que crea que el que ha cometido el segundo crimen sea una persona distinta. Simplemente, me limito a apuntar

la posibilidad. Hasta ahora, las dos teorías son igualmente válidas.

—Pero...

—Confieso que la hipótesis de un solo criminal me satisface más que la de dos, pero fijaos bien en lo que digo: si la misma persona ha cometido los dos crímenes, hemos de buscar una razón que explique por qué un bribón tan listo se ha arriesgado a repetir el método.

—¿Quieres decir —preguntó el inspector con aire de asombro— que para el asesino hubiera sido más ventajoso evitar la estrangulación?

—Por supuesto. Si hubieran matado a Janney de un disparo, de una puñalada o mediante envenenamiento, no hubiera habido razón física que indicara que los crímenes estaban relacionados. Fijaos que en el segundo caso el asesino ha golpeado a Janney en la cabeza antes de estrangularlo. ¿Por qué no lo ha hecho todo con el mismo garrote? ¿Por qué se ha limitado a aturdirlo, para después tomarse la molestia de clavarle un alambre en el cuello? No, papá, parece muy probable que el asesino quisiera hacernos creer que los crímenes están relacionados.

—¡Caramba, es verdad! —exclamó el viejo.

—A mi modo de ver, es tan cierto —añadió Ellery hundiéndose de nuevo en su sillón— que si supiera por qué quiere hacernos creer el asesino que los dos crímenes son parte del mismo, lo sabría todo. Pero, con respecto a este segundo homicidio, no quiero tener prejuicios. Todavía he de encontrar pruebas de que ambos crímenes han sido cometidos por la misma persona.

En ese momento sonó el timbre del comunicador interno. El inspector levantó el auricular.

—Un tal Kneisel quiere verlo, inspector. Dice que es importante —dijo una voz gangosa.

—Kneisel, ¿eh? —El viejo quedó en silencio. Le brillaban los ojos—. Mándemelo, Bill.

Sampson se había echado hacia adelante.

—¿Qué demonios puede querer Kneisel?

—No lo sé. Oye, Ellery... esto me da una idea.

Se dirigieron una mirada de complicidad. Ellery no dijo nada.

Un detective abrió la puerta y la pequeña figura de Moritz Kneisel apareció en el umbral. El inspector se puso en pie.

—Adelante, doctor Kneisel, adelante. Gracias, Frank.

El detective se marchó y el científico de tez morena entró lentamente en la habitación. Llevaba un raído abrigo verdoso, con un cuello de terciopelo de color tostado. En la mano manchada sostenía un sombrero de fieltro verde.

—Siéntese. ¿Qué le trae por aquí?

Tomó asiento escrupulosamente en el borde del sillón y se colocó el sombrero sobre las rodillas. Recorrió el despacho con sus inquietos ojos oscuros; parecía que, distraída y automáticamente, estaba almacenando lo que veía.

De repente, dijo:

—Cuando me han interrogado antes, estaba muy disgustado por la desafortunada muerte de mi colega y amigo. No he tenido tiempo de pensar detenidamente. Ahora he repasado lo ocurrido, inspector Queen, y admito francamente que temo por mi seguridad personal.

—Comprendo.

Aquella ampulosa frase había salido como un témpano de hielo de los labios del médico. El fiscal le guiñó el ojo al inspector desde detrás de Kneisel. El inspector asintió imperceptiblemente.

—¿Qué quiere decir con exactitud? ¿Ha averiguado algo sobre el asesinato del doctor Janney que debemos saber nosotros?

—No, no es eso. —Kneisel levantó las manos y se contempló distraídamente la piel manchada y descolorida—. Pero tengo una teoría. Lleva toda la tarde dándome vueltas en la cabeza. Es una teoría que, de ser cierta, me convierte en la víctima número tres de una serie diabólica de asesinatos.

Ellery juntó las cejas. El brillo de sus ojos reflejaba un vivo interés.

—¿Una teoría, eh? —murmuró—. Y además melodramática. —Kneisel le miró de soslayo—. Bueno, Kneisel, hoy andamos algo escasos de teorías, de modo que cuéntenosla en detalle. Seguro que resultará refrescante.

—¿Es la inminencia de mi muerte tema de broma, señor Queen? —preguntó el científico, cortante—. La opinión que me había hecho de usted está empezando a cambiar. Tengo la sensación de que se burla de lo que no comprende. ¡Inspector!

Se volvió de espaldas a Ellery, que se recostó nuevamente en el sillón, y prosiguió:

—En resumen, mi teoría es ésta: un desconocido, al que llamaremos X, ha ideado una serie de asesinatos que comenzó con la estrangulación de Abigail Doorn, ha continuado con la estrangulación del doctor Janney, y terminará con la de Moritz Kneisel.

—¿Un desconocido? —El inspector arqueó las cejas—. ¿Quién?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

—Ah, ésa es otra cuestión. —Kneisel dio un golpecito en la rodilla al inspector—. Para hacerse dueño indiscutible del secreto y de los beneficios de mi aleación, la *doornita*.

—Así que era eso... —Sampson parecía escéptico, pero el inspector estaba ceñudo; sus ojos pasaron rápidamente de Ellery a Kneisel—. Matar por un secreto que vale millones. No está mal. No está nada mal. Pero ¿por qué matar a la señora Doorn y luego al doctor Janney? Me parece a mí que con matarlo a usted sólo cuando hubiera terminado la investigación, bastaría.

—Pues no bastaría. —El científico hablaba con fría premeditación; parecía un hombre de hierro—. Supongamos que este desconocido está al acecho por los alrededores y que tiene ardientes deseos de hacerse con los resultados de mi trabajo, y, al hacerlo, de quedarse como único poseedor del conocimiento vital.

»El asesinato de Abigail Doorn lo beneficiaría. Le permitiría vivir, mientras proporcionara fondos para la continuación de los experimentos. Al amenazar con retirar la subvención, la mata y con ello alcanza dos objetivos: se asegura el apoyo financiero incluso después de su muerte y elimina uno de los tres depositarios del secreto.

—Prosiga.

—Entonces —continuó Kneisel imperturbable— le toca el turno al socio del doctor Kneisel, el doctor Janney. ¿Ven? Sigo una lógica. Él me precede a mí porque técnicamente no es tan esencial como yo para la finalización de la tarea. Su utilidad, proporcionarme los medios de llevar a cabo la obra de mi vida, ya ha terminado. Así pues, es asesinado y el segundo miembro del triunvirato, cuya existencia impediría al asesino comercializar su botín sin oposición,

desaparece de escena. ¿Me siguen hasta ahora, caballeros?

—Perfectamente —dijo el inspector en tono áspero—. Pero no acabo de ver la necesidad de asesinar a Janney tan pronto. ¿A qué se debe la prisa? Además, todavía no está terminado el trabajo. Quizá Janney hubiera contribuido, aunque fuera mínimamente, a perfeccionar la aleación.

—Sí, pero se trata de una persona sutil y precavida —dijo Kneisel—. Si hubiera esperado a que el trabajo estuviera terminado, habría sido necesario cometer dos asesinatos casi al mismo tiempo. Quitando a Janney de en medio primero, sólo hace falta un asesinato más para eliminar al último miembro del trío y tomar plena posesión de un secreto que vale millones.

—Ingenioso, pero flojo —murmuró Ellery.

Kneisel hizo caso omiso.

—Así pues, las muertes de la señora Doorn y del doctor Janney me dejan el campo abierto, fondos más que suficientes para trabajar, y la capacidad científica para llevar a buen fin los experimentos. ¿Ven ustedes las posibilidades?

—Sí —dijo Ellery en voz baja—. Vemos las posibilidades.

Los femeninos ojos de Kneisel se agudizaron momentáneamente, pero el fulgor se apagó y se encogió de hombros.

—Bonita teoría, doctor Kneisel —dijo el inspector—, pero a fin de cuentas necesitamos algo más que suposiciones. ¡Nombres, nombres! Estoy convencido de que tiene usted alguno en su mente.

El científico cerró los ojos.

—Ninguno en concreto. Y no comprendo por qué insiste en obtener pruebas tangibles de mí. ¿No despreciará usted las teorías, inspector? Tengo entendido que el propio señor Queen trabaja con elucubraciones intelectuales de este tipo. Esta teoría es sólida. Se fundamenta en una consideración de todos los datos. Es...

—Falsa —dijo Ellery con claridad.

Kneisel volvió a encogerse de hombros.

—Es un mero silogismo —prosiguió Ellery—, de cuyas premisas no deriva ninguna conclusión incontrovertible. Venga, Kneisel, no sea usted evasivo. ¿Qué nos oculta?

—Usted debe de saberlo mejor que yo, señor Queen.

—Aparte de la señora Doorn, el doctor Janney y usted, ¿quién conoce lo suficiente sobre la naturaleza exacta de su trabajo para

ser consciente de sus posibilidades financieras? Naturalmente, nosotros estamos al corriente desde la muerte de la señora Doorn, pero ¿había alguien más antes? —preguntó el inspector.

—Me obliga a ser dogmático. Se me ocurre una persona a quien la señora Doorn pudo informar del secreto. Me refiero al abogado que redactó los testamentos, Morehouse.

—Descabellado —dijo Sampson.

—Sin duda.

—Pero usted sabe perfectamente —dijo el inspector— que podría ser cualquiera de los habitantes de la residencia Doorn, o cualquier persona del círculo de amistades de la anciana. ¿Por qué Morehouse?

—Por nada en concreto. —Kneisel parecía aburrido—. Simplemente, me parece la persona idónea. Estoy bastante seguro de que me equivoco.

—Acaba de decir que la señora Doorn debió de hablar. ¿Está usted seguro de que el doctor Janney no hizo lo mismo?

—¡Totalmente! —exclamó Kneisel—. El doctor Janney guardaba nuestro secreto con el mismo celo que yo.

—Se me ha ocurrido una cosita —dijo Ellery arrastrando las palabras—. La primera vez que lo interrogamos, Kneisel, usted dijo que había conocido a Janney a través de un colega mutuo que estaba al tanto de lo que pretendía hacer. Me da la impresión de que ha pasado usted por alto la posibilidad de que este caballero se haya vuelto locuaz.

—Señor Queen, no he pasado nada por alto. —Kneisel sonrió un instante—. La persona a la que se refiere usted no puede encontrarse detrás de estos crímenes por dos razones excelentes: una, murió hace dos años; y dos, contrariamente a su creencia, que deriva de una mala interpretación de lo que dije el lunes, él no conocía en absoluto la naturaleza de mi trabajo, de modo que no pudo transmitirle información a nadie.

—*Touché* —murmuró Ellery.

—¿A qué nos conduce todo esto? —preguntó el inspector—. ¿A qué conclusión ha llegado, doctor Kneisel?

—Mi teoría incluye también las eventualidades. El que esté detrás de estos asesinatos se encontrará en posición, después de mi muerte, de disponer y de obtener provecho de mi aleación. Ése es el

objetivo final, inspector, de modo que si muero de repente...

Sampson repiqueteó en el brazo del sillón.

—Turbador, no lo niego, pero no tiene el más mínimo sustento.

Kneisel esbozó una fría sonrisa.

—Discúlpeme, señor. No deseo adoptar aires de detective, pero ¿podrían usted, el inspector Queen o el señor Ellery Queen apuntar un móvil mejor para los asesinatos de la señora Doorn y el doctor Janney? ¿Pueden indicar algún móvil?

—¡Eso no viene al caso! —exclamó el inspector—. Usted imagina que va a haber otro funeral y que usted será la principal atracción. Supongamos ahora que sufre usted una desilusión y que no se producen más asesinatos en el Dutch Memorial Hospital. ¿En qué queda entonces su teoría?

—Con tal de conservar el pellejo, preferiría equivocarme, inspector. Si no me asesinan, es que me he equivocado. Si me asesinan, es que estoy en lo cierto. De cualquier modo, dudosa sería la satisfacción obtenida. No obstante, esté o no en lo cierto, inspector, tengo derecho a ir sobre seguro, como dicen ustedes. Inspector, ¡exijo protección!

—Muy bien. La tendrá, y el doble de la que pide. No queremos que le suceda nada, doctor Kneisel.

—Supongo que se da cuenta de que, aun cuando su teoría sea correcta —intervino Ellery—, la señora Doorn pudo haber contado el secreto a más de una persona, ¿no es así?

—Pues... sí. ¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Simplemente, procuro ser lógico, doctor. —Ellery entrelazó las manos tranquilamente detrás de la cabeza—. Si hay más de una persona que esté al corriente, lo lógico es que su misterioso señor X sea consciente de ello. En ese caso, usted no es el único personaje de nuestro melodrama que necesita protección. Hay otros, doctor Kneisel. ¿Me comprende?

Kneisel se mordió el labio.

—Sí, sí. Habrá más asesinatos...

Ellery se echó a reír.

—No lo creo. Sin embargo, dejémoslo. Una cosa más, antes de que se marche. Ha dicho que la *doornita* todavía no está lista.

—No del todo.

—¿Cuánto falta?

—Cuestión de semanas, no más. En cualquier caso, durante ese tiempo estoy a salvo.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Ellery lacónicamente.

Kneisel se volvió lentamente.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente, lo siguiente. Sus experimentos están prácticamente acabados. ¿Qué impide a su asesino ficticio matarlo a usted ahora y terminar el trabajo él mismo? ¿O encargarle la terminación a algún metalúrgico competente?

El científico parecía sorprendido.

—Cierto. Muy cierto. Podría terminarlo otro. Eso quiere decir... eso quiere decir que no estoy a salvo, ni siquiera ahora.

—A no ser —dijo Ellery afablemente— que destruya inmediatamente todo vestigio de su investigación.

—Pobre consuelo sería ése —dijo Kneisel con voz tensa—. Una de dos: la vida o el trabajo.

—El conocido dilema, ¿verdad? —comentó Ellery.

Kneisel se irguió.

—Pueden matarme hoy mismo, esta misma noche...

—No creo que sea tan drástico, doctor Kneisel —intervino el inspector—. Y nos ocuparemos de que esté bien protegido. Discúlpeme. —El anciano manipuló el comunicador interno—. ¡Ritter! Le voy a hacer un encargo nuevo. Tiene que ocuparse del doctor Moritz Kneisel desde el momento en que salga de mi oficina... Ahora. No se separe de él, y busque a alguien que le sustituya esta noche... No, no tiene que perseguirlo; a partir de ahora, es usted guardaespaldas. De acuerdo. —Se volvió entonces hacia el científico—. Todo arreglado.

—Muy amable por su parte, inspector. Bueno, me marchó. —Kneisel jugueteó con el ala del sombrero. De repente se levantó y, sin mirar a Ellery, dijo rápidamente—: Buenos días. Adiós, caballeros.

Y salió de la habitación.

—¡El muy bribón! —dijo el inspector poniéndose en pie sofocado—. ¡Muy hábil, sí, señor! ¡Menudo estómago!

—¿Qué quieres decir, Q.? —preguntó Sampson.

—Está mas claro que el agua —declaró el viejo—. Esta teoría suya es una monserga. ¡No es más que un subterfugio, Henry! ¿No

se le ha ocurrido mientras hablaba que él es el que se queda con el campo libre, que él es el que más gana con la muerte de Abby Doorn y de Janney, que él es el supuesto desconocido de esta teoría? En otras palabras, que no hay tal desconocido.

—¡Caramba, Q., me parece que has acertado!

El viejo se volvió hacia Ellery triunfante.

—Todo este cuento de que X ha matado a Abby y a Janney y ahora lo va a matar a él... ¡Es absurdo! ¿No crees que he dado en el clavo, hijo?

Ellery tardó unos momentos en contestar; estaba ojeroso.

—No dispongo del más mínimo vestigio de prueba que sustente esta creencia —dijo por fin—, pero considero que tanto tú como Kneisel os equivocáis. No creo que fuera Kneisel, ni ese desconocido del que ha hablado. Papá, si llegamos al fondo de esta investigación, cosa de la que dudo seriamente, descubriremos que es un crimen incluso mucho más sutil de lo que defiende Kneisel, y mucho más imposible, para hablar con total impropiedad. El inspector se rascó la cabeza.

—¿Cómo puedes decir frío y caliente a la vez, hijo? Supongo que ahora, después de decir que Kneisel no está haciendo teatro, me dirás que le vigile como si fuera el sospechoso más importante del caso. Eso sería muy propio de ti.

—Por sorprendente que parezca, eso es exactamente lo que iba a decir. —Ellery encendió otro cigarrillo—. Y no me interpretes mal, como acabas de hacerlo... Kneisel debe ser protegido como si fuera el maharajá del Punjab. Quiero un informe detallado de la identidad, conversación y movimientos subsiguientes de todo ser viviente que se le acerque.

24

NUEVA INVESTIGACIÓN

ASÍ TRANSCURRIÓ el miércoles y, con cada hora que pasaba, el misterio del más sensacional caso de asesinato jamás acaecido en Nueva York se iba retirando a la sombría región de los crímenes sin resolver.

La investigación de la muerte del doctor Francis Janney, al igual que la del fallecimiento de Abigail Doorn, había alcanzado su estado crítico. En los despachos oficiales se había convenido que, si en el plazo de cuarenta y ocho horas no se daba ningún paso adelante en el esclarecimiento de los crímenes, éstos serían considerados como no susceptibles de solución.

El jueves por la mañana, el inspector Queen despertó, tras una noche inquieta, de un humor taciturno. Volvía a tener tos y los ojos le ardían con el fulgor de la fiebre, pero hizo caso omiso de las protestas de Djuna y Ellery, y, temblando de frío, pese a ir envuelto en su abrigo y a que hacía un día de invierno agradable, avanzó laboriosamente calle 87 abajo, en dirección a la estación de metro de Broadway y la Jefatura de Policía.

Ellery se sentó junto a la ventana y observó cómo se marchaba.

La mesa estaba cubierta con los platos del desayuno. Djuna levantó una taza y clavó sus ojos gitanos en la figura repantigada en el otro extremo de la habitación. No se le movía ni un pelo. El muchacho poseía una inmovilidad sobrehumana, un don para el silencio que resultaba salvaje, felino. ^[8]

Ellery habló sin volver la cabeza:

—Djuna.

Djuna se acercó a la ventana rápidamente.

—Djuna, dime algo.

El cuerpo cimbrense se estremeció.

—¿Yo? ¿Que le diga algo, señor Ellery?

—Sí.

—Pero ¿qué?

—Cualquier cosa. Quiero oír una voz. Tu voz, hijo.

Los negros ojos centellearon.

—Usted y papá Queen están *preocupaos*. ¿Le apetece pollo frito para cenar? Creo que ese libro que me hizo leer sobre la ballena grande, Moby Dick, es estupendo. No se *paice*...

—Parece, Djuna.

—No se parece a esos de Horatio Algiers y así. Aunque me he *saltao* unos trozos. Caray, menudo negro ese Quee... Quee...

—Queequeg, hijo.

—Ahhh... Bueno... —La oscura piel satinada del muchacho se llenó de arrugas—. Ojalá fuera temporada de béisbol. Quiero ver cómo los aplasta Babe Ruth. ¿Por qué no hace que papá Queen deje de toser? Necesitamos una esterilla eléctrica nueva: la vieja está rota. Me han hecho defensa del equipo del club. Les estoy enseñando señas a los chicos esos.

—No digas «a los chicos esos». —Una sonrisa repentina afloró en los labios de Ellery. Alargó el brazo y atrajo al chico junto a la ventana—. Djuna, hijo, eres una maravilla... Anoche nos oíste a papá Queen y a mí hablar de los casos Doorn y Janney, ¿verdad?

—Sí —dijo Djuna ansioso.

—Dime qué piensas tú.

—¿Qué pienso yo?

El muchacho abrió unos ojos como platos.

—Sí.

—Pienso que los cogerán —dijo con visible orgullo.

—¿De verdad? —Los dedos de Ellery exploraron las fuertes costillas del muchacho—. Te hace falta un poco de carne, Djuna —dijo severamente—. El deporte te irá bien. ¿Así que estás convencido de que los cogeremos? ¡Confíada juventud! ¿Supongo que me oíste decir que... bueno, que no hemos tenido mucho éxito

hasta ahora?

—Estaba de broma, ¿verdad? —dijo el muchacho con una risita.

—Nada de eso.

Una mirada astuta invadió los atrevidos ojos.

—¿Abandonan?

—¡Ni hablar!

—No pueden abandonar, señor Ellery —dijo el chico muy serio—. Hace dos días jugó mi equipo y en el último cuarto estábamos catorce a cero. Y nosotros no abandonamos. Hicimos tres tantos. ¡Y les dio una rabia...!

—¿Qué crees que debería hacer, Djuna? Y quiero que me aconsejes lo mejor que puedas —dijo Ellery sin sonreír.

Djuna no respondió de inmediato; apretó los labios y se concentró. Después de un largo silencio, dijo con claridad:

—Huevos.

—¿Cómo? —preguntó Ellery sorprendido.

Djuna parecía complacido consigo mismo.

—He dicho huevos. Esta mañana estaba hirviendo huevos para papá Queen. Hay que tener mucho *cuidao* con los huevos de papá Queen; es muy *remilgao*. Se me han puesto demasiado duros. Así que los he *tirao* y he *empezao* otra vez. La segunda vez me han *salío* la mar de bien —y dedicó a Ellery una mirada de complicidad.

Ellery se echó a reír.

—Ya veo que el entorno es mala influencia para ti. Te has apropiado de mi método alegórico... Djuna, ha sido una reflexión muy rica y fructífera, una reflexión excelente en verdad. —Le acarició el negro cabello—. ¿Volver a empezar, eh? —Se levantó de un salto—. ¡Por todos tus dioses *romani* hijo, un consejo muy acertado!

Desapareció en el dormitorio con renovada energía. Djuna comenzó a recoger la mesa con mano temblorosa.

—John, voy a seguir el consejo del joven Djuna y voy a repasar ambos crímenes desde el principio.

Se encontraban en el despacho del doctor Minchen.

—¿Me necesitas?

El médico tenía los ojos opacos y hundidos; respiraba con

dificultad.

—Si dispones de tiempo...

—Supongo que sí.

Salieron del despacho de Minchen.

Aquella mañana, el hospital había recuperado algo de su ambiente cotidiano; se habían levantado las prohibiciones y, con la excepción de unas pocas áreas *verboten* en la planta baja, la vida y la muerte proseguían como si nunca hubiera sucedido nada fuera de lo corriente. Todavía merodeaban detectives y hombres uniformados, pero procuraban hacerlo con discreción y no interferir en la actividad de médicos y enfermeras.

Ellery y Minchen se abrieron paso por el corredor este y se internaron luego por el sur, en dirección al oeste. En la puerta de la sala de anestesia, cómodamente sentado en una mecedora procedente de una sala de convalecencia, había un policía adormilado. La puerta estaba cerrada.

Al percibir que Ellery trataba de abrirla, se puso en pie de un salto y, hasta que éste le enseñó un pase especial firmado por el inspector Queen, el policía se negó insistentemente a permitir que los dos hombres entraran en el recinto.

La sala de anestesia estaba exactamente como la habían dejado tres días antes. Junto a la puerta que comunicaba con la antesala había otro policía. Nuevamente, el pase produjo una respuesta inmediata. Abrió la boca, esbozó una leve sonrisa y balbuceó:

—Sí, señor.

Penetraron en el recinto.

Camilla, sillas, armario, puerta del ascensor... No había cambiado nada.

—Veo que no han dejado entrar a nadie —dijo Ellery.

—Queríamos sacar un material —explicó Minchen—, pero tu padre había dejado órdenes estrictas. No nos han dejado cruzar la puerta.

Ellery miró sombríamente a su alrededor. Meneó la cabeza.

—Crearás que estoy loco por volver aquí, John. De hecho, ahora que se ha apagado la primera llamarada de la inspiración de Djuna, yo mismo me siento un poco ridículo. Aquí no puede haber nada nuevo.

Minchen no contestó.

Echaron una ojeada al anfiteatro y regresaron a la antesala. Ellery se aproximó a la puerta del ascensor y la abrió. Allí estaba la cabina, vacía. Entró y trató de hacer girar la manivela de la puerta del otro lado. No se movió.

—Cerrada por fuera —murmuró—. Claro, es la que comunica con el pasillo este.

Regresó a la antesala y miró a su alrededor. A poca distancia del ascensor estaba la puerta que conducía a la diminuta sala de esterilización. Echó una mirada al interior. Todo parecía estar igual que el lunes.

—¡Esto es pueril! —exclamó Ellery—. Salgamos de este desconcertante lugar, John.

Salieron a través de la sala de anestesia y, por el pasillo sur, se dirigieron a la entrada principal.

—Venga —dijo Ellery de repente—. Ya que estamos, echemos una mirada al despacho de Janney.

El policía de la puerta se apartó torpemente.

Una vez dentro, Ellery se sentó en el sillón giratorio del fallecido, tras el gran escritorio, y le hizo una seña a Minchen para que ocupara una de las sillas que había contra la pared oeste. Permanecieron sentados en silencio hasta que Ellery examinó con aire clínico la habitación a través del humo de su cigarrillo.

—John, tengo que hacerte una confesión —dijo hablando despacio—. Parece que ha ocurrido algo que yo siempre había considerado perteneciente al reino de lo imposible, y es que se ha cometido un crimen insoluble.

—¿Quieres decir que no hay esperanza?

—La esperanza es el sostén del mundo, como dicen los woloff de África. —Ellery dio un golpecito al cigarrillo y sonrió—. Pero mi sostén se está derrumbando. Un terrible golpe para mi orgullo, John. No me importaría tanto si creyera que había encontrado a un maestro, una mente criminal capaz de elaborar un par de crímenes de ejecución tan ingeniosa que fuera imposible esclarecerlos. Ello despertaría mi admiración.

»Pero date cuenta de que he dicho “el crimen insoluble”, no “el crimen perfecto”. Éste no es el crimen perfecto ni por asomo. El criminal ha dejado pistas claramente comprensibles y, además, concluyentes. No, estos crímenes carecen del toque magistral, John.

Ni mucho menos. O bien nuestro amable amigo ha podido neutralizar sus errores, o el destino ha intervenido para alcanzar el mismo objetivo.

Ellery aplastó violentamente la colilla en un cenicero del escritorio.

—Sólo podemos hacer una cosa, y es revisar con cien ojos el pasado de todos los individuos que hemos interrogado hasta ahora. Por Dios, ha de haber algo falso en las declaraciones de estas personas. Es nuestro último recurso.

Minchen se incorporó con repentina ansiedad.

—En eso puedo ayudarte —dijo esperanzado—. He tropezado con un dato que puede resultarte útil.

—¿Sí?

—Anoche estuve trabajando hasta tarde, tratando de ponerme al día en el libro que estábamos redactando Janney y yo. Intenté continuar donde lo había dejado él y descubrí una cosa referente a dos personas implicadas en el caso que, por extraño que parezca, no había sospechado nunca.

Ellery frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir una referencia en el manuscrito? No veo...

—En el manuscrito, no. En los historiales que Janney venía recogiendo desde hace veinte años. Ellery, esto es secreto profesional, y en circunstancias normales no te lo contaría.

—¿A quién concierne? —preguntó Ellery interesado.

—A Lucius Dunning y a Sarah Fuller.

—Ah.

—¿Me prometes que si no afecta al caso no constará en ninguna parte?

—Sí, sí; continúa, John. Esto me interesa.

—Ya sabes, supongo —dijo Minchen con rapidez—, que cuando se citan casos concretos en las obras de medicina sólo se dan las iniciales, o los números de caso. Esto se hace por consideración al paciente, y también porque, desde luego, su nombre e identidad no son pertinentes para comprender su patología.

»Anoche, mientras repasaba unos historiales que todavía no se habían incorporado al manuscrito de *Alergia congénitas* me encontré con uno, de hace unos veinte años, que llevaba una nota especial a pie de página. En dicha nota se indicaba que había que cerciorarse

de que los datos se citaban sin dar ninguna pista sobre la identidad de los pacientes, ni siquiera sus iniciales verdaderas. Ello era tan inusual que inmediatamente leí el caso, aunque no estaba preparado para ser incluido en el libro. Y los pacientes resultaron ser Dunning y Fuller. Se describía a Sarah Fuller como una paciente que había sufrido un parto prematuro, con cesárea, y constaban también otras circunstancias relativas al parto y a los antecedentes sexuales de los padres que hacían del caso material significativo para nuestro estudio. —La voz de Minchen se tornó grave—. La niña que nació era ilegítima y ahora se la conoce como Hulda Doorn.

Ellery agarró los brazos del sillón y se quedó mirando al médico sin verlo. Lentamente, una sonrisa desprovista de humor empezó a aflorar a su rostro.

—¡Hulda Doorn, hija natural! —repitió con voz clara—. ¡Vaya, vaya! —Se relajó y encendió otro cigarrillo—. Desde luego, esto es una novedad. Y arroja luz sobre un punto oscurísimo. Hasta ahora no veo que altere la solubilidad del caso, pero continúa, John. ¿Qué más?

—En esa época el doctor Dunning era un médico joven que se estaba abriendo camino y sólo venía al hospital unas horas al día. No sé cómo conoció a Sarah Fuller, pero tuvieron amoríos y no se pudieron casar porque él ya estaba casado. Además, tenía una hija de dos años, Edith. Tengo entendido que de joven Sarah no era nada fea. Por supuesto, estos datos no son estrictamente médicos; antes de ser redactados definitivamente, todos los casos van acompañados de largas notas explicativas.

—¡Claro, claro! Continúa.

—Abby acabó enterándose de la situación de Sarah y, debido a su interés por la joven, se compadeció de ella. Decidió que lo mejor era tapar la intervención de Dunning y darle un puesto fijo en el hospital. Además, acabó de resolver el problema adoptando a la niña.

—Legalmente, supongo.

—Por lo visto, sí. Sarah no tuvo opción. En el historial se dice que accedió a todo el plan sin poner demasiados reparos. Se comprometió a no interferir en la educación de la niña, que para el mundo sería hija de Abigail.

»En esa época, el esposo de Abby todavía vivía, pero no tenían descendencia. El asunto se mantuvo en secreto, incluso ante el personal del hospital, con la excepción del doctor Janney, que asistió a Sarah en el parto. La poderosa influencia de Abby apagó todos los rumores de la época.

—Desde luego, esto explica ciertas lagunas —dijo Ellery—. Justifica las disputas entre Abby y Sarah, que sin duda se arrepintió del trato. Explica el interés de Dunning por defender la inocencia de Sarah en el asesinato de Abby, puesto que la historia de su desliz juvenil saldría a la luz si se detuviera a la mujer, y con ello él quedaría hundido personal, social y supongo que profesionalmente. —Sacudió la cabeza—. Pero todavía no veo que nos ayude a alcanzar la solución del caso. Ciertamente es que proporciona a Sarah un buen motivo para matar a Abby y un móvil comprensible en el caso de Janney. Quizá sea éste uno de esos crímenes paranoicos inducidos por una manía persecutoria. Evidentemente, esa mujer está desequilibrada. Pero... —Se incorporó de repente—. John, me gustaría echarle una ojeada a ese historial, si me lo permites. Puede contener algo significativo que se te haya escapado.

—No veo motivo para no enseñártelo, ahora que ya te lo he contado todo —dijo Minchen en tono fatigado.

Se puso en pie trabajosamente y con mirada ausente se dirigió al rincón de la habitación que ocupaba el escritorio de Janney. Ellery se echó a reír al ver que Minchen trataba de introducirse detrás.

—¿A dónde cree que va, profesor?

—¿Qué? —Minchen quedó desconcertado un momento. Luego hizo una mueca y se rascó la cabeza. Retrocedió y se dirigió a la puerta—. Esto te demuestra lo atontado que estoy desde la muerte de Janney. Se me había olvidado por completo que me llevé los historiales de detrás de su escritorio en cuanto llegué ayer y lo encontré muerto.

—¿Cómo?

Años después, Ellery gustaba de recordar esta escena de apariencia inocente, durante la cual, solía contar, experimentó «el momento más dramático de su atroz carrera de investigador».

En un incidente olvidado, en el corto tiempo que se tarda en

decir una frase sencilla, todo el caso Doorn-Janney adoptó una nueva y sorprendente configuración.

Minchen permaneció donde estaba, atónito ante el vigor de la exclamación de Ellery, a quien contemplaba incrédulo.

Ellery se había arrodillado en el suelo, detrás del sillón giratorio, y examinaba el linóleo con minuciosa atención. Al cabo de un momento, se levantó enérgicamente, sonriendo, mientras meneaba la cabeza y decía:

—No hay rastro del archivador en el suelo, gracias al linóleo nuevo. Bueno, esto exculpa a mis poderes de observación.

Cruzó el despacho en dos zancadas y agarró con mano férrea al doctor Minchen por el hombro.

—John, lo has solucionado todo. Espera un momento... Ven aquí, hombre... deja ese maldito historial.

Minchen se encogió de hombros, impotente, y volvió a sentarse, contemplando a Ellery entre divertido y perplejo. Ellery echó a andar por la habitación fumando con furia.

—Esto es lo que supongo que sucedió —recitó jubilosamente—: Llegaste aquí unos momentos antes que yo, encontraste a Janney muerto, sabías que en seguida esto se llenaría de policías, y decidiste llevarte esos preciados historiales y guardarlos en un lugar seguro. ¿Tengo razón?

—Claro, pero ¿qué tiene eso de malo? No creo que ese archivo tenga nada que ver con...

—¿Malo? —exclamó Ellery—. Inconscientemente, has retrasado veinticuatro horas la solución del caso. ¿No crees que el archivador tenga nada que ver con los crímenes? Pues, John, es la clave, ¡la clave! Sin darte cuenta, joven Sherlock, casi has puesto fin a la carrera de mi padre y a mi propia salud mental...

Minchen estaba boquiabierto.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Y no te lo tomes tan a pecho. Lo principal es que he descubierto la pieza clave. —Ellery se detuvo en sus frenéticas evoluciones por la habitación y contempló a Minchen con ironía. Hizo un ademán, señalando hacia la derecha—. Ya te había dicho que había una ventana en ese rincón, John.

Minchen siguió con la mirada la dirección del dedo acusador de Ellery.

Pero no vio nada más que la pared desnuda de detrás del escritorio del doctor Janney.

25

SIMPLIFICACIÓN

BÚSCAME

UN PLANO de la planta baja, John.

El doctor Minchen se vio arrastrado por la nueva explosión de entusiasmo de Ellery. Éste había dejado de ser un hombre mortificado por estériles especulaciones, arisco y malhumorado, para convertirse en una persona distinta, vital, energética, animada.

El propio Paradise, el conserje, llevó el plano al despacho del médico fallecido. Al ser despedido, esbozó una lánguida sonrisa y salió de la habitación sin volverse, como si Ellery fuera un miembro de la realeza.

Ellery no le prestó atención. Ya había desenrollado el plano y lo había extendido sobre la mesa; resiguió con el dedo una laberíntica ruta que para el doctor Minchen, que lo observaba por encima del hombro, carecía totalmente de significado. El médico se maravillaba para sus adentros de la exclusiva concentración de su amigo. Ellery se hallaba inclinado sobre el papel como si el mundo de la realidad hubiera dejado de existir fuera del dédalo dibujado en el plano.

Tras unos largos instantes, en que el doctor Minchen se limitó a esperar pacientemente, Ellery se irguió con una expresión de peculiar satisfacción y se quitó las gafas.

El plano se enrolló con un leve chasquido.

Ellery empezó a pasearse arriba y abajo pensativo, golpeándose el labio inferior con los quevedos. Encendió un cigarrillo y su cabeza desapareció detrás de una nube de humo.

—Una visita más... una visita más. —Las palabras salieron de entre la nube—. ¡Ay, John! —Dio una sonora palmada en el hombro del médico—. Si es posible... Si la fuerza de la costumbre... —Se detuvo y soltó una risita—. Si los dioses nos acompañan, Jonathan. Una pequeña prueba, una cosita diminuta... *En avant!*

Salió presuroso al pasillo sur y Minchen le siguió pesadamente. Ellery se detuvo ante la puerta de la sala de anestesia y giró sobre sus talones.

—¡De prisa, la llave del armario de material de la antesala! —exclamó con un ademán de impaciencia.

Minchen se sacó un manojo de llaves del bolsillo. Ellery cogió la llave que aquél le ofrecía y entró rápidamente en la sala de anestesia.

Mientras atravesaba la habitación, extrajo un cuadernito de notas de su bolsillo delantero y lo hojeó hasta que encontró una página en la que aparecía un tosco e indescifrable dibujo a lápiz. Tenía una forma geométrica extrañamente dentada en un borde. Lo estudió atentamente un momento y a continuación sonrió; hecho esto, sin decir palabra, se volvió a meter el cuaderno en el bolsillo, pasó a toda prisa junto al policía de la puerta y penetró en la antesala. Minchen lo siguió, preso de una gran curiosidad.

Ellery se encaminó directamente al armario blanco. Abrió la puerta de cristal con la llave de Minchen y se puso a estudiar con ojos resplandecientes los numerosos cajoncitos que se alineaban ante él. Cada uno tenía una ventanilla metálica en la que se leía una breve descripción de su contenido.

Recorrió las etiquetas con la vista. Hacia la parte inferior del armario, leyó una ante la cual reaccionó visiblemente. Abrió el cajón y se inclinó para examinar cada uno de los artículos que contenía. Sucesivamente, sacó varias cosas del interior y las observó de cerca por separado, pero, aparentemente, no quedó satisfecho hasta que extrajo la cuarta pieza. Entonces, con una ligera exclamación, se retiró del armario, extrajo el cuaderno del bolsillo, lo abrió de nuevo por la página del dibujo y lo comparó cuidadosamente con el artículo extraído del cajón.

Sonrió, se metió el cuaderno de nuevo en el bolsillo y volvió a guardar su hallazgo en el armario. Pero, por lo visto, se lo pensó dos veces, porque lo sacó de nuevo y en esta ocasión lo depositó meticulosamente en un sobre de papel celofán que se metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Supongo —aventuró el doctor Minchen en tono exasperado— que has hecho un descubrimiento importante, pero para mí es un galimatías absoluto. ¿Por qué demonios te ríes así?

—No es un descubrimiento, John, es una corroboración —replicó Ellery solemnemente. Se sentó en una de las sillas de la antesala y balanceó las piernas como un niño—. Éste es uno de los casos más peculiares que he visto.

»Aquí tengo una prueba que bastará, espero, para confirmar una complicada hipótesis, y sin embargo, si se me hubiera ocurrido buscarla antes, no me hubiera servido de gran cosa.

»Imagina, la teníamos todo el tiempo delante de nuestras narices, pero era necesario resolver primero el crimen para poder sospechar dónde se encontraba esta preciosa prueba.

26

ECUACIÓN

A PRIMERA HORA del jueves por la tarde, Ellery Queen ascendió los escalones de la casa de piedra parda de la calle 87 con un voluminoso paquete debajo de un brazo y un largo rollo de papel debajo del otro. En el rostro exhibía una amplia sonrisa.

Cuando Djuna oyó que Ellery metía la llave en la cerradura, salió corriendo hacia la puerta. Al abrirla, sorprendió a Ellery escondiéndose el paquete detrás de la espalda.

—¡Señor Ellery! ¡Qué pronto vuelve! ¿Cómo no ha llamado?

—Es que... —Ellery sonrió y se apoyó en el marco—. Dime, Djuna, ¿qué quieres hacer cuando seas mayor?

—¿Mayor? —repitió Djuna mirándolo fijamente—. Quiero ser detective.

—¿Sabes algo de disfraces? —preguntó Ellery.

El chico se quedó boquiabierto.

—No, no, señor. Pero puedo aprender.

—Eso pensaba yo —dijo Ellery sacando la mano oculta. Lanzó el paquete a los brazos del chico—. Toma, esto para que empieces a prepararte.

Y penetró muy dignamente en el piso dejando atrás a Djuna, mudo de estupefacción.

Antes de que hubieran transcurrido dos minutos, Djuna entró corriendo en la sala de estar.

—¡Señor Ellery! ¿Es para mí?

Depositó reverentemente el paquete sobre la mesa. Había rasgado el envoltorio que recubría una caja metálica. Ahora tenía la tapa levantada y en el interior se veía una llamativa y misteriosa colección de postizos, polvos, pinturas, pelucas y otros artículos de similar naturaleza.

—Para ti, hijo. —Ellery arrojó el abrigo y el sombrero a un rincón y se inclinó sobre el muchacho—. Para ti, Djuna, y es porque eres el mejor detective de la familia Queen. —El rostro de Djuna era como un lienzo multicolor—. De no ser por ti —prosiguió Ellery solemnemente, pellizcando al muchacho en el cuello— y tu maravillosa sugerencia de esta mañana, los casos Doorn y Janney no tendrían solución.

—¿Los han cogido ya?

—Todavía no, pero te prometo que será pronto. Ahora sal de aquí con tus disfraces y déjame pensar; tengo mucho que pensar.

Djuna, acostumbrado a las excentricidades de los Queen, desapareció en la cocina como el genio de Aladino.

Ellery extendió el rollo de papel sobre la mesa. Era el plano que le había entregado el conserje del hospital. Con el cigarrillo en la boca, volvió a estudiar el plano largo rato.

De vez en cuando, escribía indescifrables notas al margen.

Algo parecía desconcertarlo. Inició un interminable paseo por la habitación, fumando incontables cigarrillos. El plano quedó olvidado sobre la mesa. Tenía la frente húmeda, arrugada.

Djuna entró silenciosamente. Tenía un aspecto horroroso. Sobre el rizado cabello negro se había puesto una peluca roja. De la mandíbula inferior le colgaba una perilla. Debajo de la nariz lucía unos feroces bigotes negros. Y, para completar esta espantosa caracterización, se había puesto en las cejas unos mechones grises que recordaban os del inspector, colorete en las mejillas y unas rayas negras en torno a los ojos, que habían quedado como las legendarias órbitas de Svengali.

Permaneció junto a la mesa con la esperanza de llamar la atención de Ellery. Éste se detuvo de golpe, con una expresión de total asombro en el rostro. La sorpresa desapareció y su rostro se tornó grave e incluso receloso.

Con voz ligeramente trémula, dijo:

—¿Quién eres? ¿Cómo has entrado?

A Djuna se le saltaban los ojos.

—Soy yo, señor Ellery, soy yo.

—¿Qué? —Ellery dio un paso atrás—. Sal de aquí —dijo con voz ronca—. Me engañas. Djuna, no puedes ser tú.

—¡Claro que soy yo! —exclamó Djuna triunfante, y se arrancó el bigote y la barba.

—¡Menuda sorpresa! —murmuró Ellery y la risa que acechaba en sus ojos se manifestó abiertamente—. Ven aquí, perillán.

Se sentó en la butaca del inspector y atrajo al muchacho hacia él.

—Djuna —dijo con solemnidad—, el caso está prácticamente resuelto. Sólo falta una cosa.

—¡Vaya!

—Eso mismo digo yo. —Ellery volvió a fruncir el ceño—. Hoy mismo podría ponerle la mano encima al criminal, a la única persona que puede haber cometido los dos asesinatos. Tengo un caso perfecto, herméticamente cerrado, si no fuera por una cosita... —Habla más para sí mismo que para Djuna—. Una minucia. Por raro que parezca, no afecta en lo más mínimo a la captura; sin embargo, no lo sabremos todo hasta que conozcamos la respuesta de... —Su voz se apagó lentamente mientras se incorporaba con los ojos entrecerrados, apartando a Djuna de sí—. ¡Cáspita! ¡Ya lo tengo!

Se levantó de un salto y desapareció en el dormitorio. Djuna le siguió inmediatamente.

Ellery descolgó el teléfono de la mesita de noche y marcó un número a toda prisa.

—¡Pete Harper!... Pete, escucha atentamente... No hagas preguntas. Escucha.

»Pete, si haces lo que te digo, te prometo una historia más importante que la del otro día... ¿Me has oído? ¿Tienes papel y lápiz? Y, por el amor a tu alma eterna, no le cuentes ni una palabra a nadie. A nadie, ¿entendido? No se puede publicar hasta que yo lo diga.

»Quiero que vayas a...

DESAFÍO

Al lector

Llegados a este punto del relato de El zapato holandés, siguiendo un precedente que senté en la primera novela policiaca que escribí hace varios años, incluyo un Desafío al lector y declaro con toda sinceridad que éste se encuentra ahora en posesión de todos los datos pertinentes para la correcta solución de los asesinatos de la señora Doorn y del doctor Janney.

Mediante el ejercicio de la lógica rigurosa y de estrictas deducciones a partir de los datos proporcionados, no debería resultarle difícil al lector dar el nombre del asesino. Digo fácil deliberadamente. En realidad, no es fácil; las deducciones son naturales, pero requieren una reflexión profunda y tenaz.

Tenga presente que, para dar con la solución, no es necesario conocer la naturaleza del objeto que extrajo el autor del armario de la antesala, ni tampoco la información que el autor dio a Harper por teléfono, aunque, si ha seguido correctamente el desarrollo lógico de la obra, será capaz de deducir qué era ese objeto y, con menos seguridad, en qué consistía la información.

A fin de refutar cualquier acusación de falta de equidad, afirmo que yo deduje la respuesta antes de abrir el armario y antes de telefonar a Harper.

TERCERA PARTE

HALLAZGO DE UN DOCUMENTO

«Todo el que ha dedicado la vida a la persecución de criminales, cuando alcanza los años de senilidad y de meditación sobre el pasado, ha acumulado las pruebas visibles de alguna manía... Yo conozco a un detective cuyas habitaciones están llenas de armas letales, y a otro que se rodea de muestras de huellas dactilares... Mi propia debilidad es coleccionar papel, papel de todos los tamaños, formas, colores y usos, pero todo con un denominador común, su significación en algún caso...

»Entre mis tesoros encontrarán, por ejemplo, el precioso fragmento de cartón amarillo mediante cuyo estudio pude determinar que Rellizos, el asesino brasileño de diecinueve personas, se había marchado a Guinea; y la faja de cigarro medio quemada que condujo a la captura de aquel excéntrico maníaco llamado Peter. Peter, el inglés renegado de Martinica... Tengo en mis archivos historiales de casos completos que giran en torno a papeles de apariencia tan inocente como una papeleta de empeño, una póliza de seguros de hace veinte años, una etiqueta de un abrigo barato de mujer, un librito de papel de fumar, y uno, sumamente interesante, que constituye tal vez la joya de la colección...

»Cuando fue encontrado no parecía más que un trozo mojado y totalmente inocuo de un papel que había sido grueso, sin rastro aparente de escritura. Estaba tan mojado que nos resultó difícilísimo conseguir que no se desintegrara... Y este inofensivo trocito de papel resultó decisivo para colgar al mayor pirata del siglo xx.

»Era una etiqueta vieja de *whisky*, cuyo análisis químico reveló que había sido inmersa en agua marina...».

BARTHOLOMEW

TEAN

Melbourne, Australia

27

ACLARACIÓN

Philip Morehouse
Abogado

Inspector Richard Queen
..., calle 87
Nueva York

Por mensajero

Apreciado inspector:

Le escribo a petición del señor Ellery, con quien esta mañana he mantenido una conversación telefónica.

El señor Queen me ha informado de que estaba al corriente de ciertos secretos personales que no habían sido puestos en conocimiento de la policía hasta que el doctor John Minchen, del Dutch Memorial Hospital, se los reveló ayer.

Puesto que el secreto ha salido a la luz, ya no hay motivo para que siga yo silenciándolo, y aprovecho esta oportunidad para aclarar los aspectos del asunto Dunning-Fuller que todavía puedan estar confusos.

Sin embargo, antes de empezar, permítame que me tome la libertad de recordarle las garantías que me ha dado esta mañana el señor Ellery Queen. Hemos acordado que se tomarían todas las precauciones para que la verdad sobre los padres de Hulda Doorn no llegara a los periódicos, e incluso, de ser posible, para que no constara en los archivos policiales.

Los documentos que la señora Doorn ordenó destruir en su

testamento eran, en esencia, un diario personal escrito por mi cliente durante los años en que sucedieron los hechos aquí descritos, y reanudado hace unos cinco años con religiosa regularidad.

El señor Queen dedujo con singular perspicacia que el lunes me extralimité en mis atribuciones legales abriendo y leyendo el contenido del sobre, en lugar de destruirlo sin romper los sellos, tal como exigía la ética profesional.

Inspector Queen, llevo ya largo tiempo ejerciendo como abogado y creo haber mantenido fielmente la integridad del bufete de mi padre, sobre todo en lo que concierne al caso de la señora Doorn, amiga a la vez que cliente, velando siempre por sus intereses. Si la señora Doorn hubiera fallecido de muerte natural, no hubiera faltado jamás a los deberes inherentes a mi cargo, pero su asesinato, junto con el hecho de estar prometido a la señorita Doorn, con pleno consentimiento de la difunta madre adoptiva, lo cual me hace considerarme miembro de la familia, me llevaron a abrir el sobre e investigar su contenido. Si se lo hubiera entregado a la policía antes de abrirlo, se habrían descubierto cuestiones personales que nada tienen que ver con el caso. Así pues, lo abrí, más como miembro de la familia que como abogado, con el firme propósito de poner los documentos en sus manos si había algo en ellos pertinente para el crimen.

Pero cuando, al leer el diario, descubrí los horribles detalles del nacimiento de Hulda... Inspector, ¿me culpa usted por ocultar la información y destruir el diario? No es por mí, pues la vergüenza no significa nada para mí, pero piense en lo que representaría para una joven tan pura como Hulda que el mundo supiera que es hija ilegítima de su propia criada.

En esta historia sólo hay un elemento más... que puede ser comprobado consultando el testamento que en este momento está siendo legalizado, y es que Hulda hereda la mayor parte de las propiedades de Abby Doorn sin perjuicio de su nacimiento u origen, como hija legal de la misma, que es su verdadera situación. Su origen no puede afectar a la herencia. Por lo tanto, mi reticencia con respecto al tema no puede basarse en motivos egoístas, como podría suponerse si la recepción de la fortuna por parte de Hulda dependiera de una relación de sangre con la difunta.

El señor Queen también acertó en su suposición de que Abigail y Sarah Fuller discutían incesantemente por causa del secreto sobre el nacimiento de Hulda. En el diario constaba específicamente que Sarah se había arrepentido del trato y que amenazaba con descubrirlo si no se le entregaba a la niña. Con el paso del tiempo, había nacido en Abigail un verdadero amor maternal hacia Hulda, y

sólo su temor de que Sarah revelara la verdad evitó que despidiera a la mujer, que con la edad se había vuelto una fanática.

Desde la muerte de la señora Doorn, he hablado confidencialmente con Sarah Fuller y he recibido garantías de que, ahora que Abigail, el objeto de su odio, ha desaparecido, y que yo, que, sin motivo aparente, soy digno de su aprecio, me voy a casar con Hulda, no revelará el secreto. El doctor Dunning, por razones egoístas, mantendrá sin duda la boca cerrada, pues toda su carrera y su reputación dependen del silencio.

No resulta difícil sospechar, como hizo el señor Ellery Queen, que ha sido el asunto del origen de Hulda y la actuación a seguir lo que ha llevado a Sarah Fuller a buscar al doctor Dunning en varias ocasiones durante los últimos días. Por extraño que parezca, no le guarda rencor. ¡Caprichos de loca! Ayer me dijo que habían tratado del asunto bajo todos los puntos de vista, y con un discreto orgullo declaró que Dunning la había convencido de que permitiera que la muchacha viviera el resto de su vida pensando que es una Doorn.

En el diario se desvelaba también otro aspecto importante: la participación del doctor Janney en el asunto. No sé si sabrá usted que el doctor Janney ha sido siempre confidente de la señora Doorn, sobre todo dado que era una de las pocas personas que conocían la verdad del origen de Hulda. El diario decía que la actitud de Janney hacia Dunning no se había visto afectada por el conocimiento de la transgresión de Dunning, con la justificación de que hay que perdonar las travesuras juveniles. En cualquier caso, Janney solía reprochar a Sarah que fuera propensa al alboroto y estuviera dispuesta a arruinar la vida de Hulda simplemente para satisfacer su propio instinto maternal frustrado. Extraño, ¿no? Quizá su benévola actitud hacia Dunning se debía a la admiración que sentía por él profesionalmente y a su propio retorcimiento.

El doctor Janney fue amigo de la señora Doorn en el más amplio sentido de la palabra. La defendió en todas sus acciones; nunca se produjo el más mínimo roce o deslealtad entre ellos.

Le ruego me disculpe por reiterar mi solicitud de discreción. No es por mí, creo que ya debe usted de saberlo, sino por Hulda, que es toda mi vida.

Atentamente,

P.D.: Le agradecería que destruyera esta carta, de la que no existe copia, en cuanto la haya leído.

El único incidente de ese tranquilo viernes digno de ser recordado

después por el inspector Queen fue una llamada telefónica que recibió Ellery Queen a las seis y media de la tarde.

En las últimas veinticuatro horas, la actitud de Ellery había variado sutilmente. Ya no estaba irascible ni se paseaba con la fiera energía que había caracterizado sus movimientos durante los agitados días anteriores.

Pasó todo el viernes leyendo junto al ventanal de la sala de estar, excepto dos horas invertidas escribiendo en su vieja y ruidosa máquina. El inspector Queen, que pasó por el piso a mediodía para tomar un almuerzo rápido y hacer unas llamadas telefónicas a sus subordinados de Jefatura, lo miró por encima del hombro y vio que Ellery estaba escribiendo una novela policíaca, iniciada hacía muchos meses pero abandonada después durante varias semanas.^[9]

El viejo gruñó, pero detrás del bigote canoso se ocultaba una sonrisa. Era buena señal. Hacía muchos días que no veía a su hijo tan tranquilo y despreocupado.

La memorable llamada se produjo en el instante en que el inspector reaparecía en el piso después de otra tarde improductiva. El desaliento surcaba su rostro, pero cuando oyó la voz de Ellery, procedente del dormitorio, desapareció y fue sustituido por una rígida expresión de atención.

Hablaba con voz emocionada, fresca y alegre, una voz que Ellery empleaba raramente.

El inspector cerró la puerta de la calle suavemente y se puso a escuchar, casi sin respirar.

—¡Pete! ¿Dónde estás? —Al principio había una nota de angustia, luego la voz se calmó y se llenó de alegría—. ¡Estupendo! ¡Estupendo, Pete! ¿En Connecticut, eh? Muy lógico... ¿Difícil? Bueno, ya está... ¡Muy bien! Protégelo con tu vida. ¿Tienes el papel? Estupendo... No. Haz una copia y tráemelo en cuanto llegues, aunque sean las tres de la madrugada. Te espero despierto... Sí. ¡Date prisa!

El inspector oyó cómo colgaba y seguidamente gritaba:

—¡Djuna! ¡Ya está!

—¿Qué es lo que ya está? —preguntó el inspector mientras Ellery irrumpía en la sala.

—Ah, papá. —Ellery agarró a su padre del brazo y lo sacudió suavemente—. El caso está terminado. *Finis*. Pete Harper...

—¿Pete Harper, eh? —El inspector parecía disgustado y su rostro mostraba señales de fatiga—. Si tenías que encargar a alguien que hiciera algo, ¿por qué no se lo has encargado a alguno de nuestros hombres?

—Oye, papá —dijo Ellery con una risita, obligando al anciano a sentarse en el sillón—, no deberías preguntarlo siquiera. Tenía un motivo: el caso no estaba cerrado, y no quería que se hiciera de forma oficial. Si no hubiera salido bien habría tenido que dar muchas explicaciones...

»Ahora ya ha terminado todo, menos los gritos. Cuando llegue Pete y me entregue ese interesantísimo documento... Un poco más de paciencia, papá.

—Bueno, hijo. —El anciano estaba cansado. Se recostó en el sillón y cerró los ojos—. Me merezco un descanso... —Pero luego los abrió de golpe—. Hace veinticuatro horas, estos asesinatos no te producían tanta satisfacción.

Ellery alzó los largos brazos como en adoración de un ídolo invisible.

—Pero entonces no lo había resuelto, y hoy sí. En palabras del irreprimible Disraeli, «el éxito es fruto de la audacia», y yo he sido tan audaz en mis razonamientos, querido padre, que hasta a ti te parecería imposible... A partir de ahora seguiré como una norma sagrada el precepto galo que dice: *«Toujours audace!»*.

28

ARGUMENTACIÓN

AL APROXIMARSE el clímax de un caso, la tensión que inevitablemente experimentaban los Queen se extendía a la atmósfera de la casa. Había algo en el aire, un efluvio de emoción que ellos no controlaban ni ocultaban, y que se manifestaba en el nerviosismo de Djuna, la silenciosa irritabilidad del inspector y la intensa seguridad de Ellery.

Ellery había convocado a los colegas de su padre a un cónclave solemne. Sus planes estaban envueltos en la neblina y el misterio. Si durante la oscuridad del viernes por la noche le había confiado a su padre algo de lo que tenía en mente, ni el padre ni el hijo revelaron a nadie esa confidencia. Tampoco ninguno de ellos se refirió a la visita que les hizo Pete Harper el sábado a las dos y media de la madrugada. Quizá el inspector no se enteró de la llegada del periodista; se encontraba dando vueltas en la cama cuando Ellery, en bata y zapatillas, le abrió la puerta a Harper, le dio un *whisky* y un puñado de cigarrillos, cogió el documento que le entregó y lo mandó, con los ojos turbios pero imperturbable, a su casa.

El sábado a las dos de la tarde, el inspector Queen y Ellery Queen comían con dos invitados, el fiscal Sampson y el sargento Velie. Djuna, con la boca abierta, revoloteaba a su alrededor.

Sampson acusó a Ellery con la mirada.

—Aquí se cuece algo.

—Un verdadero festín —dijo Ellery sonriendo—. Tómese el café,

honorable fiscal del distrito. Estamos a punto de embarcarnos en una travesía de descubrimientos.

—¿Quiere decir que lo ha resuelto? —Sampson parecía incrédulo.

—Ni más ni menos. —Ellery se volvió al sargento Velie—. ¿Tienes ese informe sobre los contactos de Kneisel durante los últimos días?

—Claro, Mike. —El gigantón le lanzó una hoja de papel desde el otro lado de la mesa. Ellery lo estudió con los ojos entrecerrados. A continuación se lo devolvió—. Ahora ya no importa.

Se repantigó en la silla en su posición preferida, con la nuca apoyada en el respaldo, y se puso a observar el techo con aire soñador.

—Ha sido una persecución fascinante —murmuró—. Con ciertos detalles escurridizos, y tan escurridizos, ya lo creo. No sé cuándo me he divertido más; quiero decir ahora que ya ha terminado todo —y sonrió.

»Todavía no voy a revelarles la respuesta. Algunos aspectos de mi razonamiento han sido complicados, y quiero ver lo que papá, usted, Sampson, o tú, Velie, sacan en claro.

»Veamos lo que tenemos sobre el primer asesinato. En el caso de Abigail Doorn, había dos pistas extraordinariamente significativas, y de apariencia totalmente inocente. Un par de zapatos blancos de lona, por un lado, y un par de pantalones blancos por otro.

—¿Y qué? —gruñó Sampson—. Ambas cosas eran interesantes, lo admito, pero basar toda una acusación en ellos...

—Eso, ¿y qué? —Ellery cerró los ojos por completo—. A ver qué les dicen a ustedes cuando les haga ver ciertos detalles destacados.

»Encontramos un par de zapatos que tenían tres características significativas: el cordón roto, el esparadrapo del cordón y las lengüetas hacia adentro.

»A primera vista, la explicación parece evidente. El cordón roto indica un accidente, el esparadrapo indica un arreglo, y las lengüetas vueltas hacia adentro, ¿qué indican?

Sampson frunció el entrecejo con furia. Velie, el gigantón, parecía simplemente perplejo. El inspector exhibía una mirada de concentración. Ninguno de los tres emitió sonido alguno.

—¿No contestan? ¿No son capaces de hacer ningún

razonamiento lógico? —Ellery suspiró—. Bueno, dejémoslo así entonces. Pero añadamos tan sólo que fueron estos tres elementos de los zapatos del impostor los que me dieron la primera, y más importante, indicación de la verdad.

—Oiga —dijo Velie ásperamente—, ¿quiere decir, señor Queen, que supo ya entonces quién era el asesino?

—Velie, querido amigo —dijo Ellery sonriendo—, no he dicho nada por el estilo. Pero sí digo que, después del análisis de los zapatos y de un detalle sumamente indicativo de los pantalones, el campo de especulación quedó muy limitado. Hasta tal punto que hubiera podido contarte muchas cosas sobre la descripción general del criminal.

»En cuanto a los pantalones, sin duda advertirías lo interesantes e informativos que eran los hilvanes de encima de las rodillas, así como la propia presencia de los pantalones.

—Aparte de demostrar que el propietario original de los pantalones, fuera quien fuera —dijo el inspector en tono fatigado—, era más alto que el impostor, lo cual hizo necesario que éste los acortara, no veo ningún otro indicio en esos pantalones.

Sampson decapitó un puro salvajemente.

—Debo de ser el mayor bobo del mundo —dijo—, porque hasta ahora no veo nada concluyente.

—*Miserere* —murmuró Ellery—. Y un par de *Kol Nidres*. Prosigamos. Llegamos ahora al segundo asesinato, mediante el cual nuestro difunto y llorado amigo, el buen matasanos, fue rápidamente apartado de la vista de los vivos...

»Permítanme una vez más ser categórico. Antes de que ocurriera cierta eventualidad, solamente había un detalle destacado, y era la situación en que se encontró a Janney.

—¿Situación? —Sampson estaba pasmado.

—Sí. La prueba aportada por el simple hecho de la expresión facial póstuma de Janney. Recordará que era evidente que fue asesinado mientras trabajaba en el manuscrito de *Alergia congénita*. La expresión de su rostro era tan serena como si hubiera muerto mientras dormía. No había sorpresa, no había horror, no había reconocimiento de la muerte.

»Relacionen esto con la herida que lo aturdió y su lugar en el cuerpo, y tendrán una situación la mar de intrigante; la cual se hizo

todavía más intrigante cuando apareció la segunda pista.

—A mí no me intriga en absoluto —dijo Sampson, que parecía malhumorado.

—Dejémoslo. —Ellery volvió a sonreír—. La segunda pista... Ah, la segunda pista (aquí entra en acción la mano del destino, *messieurs*) es el traslado, por parte del doctor Minchen, del archivador que contenía los historiales médicos de Janney. ¡Conocimiento, luz, el caso estaba terminado! ¡Y tan perfectamente ensamblado! Y pensar que había estado tan cerca de escapárseme por culpa del desarrollado sentido del valor de la propiedad que tiene Minchen...

»Si el segundo crimen no se hubiera cometido, posiblemente el asesinato de la señora Doorn hubiera quedado impune. Con toda humildad confieso que Janney no se hubiera encontrado con su Creador tal como lo hizo, y hoy yo permanecería en la ignorancia. Solamente resolviendo el misterio del fallecimiento de Janney llegué a desvelar la asombrosa historia del asesinato de la señora Doorn.

El inspector Queen introdujo los dedos en la cajita de rapé.

—Me temo que yo soy tan torpe como el amigo Henry piensa de sí mismo —dijo—. Como siempre que «explicas» un caso sin dejar nada claro, tengo la sensación del que ha escuchado un chiste, no le ve la gracia, pero se ríe de todas formas para salvar la situación. ¿Qué demonios significa ese archivador? Por lo que dices, es casi tan importante como esos zapatos, aunque eso tampoco lo entiendo. ¿Qué tiene que ver ese archivador con el caso?

Ellery soltó una risita.

—Llegados a este punto, nos embarcamos en la travesía de descubrimientos que les he anunciado hace unos momentos. Ha llegado el momento, y todo eso... —Se levantó y se apoyó en la mesa—. He de admitir que tengo el pulso alterado ante la perspectiva. Y puedo prometerles a todos una deliciosa sorpresa. Cojan sus cosas mientras yo llamo al hospital.

Los hombres se hicieron muecas mutuamente, en tanto Ellery se dirigía al dormitorio. Le oyeron marcar el número del hospital.

—Con el doctor Minchen... ¿John? Soy Ellery Queen. Voy a hacer un pequeño experimento de laboratorio y necesito... Sí, un trabajito para ti... ¡Muy bien! Vuelve a llevar el archivador del

doctor Janney a su despacho. Y colócalo en la misma posición en que estaba. ¿Entendido?... Sí, ahora mismo. Salgo inmediatamente hacia tu sagrada guarida, con un grupito pequeño pero distinguido. ¡Adiós!

29

FINALIZACIÓN

EL DOCTOR

JOHN

MINCHEN

, pálido y curioso, les esperaba ante la puerta del despacho de Janney —un policía montaba guardia impasible a su lado— cuando Ellery, el inspector Queen, el fiscal del distrito, el sargento Velie y, por increíble que parezca, un Djuna tembloroso y con los ojos relucientes, entraron presurosos en el Dutch Memorial Hospital.

Pese al aparente dominio de sí mismo que exhibía Ellery, él era el que estaba más nervioso del grupo, incluido Djuna. En sus oscuras mejillas ardían dos círculos encarnados y los ojos le centelleaban, vivos y brillantes.

Condujo a sus acompañantes al despacho con impaciencia, empujó al musculoso policía a un lado con escasa ceremonia, y luego, como si acabara de ocurrírsele, masculló una disculpa.

Minchen, callado, triste y pensativo, se limitó a mirar a su amigo.

Ellery agarró al médico por el bíceps.

—¡John! Necesito a alguien que sepa taquigrafía. ¿A quién...? Ah, sí, esa enfermera, la ayudante de Janney, Lucille Price. Sé bueno, ve a buscarla.

Entró en el despacho mientras Minchen iba a cumplir el

encargo.

El inspector se había plantado en el centro de la habitación, con las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Y ahora qué, señor director escénico? —preguntó suavemente. En sus ojos había cierta tristeza—. No veo que ese archivador cambie nada...

Ellery echó una mirada al rincón tras el escritorio del cirujano. Justo detrás, había ahora un archivador metálico verde, situado en el ángulo recto formado por las paredes, exactamente paralelo a la mesa.

—Velie —llamó Ellery—, que yo sepa, tú eres el único de todos nosotros que estuvo en esta habitación antes del asesinato del doctor Janney. ¿Te acuerdas? Fue durante el primer interrogatorio, después de la muerte de la señora Doorn, y viniste a registrar el despacho en busca de la agenda de Janney. Intentábamos dar con la dirección de Swanson.

—Exacto, señor Queen.

—¿Recuerdas haber visto este archivador?

El gigantón repuso en tono ofendido:

—Claro que lo recuerdo. Es mi trabajo, señor Queen. Incluso traté de abrir los cajones, pensando que a lo mejor guardaba la agenda dentro, pero estaban cerrados con llave. No dije nada porque los cajones llevaban etiquetas, igual que ahora, con indicaciones de lo que contienen. No me pareció probable que la agenda estuviera allí.

—Muy natural. —Ellery encendió un cigarrillo con mano firme—. ¿Y estaba el archivador exactamente en la misma posición en que está ahora?

—Sí.

—¿Estaban las esquinas de la mesa tan cerca de la pared como ahora?

—Así es, señor Queen. Recuerdo que las esquinas estaban tan cerca de la pared por ese lado que sólo pude pasar a la parte de atrás de la mesa por el lado de la ventana. Y, aun así, tuve que hacer un esfuerzo.

—¡Excelente! Esto confirma mi sospecha. Sin embargo, Velie, he de decir —declaró Ellery con una sonrisa inofensiva—, que al no mencionar la existencia y posición de este archivador

desaprovechaste una gran oportunidad para ganarte una fama imperecedera. Naturalmente, no podías imaginarte... ¡Ah, entra, John! Adelante, señorita Price.

El doctor Minchen se hizo a un lado para dar paso a la enfermera uniformada. Cuando ambos hubieron franqueado el umbral, Ellery atravesó rápidamente la habitación y cerró la puerta.

—*Nous commençons* —dijo animadamente. Regresó al centro de la estancia, frotándose las manos—. Señorita Price, quiero que se siente ante su mesa y tome unas notas. Exacto. —La enfermera se sentó y, después de abrir el primer cajón del escritorio, sacó un lápiz y un cuaderno y se dispuso a esperar en silencio. Ellery le hizo una seña a su padre—. Papá, te agradecería que te sentaras en el sillón giratorio del doctor Janney. —El inspector obedeció con una ligera sonrisa. Ellery le dio una vigorosa palmada al sargento en la espalda, y le indicó que se situara junto a la puerta—. Sampson, puede sentarse ahí. —Ellery adelantó una silla de las arrimadas a la pared oeste y el fiscal se sentó sin decir palabra—. Djuna, hijo. —El chico estaba emocionadísimo—. Colócate junto a la librería; estarás cerca de las grandes y protectoras alas del sargento Velie. —Djuna cruzó corriendo la habitación y se situó exactamente donde le había indicado Ellery, como si, de haberse situado un centímetro más a la derecha, hubiera dado al traste con los planes de aquél—. John, puedes sentarte al lado del fiscal Sampson. —El médico obedeció—. Ahora ya estamos listos. El escenario está preparado. La araña espera relamiéndose figurativamente, y, si no me equivoco, en seguida llegará la mosca confiada.

Ellery arrastró el sillón arrimado a la pared este a una posición desde la cual dominaba el despacho, se sentó, se ajustó las gafas con un gesto estudiado, se arrellanó en el asiento y estiró las piernas con un suspiro.

—¿Está lista, señorita Price?

—Sí, señor.

—Muy bien. Voy a dictarle un comunicado dirigido al jefe superior de policía de la ciudad de Nueva York. Ponga: Distinguido señor. ¿Lo tiene?

—Sí, señor.

—Subtítulo: Inspector Richard Queen. Asunto. Indique la cursiva subrayándolo, señorita Price. Asunto: Asesinato de la señora Abigail

Doorn y el doctor Francis Janney. Texto: Tengo el gran honor y placer de informarle...

En ese momento, cuando lo único que se oía en la estancia era la lenta y monótona comunicación de Ellery, el roce del lápiz de la enfermera y la pesada respiración de los presentes, llamaron a la puerta.

Ellery levantó la cabeza hacia Velie.

—Mira quién es.

El sargento abrió la puerta unos centímetros y se asomó.

—¿Qué hay?

—¿Está el doctor Minchen? —preguntó una vacilante voz masculina—. El doctor Dunning desea verlo en su despacho.

Velie miró a Ellery con un interrogante en los ojos. Ellery se volvió hacia Minchen y le preguntó en tono burlón:

—¿Quieres dejarnos, John? Parece que Dunning te necesita urgentemente.

El médico se agarró a los brazos de la silla e hizo ademán de levantarse.

—¿Crees que debería ir?

—Tú mismo. Me parece que dentro de un momento se va a producir un espectáculo la mar de entretenido aquí y no deberías perdértelo.

—Dígale que estoy ocupado —murmuró Minchen, y se volvió a sentar.

Velie cerró la puerta en las narices del hombre.

—¿Quién era, Velie?

—Ese tal Cobb, el portero.

—Ah. —Ellery volvió a recostarse—. Continuemos, señorita Price, donde lo habíamos dejado antes de tan molesta interrupción. ¿Qué le había dictado?

La muchacha leyó con voz clara y rápida:

—Comunicado dirigido al jefe superior de policía de la ciudad de Nueva York por el inspector Richard Queen. Asunto: Asesinato de la señora Abigail Doorn y del doctor Francis Janney. Distinguido señor: Tengo el gran honor y placer de informarle...

—... que los dos casos antes mencionados están resueltos. La señora Doorn y el señor Janney fueron víctimas del mismo asesino. Por razones que explicaré en el informe detallado de rigor...

Ellery dio un salto al oír que volvían a llamar a la puerta. Tenía el rostro encendido.

—¿Quién es? ¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Velie, no abras más esa puerta. No quiero ninguna otra interrupción.

Velie abrió la puerta unos centímetros y sacó el puño al pasillo, hizo un gesto breve pero significativo y, tras volverlo a meter, dio un portazo.

—Era el doctor Gold —dijo—. Que se vaya al infierno.

—Eso mismo. —Ellery apuntó a la enfermera con el dedo—. Prosigamos. Por razones que explicaré en el informe detallado de rigor, no entraré en detalles de móvil y método en este escrito. Punto y aparte, señorita Price. El asesino de la señora Doorn y del doctor Janney es...

Ellery volvió a detenerse, y en esta ocasión no se oyó el más mínimo susurro en el despacho.

—Un momento. Se me olvidaba. He de incluir aquí una información... Está en ese historial Fuller-Dunning de Janney... Señorita Price, ¿podría buscarme el historial antes de continuar?

—Desde luego, señor Queen.

La enfermera abandonó su asiento y, tras depositar lápiz y cuaderno sobre la máquina de escribir, cruzó la habitación para dirigirse al escritorio del doctor Janney.

—Perdón —murmuró.

El inspector Queen musitó también algo entre dientes y echó el sillón hacia adelante para permitirle pasar tras él, entre la mesa y la pared. Ella se introdujo por el espacio, extrajo una llave del bolsillo del almidonado delantal y se inclinó para insertar la llave en la cerradura del último cajón del archivador.

En la habitación reinaba un silencio sepulcral. El inspector no volvió la cabeza; siguió jugueteando con un pisapapeles de cristal. Velie, Sampson, Minchen y Djuna observaban los efectivos movimientos de la muchacha con expresiones que iban de la tensión a la perplejidad.

La muchacha se irguió con un fajo de papeles encuadernados en azul en la mano y, tras pasar de nuevo por detrás del inspector, se los entregó a Ellery. Regresó silenciosamente a su asiento y se dispuso a seguir escribiendo.

Ellery se encontraba cómodamente arrellanado en el sillón,

exhalando humo entre los labios. Mecánicamente, hojeó el informe, pero tenía los ojos clavados en los de su padre, sentado tras el escritorio del difunto. Entre ellos se había establecido una comunicación que atravesaba el espacio. Una expresión de inteligencia, de sorpresa, de determinación se apoderó del rostro del inspector, pero desapareció casi inmediatamente, dejando al anciano con el ceño fruncido.

Ellery sonrió.

—Tengo la impresión de que el inspector Queen acaba de hacer un importante descubrimiento. ¡Vivan los Queen! —El inspector se revolvió en el asiento, incómodo—. Papá, ¿quieres terminar de dictar este comunicado al jefe superior de policía?

—Creo que sí —dijo el inspector con voz fría y tranquila.

Abandonó el sillón giratorio, pasó junto al borde de la mesa y, después de atravesar la habitación, apoyó los nudillos en la máquina de escribir de la enfermera.

—Escriba, señorita Price —dijo con ojos brillantes—. El asesino de la señora Doorn y del doctor Janney, ¡cógela, Thomas!, es... ¡Lucille Price!

30

EXPLICACIÓN

LAS EDICIONES VESPERTINAS de los periódicos anunciaban la noticia de que Lucille Price, enfermera diplomada y secretaria del difunto doctor Francis Janney, había sido detenida y acusada del asesinato de su jefe y de la potentada Abigail Doorn.

Nada más.

No había nada más que escribir.

Los jefes de redacción de todos los diarios de Nueva York les habían preguntado lo mismo a sus reporteros:

—¿Es esto serio? ¿O es otro engaño, como lo del arresto de Swanson?

En todos los casos menos uno, la respuesta fue:

—No lo sé.

La excepción fue la respuesta de Pete Harper, que se precipitó en el despacho del jefe de redacción de su periódico y permaneció encerrado allí, sin dejar de hablar durante media hora.

Cuando se hubo marchado, el jefe levantó de la mesa, con manos temblorosas, un fajo de papel mecanografiado e inició su lectura. Casi se le saltaban los ojos. Luego empezó a dar órdenes por todos los teléfonos que tenía sobre el escritorio.

Harper, seguro de que él era el único que tenía toda la historia lista para entrar en prensa en el instante en que Ellery Queen le

diera permiso, tomó un taxi y salió inmediatamente hacia la Jefatura de Policía.

La gestión que había hecho en nombre de Ellery Queen había dado su fruto.

En el despacho del fiscal del distrito reinaba un gran alboroto.

Tras una apresurada conferencia con Timothy Cronin, su ayudante, el fiscal Sampson salió de su despacho, pasó entre una multitud de vociferantes periodistas, y se dirigió a Jefatura.

El Ayuntamiento era un infierno. El alcalde, encerrado en su despacho con un escuadrón de secretarías, se paseaba por la habitación como un tigre feroz, dictando, dando órdenes, contestando a las llamadas telefónicas de los altos funcionarios municipales. Por su rostro carmesí resbalaban gotas de sudor.

—Conferencia. Es el gobernador.

—Démelo. —El alcalde agarró el auricular del aparato—. ¡Oiga, oiga, gobernador! —E inmediatamente su voz se calmó, su rostro adoptó el conocido aire washingtoniano y se balanceó levemente sobre las puntas de los pies, con ese gesto desenvuelto tan familiar para los millones de ciudadanos aficionados al cine—. Bueno, ya ha terminado todo... Desde luego. Fue esa tal Price... Lo sé, gobernador, lo sé. No ha aparecido mucho en los informes del caso. Ha sido una actuación muy astuta... Cinco días. ¿No está mal, eh? Cinco días para resolver dos de los asesinatos más sensacionales de la historia de la ciudad de Nueva York... Luego lo llamaré para darle los detalles... ¡Gracias, gobernador!

Al colgar reinaba un respetuoso silencio. Y de nuevo las gotas de sudor comenzaron a rodarle por la frente. Volvió a dar órdenes mientras dejaba de columpiarse y su rostro perdía dignidad.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está el jefe de policía? ¡Vuelva a llamar a su despacho! ¿Qué está pasando? Dios mío, soy la única persona de Nueva York que no sabe qué está pasando.

—Sí, señor alcalde... Lo siento, no he podido llamarle antes. Mucho

trabajo, mucho trabajo. ¡Ja, ja!... No, ahora no puedo darle detalles. Pero todo marcha bien. No se preocupe... La Price no ha confesado todavía. No quiere hablar... No, no es más que una obstinación temporal. Trata de asegurarse. No sabe cuánto sabemos nosotros... ¡Sí, sí! El inspector Queen me ha prometido que hablará hoy mismo. Está en el bote... ¿Cómo?... ¡Desde luego! Un caso interesantísimo... Sí. ¡Ja, ja! Adiós.

El jefe superior de policía de Nueva York colgó el auricular y se hundió en el asiento como un saco de patatas.

—Caray —le dijo débilmente a un ayudante—, Queen podría haberme contado algo.

Dos minutos después se encontraba en el pasillo secándose la frente con ojos brillantes, mientras se dirigía furtivamente al despacho del inspector Queen.

El despacho del inspector Queen era aquel día el recinto oficial más tranquilo de la ciudad de Nueva York. El anciano se encontraba sentado en su sillón, como un jinete montado a pelo, dando órdenes con voz monótona al comunicador interno y de vez en cuando dictándole a una secretaria.

Ellery descansaba en una silla próxima a la ventana, comiéndose una manzana. Parecía en paz con el mundo.

Djuna se encontraba acurrucado a los pies de Ellery, dando buena cuenta de una chocolatina.

Un flujo continuo de detectives circulaba por el despacho.

De repente apareció un agente de paisano.

—Hulda Doorn quiere verle, jefe. ¿La dejo entrar?

El inspector se recostó en el respaldo.

—¿Hulda Doorn? Bueno. No se vaya muy lejos, Bill. No será más que un momento.

El detective regresó casi inmediatamente, acompañado por Hulda Doorn. La muchacha iba de negro, una figura esbelta y atractiva con las mejillas sonrosadas por el nerviosismo. Al agarrar al inspector por la manga de la chaqueta, le temblaban los dedos.

—¡Inspector Queen!

Djuna se levantó educadamente y Ellery hizo lo propio, sin dejar de mordisquear la manzana.

—Siéntese, señorita Doorn —dijo el inspector con amabilidad—. Me alegro de verla con tan buen aspecto. ¿En qué puedo servirla?

—Quería... Quiero decir que... —dijo con labios trémulos, y luego se detuvo confusa.

El inspector sonrió.

—Supongo que se habrá enterado.

—Sí, sí. Creo que... es todo espantoso —dijo con su clara voz infantil—. Y maravilloso que hayan cogido a esa terrible y monstruosa mujer. —Se estremeció—. Me cuesta incluso creerlo. Solía venir a casa con el doctor Janney, para ayudarlo en el tratamiento de mamá.

—Pues es culpable, señorita Doorn. ¿Qué es...?

—No sé por dónde empezar. —Empezó a jugar con los guantes que tenía en el regazo—. Es sobre Philip. Philip Morehouse, mi prometido.

—¿Qué le ocurre a Philip Morehouse, su prometido? —preguntó el inspector suavemente.

Alzó los párpados y le dirigió una mirada suplicante al inspector.

—Me preocupa... cómo amenazó a Philip el otro día, inspector Queen, por los papeles que destruyó. Ahora que han cogido al verdadero criminal, ¿no pensará...?

—Hmmm. Ya comprendo. —El anciano dio unos golpecitos en la mano de la muchacha—. Si eso es lo que le preocupa a su cabecita, querida, olvídalo. El señor Morehouse actuó... digamos que imprudentemente, y yo estaba muy enfadado. Pero ya no lo estoy. Lo dejaremos así.

—¡Muchas gracias! —exclamó, y se le iluminó el rostro. En ese momento se abrió violentamente la puerta y el detective llamado Bill entró en la habitación de un empujón. Philip Morehouse entró detrás de él, inspeccionando la sala con la vista. Al ver a Hulda Doorn, se le acercó, le puso la mano en el hombro y lanzó una fiera mirada al inspector.

—¿Qué le están haciendo a la señorita Doorn? Hulda, me han dicho que habías venido aquí.

—¡Philip!

La muchacha abandonó el asiento y los brazos de él le rodearon la cintura. Se miraron a los ojos y de repente sonrieron los dos. El inspector frunció el ceño, Ellery suspiró y Djuna se quedó con la

boca abierta.

—Disculpen que... —No obtuvo respuesta. Seguidamente, el inspector rugió—: ¡Bill, fuera de aquí! ¿No ve que la muchacha está en buenas manos? —El detective se marchó, andando pesadamente y frotándose el hombro—. Señorita Doorn, señor Morehouse, aun cuando nos complace enormemente verlos felices y todo eso, recuerden que esto es un despacho de la policía...

Un cuarto de hora más tarde, el despacho del inspector tenía un aspecto totalmente distinto.

Se habían colocado sillas alrededor del escritorio y en ella estaban sentados el fiscal Sampson, el jefe superior de policía y Pete Harper. Djuna se apoyaba en el borde de una silla situada justo detrás del jefe de policía; disimuladamente, tocaba el abrigo de éste como si se tratara de un talismán.

Ellery y el doctor Minchen se encontraban de pie junto a la ventana, hablando en voz baja.

—Supongo que el hospital parecerá una olla de grillos, John.

—Es tremendo. —Minchen parecía aturdido—. Nadie sabe qué hacer ni qué decir. La desorganización es total. ¡Lucille Price! Es increíble.

—Ésa es la mayor defensa psicológica del criminal no habitual —comentó Ellery—. La máxima de Rochefoucauld, «La inocencia no encuentra tanta protección como la culpa», se basaba en una verdad universal. Ah, y ¿cómo se ha tomado nuestro amigo el metalúrgico Kneisel la noticia?

El médico hizo una mueca.

—Ya te lo puedes imaginar. Ese hombre no es humano. En lugar de demostrar alegría por el hecho de que ahora cuenta con medios más que suficientes para terminar sus malditos experimentos, o de sentirse apenado por la muerte de su colaborador, simplemente sigue enfrascado en su trabajo, encerrado en el laboratorio, como si no existiera ni el asesinato ni la compasión. Tiene sangre de horchata.

—No obstante —dijo Ellery como para sí mismo—, seguro que le ha aliviado que su hipótesis haya resultado errónea. ¿No será igualmente fantástica su teoría de la aleación?

—Quiero que conste en acta —dijo Ellery poco tiempo después, una vez el doctor Minchen se hubo sentado, y el inspector hubo renunciado a su derecho de tomar la palabra— que en todos los años que llevo tomándome un interés más o menos activo en los casos de mi padre, nunca me había encontrado con un crimen mejor planeado que el asesinato de Abigail Doorn.

»Resulta difícil decidir por dónde empezar. Supongo que todos sentirían la misma incredulidad. ¿Cómo es posible que Lucille Price, cuya presencia en la antesala fue confirmada por varios testigos, el doctor Byers, Grace Obermann, la enfermera, y el dudoso caballero conocido como Big Mike, testigos al mismo tiempo de la presencia del supuesto doctor Janney, cómo es posible, digo, que Lucille Price fuera dos personas distintas aparentemente a la vez?

Los presentes asintieron vigorosamente con la cabeza.

—Y, como saben, lo fue. ¿Cómo llevó a cabo esta hazaña espiritista? Luego lo explicaré. Consideren esta asombrosa situación. Lucille Price era Lucille Price, la enfermera que vigilaba obedientemente a la inconsciente Abby Doorn en la antesala; sin embargo, también era la figura masculina del supuesto doctor Janney durante el mismo período. Los testigos juraron que dos personas ocupaban la antesala (quiero decir aparte de la señora Doorn), una enfermera y un médico. Oyeron hablar a la enfermera. Vieron entrar y salir al médico. ¿Cómo podía nadie soñar siquiera que médico y enfermera eran la misma persona, que la declaración inicial de que Lucille Price actuó como enfermera y el impostor como médico era la pura verdad? Ahora que todo ha terminado y sabemos lo que ocurrió exactamente en realidad, podemos señalar cuál fue el elemento que hizo que una serie aparentemente imposible de circunstancias fueran, no sólo posibles, sino plausibles, es decir, que mientras se oía a la enfermera, no se veía; y mientras se veía al impostor, no se oía.

Ellery tomó un sorbo de agua.

—Pero esto es empezar por mal camino. Antes de decirles cómo llevó a cabo Lucille Price este aparente milagro de dualidad, permítanme retornar al comienzo del caso y describir las deducciones que nos llevaron a alcanzar finalmente el feliz estado en el cual *vincit omnia veritas*.

»Cuando encontramos la ropa del impostor en el suelo de la

cabina telefónica, la mascarilla, la bata y el gorro resultaron pruebas improductivas. Eran muestras ordinarias de ese tipo de ropa, carentes de peculiaridades interesantes.

»Pero encontramos también otros tres elementos, los pantalones, y los dos zapatos, que resultaron sumamente ilustrativos.

»Pasemos a realizar una disección, si me permiten el término de laboratorio, de los zapatos. El cordón de uno de ellos se había pegado con un trozo de esparadrapo. ¿Qué quería decir esto? Nos pusimos a trabajar.

»En primer lugar, después de pensar un poco, llegamos a la conclusión de que el cordón debió de romperse durante el período del crimen. ¿Por qué?

»Se trataba de un crimen cuidadosamente planeado. Teníamos amplias pruebas de ello. Si el cordón se hubiera roto durante el período de preparación, es decir, cierto tiempo antes del período del crimen, mientras el criminal recogía la ropa en algún lugar que no fuera el hospital, ¿hubiera usado un trozo de esparadrapo para pegar el cordón? No lo creo, porque hubiera estado más acorde con el método general del asesino procurarse un cordón nuevo y ponerlo en el zapato para evitar que se volviera a romper durante el período del crimen, cuando los segundos serían preciosos y cualquier retraso resultaría fatal.

»Naturalmente, se planteó la pregunta lógica: ¿Por qué no anudó el criminal los extremos del cordón en lugar de usar ese peculiar método de pegarlos? El examen del cordón reveló la razón: si se hubiera anudado, se hubiera perdido tanto trozo de cordón que hubiera sido literalmente imposible atarse el zapato después.

»Había además otra indicación que demostraba que el cordón se había roto y reparado durante el período del crimen, y era que el esparadrapo todavía estaba ligeramente húmedo cuando lo despegamos del cordón. Evidentemente, no hacía mucho que lo habían puesto.

»Así pues, el propio uso del esparadrapo y su estado indicaban casi con seguridad que el cordón se había roto durante el período del crimen. Pero ¿en qué momento del período del crimen se había roto? ¿Antes o después del crimen? Respuesta. Antes. ¿Por qué? Porque si se hubiera roto mientras el impostor se quitaba el zapato, no hubiera tenido necesidad de repararlo. El tiempo era oro. ¿En

qué le hubiera perjudicado dejar el cordón roto cuando el zapato ya había sido utilizado? Eso estará claro, espero.

Las cabezas se inclinaron a la vez. Ellery encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la mesa del inspector.

—Entonces supe que el cordón se había roto mientras el impostor se estaba vistiendo, justo antes del asesinato. Pero ¿a dónde nos conducía esto? En aquel momento, no muy lejos. Así pues, lo guardé en un rinconcito de mi cabeza y atacué el problema más curioso, el del propio esparadrapo.

»Me hice la siguiente pregunta: ¿Qué dos grupos generales complementarios podrían haber cometido el asesinato? Hubieran podido establecerse numerosos géneros arbitrarios. —Ellery soltó una risita—. Por ejemplo, fumadores y no fumadores, partidarios y no partidarios de la ley seca, blancos y negros, cualquier división improcedente y ridícula de este tipo. Sin embargo, puesto que estábamos considerando un asesinato cometido en un hospital, la respuesta se enmarcaba dentro de la siguiente clasificación: personas profesionales y no profesionales.

»Permítanme que les defina los términos. Por “profesionales” entiendo las personas con conocimientos hospitalarios y médicos, conocimientos en el sentido más amplio.

»Así pues, consideré las posibilidades a la luz del hecho de que para reparar el cordón roto se utilizó esparadrapo. Y llegué a la conclusión de que el asesino sí era una persona profesional.

»¿Cómo alcancé esta respuesta? La ruptura del cordón fue un accidente que, como he demostrado, no podía preverse; es decir que el impostor no sospechaba, antes de ponerse la ropa que llevaría durante el asesinato, que se le iba, a romper el cordón de un zapato al ponérselo. Por lo tanto, no podía prever tal contingencia. Por consiguiente, lo que hizo para salir del paso fue tomar una medida no premeditada y bastante instintiva, bajo la presión del tiempo. En esta urgencia, el impostor usó esparadrapo para remendar el cordón. Y yo les pregunto: ¿Llevaría una persona no profesional, en el sentido que he explicado hace un momento, esparadrapo encima? No. ¿Se le ocurriría a una persona no profesional llevar encima un artículo tan profesional? No. Y, sin llevarlo encima, ¿se le ocurriría a una persona no profesional buscar esparadrapo si necesitara arreglar un cordón? No.

»Así pues —Ellery dio un golpecito en la mesa con el dedo—, el hecho de que el asesino pensara en el esparadrapo, el hecho de que se usara esparadrapo en la urgencia, indicaban claramente a alguien familiarizado con tal artículo. En otras palabras, una persona profesional.

»Una pequeña aclaración: en esta clasificación habría que incluir no sólo a médicos, enfermeras e internos, sino también a personas paramédicas tan habituadas a la rutina del hospital que por lógica entrarían dentro de la categoría profesional.

»Pero si en el momento en que descubrió la necesidad de reparar el cordón, el impostor hubiera tenido delante un trozo de esparadrapo, que por lo tanto le sugiriera su utilización, todo mi razonamiento quedaría invalidado, pues esa disponibilidad hubiera permitido a cualquiera, profesional o no, aprovechar ese material. Es decir que, si el impostor vio un trozo de esparadrapo en el momento en que se le rompió el cordón, el hecho de que lo utilizara para arreglarlo hubiera indicado, no una acción instintiva ni una mente profesional, sino simplemente que había aprovechado una circunstancia afortunada que se le presentó.

»Por fortuna para el avance de mi argumento —continuó Ellery sin dejar de fumar—, gracias a una conversación y una pequeña visita realizadas con el doctor Minchen antes del asesinato, yo sabía que el Dutch Memorial Hospital tiene unas reglas muy rígidas en lo referente a material, esparadrapo incluido. El material se guarda en armarios especiales. No está esparcido por las mesas ni se guarda en almacenes de fácil acceso. Está bastante escondido y fuera del alcance del no iniciado. Solamente un empleado del hospital, o una persona aceptada como tal, sabría adónde ir a buscar esparadrapo en el corto espacio de tiempo de que disponía el asesino. No se encontraba a la vista del impostor; tenía que saber dónde buscarlo antes de utilizarlo.

»En suma, no sólo quedaba así demostrada mi deducción de que se trataba de una persona profesional, sino que podía limitar mi primera generalización todavía más; es decir, mi criminal era una persona profesional relacionada con el Dutch Memorial Hospital.

»Había salvado un gran obstáculo. Del estudio de los datos que teníamos sobre el impostor-asesino había inferido bastante. Permítanme hacer un nuevo resumen a fin de que mi razonamiento

quede bien claro. Para que al asesino se le ocurriera usar esparadrapo, había de ser un profesional. Para saber dónde encontrar esparadrapo inmediatamente, el asesino había de estar relacionado, no con cualquier hospital, sino con el Dutch Memorial Hospital. —Ellery encendió otro cigarrillo—. Ello limitaba las posibilidades, pero no a plena satisfacción, pues no podía excluir a personas como Edith Dunning, Hulda Doorn, Moritz Kneisel, Sarah Fuller, Isaac Cobb, James Paradise, el ascensorista, las mujeres de la limpieza, etc., todos los cuales se encuentran normalmente en el hospital y lo conocen, al igual que sus normas, ya sea en calidad de empleados o de visitantes habituales con privilegios especiales. Así pues, para mis propósitos, habían de ser agrupados con el personal médico como personas profesionales.

»Pero eso no era todo. Esos zapatos contenían todavía un dato más. Al examinarlos descubrimos un fenómeno nada usual: las lengüetas de ambos zapatos estaban vueltas hacia adentro. ¿Qué explicación podía tener aquello?

»Los zapatos habían sido utilizados por el impostor, el esparadrapo lo demostraba. Y se los tenía que haber puesto. Sin embargo, las lengüetas estaban en aquella posición.

»¿Han empujado alguna vez las lengüetas de los zapatos hacia la puntera al ponérselos? Son cosas que le pasan a todo el mundo. Indudablemente, se dieron cuenta en seguida. De inmediato notaron que las lengüetas no estaban en su sitio. Desde luego, no es probable que el impostor, por mucha prisa que tuviera, se pusiera los zapatos y dejara deliberadamente que las lengüetas le aprisionaran los dedos del pie. Así pues, el impostor no se dio cuenta de lo que les había pasado a las lengüetas, o bien, al ponerse los zapatos, no le molestaron.

»Pero ¿cómo es posible? Sólo tiene una explicación: los pies del impostor eran mucho más pequeños que los zapatos que se estaba poniendo, que luego encontramos en la cabina. Pero los zapatos que encontramos eran ya pequeñísimos. ¡Eran del 39! ¿Se dan cuenta de lo que quiere decir eso? El 39 es el número más pequeño de zapatos de hombre. ¿Qué especie de monstruo masculino podía haberse, puesto esos zapatos? ¿Un chino a quien de pequeño hubieran confundido con una niña? El que se puso esos zapatos sin notar que había empujado las lengüetas hacia atrás, debía de usar unos

zapatos mucho más pequeños, del 36 o 37. ¡Pero no hacen zapatos de hombre de esos números!

»En consecuencia, el único tipo de pies que permitiría que su dueño empujara las lengüetas hacia atrás sin notarlos sería uno: unos pies de niño (evidentemente ridículo como se desprende de la altura que, según los testigos, tenía el impostor); dos, los pies de un hombre pequeñísimo (insostenible por la misma razón); y tres, los pies de una mujer de estatura mediana. —Ellery dio un golpe en la mesa—. Durante la investigación de la última semana he dicho varias veces que esos zapatos me decían muchas cosas importantes, fundamentales. Y así era. Del esparadrapo del cordón deduje que era una persona profesional relacionada con el Dutch Memorial Hospital; de las lengüetas, que era mujer.

»Fue la primera indicación de que el impostor no sólo se hacía pasar por otra persona, sino por una persona del sexo contrario. Es decir, una mujer disfrazada de hombre.

Alguien suspiró y Sampson dijo:

—Muy lógico...

Los ojos del jefe de policía brillaban de admiración. El doctor Minchen miraba fijamente a su amigo como si fuera la primera vez que lo viera. El inspector no dijo nada, sumergido en la reflexión. Ellery se encogió de hombros.

—Antes de abandonar los zapatos para abordar otro ángulo del problema, puede resultar interesante llamar la atención sobre la falta de discrepancia entre el grosor de los dos tacones. Ambos estaban aproximadamente igual de desgastados. Si hubieran pertenecido al doctor Janney, un tacón hubiera estado considerablemente más gastado que el otro; como saben, Janney cojeaba de forma marcada.

»Los zapatos no eran, pues, de Janney, y, si bien ello no demostraba que Janney no fuera el asesino, puesto que podía haber dejado los zapatos de otro en la cabina para que los encontráramos, o haberse puesto zapatos gastados en la misma medida que tampoco fueran suyos, este par sí corroboraba la suposición de que el doctor Janney era inocente; es decir, que lo habían suplantado. Y, claro, a más de uno le habrá pasado por la cabeza que Janney podía haberse suplantado a sí mismo, haber fingido que alguien usaba su identidad, mientras que en realidad era siempre él mismo.

»A mí me esto me pareció improbable desde el principio. Miren: si el propio Janney era la persona que denominamos “impostor”, hubiera podido hacerlo todo con su propia ropa, la que llevaba esa mañana. Ello indicaría que la ropa que encontramos en la cabina era una trampa, que no fue usada para cometer el crimen, sino que la dejaron para crear una falsa impresión. Pero ¿y el esparadrapo y las lengüetas? Esos zapatos fueron usados, como he demostrado. ¿Y los pantalones hilvanados, el segundo elemento esencial de la ropa? En seguida me ocuparé de ellos. Pero, sobre lo de suplantarse a sí mismo, ¿por qué no nos facilitó el acceso a Swanson, con lo cual hubiera corroborado su coartada de que se encontraba en su despacho mientras se produjo el asesinato? Eso hubiera sido lo inevitable. Sin embargo, se negó obstinadamente a darnos la dirección de Swanson, consciente de que así se convertía en sospechoso de la policía. No, tanto sus acciones como la ropa para mí lo liberaban de la sospecha de haberse suplantado a sí mismo.

»En cuanto a los pantalones hilvanados, ¿por qué estaban hilvanados?

»Si Janney los hubiera usado como pista falsa, no hubiera tenido que ponérselos; como he dicho, la misma ropa que llevaba le hubiera servido. Entonces, ¿eran los hilvanes otra pista falsa? ¿Con qué intención? ¿Para confundirnos sobre la estatura del impostor, para hacernos pensar que era cinco centímetros más bajo? Esto es totalmente absurdo, porque el asesino sabía que no podía disimular su estatura; parte de su plan era ser visto durante el período de suplantación, dejando así constancia de su altura ante los ojos de los testigos. No, el hilván tenía el legítimo propósito de acortar unos pantalones demasiado largos para el asesino. Sin duda alguna, esos pantalones cubrieron literalmente las piernas del asesino durante la suplantación. —Ellery sonrió—. Llegado a este punto, subdividí las posibilidades, como antes, en clasificaciones complementarias; en esta ocasión establecí cuatro categorías. El impostor podía ser: uno, un hombre relacionado con el hospital; dos, un hombre no relacionado con el hospital; tres, una mujer no relacionada con el hospital; y cuatro una mujer relacionada con el hospital.

»Tres de estas posibilidades fueron rápidamente, descartadas.

»El impostor no podía ser un hombre relacionado con el hospital porque hubiera tenido que llevar uniforme blanco en todo

momento, pantalones blancos incluidos. Si un hombre relacionado con el hospital fue el impostor, llevaba ya pantalones blancos antes del crimen. ¿Por qué iba entonces a despojarse de esos pantalones, que eran de su medida, ponerse los de la cabina de teléfonos, que no eran de su medida, y luego cometer el crimen? No tiene sentido. En su caso, si deseaba suplantar a Janney, cometería el crimen con sus propios pantalones, y no dejaría ningún otro par para que los encontráramos. Pero encontramos unos pantalones, y hemos demostrado que no, eran una trampa; es decir, que el impostor se los puso. Sin embargo, si el impostor se puso los pantalones fue porque no llevaba los pantalones reglamentarios.

»Si no llevaba pantalones reglamentarios, no podía ser un hombre relacionado con el hospital. *Quod erat demonstrandum*.

»*Secundus*: No podía ser un hombre no relacionado con el hospital, porque en el razonamiento que hemos hecho sobre el uso del esparadrapo ya hemos eliminado a todas las personas no relacionadas con el hospital.

»Pero ustedes podrían preguntar: ¿Y hombres como Philip Morehouse, Hendrik Doorn y los matones de Cudahy? Ellos no llevan uniforme.

»La respuesta es: mientras que Morehouse, Doorn y los matones hubieran tenido que llevar uniforme para suplantar a Janney, ninguno de ellos conoce el hospital suficientemente bien para saber dónde se guarda el esparadrapo. Doorn podía saberlo, para no descartar ninguna posibilidad, pero su físico lo excluye; es demasiado grueso. El impostor que fue visto en la antesala era físicamente muy similar a Janney, y Janney era bajo y delgado. En cuanto a Morehouse, nada hace suponer que supiera dónde se guardaban los materiales, y lo mismo podemos decir del pequeño ejército de Cudahy. El propio Cudahy se encuentra fuera de duda; lo estaban anestesiando mientras estrangulaban a la señora Doorn. Y todos los demás hombres profesionales del caso quedan eliminados porque, como he demostrado, no les hubiera hecho falta cambiarse de pantalones: Dunning, Janney, el doctor Minchen, los internos, Cobb, el ascensorista, todos llevan los pantalones blancos reglamentarios.

»Entonces, no fue un hombre, ni relacionado ni no relacionado con el hospital. ¡Demostrado!

»¿Las mujeres? Veamos. No podía ser una mujer no relacionada con el hospital porque, si bien hubiera tenido que ponerse pantalones, pues normalmente llevan falda, el razonamiento del esparadrapo elimina esta posibilidad, puesto que tendría que conocer el hospital.

»La única posibilidad restante en este complejo sistema de comprobaciones es que el impostor-asesino fuera una mujer relacionada con el hospital. En esta categoría entran Hulda Doorn y Sarah Fuller, que conocían el hospital como la propia señora Doorn; Edith Dunning, que trabaja allí; la doctora Pennini, la tocóloga; y todas las demás mujeres, como las enfermeras y las señoras de la limpieza.

—¿Podría aclararlo un poco más?

—Sí. Una mujer relacionada con el hospital, de aproximadamente la misma estatura que el doctor Janney, habría necesitado unos pantalones blancos para suplantarlos y se habría visto obligada a abandonarlos en algún sitio para poder recuperar su identidad. Al ser una mujer de talla mediana, tendría que acortarse los pantalones mediante un hilván. El físico explicaría también que las lengüetas se hubieran vuelto hacia adentro, puesto que los pies de la mayoría de las mujeres son mucho más pequeños y delgados que los de los hombres, y tenía que ponerse zapatos de hombre. Finalmente, a una mujer relacionada con el hospital se le ocurriría espontáneamente recurrir al esparadrapo y, además, sabría dónde ir a buscarlo sin perder un momento.

»Señores, encajaba en todos los detalles.

Los presentes se miraron repasando, analizando y sopesando lo que acababan de oír.

El jefe superior de policía cruzó las piernas de repente.

—Continúe —dijo—. Esto es... —Se detuvo para rascarse la barbilla—. No sé ni cómo calificarlo. Continúe, señor Queen.

—El segundo crimen —dijo Ellery, contemplando pensativo la punta del cigarrillo— es un asunto totalmente distinto. Al intentar aplicar el mismo método que había usado en el primer crimen, descubrí que no me servía. La conclusión que obtenía era insignificante y no me conducía a nada.

»Mediante otra generalización, se podía deducir que los dos crímenes podían haber sido cometidos por el mismo criminal o por

criminales diferentes.

»Lo primero que me sorprendió fue que no podía responder al siguiente interrogante. Si esta mujer profesional que yo consideraba la asesina de Abigail Doorn había matado también a Janney, ¿por qué volvió a usar la misma arma? Es decir, ¿por qué los mató a los dos estrangulándolos con el mismo tipo de alambre? La asesina no era tonta; parece que la hubiera beneficiado usar un arma diferente en el segundo crimen para que la policía buscara a dos asesinos distintos, dejando así una pista confusa. Sin embargo, si los mató a los dos, no hizo esfuerzo alguno por ocultar la relación de los dos crímenes. ¿Por qué? No veía el motivo.

»Por otra parte, si Janney fue asesinado por otro criminal, la repetición del método indicaría que el asesino de Janney pretendía hacernos pensar que el asesino de Abby era también el asesino de Janney. Ésta era una posibilidad muy evidente. Traté de abordar el problema sin prejuicios. Cualquier especulación podía ser cierta.

»Aparte de la repetición aparentemente deliberada del método, el segundo crimen iba acompañado de otros factores que carecían de explicación plausible. Hasta que el doctor Minchen me dijo que se había llevado el archivador que había detrás del escritorio del doctor Janney (antes de que yo llegara al hospital esa mañana) estaba absolutamente perdido en lo referente al segundo asesinato. Pero, al enterarme de la existencia del archivador y de su posición original en el despacho de Janney, todo cambió. Era tan significativo para la explicación de la muerte de Janney como los zapatos y los pantalones para la de la señora Doorn.

»Consideremos los hechos. El rostro de Janney reflejaba una placidez sorprendente, tenía una expresión natural, carente de sorpresa, miedo u horror, que son los signos usuales de una muerte violenta. Sin embargo, la posición del golpe que lo aturdió demostraba que el asesino debió de colocarse detrás de él para alcanzarlo en la zona del cerebelo. ¿Cómo se colocó el asesino detrás de Janney sin despertar sospechas, o al menos intranquilidad en él? Detrás de su mesa no había ventana que permitiera al asesino golpear a Janney desde fuera; la ausencia de ventana eliminaba también la posibilidad de que alguien se colocara detrás del cirujano con la excusa de mirar afuera. En la pared del norte sí hay una ventana que da al patio interior, pero desde allí es imposible

alcanzar a la persona sentada ante el escritorio.

»La mesa y el sillón formaban la hipotenusa de un triángulo y las paredes norte y este los otros, dos lados. Apenas había espacio para pasar detrás de la mesa, y no digamos sin que se diera cuenta el ocupante del escritorio. Y Janney estaba sentado a su mesa cuando lo mataron; de eso no hay duda. Al ser golpeado estaba escribiendo, pues hizo un garabato antes de terminar la palabra. Así pues, el asesino no sólo se introdujo detrás de Janney, sino que lo hizo sabiéndolo él y con su consentimiento.

»Una situación pasmosa. Yo estaba bastante confuso. Detrás del escritorio no había nada que justificara la presencia de una persona, y mucho menos la aceptación de su presencia allí. Sin embargo, era evidente que el asesino había estado allí sin provocar la más mínima reacción por parte de Janney.

»No obstante, podíamos deducir dos cosas: una, que Janney conocía al asesino; dos, que Janney era consciente de la presencia del asesino detrás de él y aceptaba esa circunstancia sin sospechar ni temer nada.

»Hasta que me enteré de que había habido un archivador detrás del escritorio, estaba tan perplejo que me encontraba intelectualmente enfermo. Pero cuando John Minchen me lo dijo... ¿Qué otra razón podía explicar la aceptación, por parte de Janney, de la presencia del asesino y su posición? Ahora sé que el único objeto que ocupaba el rincón era el archivador. Por lo tanto, éste tenía que explicar forzosamente la posición del asesino. ¿Lógico?

—¡Ya lo creo! —exclamó el doctor Minchen.

Sampson le dirigió una mirada iracunda y el médico dio un respingo, avergonzado.

—Gracias, John —dijo Ellery lacónicamente—. El paso siguiente era inevitable. Por fortuna para mí, el archivador no era un archivador corriente que contuviera los datos usuales del hospital. Era un archivador especial, particular, en el que se guardaban los documentos quizá más preciados para Janney, los historiales médicos pertinentes para el libro que estaba escribiendo en colaboración con Minchen. De todos era conocido con qué celo guardaba Janney esos historiales de aquellos a los que él consideraba extraños. Los tenía bajo llave; nadie podía verlos. Es decir, con la excepción de tres personas —añadió Ellery en tono

más alto y con ojos ardientes—. La primera era el propio Janney, por razones obvias. La segunda era el doctor Minchen, el colaborador de Janney. Pero Minchen no podía haber matado a Janney, porque no se encontraba en el hospital en el momento del asesinato. Había pasado conmigo parte de la mañana y unos minutos antes del crimen, no los suficientes para llegar al hospital y matar a su colaborador, estaba conmigo en Broadway, cerca de la calle 86, charlando.

»Pero ¿era eso todo? —Ellery se quitó los quevedos y comenzó a frotar los cristales—. Ni mucho menos. Incluso antes de que se produjera la muerte de la señora Doorn, yo ya sabía que, aparte de Janney y de Minchen, otra persona tenía acceso a ese archivador impunemente. Esa persona no era tan sólo la secretaria del doctor Janney y su ayudante en los aspectos burocráticos de su trabajo hospitalario y literario, sino también una ocupante de pleno derecho del despacho del doctor Janney, pues tenía un escritorio allí. Puesto que ayudaba continuamente a Janney en la redacción del manuscrito, tenía acceso a ese precioso archivador situado detrás del cirujano. Su presencia en ese rincón, al que sin duda accedía varias veces al día, aun estando el médico trabajando, era normal para Janney. Me refiero, naturalmente, a la tercera posibilidad: Lucille Price.

—Buen trabajo —dijo Sampson con sorpresa.

El inspector observaba a Ellery cariñosamente.

—Todo encajaba muy bien —exclamó Ellery—. Ninguna otra persona del hospital, ni de fuera del hospital, pudo haberse metido detrás del doctor Janney en esas peculiares circunstancias sin provocar una expresión de sospecha, miedo o irritación. Janney guardaba con un celo extraordinario esos historiales y se había negado en muchas ocasiones a permitir que nadie los tocara. El doctor Minchen y Lucille Price eran las excepciones. Minchen había quedado eliminado; Lucille Price era, pues, la única que quedaba. —Ellery agitó las gafas—. Conclusión: ella era la única asesina posible del doctor Janney. Lucille Price... Repetí ese nombre mentalmente. ¿Cuáles eran las características de Lucille Price? Es una mujer y está profesionalmente relacionada con el Dutch Memorial Hospital. Ése era exactamente el tipo de persona que estaba buscando como asesina de Abigail Doorn. ¿Era posible que

aquella eficiente enfermera de aspecto inocente fuera también la asesina de la señora Doorn? —Ellery tomó un sorbo de agua. En la sala reinaba un silencio sepulcral—. En ese momento tenía ante mis ojos el desarrollo completo de los hechos. Pedí un plano de la planta baja del hospital y traté de reproducir la ruta seguida en la ejecución del crimen, de modo que pareciera que fuese a la vez la enfermera y el suplantador de Janney.

»Mediante el estudio y el acoplamiento cuidadoso de los datos, pude establecer un horario que fue el que Lucille Price debió de seguir para llevar a cabo aquel aparente milagro. Permítanme que se lo lea.

Ellery se llevó la mano al bolsillo delantero y sacó un cuaderno viejo. Harper preparó a su vez un lápiz y un trozo de papel. Ellery leyó rápidamente:

«10:29

- Lllaman al verdadero doctor Janney.

»10:30

- Lucille Price abre la puerta del ascensor de la antesala, se mete dentro, cierra la puerta, cierra también la puerta del pasillo este para evitar interrupciones, se pone los zapatos, los pantalones, la bata, el gorro y la mascarilla que había dejado allí o en la antesala con anterioridad, y deja sus zapatos en el ascensor; su ropa queda cubierta por la nueva. Sale al pasillo este por la puerta del ascensor, gira hacia el pasillo sur y alcanza la sala de anestesia. Hace todo el camino cojeando, para imitar a Janney. Con el rostro oculto tras la mascarilla y el cabello metido en el gorro, pasa rápidamente por la sala de anestesia, donde la ven el doctor Byers, la señorita Obermann y Cudahy.

Entra en la antesala y cierra la puerta tras de sí.

»10:34

- Se aproxima a la señora Doorn, en estado comatoso, la estrangula con el alambre que oculta entre la ropa y, con su propia voz y en el momento oportuno grita: «En seguida voy, doctor Janney», o algo parecido. Naturalmente, no entró en la sala de esterilización, como afirma en su declaración. Cuando el doctor Gold se asomó por la puerta, vio a la señorita Price vestida de cirujano inclinada sobre el cuerpo, de espaldas a él. Por supuesto, Gold no vio a una enfermera.

»10:38

- Sale de la antesala por la puerta de la sala de anestesia, vuelve por los pasillos sur y este, entra en el ascensor, se quita la ropa de hombre, se pone sus zapatos y sale corriendo para dejar la ropa de hombre en la cabina telefónica que hay al lado de la puerta del ascensor. Luego vuelve a la antesala a través del ascensor, igual que antes.

»10:43

- Se encuentra de nuevo en la antesala como Lucille Price.

»Todo el proceso no duró más de doce minutos.

Ellery sonrió y se guardó el cuaderno.

—El cordón se le rompió al ponerse los zapatos de hombre en el interior del ascensor, antes de cometer el asesinato. Lo único que tuvo que hacer fue regresar a la antesala por la puerta del ascensor, abrir el armario que hay junto a ésta, cortar un trozo de esparadrapo de un rollo que había en un cajón, con las tijeras que

llevaba en el bolsillo, y volver al ascensor. Cualquiera que supiera, como ella, dónde estaba el esparadrapo podía hacerlo en veinte segundos. Y fue ese rollo de esparadrapo el que busqué después de esbozar la reconstrucción. No estaba seguro de que lo cogiera del armario de la antesala, aunque era el lugar más lógico. Pero, después de comparar el borde del rollo con el borde del trozo que encontramos en el zapato, comprobé que encajaban con exactitud. ¿Vale esto como prueba, señor fiscal?

—Sí.

—La señorita Price podía haberse metido el rollo de esparadrapo en el bolsillo después de usarlo, pero no se le ocurrió. O, si se le ocurrió, prefirió arriesgarse a perder unos segundos a llevar el peligroso rollo encima.

»Recuerden que la antesala no volvió a usarse desde el inicio de la investigación, y que estuvo siempre vigilada. No obstante, si se hubiera llevado el rollo, ello no hubiera afectado a la solución del caso. Tengan en cuenta que resolví el crimen antes de que se me ocurriera mirar el rollo. En suma, los zapatos y los pantalones me lo indicaron todo menos el nombre de la asesina, que conocí gracias al archivador.

Se detuvo y contempló a los presentes con una sonrisa fatigada.

A los rostros de la audiencia afloraban miradas de asombro. Harper temblaba de emoción; estaba sentado en el borde de la silla.

—Pero falta algo —dijo Sampson nervioso—. Esto no es todo. ¿Y Kneisel?

—Ay, perdón —dijo Ellery de inmediato—. Tenía que haber explicado que la culpabilidad de Lucille Price no eliminaba la posibilidad de que tuviera algún cómplice. Ella podía ser el instrumento de un hombre que la dirigiera por detrás. Kneisel podía ser el dueño de ese cerebro. Tenía motivos: con las muertes de la señora Doorn y del doctor Janney se aseguraba los fondos suficientes para llevar a cabo su trabajo, así como la propiedad exclusiva de sus resultados. Todas estas teorías se hubieran convertido en arena arrojada a nuestros ojos. Pero...

—Cómplice... —murmuró el jefe de policía—. ¿Así que por eso han detenido a Swanson esta tarde?

—¿Cómo? —exclamó el fiscal—. ¿Swanson?

El inspector Queen esbozó una sonrisa.

—Ha sido muy rápido, Henry; no hemos tenido tiempo de informarte. Hemos detenido a Swanson esta tarde como cómplice de Lucille Price. Un momento, por favor. —Llamó al sargento Velie por teléfono—. Thomas, quiero que pongáis a esos dos juntos, a Swanson y a Price... ¿No le habéis sacado nada todavía?... A ver si lo conseguís. —Colgó—. Pronto lo sabremos.

—¿Por qué Swanson? —objetó el doctor Minchen tímidamente—. Desde luego, no pudo cometer ninguno de los dos asesinatos personalmente. Durante el primero estaba con Janney y durante el segundo con ustedes. No comprendo...

—Swanson era mi *bête noire* desde el principio —explicó Ellery—. Me costaba creer que fuera pura coincidencia que retuviera al doctor Janney en su despacho en el preciso momento en que lo estaban suplantando. No olvides que el plan de Lucille Price dependía totalmente de que Janney no estuviera a la vista mientras ella se hacía pasar por él. Así pues, quitar a Janney de en medio en el momento preciso no fue casualidad sino un acto premeditado. Swanson era, pues, el instrumento. ¿Participó inocentemente? ¿Consiguió ella que fuera a ver a Janney sin saber lo que tramaba? ¿O se trataba de un cómplice consciente?

»Cuando el señor Swanson se presentó en el despacho del fiscal, procurándose así una coartada perfecta, justo en el momento en que el doctor Janney estaba siendo asesinado, supe que se trataba de un cómplice consciente. Y recordé que Swanson era el más beneficiado por las muertes de Janney y de Abby. Ésta le dejaba dinero a Janney; y al morir Janney, éste se lo dejaba a Swanson. Todo encajaba perfectamente.

Entonces sonó el teléfono y el inspector levantó el auricular. Mientras escuchaba se sonrojó. A continuación, colgó estrepitosamente y gritó:

—¡Ya está! En cuanto han puesto juntos a Swanson y Lucille Price, Swanson ha confesado. ¡Los tenemos! ¡Dios mío!

Harper se levantó de un salto. Con ojos suplicantes, se dirigió a Ellery.

—¿Puedo irme? O mejor, ¿puedo llamar al periódico desde aquí?

—Creo que sí, Pete —dijo Ellery sonriente—. Yo cumplo mi palabra.

Harper agarró el teléfono.

—¡Adelante! —exclamó cuando lo comunicaron.

Nada más. Se apoyó en el respaldo del asiento sonriendo como un niño.

Sin decir palabra, el jefe de policía se levantó y se marchó.

—¿Saben? —dijo Harper pensativo—. Desde el principio me intriga cómo pudo el asesino elaborar un plan de acción tan complicado en menos de dos horas, después de un accidente que no pudo ser previsto. Y, además, a mi modo de ver, el asesinato era bastante innecesario. Al fin y al cabo, la señora Doorn quizá hubiera muerto como consecuencia de la operación, y ello le habría ahorrado muchísimo trabajo al asesino.

—Excelente, Pete. —Ellery parecía complacido—. Dos objeciones excelentes; pero cada una de ellas tiene una respuesta todavía más excelente.

»La operación de apendicitis de la señora Doorn estaba prevista para dentro de un mes aproximadamente; era cosa sabida en el hospital. Sin duda, el crimen lo habían planeado para esa fecha, quizá con alguna variación de método. Por ejemplo, en la antesala habría un anestesista, puesto que la anciana no estaría en coma, y la presencia del anestesista haría difícil que Lucille Price cometiera el asesinato antes de la operación. Supongo que pensaba matar a la señora Doorn después de la intervención, en la habitación particular que la dama tenía reservada en el hospital, cuando pudiera entrar haciéndose pasar por el doctor Janney, igual que entró en la antesala. Estoy seguro de que le habrían encargado que cuidara de la señora Doorn gracias a su relación con Janney; así pues, todos los detalles del crimen estarían preparados antes de que ocurriera el accidente; es decir, la ropa oculta en algún sitio del hospital, el plan para que Swanson quitara a Janney de en medio, etc. Cuando se produjo el accidente, no hacía falta más que un ligero retoque para adaptar el proyecto a circunstancias todavía más favorables que las esperadas, pues no habría anestesista. Una rápida llamada telefónica a Swanson para informarle de la novedad y todo listo. —Ellery se llevó la mano a la garganta—. Más seca que el esparto... En cuanto a que quizá no hubiera sido necesario cometer el asesinato, es poco probable porque tanto Minchen como Janney tenían plena confianza en que la anciana soportaría la operación. Y

Lucille Price, que colaboraba tan estrechamente con el cirujano, había de compartir la confianza. Además, en la eventualidad de que la señora Doorn se recuperara y la operación se retrasara indefinidamente, Lucille Price tendría que esperar también indefinidamente, y todos sus planes quedarían en el aire. No, Pete, el accidente aceleró la comisión del crimen, pero no lo inspiró.

Sampson estaba inmóvil, reflexionando. Ellery lo observaba divertido; Harper se reía para sus adentros.

—Pero ¿cuál es el móvil de Lucille Price? —preguntó Sampson—. No lo entiendo. ¿Qué relación puede haber entre ella y Swanson? Nunca ha habido ningún indicio... ¿Por qué le iba a hacer el trabajo sucio si el beneficiado por el doble asesinato es él?

El inspector Queen cogió el sombrero y el abrigo del perchero y musitó una disculpa. Tenía trabajo que hacer. Antes de marcharse, dijo con voz suave:

—Que te lo cuente Ellery, Henry. El caso lo ha resuelto él, diga lo que diga... Djuna, sé bueno.

Cuando se cerró la puerta, Ellery se acomodó en el sillón de su padre y apoyó los pies sobre la mesa.

—Buena pregunta, Sampson. Yo pasé toda una tarde dándole vueltas. ¿Qué relación podía haber entre dos personas aparentemente no relacionadas? Swanson alimentaba su odio hacia la anciana por haber destruido su carrera echándolo del hospital; una mente retorcida que planea la muerte de su padrastro por dar el visto bueno al derrumbamiento de su carrera, así como por razones financieras, pues, pese a todo, seguía siendo el heredero... Y Lucille Price, una callada enfermera... Sí, ¿qué relación podían tener?

Durante los momentos de silencio que siguieron, Ellery extrajo de su bolsillo el misterioso documento que le había encargado buscar a Harper el jueves por la tarde. Lo agitó en el aire.

—Ésta fue la lacónica respuesta. Explica por qué Lucille Price le hizo el trabajo sucio a Swanson, pues la hace coheredera de la fortuna de Janney. Contiene la historia de varios años de urdir tramas con criminal deliberación y habilidad demoníaca. Demuestra cómo y dónde consiguió Lucille Price la ropa de hombre sin dejar rastro: de Swanson, ex cirujano, lo cual explica también que los pantalones fueran demasiado largos. Seguramente, los zapatos serían asimismo de él; mide aproximadamente un metro setenta y

cinco centímetros, pero es delgado. Establecen su estrecha y secreta cooperación cosas tales como discutir, en peligrosas conversaciones telefónicas, pues debían actuar con demasiada prudencia para verse o vivir juntos, la muerte prematura de Janney. Swanson se vio obligado por el ardid periodístico del otro día a presentarse en su despacho, lo cual le proporcionaba, inesperada y afortunadamente para él, una coartada perfecta para el asesinato de Janney.

»Explica también por qué se usó el mismo método para matar a ambas personas, pues si se sospechaba de Swanson y se llegaba incluso a arrestarlo por el asesinato de la señora Doorn, posibilidad que ellos contemplaban, y Janney era asesinado de manera que pareciera obra del mismo criminal, la coartada de Swanson para el segundo asesinato lo liberaría automáticamente de la sospecha del primero. Ello implica, además, que ni siquiera Janney sabía que su hijastro, Thomas Janney, alias Swanson, y Lucille Price estaban unidos por un lazo inextricable...

»Y, ¿qué lazo podía ser ése?, me pregunté a mí mismo.

Ellery lanzó el documento sobre la mesa del inspector para que el fiscal Sampson, el doctor Minchen y Djuna lo leyeran. Harper se limitó a sonreír.

Era una copia fotostática de un certificado de matrimonio.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

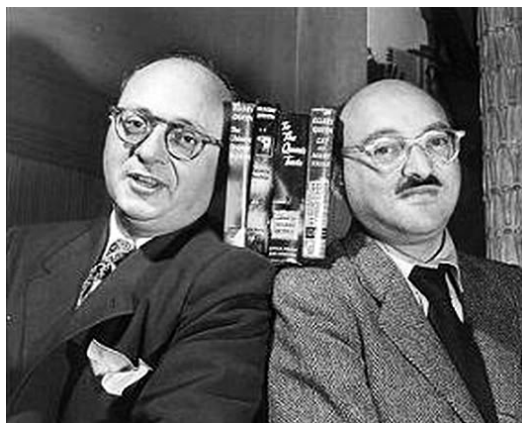
41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



Manfred B. Lee (izq.) y Frederic Dannay (dcha.)

ELLERY QUEEN es el seudónimo de dos primos estadounidenses, de origen judío, Frederick Dannay (nacido Daniel Nathan, Nueva York, 20 de octubre de 1905 – 3 de septiembre de 1982) y Manfred Bennington Lee (nacido Manford [Emanuel] Lepofsky, Nueva York, 11 de enero de 1905 – 3 de abril de 1971), escritores de literatura policíaca y creadores del personaje que lleva el mismo nombre que su seudónimo, con una amplia producción personal entre 1929 y 1970, y muchas otras obras escritas bajo su patrocinio y autorización usando el mismo seudónimo.

Trabajaban en una agencia de publicidad en Nueva York. Su colaboración comenzó en 1928, cuando se presentaron a un concurso literario con el seudónimo de Ellery Queen.

En 1941 fundaron una de las revistas de historias de detectives más famosas, *Ellery Queen Magazine*. Escribieron docenas de libros y guiones para la radio de Ellery Queen. También utilizaron el

seudónimo de Barnaby Ross y crearon una franquicia con su nombre con el que publicaron otros escritores.

Manfred Benington Lee padecía insomnio y era habitual que sus hijos le encontraran leyendo en la cocina de su casa de Roxbury, Connecticut, a altas horas de la madrugada. Murió en 1971.

Frederic Dannay fue el editor jefe de *Ellery Queen Magazine* durante toda su vida. Murió en 1982 en White Plains, NY.

Notas

[1] Asesor de la policía de Viena (*N. del E.*). < <

[2] El nombre del hospital conmemora a los holandeses caídos en la guerra. < <

[3] Véase el plano al principio de la obra. < <

[4] En toda la historia de las relaciones prensa-policía no ha habido nunca un capítulo tan interesante como el escrito por Peter Harper. Es esencial comprender que la policía no descubrió nunca ningún abuso de sus confidencias, lo cual lo hizo merecedor de los privilegios de que disfrutaba. Por otra parte, había resultado trascendental en la captura de varios criminales famosos, a lo cual había contribuido con su esfuerzo personal. Se le recordará por su inspirada colaboración periodística en la búsqueda por todo el territorio nacional de *Chicago* Jack Murphy, y en las revelaciones Barnaby-Ross, así como en el caso que se conoció en el mundo entero como los «asesinatos mímicos» (*N. del E.*). < <

[5] La alusión cobra sentido cuando se comprende a qué cita se refiere el señor Queen. Le pedimos al señor J.

J. McC

. que nos aclarara este punto, cosa que hizo sin dificultad. Descubrió que se trataba de una cita poco conocida: «Odio a las mujeres rechonchas». Sin duda, el señor Queen se refería a la doctora Pennini. Y, a juzgar por su propia descripción, era tanto «erudita» como «rechoncha» (*N. del E.*). < <

[6] Los relatos policiacos deben tratar de las cosas pertinentes. No aparece aquí descripción del más o menos conocido domicilio de los Queen, situado en la calle 87 Oeste, por la sencilla razón de que ya fue descrito minuciosamente en una aventura posterior en el tiempo a *El zapato holandés* pero anterior en su aparición como novela. Me refiero a *El misterio del sombrero romano* (N. del A.). < <

[7] Es preciso tener en cuenta que el período durante el cual tuvo lugar la investigación Doorn era anterior a la entrada en vigor de la norma del Departamento de Policía, según la cual los taxis han de llevar un número de licencia especial expedido por la policía (*N. del E.*). < <

[8] Para descripciones más detalladas de Djuna, su pasado y su asociación con los Queen, véase *El misterio del sombrero romano (N. del E.)*. < <

[9] El manuscrito de *El asesinato de las marionetas*, uno de los relatos policíacos que Ellery escribió utilizando su propio nombre (*N. del E.*). < <